

N.º 479 Nov. 17/63

LA VIDA DE JESUS.

IMPUGNACION DE M. RENAN,

por

D. MIGUEL SANCHEZ,

PRESBITERO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID:

IMPRENTA DE LA REGENERACION,
á cargo de D. F. Gamayo.

1863.

8209
209
1861

381

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

LA VIDA DE JESUS.

IMPUGNACION DE M. RENAN,

por

D. MIGUEL SANCHEZ,

PRESBITERO.

Man.º Goral Miguel Sanchez
de Gueraf

(In ore eorum mendacium.)

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

3861

MADRID:

IMPRESA DE LA REGENERACION,
á cargo de D. F. Gamayo.

1863.

A los dignos superiores del Seminario de San Sebastian de Málaga, bajo cuya acertada y prudente direccion hice mis estudios;

A los sabios profesores, que con sus esplicaciones y sanos consejos me han guiado por el camino seguro de la piedad y Religion;

A todos mis condiscípulos, á todos mis amigos y compañeros, que tanto me han alentado con sus cariñosas exhortaciones,

Dedico esta humilde obra, como débil testimonio de mi veneracion, gratitud y profundo afecto.

Miguel Sanchez.

PRÓLOGO.

Muy pocas palabras necesitamos decir para dar á conocer el plan y objeto de esta obra.

Nos hemos propuesto seguir paso á paso á M. Renan, y confundirlo con las propias armas que él intenta esgrimir en su defensa. Se escuda con el Evangelio, y nosotros, examinando uno por uno todos los textos que aduce, hemos querido demostrar que, ó cita en falso, ó hace falsas interpretaciones, ó los testimonios que alega no tocan ni aun por la tangente al punto que examina.

Como nuestro adversario no sigue método ninguno, tampoco hemos podido seguirlo nosotros.

No hemos necesitado salir del Evangelio, porque el Evangelio es el único libro (puede así afirmarse) cuyas páginas revuelve M. Renan para combatir la divinidad de Jesucristo,

Procedemos con absoluta buena fé, y no hemos atribuido á M. Renan palabras que no haya dicho, ni sentido que no haya querido dar á sus propias palabras.

Si en muchos casos empleamos palabras fuertes, confesamos que no podemos ni queremos evitar esta *falla*. Tenemos fé, amamos á Jesus con todo nuestro corazon, y no nos es fácil evitar la indignacion que nos producen los perversos y detestables sofismas que contra la divinidad de Jesus emplea M. Renan. Los escépticos, los que no tienen fé, pueden ser tolerantes. Los hijos que creen, que aman, que son agradecidos, no pueden escuchar con frialdad las injurias y calumnias que se infieren á sus propios padres.

Los católicos, los hijos de Jesus, no podemos oír sin indignacion las blasfemias.

Como nuestro adversario no sigue metodo ninguno, tampoco hemos pedido seguirlo nosotros.

No hemos necesitado salir del Evangelio, porque el Evangelio es el único libro (puede así llamarse) cuyas páginas revuelva M. Renan para combatir la divinidad de Jesucristo.

I.

Hemos leído con bastante detenimiento la obra que con el epígrafe que da nombre á este artículo, acaba de publicar en Paris el fanático y extravagante deísta M. Renan. Lo confesamos con entera ingenuidad. No comprendemos cómo este libro ha podido producir tanto escándalo. Si como lo ha escrito un frances y se ha publicado en Paris, lo hubiera escrito un español y se hubiese publicado en España, de seguro no encuentra veinte lectores en todo el mundo.

Su autor no muestra en él ciencia ni erudición. En todas sus páginas revela que, aunque habla mucho de los Evangelistas, jamás ha leído los Evangelios, y aunque en todas las líneas de su libro repite las palabras estudio profundo, crítica, observacion, etc., etc., no solo no ha estudiado, sino que ni aun por encima ha leído lo mucho y muy bueno que en todos los siglos ha dicho la sana crítica en favor de los Evangelios.

M. Renan habla como quien por primera vez hubiese oído hablar de los Evangelistas, y espusiera las sencillas y vanas objeciones que en una simple conversacion se le ocurriesen.

M. Renan se desentiende de lo probado, de lo demostrado hasta la evidencia, y en punto á los autores sagrados se encuentra en plenísima ignorancia ó en absoluta mala fé. Habla de Jesucristo como pudiera hablar un ignorante campesino que, sin haber oído jamás nombrar el Nuevo Mundo, ni saber siquiera que Colon ha existido, tropezase con algun libro del siglo xv, anterior al descubrimiento de América, en el cual se espusiesen observaciones contra la existencia y aun contra la posibilidad de la existencia del nuevo continente. El tal práctico con su libro en la mano, se espresaria como un sabio, con toda la vanidad de un sofista al sostener que el Nuevo Mundo es una quimera, cuando todo el viejo continente está lleno de frutos y personas, muy positivas y muy reales, procedentes de *aquella quimera*.

Renan habla hoy del catolicismo, como pudiera hablar del mundo un geógrafo que se empeñara en describir la tierra, sin leer mas obras que las de Herodoto ó Plinio.

Renan ha leído, segun dice, á Philon y Josefo, y con los testimonios de estos escritores hebreos del primer siglo, sin mas ciencia teológica, que la conocida entonces, habla y escribe hoy de teología.

Nos asegura que para componer su libro no ha tenido mas instruccion ni mas estudio que los que pueden suponerse en un hombre que llena ó tizna cuartillas en las montañas de Sí-

ria. Bien se comprende. Renan está tan instruido en la doctrina católica como los drusos. En aquella region hoy dominada por el islamismo, ha compuesto su obra M. Renan. En ella combatiendo la dividad del cristianismo, hace queriéndolo ó sin quererlo, la apologia de los drusos. Bueno es consignar, que Renan fue enviado á Siria por el gobierno frances para estudiar las costumbres de Libano, y averiguar cuáles eran los medios mas apropósito para proteger á los católicos maronitas, entonces, en 1860, bárbara y cruelmente asesinados por los drusos. Ahora comprendemos por qué la expedicion francesa fue tan estéril. Quizá se retiró tan pronto, quizá no hizo nada por consejo de M. Renan. Es imposible que nada diga en favor de los cristianos, un hombre que con tan ciego y repugnante fanatismo aborrece y calumnia á la Religión cristiana. Segun parece, Renan va en comision á Méjico, donde *como en Siria*, esplicará su *Vida de Jesus*. Traslado á los católicos, que tanto se entusiasman con los nuevos triunfos del *napoleonismo* en la república mejicana.

Para demostrar que nada exageramos, vamos á señalar hoy el *método*, la regla de conducta que se propone, la base en la cual se apoya todo su trabajo, la introduccion con que encabeza su libro M. Renan.

Este fanático adversario de Jesucristo comienza negando que los Evangelistas escribie-

ron los Evangelios, por supuesto, sin dar razon ninguna para ello. Sus argumentos se reducen á los siguientes: Me parece, creo, sospecho, dudo, es posible, quizá, es probable, hay quien cree, afirman algunos, otros autores demuestran, yo no demuestro, porque la demostracion está hecha; con estas, repetimos, y otras razones de igual fuerza, Renan da por supuesto que los Evangelios no fueron escritos por los Evangelistas que les dan su nombre.

Esta es cuestion crítica, y Renan olvida la crítica por completo.— *Me parece esto así. Luego así es.*

No alcanza mas su ciencia. Juega con sus lectores de una manera indigna. Con no creerlo, con desmentirlo, está completamente refutada su obra.

Es cuestion histórica. El, sin embargo, no se toma la pena de leer los anales del cristianismo.

Escribe acerca de los orígenes de la Iglesia, como pudiera escribirse acerca de los orígenes de la Australia, sin leer nada, porque nada hay escrito; suponiéndolo todo, porque la historia de ese pais, descubierto con fecha tan reciente, solo puede escribirse con absurdas suposiciones.

Esta es cuestion teológica. Pero Renan no revuelve ni un solo libro de teología. Y en esto es consecuente. Un hombre que escribe *la Vida de Jesus*, donde impera el Corán, es decir, donde el estudiar es un crimen y la ignorancia

una necesidad y la calumnia una virtud, no ha menester conocer á fondo el cristianismo para verter á torrentes el veneno y la calumnia sobre su doctrina.

Renan ha escrito como un druso la *Vida de Jesucristo*.

Preguntadle, si quereis: ¿Cuándo, por quiénes fueron escritos los Santos Evangelios? ¿En qué antiguo y auténtico y no conocido manuscrito apoyais vuestras negaciones? ¿Cómo podreis negar que en los siglos cuarto, tercero, segundo y aun primero eran citados todos los Evangelistas por los Santos Padres, por los apologistas, por los mártires, por todos los escritores de estos siglos? ¿En qué tiempo y por quién fueron escritos los Evangelios, si sus autores no son los señalados por todos los antiguos y modernos historiadores que han hablado del origen y fundacion del cristianismo? En todos los siglos ha habido hereges, es decir, enemigos de los católicos. ¿Cómo es que estos hereges, que estos enemigos de los católicos no protestaron contra lo que en nombre de Jesucristo y atribuyéndolo á los Apóstoles escribieron los Evangelios?

Pero no dirijamos estas preguntas á M. Renan. La cuestion científica no es cuestion para él. Su objeto ha sido producir escándalo, y para esto no se necesitan mas que blasfemias.

Renan se muestra enemigo de todos los Evangelistas. Nada mas natural. Le aterran;

y por todos los medios imaginables intenta desprestigiarlos. Pero al llegar á San Juan la ira le ciega los ojos, y el furor desata su lengua. Aborrece de muerte á San Juan. Lo trata casi tan duramente como á Jesucristo. Es cuanto se puede decir. ¿Y sabeis por qué? La razon es clara. San Juan, en su Evangelio, combate á Ebion y Cerinto que negaban la divinidad de Jesus, combate de una manera directa á Renan, y por esto no puede ni aun citar sin indignacion y desprecio su nombre. Renan odia á Jesucristo tanto como Voltaire. En todas las páginas de su libro se vislumbra, se siente palpar aquella horrible frase *aplantar al infame*, tan repetida por el impio Voltaire.

Renan en los tiempos de Isabel de Inglaterra ó de la Convencion, hubiera hecho un *es-celente* acusador de los católicos. Como ministro de Juliano el apóstata, no hubiera tenido rival. El apologista de Judas y Pilatos, es probable, sin embargo, que hubiera parecido demasiado fanático al mismo Emperador apóstata.

M. Renan indica, que los Evangélistas se tenían envidia, y escribían inspirados por la vanidad. Para decir esto, es forzoso no haber leído jamás los Evangelios. De otra modo, sin la mas grosera ignorancia, tanto cinismo, tan repugnante calumnia no puede ni aun concebirse. Basta recordar la profunda humildad con que los Evangelistas narran sus propias faltas, sus pecados y su penitencia, para con-

vencerse de que en ellos solo dominaba el mas puro, el mas santa amor á la verdad.

Pero, ¿en qué testimonios apoya M. Renan su ridícula blasfemia? En ninguno. Renan que es capaz de aducir cien textos para probar que el agua moja y el fuego quema; para demostrar que San Juan, que el Apóstol del amor santo, escribió inspirado por malignos afectos su Evangelio, no aduce autoridad ninguna. Las calumnias, en efecto, ni tienen ni necesitan autoridades. Sabido es que su principio y su causa se hallan en la perversidad de su autor.

Renan, despues de todo, parte de *una regla general* para escribir la historia. Dice espresamente que para escribir la historia del cristianismo, se necesita haber sido cristiano y haber dejado de serlo; es decir, haberse convertido en apóstata, en irreconciliable enemigo del cristianismo.

Esto equivale á decir que solo puede dar la salud á un hombre, su adversario; un médico que haya dejado de ser su amigo y tenga empeño en asesinarlo. Renan no comprende que un católico amigo de la verdad pueda escribir imparcialmente la historia de la Iglesia; pero afirma, sin temor de que le desmientan, por supuesto, que un adversario de la Iglesia, no obstante su pasion y su fanatismo, no obstante su obstinacion y odio, puede *con toda imparcialidad* referir los hechos de los cristianos.

El amigo puede cegarse *por el amor*; el adversario no puede estraviarse voluntaria ó involuntariamente por el odio y la obcecación.

Veán nuestros lectores si tenemos razon para decir que M. Renan ha escrito la *Vida de Jesus* con el criterio, y la pluma, y la ciencia, y el corazon de un druso, de un implacable enemigo de todo el cristianismo.

Hoy nos hemos limitado á examinar la introduccion: en otros artículos daremos á conocer el libro.

Para concluir diremos que Renan dedica este libro, en el cual niega la divinidad de Jesucristo, á su hermana, ya difunta, mujer que, segun le hace decir su hermano, le acompañó en Siria, aprobaba su doctrina y aun creía tener alguna parte en su obra. ¡Desgraciada mujer si en efecto mereció los impíos elogios que le prodiga su hermano!

¡Ya ha sido juzgada por Dios!...

II.

En el primer artículo hemos dicho algo acerca de la introduccion; hoy nos proponemos examinar el primer capítulo de la impia y detestable obra que acaba de publicar en París M. Ernesto Renan.

El epígrafe de este capítulo es harto significativo. Merece reproducirse.—*Lugar de Jesus en la historia del mundo.*—

Para comprender lo que este epígrafe quiere revelar, es necesario conocer las materias que en el primer capítulo se tratan. No se olvide lo que ya hemos indicado. Renan no prueba nada de lo que dice. No demuestra ni aspira á convencer; su fin es hablar, y hablar mucho para alucinar á los lectores imbéciles. Su libro no se ha escrito para ilustrar á los sabios, sino para engañar y perder á los ignorantes. Renan no cree ni puede creer nada de lo que dice. Basta ojear su obra para convencerse de que ha formado un castillo con débiles tablas, ó trozos de carton, para espantar al menos desde lejos, á los adversarios que, desconociendo el artificio, retrocedan ante los muros de papel, reputándolos quizá de pódrido ó granito. El enemigo podrá engañarse. Renan no, porque está dentro, porque conoce la debilidad de su fortaleza, porque nadie mejor que él sabe que un solo rayo de luz bastaría para labrar su ruina. Solo en un caso podríamos justificar la intencion de M. Renan. Suponiéndole tan exaltado como D. Quijote, y creyéndole capaz de tomar por lo serio su mohosa espada y su ridícula armadura. Ante la ciencia se presenta Ernesto Renan armado con lanza y escudo de papel. No exageramos. Hasta la evidencia quedará demostrada en nuestros artículos sucesivos esta verdad.—Empecemos hoy.

Renan tiene intencion de *demostrar*, de hablar como *libre*, es decir, á su antojo, sin ver-

dad ni razon ninguna, acerca del *lugar que corresponde á Jesus en la historia del mundo*; trata de unas doscientas cosas, todas graves, todas dignas de largos capitulos, asuntos, en fin, que aun para esplicarlos á la ligera, como en un diccionario portátil, no hay espacio ni tiempo en las nueve imcompletas hojas con letra gruesa y renglones separados, que componen el primer capitulo.

M. Renan pasa revista, con raciocinio *dru-so*, á todo el mundo, todas las religiones y todas las cosas notables que le ocurrian al escribir, sin órden ni concierto, acerca de las religiones y del mundo. Habla, en efecto, de las religiones de Méjico, de la China, Africa, Babilonia, Egipto, la Siria; dice no poco acerca de la poesia, el alma, la fé, la libertad, la honradez, la lealtad, el mundo, las grandes razas, las razas indo-europea y semítica, el naturalismo profundo y moral, los amorosos abrazos de la naturaleza, la poesia deliciosa, el sentimiento de lo infinito, del genio céltico y germánico, de Shakspeare y Goethe; recuerda con aire de triunfo y confianza, con la satisfaccion del filósofo *pedante* que juzga decir grandes cosas, cuando escribe pomposas palabras, recuerda, repetimos, como si alguien lo hubiese olvidado, las primeras *intuiciones* religiosas, la melancolia, la ternura, la imaginacion, la Religion y la moral *reflexivas*, la condicion esencial de la moral y la Religion,

la fé de la humanidad, los antiguos cultos, el politeísmo, la idolatría, el brahmanismo, el budismo, el fetichismo, el druidismo, las tentativas de reforma, hechas en Grecia, el orfismo, los misterios, los semitas nómadas, la tribu de Beni-Israel, el Theraphin, los destinos inmensos, el *Thora* ó ley, las tablas de bronce, el gérmen de la igualdad social y moral, Moisés, los caldeos, el Arca de la Ley, el *material religioso*, los objetos sagrados, los recuerdos, las religiones, el libro, la Biblia, el sacerdote hebreo, el *nabi* ó Profeta, los pueblos teocráticos, el sacerdocio, la inspiración individual, las escuelas de profetas, los grupos de sacerdotes, el antiguo espíritu democrático, los enemigos de los ricos, la organización política, los instrumentos de la primacía religiosa...—

Pero tiempo es ya de que respiremos. La enumeración por lo larga, espanta. No la hemos interrumpido, sin embargo, porque hayamos agotado su objeto. Aun nos faltan muchas cosas por contar. Todavía, en efecto, no hemos mencionado los consejos impolíticos, el reino universal, la esperanza sin límites, la capital del mundo, la ciudad santa, el hombre del dolor, los acentos desconocidos, los desgraciados sublimes, el servidor de Dios, el Deuteronomio, Jehovah, el Pentatéuco, Ezequías, Jonás, Jeremías, Isaías, Daniel, los grandes imperios del Asia, Esdras, Nehemías,

Onías, los macabeos, el celo de la ley, el pueblo escogido, las antiguas instituciones, la nación de santos, la edad de oro, los Salmos, el pletismo exaltado, las religiones paganas, Abraham, el Bautista, Jesus, San Pablo, el hipódromo de Alejandro, Antíoco-Epifanes, Neron, David, Salomon, Ciro, el hijo del hombre, el *Sosiosch* de la Persia, Ormuz, Maimonides, los amoneos, Herodes, Virgilio, las Sibilas, Simeon, Ana, Phanuel, y cien otras cosas mas, todas por el mismo estilo, todas repetidas cien veces, todas citadas con tanto tino y oportunidad como revela el orden con que las hemos repetido, que es el propio que tienen, con que se presentan á la consideracion del lector, en el primer capítulo, en solo en el primer capítulo de la obra de M. Renan.

¿Y es posible, cuando se mencionan tantas cosas, tratar bien, con profundidad y exactitud una sola? Nos ha sido necesaria esta pesadísima enumeracion para demostrar hasta la evidencia que M. Renan afirma, mejor dicho, ha hablado de todo con asombrosa ligereza, con osadia sin ejemplo, sin pensar nunca en probar nada de lo que dice. Queremos aun espresarnos con mayor exactitud. Renan cita muchísimo para demostrar lo que todo el mundo sabe, lo que nadie niega, lo que no es objeto de dudas en la cuestion; pero ni un raciocinio, ni un solo testo, jamás aduce un argumento formal en favor de lo que necesita

probar, de lo único que se le niega, y él debería probar en sus disertaciones.

Se propone al hablar de las religiones, sin distincion ninguna, barajarlas todas, aplicar á la verdadera las falsas, los errores y crímenes de las que no son ni pueden ser por su falso origen verdaderas, y en horrible confusion presenta á la admiracion de las gentes cándidas como un gran mal el conjunto de *todas las sectas*.

M. Renan vé que *desde que el hombre no es animal*, desde que raciocina, cree en algo *mas allá de la REALIDAD, mas allá de la muerte*. (Pág. 2.)

Aquí hay dos grandes y groseros errores. En estas palabras se supone que hubo algun tiempo en el cual el hombre fue un *mero animal*, no tuvo uso de razon, no se halló en relacion directa con su Creador, no tuvo, en fin, religion. Tambien en el segundo extremo, se establece el mas grosero materialismo, negando la realidad á *lo que hay*, ó supone el hombre *mas allá de la muerte*. Aquí se niega el órden sobrenatural, se prescinde, se relegan al pavoroso panteon de la nada todas las verdades y todas las consoladoras esperanzas de la vida futura. Del propio modo se repiten las absurdas teorías de Rousseau acerca del estado salvaje, considerado como natural, como primitivo en el hombre; y lo raro es que siendo esto fundamental en su sistema, necesitan-

do demostrarlo para apoyar en ello su teoría acerca de la no divinidad del catolicismo, M. Renan no solo no lo prueba, sino que ni aun lo intenta, para cubrir las apariencias. Lo consigna, y como si se tratara de una cosa de liviano interés para él, pasa á otra, y *no dice mas.*

Sienta dos teorías; necesita apoyarse en ellas, y no las demuestra. Así escriben los novelistas. Así escriben los mal llamados filósofos que no sustentan la verdad, que hablan para seducir á los que ignoran, ó escriben para producir escándalo con su sacrilega osadía, sin tener fé en nada de lo que dicen.

Pero continuemos.

Renan no sabe hablar de los Profetas, sino para insultarlos.—El pueblo de Israel, dice, víctima *en parte* de los consejos impolíticos de los Profetas, fue destrozado por el poder de los asirios.—(Pág. 7.)

Esto es pura y simplemente una calumnia. Se dice, pero no se prueba ni se puede probar. Es completamente falso. Hasta los gentiles sabían que los hebreos solo eran, solo podrían ser vencidos, cuando ofendían á su Dios, desoyendo el consejo de sus Profetas. Estos, lejos de perjudicar al pueblo hebreo con sus consejos impolíticos, le hacían un grandísimo beneficio, mostrándole con infalible sabiduría y nunca mentida prudencia cuál era el verdadero camino para que de él no se apartasen, y dónde

estaba el falso para que en él, si no querian sucumbir, nunca pusieran su planta. Moisés, un legislador, caudillo y Profeta, libró á los israelitas de la cautividad de Egipto. Josué, Profeta, juez y caudillo, introdujo á los hebreos en la tierra de Promision. David los hizo un gran pueblo. Salomon los convirtió en la primera nacion del mundo. Judit los salvó de la muerte decretada por Holofernes. Daniel sacó á Israel de la cautividad de Babilonia. Ester, en la corte del Rey Asuero rompió el decreto de muerte, firmado ya contra todos los hijos de Abraham, merced á la malignidad de un impio consejero.

A sus santos, á sus Profetas, á los consejos del cielo debió siempre su salvacion, su poder, su gloria y su grandeza el pueblo escogido.

De esto nada sabe ni nada dice M. Renan. No es estraño. Como para explicar el origen del cristianismo, se ocupa tanto en examinar las religiones primitivas de Méjico, no es posible que le quede tiempo para tratar lo que únicamente deberia tratar. Quien se ocupa en lo supérfluo, no puede examinar lo necesario. Cierto es, no obstante, que Renan necesita confundir á las gentes sencillas y en este punto *ya sabe* lo que hace. Así es como puede únicamente lograr su depravado fin.

Hablando del Mestas, de la universal esperanza que abrigaba el pueblo hebreo en la venida de un Dios salvador, con pasmosa lige-

reza dice M. Renan lo siguiente: «QUIZA el *Sosiosch* de la Persia, el gran Profeta que habia de venir á preparar el reino de Ormuz, dió motivos á los israelitas para fundar esta creencia.»

¡Qué raciocinio!

Nadie ignora que Cortés encontró en Méjico cuevas, chozas, etc., en las cuales los súbditos de Motezuma se preservaban de la intemperie siempre que lo creían conveniente.

Nadie ignora tampoco que cuando América comenzó á ser conocida, toda Europa estaba llena de monumentos arquitectónicos. Pues bien, aquí de la parodia.

Los mejicanos en el siglo xvi sabian hacer malos casuchos.

¡Luego el Escorial, el Vaticano, etc., etc., contruidos en Europa por el mismo tiempo, deben su origen á las ideas y recuerdos que inspiraron á los ingenieros de Hernan Cortés los arquitectos de Motezuma!...

Y aun podemos subir mas. El templo admirable de Salomon pudiera tambien considerarse como una *reminiscencia* de los edificios que 26 siglos, esto es, 2,600 años despues vieron los españoles en Méjico.

Esto, se dirá, es absurdo. ¡Quién lo niega! Tanto vale, sin embargo, el afirmar, como lo hace Renan, que las ideas del Mesias fueron sugeridas á los hebreos por el *Sosiosch* de los persas.

Nada hay mas antiguo que los libros de Moisés, y en estos libros nada hay mas antiguo que la idea, el hecho positivo, de un Dios que habla con el hombre, que le castiga por su prevaricacion y le promete un Salvador por su infinita misericordia. En el capítulo tercero del Génesis, versículo 15, se encuentra ya la promesa del Mesías, hecha por Dios para consolar al hombre con la cierta aunque lejana esperanza de su redencion. Esta promesa fue repetida á Abraham, Isaac, Jacob, á todos los Patriarcas y Profetas de la antigua ley. Daniel fijó (cap. ix, vers. xxiv), hasta los 490 años, las setenta semanas de años que debian transcurrir desde la salida de Babilonia, desde el decreto de Ciro para la reedificacion del templo de Zorobabel, hasta la venida del Mesías, hasta que, como anunciara Isaias, los cielos rociásen y las nubes llovieran al Justo, se abriese la tierra, y de sus entrañas brotara el Salvador.

Suponer que los libros de los persas son mas antiguos que los de los hebreos, es sostener una cosa ya ridícula. La fabulosa antigüedad de la civilizacion de los pueblos de Oriente es rechazada ya por todos los sábios, como lo que es, como una absurda mentira. Renan no prueba lo contrario. Ni lo intenta tampoco.

Decir que los egipcios inspiraron esta creencia durante el cautiverio á los israelitas, es

aun mas absurdo. Antes de entrar en Egipto los hermanos de Josef, los hijos de Abraham y Jacob tenian ya en su corazon y en su frente todas las grandes revelaciones, hechas por Dios á los Patriarcas acerca de la redencion del mundo.

Renan no indica esto siquiera. No puede hacerlo tampoco sin pulverizar su falsa teoria. La luz estorba á los que mienten.

Tambien afirma Renan, sin probarlo por supuesto, segun su costumbre, que antes del tercer siglo los cristianos no tuvieron *símbolos teóricos*, es decir, dogmas concretos.—Esto no debe ni aun refutarse. Con solo leer los Evangelios, con solo recordar las confesiones de los mártires, con solo tener en cuenta que se dejaban destrozarse por el hierro ó el fuego, antes que quemar incienso ante los altares de los ídolos, basta y sobra, para comprender que M. Renan habla de lo que no entiende, ó enseña, porque quiere, lo que es absolutamente falso.

Ahora necesitemos recordar, que esto y solo esto dice Renan para demostrar cuál es el *lugar que corresponde á Jesucristo en la historia*, esto es, para negar su divinidad. ¡No dice mas!...

III.

Si los límites que por fuerza han de estrechar la estension de estos artículos, no lo impidieran, hoy, al impugnar á M. Renan, para demostrar que habla sin conocer la materia que trata, ó miente á sabiendas, intentando confundir malignamente á sus cándidos lectores, escribiríamos mucho, diríamos muchísimas cosas que en bastantes casos, sin esfuerzo ninguno por nuestra parte, escitarían la risa á costa del moderno adversario de Jesucristo.

En el capítulo segundo, según dice, ó mejor dicho, según promete en el epígrafe, Renan habla ó debe hablar de *la infancia, juventud y primeras impresiones de Jesucristo*. Veremos cómo lo hace. Sus primeras palabras son estas:

«Jesus, dice, nació en Nazareth.»

Esta estraña afirmacion, por mas que parezca inocente, es sobrado mal intencionada; para que dejemos de examinarla. Se espresa así M. Renan con el objeto de impugnar indirectamente la divinidad de Jesucristo, desmintiendo á los Evangelistas, que afirmaron que Jesus había nacido en Belen, y al propio tiempo al Profeta que con mucha anticipacion había designado esta ciudad de Galilea, como cuna del Salvador del mundo. Para probar, pues, M. Renan que Jesus no nació en Belen, que en

él no se cumplieron las profecías, que se engaña la Iglesia en todo lo que enseña acerca del lugar en que nació Jesús, *afirma* por supuesto, como una cosa segura, que Jesús nació en Nazareth. Y lo mas chistoso es que el tal Renan quiere apoyarse para desmentir á los Evangelistas, en testimonios del Evangelio, que con espantosa audacia amontona.

Pero ¿en qué autoridades se funda M. Renan para sostener su absurda y falsísima afirmacion? ¡Qué pregunta! ¡En el mismísimo Evangelio, en los capítulos xiii, versículo 54 de San Mateo; 6, versículo 1.º de San Marcos, y 1.º, versículos 45 y 46 de San Juan! Ahora nos falta ver, no obstante, si en efecto los pasages citados dicen lo que les hace decir M. Renan. Examinemos el primero.

El capítulo xiii de San Mateo, citado por Renan, tiene 58 versículos. Desde el 54 hasta el último, que son los aducidos, no se dice ni una sola palabra acerca del nacimiento de Jesús.

En el 54 se habla de la admirable sabiduría con que Jesús se espresaba ante los judíos, hasta el punto de causarles asombro, y obligarles á esclamar como pasmados:—*¿De dónde le han venido tanta sabiduria y tantas virtudes?*

En el 55 se lee lo siguiente: «No es este el hijo del artesano? ¿No es su madre María, y sus hermanos, sus parientes, Jacobo, José, Simón y Judas?»

El 56 no contiene mas que estas palabras: «¿Y sus hermanos, sus parientes, no viven todos entre nosotros? ¿De dónde, pues, le han venido tantas cosas?»

En el 57 contesta Jesucristo á los hebreos: «No hay Profeta sin honor, sino en su patria y en su casa.»

«Y (dice el 58 y último) no hizo allí muchos prodigios por la incredulidad de los que le escuchaban.»

¿Hay aquí una sola palabra acerca del lugar en que nació Jesus? Dispénsennos nuestros lectores. Para desmentir á Reman es necesaria esta proligidad. La misma desfachatez con que miente, hace indispensable una penosa demostración. Y ya que hemos visto la primera, pasemos á la segunda cita del Evangelio.

La segunda cita es de San Márcos, cap. vi, versículo 1.º y siguientes. Pues bien, este capítulo, muy largo por cierto, habla de la admiración con que *en su patria* era escuchada la predicación de Jesus; de Herodes, Herodfades y la degollación de San Juan Bautista; de la multiplicación de los panes y peces para alimentar en el monte á las turbas que á Jesus seguían; de las tempestades que calmaba, andando sin hundirse por la superficie de las aguas; en fin, de los muchos enfermos que con el contacto de sus vestidos curaba *en la tierra* de Genezareth. Pero, lo repetimos, en todos sus 56 versículos no hay uno solo, ni si-

quiera uno, que directa ni indirectamente afirme que Jesús no nació en Belén, que nació en Nazareth, por el contrario, lo que únicamente debía probar M. Renan.

El tercero y último testo aducido por M. Renan, en apoyo de su impia doctrina, es de San Juan, cap. 1, versículos 45 y 46. Veamos lo que literalmente dicen estos dos versículos.

45. Encontró Felipe á Nathanael y le dijo: «Hemos encontrado á Jesús, al Hijo de José de Nazareth, á quien *en la ley* anunciaron Moisés y los Profetas.»

46. Y le dijo Nathanael: «¿De Nazareth puede proceder algo bueno?» Y le contestó Felipe: «Ven y ve.»

¿Qué hay aquí contra la enseñanza de la Iglesia? Cien veces decimos todos los días que Séneca y Marcial son *españoles*, sin que por esto se le ocurra á nadie pensar siquiera en que no nacieron en Córdoba y Calatayud. A Napoleón I le llama todo el mundo *Corso*, y esto no es parte, para que nadie ose decir que nació en *toda* la isla que le dió nombre, que el lugar de su nacimiento no es Ajaecio, poblacion poco nombrada de Córcega.

Hemos, pues, visto que Renan con escandaloso atrevimiento aduce testos completamente falsos, y lo hace no pudiendo ignorar que lo son, y con el sacrilego intento de hacer á los fieles que, creyéndose apoyados por los Evangelistas, nieguen el Evangelio, nieguen el

cumplimiento de las profecías en Jesucristo y desmientan á la Iglesia católica.

La misma puntualidad con que hace las citas es signo de su perversa intencion. Por lo mismo que da tantos detalles, que tanto facilita el camino á los que quieran desmentirlo, cuenta con que nadie creerá ni aun en la posibilidad del *artificio*, no confrontará las citas, y con ellas apurará hasta la última gota del veneno que en emponzoñado cáliz le ofrece este *singularísimo* escritor.

El dirá para sus adentros: ¿Quién dudará de mi testimonio, cuando con tan ciega confianza pongo en su mano la comprobacion de lo que digo?

Despues de estas *exactas citas*, Renan, no contento con afirmar que Jesus *nació* en Nazareth, añade que no *nació* en Belen, que solo con miras interesadas *se le ha supuesto* mas tarde, para aprovechar, sin duda, la profecía que así lo anunciaba, como nacido en Belen.

Para demostrar esto, M. Renan aduce algunos pasages del Evangelio que tambien conviene examinar.

El primero es de San Márcos, capitulo 1, versiculo 24.

Pues bien; en este lugar el Evangelista dice lo siguiente: ¿Qué hay entre nosotros y tú, *Jesus Nazareno*? Sé que eres el *Santo de Dios*. Jamás hemos negado que Jesus no se llama *Nazareno*; todos los católicos repetimos todos

los días el dulce nombre de *nuestro Padre Jesus Nazareno*. Lo que se necesita probar es que *no nació* en Belen, porque se apellida *nazareno, galileo, judío*, etc., etc.

El segundo testo es de San Lúcas, capítulo XVIII, versículo 37. Estas son sus palabras: «Y dijeron á él (al ciego de Jericó) que *Jesus Nazareno* pasaba por allí.»

Tampoco esto prueba nada. Si Jesus nació en Nazareth, porque se apellida *Nazareno*, entonces es preciso decir que *nació* en toda la *Judea*, porque se llamó *judío*, ó en toda *Galilea*, porque también le dieron muchos y por largo espacio de tiempo el nombre de *galileo*. Garibaldi por ejemplo, se llama italiano, y esto no le impide haber nacido en Niza. Balmes nació en Vich, y todo el mundo lo apellida *filósofo catalán*. A Voltaire se le llama filósofo de Ferney, y esto no es motivo para que nadie diga que no nació en Chatenay, cerca de Paris.

La tercera cita es de San Juan, capítulo XIX, versículo 19. El mismo vicio que en las anteriores. En este versículo se hallan las palabras que mandó poner Pilatos sobre la Cruz de Cristo: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*.

Todos los días decimos: Cicerón el romano, Príncipe de los oradores latinos. Sin embargo Cicerón no nació en Roma; nació en Arpinum, aldea insignificante del país de los voscós. Nadie le apellida el orador *arpiniano*. Todo el mundo le llama *el orador romano*. ¡Luego na-

ció en Roma!... Parece mentira que en pleno siglo XIX se pongan tan fútiles argumentos.

El último testo, mejor dicho, los dos últimos testos, son los versículos 22 y 6 de los capítulos II y III de *Los hechos de los Apóstoles*, en los cuales se llamaba *Nazareno* á Jesus.

Siempre la propia falta. Esto nadie lo niega. Lo que se niega, lo que debe probarse, lo que no se puede probar nunca, es que Jesus *nació* en Nazareth, como dice, porque quiere M. Renan, y *no nació* en Belen, como dicen, porque es cierto, los Evangelistas. Pero ya conocemos la táctica de M. Renan. Fastidia con la abundancia de testos cuando son inútiles, y no aduce ninguno cuando son necesarios. La parte principal de la cuestion es la que, porque no puede probar, no prueba nunca. Verdad es que no puede. Las blasfemias son indemostrables por su propio naturaleza.

Jesus se apellida *Nazareno*, no porque *nació*; sino porque fue concebido en Nazareth. M. Renan, que tanto habla de los Evangelios, que con tanta frecuencia los cita, podía saber, debía decir que en San Lucas, cap. I, versículo 26, se refiere cómo el Arcángel Gabriel, por orden de Dios, descendiendo del cielo, vino á Galilea, á la ciudad de Nazareth, y acercándose á una Virgen llamada María, desposada con un hombre que se llamaba José, de la casa de David, le dijo estas palabras: «Dios te guarde, María. Eres llena de gracia, etc.

Concebirás y parirás un hijo, que se llamará Jesús, etc., etc.»

Esto, la concepción de Jesús, en las purísimas entrañas de María, tuvo lugar en Nazareth. Por esto es, se apellida, y según estaba predicho se debía llamar NAZARENO. *Quoniam Nazarænus vocavitur.*

Pero (y esto no lo cuenta M. Renan), el mismo San Lucas, capítulo II, versículo 7, dice espresamente que Jesús nació en Belén, donde á la sazón habían ido sus padres, José y María, desde Nazareth, en Galilea, como descendientes de la familia de David, para inscribirse en los libros de estadística que entonces se hacían por orden del César en todo el imperio.

También calla M. Renan que San Mateo, capítulo II, versículo 1, afirma espresa y terminantemente que Jesús nació en Belén, en los días del Rey Herodes.

Renan calla igualmente todo lo que puede perjudicarle, es decir, todo lo que necesita impugnar, y no lo es posible, porque es evidente.

Los magos entraron en Jerusalén diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.»

Herodes, al oír esto, se turbó, y toda Jerusalén con él.

Herodes temió perder su reino. Por esto temblaba solo al oír que en aquellos tiempos debía nacer el esperado Mesías.

Entonces Herodes, en vez de desmentir y despreciar á los magos, convocó á los Príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo y les preguntó dónde debía nacer Cristo.

Y ellos le dijeron: «En Belen de Judá, *porque así está escrito* en los libros santos.»—Y tú, Belen, tierra de Judá, de ningun modo eres la mas pequeña entre las principales de Judea, porque de tí nacerá el Caudillo que regirá á mi pueblo Israel.—

Herodes envió á los magos á Belen, encargándoles que cuando hallasen el Niño, volviesen por el propio camino, para que le dieran noticias exactas del lugar en que había nacido y el punto en que se hallaba.

Los magos encontraron á Jesus en Belen, y despues de haberle adorado, se volvieron á su país por otro camino.

Herodes indignado, queriendo destruir al Niño que en Belen había nacido Rey de los judios, para no perder su trono, mandó degollar á todos los niños que en aquella comarca tuviesen menos de dos años de edad.

La matanza fue horrible. Los llantos de Israel llegaron hasta el cielo con este motivo.

Todo esto puede hallarlo M. Renan en San Mateo, capítulo II, desde el versículo 1 hasta el 23 que es el último.

Y ahora preguntamos: ¿Era posible falsear el nombre del pueblo en que nació Jesus, cuando tanto ruido hizo en su nacimiento, cuando ante

Else postraron los magos, cuando en derredor de su cuna, llenos de fé, oraban y bendecian al Señor los pastores, cuando por los aires entonaban los ángeles del cielo gloria á Dios en las alturas y én la tierra paz á los hombres de buena voluntad? Si Jesus no hubiera nacido en Belen, ¿hubiera dejado Herodes de negar su divinidad, diciendo que en él no se habian cumplido las profecias, segun las cuales, en Belen y no en otra parte debía nacer el caudillo que libertara á Israel? Si Jesus no hubiera nacido en Belen, si en El no se hubieran cumplido las profecias, ¿hubiera necesitado el impio Herodes regar con sangre de inocentes y lágrimas de madres desconsoladas todo el suelo de Galilea, para ver, si degollando á todos los niños, de menos de dos años, lograba frustrar los designios de Dios, degollando al Mesias, al *nacido* Rey de Israel? ¿Cómo habia de ser posible ocultar ó cambiar ni aun el nombre del pueblo en que nació Jesus, cuando tantos esplendores rodearon su cuna, cuando tan profunda conmocion produjo en todo el mundo su aparicion en la tierra?

San Mateo ademas, escribió su Evangelio ocho años despues de la resurreccion de Jesucristo. Los lectores pertenecian á una generacion que toda entera conocia desde el nacimiento hasta la ascension de Jesus. ¿Cómo era posible que no hubiera sido desmentido San Mateo, si hubiera dicho que Jesus nació en Be-

len, habiendo nacido en Nazareth? Todas las personas de aquel tiempo eran testigos presentes de lo ocurrido. La falsedad no era ni podía ser concebible.

Mas aun. Jesus fue un titulo de inmensa gloria. ¿Cómo es que los habitantes de Nazareth no disputaron á los vecinos de Belen la infinita honra de poseer dentro de sus muros la verdadera cuna de Jesus? Ya en tiempo de Ciceron los griegos se disputaban la gloria de llamar *paisano* á Homero. ¿Por qué los hebreos tan celosos de sus glorias, que con tanta exactitud cuentan la vida y origen de sus Profetas, habian de ser menos celosos que los helenos, tratándose de la cuna, del pueblo en que nació el hombre Dios, que con su celestial doctrina ha reformado el mundo?

Convengamos, pues, en que Jesus nació en Belen; en que se cumplieron las profecias que en Belen anunciaban su nacimiento; que, en fin, M. Renan en este punto, como en mil y mil otros, no dice la verdad porque tiene empeño en reducir á los incautos, perdiéndolos con la confusion de la mentira.

Vae qui scribentes injustitias scripserunt!

IV.

Trata M. Renan en el capítulo tercero que hoy examinaremos de lo que en su epígrafe apellida *La educacion de Jesus*. No se le pue-

de negar que dice cosas muy peregrinas. Como siempre, habla y no prueba. Por necesidad miente, y por oficio oculta la verdad. Renan es, sin duda, el mas aprovechado discípulo que tienen los sofistas en el presente siglo. Sócrates hubiera hecho reir muchísimo á las gentes á costa del *buen* Renan. Nosotros nos limitamos á señalar sus imposturas, para precaver á nuestros lectores del venenoso error que en dorada copa se les intenta propinar. Escuchemos al nuevo discípulo de Juliano.

Hace de Jesus la mas horrible pintura. Lo describe, no como es, no como en realidad aparece en los libros santos, sino como él, Renan, lo desearía en el aborrecimiento, en la preocupacion vergonzosa con que le considera.

Jesus, dice M. Renan, no fue instruido en las escuelas superiores de los fariseos.—Tiene en esto razon; pero olvida decir que sin haber asistido á esta escuela, desde su mas tierna edad, asombraba con su erudición y elocuencia á los fariseos, que habian empleado toda su larga vida en el estudio de los libros santos. Esto que para todo el mundo es un milagro, una prueba evidente de la divinidad de Jesus, en M. Renan es pretesto para su desprecio. El fanatismo de este escritor es hasta inconcebible. En el siglo xi hubiera parecido execrable.

«No es *probable*, añade Renan (pág. 32) que Jesus conociera el griego. Con mayor razon puede afirmarse que tampoco tuvo noticia

de la literatura griega. No conoció la idea nueva, *creada* por la filosofía griega, que excluía las divinidades caprichosas, es decir, la idolatría.» (Pag. 40.)

Esto es algo mas que ridículo. Valor se necesita para sostener que Jesus no conoció la doctrina contraria á la idolatría, cuando todas sus palabras se encaminan á condenarla, á arrancar hasta sus últimas raíces en la sociedad. Aun se necesita un cinismo mucho mas absurdo, que raye en los límites de la impudencia, para afirmar como lo hace Renan, que las *caprichosas divinidades* fueron excluidas por la filosofía griega, cuando la filosofía griega con muy contadas excepciones en algunos filósofos, estableció la mas repugnante supersticion en este punto; cuando Grecia es por escelencia el pueblo de los ídolos y los oráculos; cuando, en fin, todo el Antiguo Testamento está lleno de espantosas sentencias contra las falsas divinidades y los hombres que por ignorancia ó malicia, les rendian abominable culto. Pasemos esto. ¿Quién creerá necesaria una disertacion para demostrar que no la supersticiosa filosofía de los griegos, sino la santa filosofía de Jesus, la Religion divina, la Religion católica es la que únicamente ha desterrado del mundo la execrable plaga del paganismo?

—Pero Jesus, dice Renan, no entendia el griego ni tuvo noticia de su literatura.—Y ¿por qué? A esta pregunta no se contesta. Re-

nan supone, sin probarlo por supuesto, que Jesus no tenia ciencia infinita, y á su antojo le concede la ilustracion que quiere. Sus argumentos son dignos de tomarse en cuenta.

Nicolás de Damasco y Josefo dice, eran judios y sabian griego y conocian la literatura griega.—¡Jesus que tambien era judio, que vivia por el mismo tiempo no podía tener estos conocimientos! La razon será muy poderosa, pero Renan la deja en su tintero, sin duda para mejor ocasion; como el *otro* que se moria de frio y guardaba el capote para tiempo *mas oportuno*.

Pero debemos ser justos, presentando un raciocinio que en apoyo de su estrambótica afirmacion espone M. Renan.—Entre los judios, dice, era mirado con desprecio el estudio de la literatura griega. Cuando mas, se admitia como entretenimiento de las mujeres. (Pág. 34.)

Esta razon debe ser desleída.

La generalidad de los hebreos no estudiaban la literatura griega, como hoy la generalidad de los hombres de todas las naciones no la estudian tampoco, porque en resumidas cuentas, para el bien de la sociedad no hace falta ninguna.

Pero, ¿puede inferirse de esto que Jesus no conocía el griego?

Nicolás de Damasco y Josefo eran judios, eran contemporáneos de Jesus, y no obstante

la indicada costumbre, conocian la literatura griega. ¡Luego Nicolás y Josefo eran mas sabios, mas instruidos que Jesus! ¡Por esto, sin duda, ellos como Jesus, han renovado por completo la faz del mundo!... Por esto, sin duda, hoy nadie conoce á Nicolás de Damasco, y muy contadas son las personas que tienen la paciencia de leer los libros de Josefo, del adulador y apóstata autor del *Bello Judáico*.

¡Las mujeres hebreas como por entretenimiento podian conocer la literatura griega! ¡Jesus, no obstante, ni como Dios, ni aun como hombre, podia estudiar lo que las mujeres hebreas estudiaban! Ya se comprende que los argumentos de Renan son verdaderamente *horribles*. Nos aplastan. Su lógica es *abrumadora*.

Jesus, no obstante, segun M. Renan, aunque no habia estudiado en las escuelas superiores de los judios, estaba muy versado en el estudio del Antigo Testamento. ¿Cómo entonces, sin conocer el griego, pudo leer y estudiar el libro de *la Sabiduria*, por ejemplo, escrito en griego, y tan en griego, que al hablar del San Gerónimo en el *Prefacio á los libros de Salomon*, dice, que por su estilo *greecam eloquentiam redolet*? Esto no lo explica M. Renan.

Pero no queda aquí todo. La ignorancia de Jesus es portentosa. Ni aun conocia, «no tuvo

ningun conocimiento del estado general del mundo.»

«Creía que la tierra estaba dividida en reinos que se hacían la guerra. No sabía al parecer que en su tiempo reinaba la paz en el imperio. No tuvo *ninguna* idea precisa del imperio romano. El nombre de César fue lo *único* que llegó hasta él. (Pág. 58.)»

Ignoramos por qué no ha dicho M. Renan, que Jesús no entendía el latín. Después de afirmar que no se conoce el imperio, viviendo en el imperio, nada más lógico que no entender el latín, viviendo entre latinos. Sin duda se escapó esta circunstancia á la perspicacia de M. Renan. Reparará la falta en otra edición.

Pero aun nos queda mucho que decir. Jesús no solo ignoraba el griego, no solo desconocía las cosas del imperio romano, sino que ni aun entendía el hebreo, ni siquiera tenía noticias del *movimiento* literario que se verificaba en su tiempo y entre los mismos hebreos. No conocía la secta de los esenios. Las doctrinas de Filón no habían llegado hasta él. Ni aun el *escolasticismo bizarro* de los fariseos fue estudiado por Jesucristo. (P. 55.)

Esto se desprecia; no se refuta. Negar á Jesús hasta el talento necesario para comprender lo que todo el mundo, hasta el vulgo comprendía en su tiempo, es la más insensata y fanática y absurda exageración que pudiera imaginarse.

No necesitamos decir por supuesto, que Renan para hablar así se apoya en Renan mismo; no cita á nadie; se contenta con pintar á Jesus como él quisiera que fuese, y nos regala su tejido de imposturas, su ridícula novela, como un retrato histórico, completamente histórico, de Jesucristo.

Ya hemos visto lo que no sabia; ahora nos falta conocer lo que, segun M. Renan, sabia Jesucristo.

«Jesus aprendió á leer y escribir en las escuelas hebreas de *segundo ó tercer orden.*»

Esta afirmacion la apoya M. Renan en el versículo 6, cap. viii de San Juan. Sin embargo, Renan es poco dichoso en sus citas. El versículo citado dice al pie de la letra lo siguiente:

«Y decian esto á Jesus tentándolo para poder acusarlo. Pero Jesus inclinándose hácia abajo escribió con el dedo en la tierra.»

¿Se dice aquí algo de escuelas grandes, pequeñas ni de ningún género? No. Pues este es el pasaje en que apoya Renan su teoria sobre las *escuelas*. Asombra el atrevimiento de este moderno Porfirio. Para citar en falso, aun aventaja á Voltaire en impudente osadía.

Para demostrar que Jesus ignoraba el hebreo, M. Renan aduce dos pasajes del Evangelio. El primero es de San Mateo, cap. xxvii, v. 46. Veamos lo que dice, porque en las palabras de M. Renan no podemos tener confianza.

«Cerca de la hora nona, exclamó Jesus con una graa voz, diciendo: ¿Eli, Eli, lamma Sabacthani? Esto es, Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?»

El segundo testo es de San Márcos, capítulo xv, vers. 34. En él se repiten con entera exactitud las mismas palabras citadas de San Mateo, con la mismísima ocasion, sin añadir ni quitar nada. ¿Se desprende de estos pasajes biblicos que segun los Evangelistas, Jesus ignoraba el hebreo? ¿En qué lengua hablaba entonces Jesus, cuando en el templo disputaba con los fariseos y los confundia y los asombraba con sus portentosas erudicion y elocuencia?

Mas todavía. Jesus, dice Renan, no fue original en su doctrina. Hillel, que vivió cincuenta años antes, fue su *verdadero maestro*. (Página 35.)

Cierto es, no obstante, que Renan, como todo el que miente, necesita mucha memoria. Cuatro páginas antes, en la 31, dice espresamente que Isaias y su continuador de la cautividad de Babilonia, fueron los *verdaderos maestros* de Jesus. Tenemos, pues, que el *verdadero maestro* de Jesus es Hillel, en la pág. 35. Esto, sin embargo, no puede impedir que los *verdaderos maestros* sean Isaias y su continuador, en la página 31. Dejemos la contradicción aparte. Este género abunda mucho en la obra de Renan que examinamos.

¿Cuándo ha dicho Jesus que su doctrina es

original? ¿No ha dicho, por el contrario, que no venia á disolver *la ley sino á cumplirla*? ¿No ha dicho que en él se cumplieran las profecías? ¿No cita á cada paso el Antiguo Testamento para demostrar que su doctrina es la realizacion de lo prometido por Dios á los Patriarcas y Profetas? ¿A qué se habla entonces de originalidad ni de maestros? Todo el Antiguo Testamento es maestro y *precursor* de Jesucristo. Pero Renan lo que quiere es desprestigiar á Jesus á toda costa. No examina siquiera el género de armas que emplea, para evitar el no ser herido al querer herir con ellas.

Isaias escribió en hebreo. Su lenguaje es puro y su estilo lleno de elegancia y sublimidad. El protestante Grocio compara á Isaias con Demóstenes. Mornæus dice que iguala á Ciceron. Heidegger, no sabiendo ya cómo encomiarlo, dice que por su brillante elocuencia puede ponerse en parangon con Pericles, con el sabio orador y filósofo griego que dió nombre á su siglo, *¡al siglo de Pericles!* Y si Isaias fue el *verdadero* maestro de Jesus y solo escribió en hebreo, muy puro, muy sublime y elegante, ¿cómo pudo entenderlo, cómo pudo ser Jesus su *verdadero* discípulo? Tambien explicará esto M. Renan con el tiempo, es decir, cuando las ciencias adelanten hasta el punto de explicar cómo puede alumbrarnos el sol á las doce de la noche, ó servirnos de baño delicioso una inmensa hoguera.

Vamos á cerrar este artículo examinando un párrafo importante.

«El libro de Daniel, dice Renan, compuesto por un hebreo exaltado *en los tiempos* de Antíoco Epífanes, *fue atribuido* á una edad mas antigua. La *leyenda* de Daniel estaba ya formada *siete siglos antes* de Jesucristo. Ya habla de ella Ezequiel en los capítulos xiv y xxviii de sus Profecías. *Por las necesidades* de la *leyenda* (es decir, para favorecer con ella al cristianismo), SE LE HIZO VIVIR en los tiempos de la cautividad de Babilonia.» (Pag. 37.)

Aquí necesitamos ante todo dar una importante lección á M. Renan. Digimos en nuestro primer artículo que este fanático escritor no ha leído jamás la Biblia. Hoy lo demostrará él mismo.

En el párrafo que acabamos de copiar hay tres vergonzosos errores.

1.º Se dice que el libro, la *leyenda* de Daniel fue compuesto por un hebreo en los tiempos de Antíoco Epífanes, *siete siglos antes* de Jesucristo.

2.º Que Ezequiel es anterior en dos siglos á la cautividad de Babilonia.

3.º y último. Que la *leyenda* de Daniel no es genuina, ó lo que es igual, que lleva falsamente el nombre de este Profeta.

El primer error no es original. Tiene una historia bastante larga y bastante manchada por cierto. Renan, que tanto cita cuando no es

necesario, cuando es conveniente, se abstiene de citar con sumo empeño.

Podía, en efecto, haber dicho que su primer error fue propalado por el fanático y apóstata Porfirio, como Renan, enemigo personal de Jesus, en el siglo III. Porfirio sostenía como Renan, que la profecía de Daniel fue *inventada* en tiempo del Rey Antíoco.

Hobbes, el patrono de la tiranía, en su *Leviathan*, cap. xxxiii, copia y repite el error de Porfirio.

Espinosa, también como Hobbes del siglo XVII, también como Renan y Porfirio, apóstata y encarnizado adversario del cristianismo, repite y copia la fábula de Porfirio.

Renan, pues, sigue en este punto las huellas de los inmundos filósofos Espinosa y Hobbes, y se declara nieto y heredero de Porfirio el renegado y blasfemo.

Por esto sin duda no ha querido Renan apoyar en esta ocasión sus teorías, sus blasfemos errores con antiguos textos. Se avergonzaba de presentarse en público como hijo de tales padres, y nieto de tan aborrecido abuelo.

San Gerónimo explica el odio de Porfirio á las profecías de Daniel, diciendo que este Profeta señala con toda precisión y seguridad la época fija en que debía nacer el Mesías. Por esto le aborrecen los enemigos de Jesus. Por esto se ensañan contra El más que contra ningún otro Profeta. Por esto Renan copia en su

furor á los mas furibundos enemigos de Jesus.

¿Pero qué razon hay para sostener que no es Daniel el autor del libro profético que lleva su nombre?

El propio Daniel dice que lo escribió él mismo, en el capítulo viii, versículo 26.

San Mateo, capítulo xxiv, versículo 15, tambien afirma que Daniel es el autor de sus profecias.

Pero estas autoridades valen poco para M. Renan. Se complace en desmentir á Daniel el Profeta y San Mateo el Evangelista.

Busquemos, pues, otras autoridades.

Josefo, el historiador judío, el autor que prefiere Renan al mismo Jesucristo, en sus *Antigüedades*, libro xi, capítulo último, no solo dice que es de Daniel el libro que lleva su nombre, sino que afirma que ya, como antiguo, como profético, como de Daniel, lo presentaron el pueblo, los sacerdotes, y el Sumo sacerdote en Jerusalem, á Alejandro el Grande, *dos siglos antes* que viviera Antíoco Epifanes.

El mismo Josefo, tan respetado por Renan, en la propia obra, en las *Antigüedades*, libro x, tambien capítulo último, asegura que Daniel fue un gran Profeta, le colma de elogios y afirma que aun en su tiempo se conservaban, como hoy, las Profecias que escribió.

Vea, pues, M. Renan cómo no es inventado por nadie, sino escrito por Daniel el libro de sus profecias.

Mas aun: la *Version* de los 70 se hizo en Alejandria, por orden de Tolomeo Philadelpho, Rey de Egipto, del hebreo al griego el año 285 antes de Jesucristo, ó lo que es igual, *cien años* antes de que naciera el Rey de Siria, Antíoco Epiphanes, en cuyo tiempo, coplando á Porfirio, supone Renan que fue compuesto el libro de Daniel.

Philon, otro escritor judío, del primer siglo tambien, citado y muy respetado por Renan en la *Vida de Moisés*, libro x, habla de esta *Version* (en la cual se halla el libro de Daniel), y la encomia con entusiasmo, hasta el punto de asegurar que todos sus autores estuvieron inspirados por Dios.

Ahora bien: Antíoco, Rey de Siria, implacable adversario de los judíos, que sitió y tomó por la fuerza á Jerusalem; que depuso al gran sacerdote Onías; que profanó el templo ofreciendo sobre su altar un sacrificio á Júpiter Olímpico; que hizo morir al santo anciano Eleazar y á los siete hermanos llamados Macabeos; Antíoco, en fin, Rey de tan triste celebridad en los anales de los hebreos, murió el año 164 antes de Jesucristo. ¿Y es posible que se inventara dos siglos antes de Jesus, lo que ya existía tres siglos antes en la *Version* de los 70; lo que como antiguo se presentó al conquistador Alejandro *cuatro siglos antes* en Jerusalem; lo que, en fin, por testimonio del mismo Daniel, de San Mateo y Josefo, el his-

torizador judío, existía, se escribió durante la cautividad de Babilonia? ¡Esto lo explicará M. Renan! El comprenderá cómo puede descubrirse en el siglo xviii el Nuevo Mundo, hallado por Colon en el siglo xv. Nuestra habilidad no llega á tanto.

También asegura Renan, que el libro de Daniel, *compuesto* en tiempos de Antíoco, *dos siglos* antes de Jesucristo, estaba ya *compuesto en tiempos de Ezequiel*, SIETE SIGLOS antes del nacimiento del Salvador. Esperamos que se nos explique, cómo se inventó en el *siglo segundo*, según M. Renan, lo que según el propio Renan, *ya existía* en el *siglo sétimo* antes de Jesucristo. Es una diferencia de 500 años, que por cierto, por su cantidad no es despreciable.

Supone Renan, pues, que Antíoco vivió *siete siglos* antes de Cristo, lo cual prueba que ignora la historia del mundo, después de haber dicho, que quien la ignoraba era Jesucristo. Mal rato pasaría por cierto Renan en un examen de historia, si lo pusieran en la necesidad de explicar todo lo que sucedió en el Oriente desde Ciro hasta el Rey Antíoco.

Supone también Mr. Renan, que la cautividad de Babilonia es anterior todavía al siglo vii. Otra prueba de su erudición. Entre Jesucristo y la cautividad de Babilonia, solo mediaron *cinco siglos*.

Como prueba de este nuevo error, dice Re-

nan, que Ezequiel cita á Daniel. ¡Vaya un argumento! ¿Ezequiel y Daniel estuvieron juntos en la cautividad? Daniel escribió al principio, y pocos años despues su compañero Ezequiel.

Forzoso es convenir, en que Renan *conoce á fondo* el asunto que trata.

Concluiremos este artículo, recordando un hecho importante. El libro de Porfirio, que hoy copia M. Renan, fue quemado por el Emperador Teodosio el año 388 de la Era cristiana. Ya ve cuán antiguo es su error y su castigo.

V.

En el capítulo iv, segun dice M. Renan, se propone examinar *el orden de ideas, en cuyo seno se desenvolvió Jesus*. El epígrafe por sí solo es una blasfemia. No decimos que un error, que una sentina de inmundos errores; porque lo blasfemo ni es verdadero, ni deja nunca de ser falso, ni puede menos de ser inhumano. No, en Jesus no hubo mudanzas. Jesus *no se formó, no se desarrolló*; nació formado y desarrollado; como Dios, tuvo la plenitud, la absoluta plenitud del saber desde la eternidad, y como hombre desde el primer instante de su ser, en las purísimas entrañas de María, participó de toda la luz, de toda la infinita verdad que son esenciales atributos del Verbo increado. Jesus no espermentó variacion ninguna en sus ideas. No es Dios mudable

como el hombre. No alteró jamás en nada su doctrina. No perdió sus conocimientos, porque nada olvidaba, ni los aumentó, ni en nada pudo aumentarlos, porque desde el principio, desde la eternidad toda la verdad, la ciencia absoluta se encerraba en su espíritu.

Pero entremos de lleno en la cuestión.

Renan comienza diciendo, sin pruebas por supuesto, que Jesús «no fue un teólogo ni un filósofo con sistema completo; que para ser discípulo de Jesús no era necesario suscribir *ninguna fórmula*, ni hacer ninguna profesión de fé; que, en fin, solo se necesitaba *unirse á él y amarle*. Jamás disputaba sobre Dios. No pensó nunca en las *sutilezas metafísicas*, inventadas en el siglo III. Jesús no tuvo nunca *dogmas ni sistema*; sino una resolución personal y fija.» (Pág. 46.)

En este párrafo hay tantos errores como palabras. Ni aun siquiera se concede á Jesús lo que nadie niega á los filósofos de la antigüedad. Platon y Aristóteles para fundar su secta, comienzan por establecer una doctrina. Jesús para Renan hasta en esto es inferior á los hombres. Su escuela se apoya en el culto de las personas que desaparecen, sin pensar para nada en las ideas, en las verdades que nunca mueren. El fanatismo de Renan no tiene semejante. Repugna de puro absurdo. No concede á Jesús ni aun el talento necesario para conocer que las sociedades perecen cuando estriban

únicamente en las personas, despreciando el firmísimo apoyo de los principios y la doctrina.

Todos los hereges, todos los fundadores de todas las religiones han comenzado por presentar una doctrina, para que sirviera de base á la comunión de hombres que intentaban formar. Hasta Mahoma redactó el Corán. Renan, sin embargo, no atribuye á Jesucristo, ni aun el talento que nadie niega al fanático autor del islamismo. Verdad es que todo lo concede quien todo lo niega. Las absurdas negaciones de M. Renan solo sirven para demostrar que este *afamado* escritor está dominado por una crónica monomanía anti-cristiana.

Renan hace al tratar de Jesus, lo que podría hacer un historiador de trastornada inteligencia, que arrastrado por su aborrecimiento, se empeñara en negar la fortuna á César, ó el valor á Pompeyo, la elocuencia á Cicerón ó la riqueza á Cresus. Lo que mas resalta en el cristianismo, es la universalidad, la permanencia é inmutabilidad de su doctrina. Esto es, sin embargo, lo que niega M. Renan. No hay que extrañarlo. En nuestro siglo no han faltado *filósofos* que nieguen lo evidente, y hasta hemos conocido hombres que no creen, que dicen que no creen en la realidad de los cuerpos. Renan solo podría ser comparado con el estrambótico astrónomo, que despues de negar la luz al sol, la admitiera, la concediera en todos los cuerpos opacos. Renan atribuye

ciencia á todo el mundo, menos á Jesus. Lo repetimos. Este odio al cielo es repugnante y asqueroso.

Como puede ver todo el que lea el párrafo transcrito, M. Renan, porque quiere, no cree que Jesus fuera un teólogo, ni que tuviese dogmas en su doctrina, ni menos que defendiese las *sutilezas metafísicas*, inventadas por los cristianos en el siglo III.—Esto quiere decir pura y simplemente que Jesus no inculcaba en el ánimo de los hombres que le seguían la necesidad de creer en Dios, en su Verbo, en su Santo Espíritu. Esto quiere decir que Jesus no hablaba á cada instante del cielo como premio de los justos, del infierno como eterno escarmiento de los malvados. Esto significa que Jesus no admitía el orden sobrenatural, la vida futura, la resurrección de la carne, toda la moral y toda la fé del catolicismo. Esto equivale á sostener que Jesus no fundó Iglesia, no estableció Sacramentos, no prometió perpetua existencia á su Iglesia, ni infundió jamás esperanzas en el corazón de los fieles que le seguían. Esto vale tanto como decir que Jesus no aprobó la virtud y condenó el crimen; no ensalzó la humildad y abatió la soberbia; no colmó de elogios la justicia, y cubrió con el oprobio de sus anatemas la iniquidad. Esto, por último, es decir que Jesus no habló, ni enseñó, ni se propuso nada en el mundo. ¡Qué absurdo tan monstruoso! No necesitamos re-

futarlo. Todo el Evangelio cae como una inmensa mole sobre la escandalosa novela de M. Renan para aplastarla y confundirla, y sepultarla llena de ignominia en las lóbregas entrañas de la tierra.

¡Que Jesus no disputó sobre Dios! ¿Y con qué fin habia de disputar? ¿Quién negaba entonces la existencia de Dios? El mundo no pecaba en aquel tiempo por defecto; no era ateo; pecaba por exceso; era idólatra; creia en la mas absurda pluralidad de dioses. Como nadie negaba la existencia de Dios, no la demostraba, la establecia. Pero como muchos erraban acerca de la esencia, de la unidad de Dios, la defendia, la consignaba, la inculcaba en el ánimo y en el corazon de los cristianos, condenaba con todas sus fuerzas la idolatría, el culto á las infinitas y falsas divinidades del Capitolio y del Olimpo.

Contra los fariseos, que eran hipócritas y soberbios, predicaba la humildad y rechazaba la hipocresía reprendiéndolos *como raza de víboras, sepulcros blanqueados, y generacion corrompida y adúltera.*

Contra los saduceos, que se entregaban al desenfreno de la carne, negando la inmortalidad del alma, y por consiguiente la vida futura, Jesus no cesaba de indicar que la vida presente es un paso para la eterna vida; que todos hemos de ser juzgados el día de la resurrección; que todos los hombres han de

presentarse ante el tribunal de Cristo; que al ser juzgadas por Dios, despues de la muerte, se *secarán las almas de temor*; que nada hay oculto que no haya de saberse, ni encubierto que no deba revelarse; que, en fin, en el dia en que han de ser *juzgadas las justicias*, los hombres todos rodearán al justo Juez de vivos y muertos, los buenos se colocarán á su derecha, los malos á su izquierda, para que los primeros, como *benditos de su Padre*, suban al cielo á gozar el reino de perpétuas delicias preparado para ellos desde la eternidad, mientras los segundos, los malvados, como *malditos de su Padre*, serán para siempre arrojados al infierno de fuego, al lugar de eterno suplicio, para que en él posean el reino de dolor, de llantos y rechinamiento de dientes, preparado desde el principio del mundo para Satanás y los que le siguen.

Todo esto es del Evangelio. ¿Podrá decir ahora M. Renan que Jesus no es *teólogo*, que en su doctrina no tiene *dogmas*, que, en fin, rechaza, no menciona al menos las *sutilezas metafísicas*, es decir, las grandes verdades, las eternas máximas de la Religión católica?

Todos los dogmas se refieren á Dios, al hombre ó á los destinos del hombre. ¿Omitió algo en su Evangelio Jesus acerca de estos trascendentalísimos problemas? Absolutamente nada.

Jesus queria que los hombres se *uniesen* á

él y le amaran; pero que se uniesen por la *fé* que no justifica, que es muerta, *sin las buenas obras*. El que no cree ya está juzgado. El que tenga toda la *fé* necesaria para trasladar los montes, como no tenga caridad ante Dios, no adelanta nada. Para ser santo *como Dios (sicut et ille sanctus est)*, para ver á Dios tal cual es (*sicuti est*), es necesario santificarse por medio de la *esperanza* que se funda en la *fé* y se alienta con la caridad. Jesus no se contenta con una union estéril; desea una *fé* y una caridad prácticas. *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.*

No insistamos mas en este punto. Solo M. Renan puede tener el cinismo necesario para decir que Jesus *no tenia dogmas ni sistema.*

Pero *mentita es iniquitas sibi!* El mismo Renan, sin advertirlo, ciego por su odio al cielo, se contradice de la manera mas lastimosa. Acaba de *condenar* á Jesus porque no era teólogo ni filósofo, porque carecia de doctrina, y en seguida, en el propio capitulo, en la página siguiente, suponiendo que era filósofo y teólogo, que tenia doctrina, lo *condena* como plagiarlo. Este fanático escritor, cuando se trata de estampar blasfemias contra Jesus, no conoce freno ni medida. Poco le importa la contradiccion mas repugnante, con tal que pueda estamparla.

«Jesus tomó de los persas lo que dice acerca del cielo y el infierno; la virtud (Ormuz) y

el mal (Arimanes); la redención y el último juicio.» (Pág. 47.)

«La profecía de Daniel fue también un plagio de estas ideas que desde la India y la Persia se habían estendido por el mundo.» (Pág. 48.)

«La inmortalidad del alma, los premios ó castigos del hombre, del individuo, según sus obras, es una copia de la filosofía griega.» (Pág. 51.)

Esto *será* copia, pero al fin es *doctrina*. Ya tenemos algo. Antes Jesús no era teólogo ni filósofo; ahora vamos adelantando; ya aunque *plagiario*, es filósofo y teólogo, con doctrina, que si bien *copiada*, no deja de ser doctrina.

Hemos visto que según M. Renan (el de la página 46), Jesús *no tenía dogmas ni sistema*.

También hemos visto que, según M. Renan (el de las páginas 47, 48 y 49), Jesús *tiene doctrina y dogmas*.

Esto, que nada prueba contra Jesús, demuestra hasta la evidencia que el furor anticristiano ha perturbado el cerebro de M. Renan.

No negamos, no podemos negar que los dogmas fundamentales del catolicismo; que todas las grandes verdades, relativas á Dios, á nuestra alma, la caída de nuestros primeros padres, la esperanza de un Redentor, etc., etc., estaban estendidos, aunque desfigurados, por todo el mundo. Todos los hombres descendían de Adán, y como de él aprendieron la lengua, de él aprendieron también las verda-

des que el mismo Dios le revelara. Antes del diluvio todo el mundo podía considerarse como una dilatada familia, cuyos jefes son todos hermanos, que llaman padre al primer hombre.

Después del diluvio, los hombres que pueblan la tierra son hijos de Noé y han aprendido la doctrina, y saben los dogmas y la moral de Noé. Todos conocen á Dios; todos esperan la redención; todos están firmemente persuadidos de la necesidad de la penitencia para lograr nuestra santificación. Como todos los hombres tienen un mismo origen, todos en el fondo, aunque alteradas en la forma, conservan unas mismas tradiciones. ¿Qué, pues, tiene de extraño que la revelación hecha á Adán se encuentre en todos los descendientes de Adán, como se encuentra la tradición del diluvio en todos los países poblados en Europa por Jafet, en Asia por Sem y en el Africa por Cam, todos hijos de Noé, todos con Noé, salvados del diluvio en el Arca, tan célebre en la historia de la humanidad?

Esto nada dice en contra del cristianismo; por el contrario, prueba muchísimo en su favor. Demuestra la unidad de la especie humana, dogma fundamental de nuestra Religión santa.

Pero, aun admitido esto, ¿quién es el plagiario? Considerando la cuestión como humana, nadie, por que todos los hombres que habitan la tierra poseen la revelación de Adán y Noé. Considerándola como filosófica, los

verdaderos copistas son los *filósofos*.—Veámoslo.—

Josefo, el historiador judío, de tanta autoridad para M. Renan, dice en el libro *contra Apion*, que Pitágoras imitaba á los hebreos y que trasladó á su *filosofía* muchas leyes jurídicas.

Hesiodo en su *Teogonía*, Ovidio en las *Metamorfosis*, y Virgilio en la *Eneida*, copian lo que dice Moisés acerca de la creación.

Segun dice Josefo, el historiador tan venerado por M. Renan, Beroso, el filósofo caldeo, copia de Moisés la historia del Arca y del diluvio.

Maneto y Lisímaco también, segun Josefo, en sus *libros contra Apion*, copian la salida de los israelitas de Egipto, tal cual la refiere Moisés.

No hay ciudad entre los griegos ni entre los bárbaros que no celebre como santo el día sétimo, recordando lo hecho por Dios y escrito por Moisés. También dice esto Josefo, el amigo de Renan, *Contra Apion*, lib. II, cap. IX. Citamos á este historiador con preferencia por la preferencia que entre todos los historiadores le da M. Renan.

Ya vé este furibundo adversario de Jesús que, segun su historiador predilecto, no son los hebreos, los Profetas los que copian; por el contrario, ellos y solo ellos son los copiados.

Pero se dirá: «Esto no puede ser. La India y el Egipto tienen una antigüedad fabulosa. Su

civilización es mucho mas antigua que la de los hebreos. Su historia cuenta por lo menos 38,000 años.»

Procedamos con calma. No es lo mismo hablar de años que haberlos vivido. El mentir no es difícil. El exagerar cuando se quiere, ofrece pocas dificultades.

En el siglo pasado estuvieron en moda entre los adversarios del catolicismo las llamadas tablas astronómicas de la India. Bailly, para desmentir á Moisés, llegó á contar en ellas, *científicamente* por supuesto, mas de 35,000 años. Esto no obstante la tal antigüedad se ha desvanecido, con la preocupación que la sustentaba. ¡Hoy se ha demostrado por la ciencia que las citadas tablas son *muy posteriores* á Jesucristo!

A los Reyes de la India, para desmentir á Moisés, se les atribuía del propio modo una antigüedad fabulosa. ¡La crítica ha demostrado que entre los tales Reyes no hay uno solo que sea anterior á la dispersion de los hijos de Noé, despues de la confusion de las lenguas!

Los *sabios* que llenos de preocupaciones anticristianas, acompañaron á Napoleon en su expedición á Egipto, encontraron un zodiaco desconocido, cuyo origen ignoraban y cuyas inscripciones no entendían. El pretexto era excelente. Al momento, para desmentir á Moisés, dijeron que aquel zodiaco era mu-

cho mas antiguo que el mundo, segun el Génesis.

Pasó no obstante algun tiempo, la ciencia se apodera del tal zodiaco, lo examina, descifra sus geroglíficos, lee sus inscripciones y se convence de que no es anterior á Tiberio y Neron, *cuyo nombre llevan*, ó lo que es igual, que no solo no era anterior á la creacion, sino que era 40 siglos mas moderno que la poblacion del mundo, narrada por Moisés. ¡A esto se reduce la tan ponderada antigüedad de los pueblos orientales!...

Vea, pues, M. Renan cómo estos pueblos no pudieron ser maestros de los Profetas, por la sencilla razon de ser mucho mas modernos en su civilizacion que los Profetas.

Mas añadiremos todavía.

El historiador mas antiguo de Caldea, es Beroso, y vivió *tres siglos antes* de Jesucristo.

El mas antiguo filósofo de Persia es Zoroastro, *anterior únicamente* en 500 años á Jesucristo.

El mas antiguo filósofo entre los chinos fue Confucio, y vivió 550 años antes de la Era cristiana.

Con los griegos acontece lo propio. ¿Cuál entre sus filósofos pudo enseñar la *inmortalidad* del alma, como dice Renan, á los hebreos? ¿Aristóteles, que nació 384 años antes de Jesucristo? ¿Platon ó Sócrates, que nacieron, uno el año 429, otro el 470 antes de la redencion?

¿Quizá Pitágoras del siglo vi ó Tales Milesio del siglo vii antes de Jesus? ¿Acaso Homero, el mas antiguo entre todos los filósofos, historiadores y poetas griegos, que nació 980 años antes de nuestra Era?

Pero ¿se olvida que todos estos filósofos, caldeos y persas, chinos y griegos, son muy posteriores á los Profetas y Patriarcas? ¿Se olvida que Moisés vivió 1570 años antes de Jesucristo, ó lo que es igual, 600 años por lo menos, antes que Homero? ¿Se olvida que Abraham es anterior en 2000 años, Noé en cerca de 3000, y Adán en 4000 á la plenitud de los tiempos, á la dichosa época de nuestra redencion?

Si, pues, los filósofos paganos son mas modernos que los Patriarcas y Profetas, que los filósofos de los hebreos; si la fabulosa antigüedad de los indios, los persas y los egipcios es completamente falsa, ¿cómo es posible que los *mas modernos* hayan podido ser maestros de filósofos que murieron muchos siglos antes que aquellos nacieran? ¡Gracioso sería ver á Platon dando lecciones sobre la vida futura á Moisés, que murió por lo menos ONCE SIGLOS antes que Platon naciera!

Pues tan fundados como este son todos los cargos de M. Renan. La obcecacion de Renan es inconcebible. Si hoy escribiera un tratado de geografia, sería capaz de afirmar que el Nuevo Mundo es una quimera; que mas allá de Cádiz

no hay más; que, en fin, la Nueva Zelandia, si mecia ser nombrada, cuando mas podría jocarse entre las *fabulas* inventadas por los malos poetas. Lo cierto es que esta y no otra es la crítica de M. Renan.

lolicismo, sin coherencia, sin doctrina, sin método y hasta sin formalidad. Como escritor, M. Renan inteligente & sabedor, es un mal hombre. La calificación es dura; pero justa y necesaria.

Cuando M. Renan quería decir que en sus no se comprenden las profecías, que no tuvo ciencia divina absoluta, lo supone ignorante; esto que no concierne el cargo ni aun el defecto;

VI.

que nada concierne al asunto; que aun el más deludido no tenía noticia de muchas cosas importantes; que no habían llegado a sus oídos las doctrinas de los Escritos, de la ley de los israelitas de Jerusalén, no

Nuestros lectores tienen ya sobrados motivos para conocer á M. Renan. Este escritor, en efecto, es hombre de una conciencia bastante singular. No ve mas que lo que tiene delante de sus ojos. Solo se fija en la objecion que quiere refutar, ó en el error que se propone inculcar. No recuerda lo pasado ni piensa en lo futuro. La contradiccion en que ha incurrido ó en lo sucesivo pueda incurrir, jamás ocupa su espíritu. Sienta primero un principio y lo niega poco despues, sin perjuicio de establecerlo mas tarde, si para sus fines momentáneos lo juzga oportuno. Nos parece que en el presente artículo, exámen que será del cap. v, resultará plenamente demostrado lo que acabamos de indicar. M. Renan es un escritor fanático, lleno de obcecacion y ódio contra el ca-

lolicismo, sin conciencia, sin doctrina, sin rectitud y hasta sin formalidad. Como escritor, M. Renan miente á sabiendas, es un mal hombre. La calificación es dura; pero justa y necesaria.

Cuando M. Renan *necesita* decir que en Jesús no se cumplieron las profecías, que no tuvo ciencia divina, absoluta, lo supone ignorante, dice que no conocía el griego ni aun el hebreo; que nada conocía *fuera del judaismo*; que aun *dentro* del judaismo no tenía noticia de muchas cosas importantísimas; que no habían llegado á sus oídos las doctrinas de los Esenios, de Filon ni aun de los fariseos de Jerusalem, no obstante ser todos de su tiempo y predicar en todas partes; en fin, hasta tiene descaro suficiente para afirmar que Jesús no tuvo conocimiento ninguno del estado del mundo; que del mismo imperio romano en el cual vivió, sólo había llegado hasta él el nombre de César. ¿Y sabéis por qué? Necesita *probar* que Jesús no es Dios, que no tuvo ciencia infinita, y dice que su educación fue grosera, y afirma que careció de los conocimientos que entonces poseía todo el mundo, y no tiene reparo en repetir cien veces que Jesús es un plagiario, que sus doctrinas son una copia de los persas ó los indios.

Pero entra en otro capítulo; necesita *probar* que no es milagrosa la propagación del cristianismo, y entonces, como la necesidad es

contraria, el medio tambien es opuesto. Entonces se dice que Jesus era muy sábio y muy original; el mas sábio y mas original entre todos los hombres.

Preguntad á Mr. Renan: ¿Jesus es Dios? Y él dirá: No, porque Dios debe tener ciencia infinita, y Jesus es tan torpe, tan ignorante que no tiene noticia ninguna del estado actual de mundo; que vive en el imperio y solo conoce el nombre de César; que en fin, es judío y vive entre los judios, y no conoce el hebreo, ni aun sabe cuál es la doctrina que enseñaban los hebreos en su tiempo.

Volved á preguntarle: Y si Jesus es tan ignorante, como decís, ¿no es un milagro, no es una demostracion evidente de su divinidad el hecho solo de que un hombre tan ignorante estienda su doctrina como luz, su voluntad como ley en todo el mundo y en todos los tiempos?

No, os contestará Mr. Renan. Porque aunque antes dije que Jesus sabia poco, ahora, porque me conviene decirlo así, sin reparar en la contradiccion, diré que sabia mucho, muchísimo, que era el mas sábio y el mas original entre todos los hombres, y que por consiguiente su triunfo es debido á la inmensa claridad de su talento, y la perfeccion de su doctrina, y la invencible constancia de su voluntad.

¿No afirmásteis antes que Jesus fue un plagiario? Si: indudablemente. Así lo estampé en las páginas 35 y 37 de esta misma obra.

¿No digisteis que Jesus no era filósofo ni teólogo, que no tenia dogma ni sistema bien ni mal formado? Justamente. Eso mismo afirmé en la página 46.

Y si antes habeis dicho que Jesus no tiene originalidad ni sistema, ¿cómo ahora con tanta desfachatez afirmais todo lo contrario?

La razon es clara. Porque antes me era conveniente sostener una cosa y ahora me parece útil sostener otra enteramente contraria.

—¡Este es M. Renan!...

Olgámosle. Sus contradicciones son repugnantes.

«Una alta nocion, dice, de la divinidad, *que no debió al judaismo*, y que parece ser la *creacion* de su grande alma, fue en cierto modo el principio de toda su fuerza, de la de Jesus.» (Pág. 74.)

Jesus, segun Mr. Renan, no tenia ningun conocimiento del griego ni del hebreo, ni de la filosofia griega, ni del estado del mundo, ni aun de las cosas del imperio. Apenas conoció algo las costumbres, la lengua y la doctrina de su país. Luego si esta *idea de Dios* que tanto pondera M. Renan, no fue tomada de los hebreos, no pudo tampoco ser tomada de los Persas ni de nadie. ¿Quién fue entonces el maestro de Jesus en el mundo? Pero sigamos.

«Es necesario colocar á Jesus en el *primer* rango entre los verdaderos hijos de Dios.» (Página 75.)

¿Y en qué razon se apoya esta diferencia? Si Jesus no sabe griego, ni hebreo, ni tiene noticia del imperio, ni conoce el estado del mundo; si es un plagiario, un discípulo de Hillel, de los persas y de los indios; si en fin, no es teólogo ni filósofo, ni tiene dogma ni sistema, ¿por qué se coloca en tan alto puesto? ¿Qué motivos justifican tan honrosísima distincion? ¿Qué hay en Jesus que obligue á levantarle por encima de todos los ingenios, despues de haberlo puesto en escala muy inferior á la de los entendimientos mas vulgares? Lo veremos despues.

«Él (Jesus) se cree en relacion directa con Dios, se juzga hijo de Dios. La *mas alta idea* de Dios que ha existido en el seno de la humanidad, ha sido la de Jesus.» (Pág. 75.)

Pues bien: el mundo no ha dado ni ha podido dar á Jesus esta alta idea de la divinidad, que jamás ha tenido. ¿De dónde, pues, preguntaremos como los judios, de dónde vino á Jesus esta asombrosa *idea*?

«Dios, concebido inmediatamente como Padre; hé aquí toda la teología de Jesus.» (Página 76.)

Recordemos que en la pagina 46, Jesus *no tenia teología*. La memoria de M. Renan es muy flaca, ó su voluntad es muy depravada. Se burla de sus lectores.

«Es probable que Jesus, desde sus primeros pasos, comprendió á Dios en su relacion de un

padre para con sus hijos. *Este es un gran acto de originalidad. En esto de ningun modo pertenece á su raza.*» (Pág. 77.)

Aquí tenemos que Jesus no solo no es plagario, sino que es grandemente original, que no es ni aun discípulo de los de su raza, es de él, de Hillel, etc., ni mucho menos, por consiguiente, de los filósofos extranjeros.

Nueva contradicción de M. Renan.

«El Dios de Jesus (añade en la citada página), no es el *Señor*, el dueño fatal que nos mata cuando se le antoja, nos condena cuando quiere, ó nos salva cuando le place. El Dios de Jesus es nuestro Padre.»

Sin quererlo, contra toda su voluntad, intentando decir una blasfemia, M. Renan consigna aquí el más completo elogio de Jesus. Sí, el Dios de Jesus es Jesus mismo; es nuestro Criador y nuestro Padre; no es el Dios fatal de los gentiles, que en forma de Marte, no vive sin la guerra; que en forma de Júpiter, se alimenta con el engaño, la mentira, la crueldad y la venganza, y en forma de Venus simboliza la más execrable corrupción. Sí, el Dios de Jesus, es nuestro Padre, nuestro eterno Padre, juez de infinita justicia y salvador de infinita misericordia. No es el Dios Saturno, *creacion de la filosofía griega*, que necesita alimentarse con la sangre de sus hijos, degollados en sus altares ó calcinados en la hoguera que constantemente arde en sus entrañas. Sí,

el Dios de Jesus es Dios de verdad y de justicia; no es Dios de capricho; dá á todos los auxilios necesarios para su salvacion, y salva al que es virtuoso, y solo condena al malvado que por su *positiva voluntad* se empeña en condenarse. El Dios de Jesus es el buen Pastor que lleva con grande alegría sobre sus hombros la oveja perdida. Es el Padre de familia que con los brazos abiertos recibe á un hijo pródigo, que celebra su vuelta con un banquete, no obstante sus grandes culpas. Es el Dios en fin, que, segun declara en su mismo Evangelio, experimenta mas gozo en el cielo con el arrepentimiento de un pecador que con la santidad de noventa y nueve justos que no han menester de penitencia. El Dios de Calvino divide á los hombres en dos grandes porciones. Una que *necesariamente* se salva, y otra que quiera ó no quiera, aunque se componga de justos, *necesariamente* ha de condenarse, por que ha sido criada para arder infalible y eternamente en los infiernos. Por fortuna el dios de Calvino, no es el Dios de los católicos, el Dios de Jesus; no es Jesus, nuestro Salvador y nuestro Padre.

Renan lo afirma. El Dios que Jesus revela al mundo, es el Dios de bondad y de justicia; es el Padre de la misericordia; es el verdadero Dios.

¿Si será esta doctrina copiada de los persas ó los griegos? ¿Qué filósofo pagano espuso jamás una idea tan alta, tan digna de la divinidad? Ninguno. Esto solo podía hacerlo, solo lo

hizo Jesus, porque conocia á Dios, porque El mismo era Dios.

«El Dios de Jesus (continú Renan) es el Dios de la humanidad.» (Pág. 78.)

Antes, en las páginas 38 y 40, M. Renan habia dicho, que Jesus no tenia ningun conocimiento del estado general del mundo, y que no conoció la *idea nueva*, ereacion de la filosofia griega, *base de toda filosofia*.

Esto no impide, sin embargo, que ahora se nos pinte al Dios de Jesus como el Dios de la humanidad y el de la filosofia. Renan siempre es lo mismo.

«Jesus, sigue M. Renan, tenia poco que añadir (*¿y la alta originalidad?*) á la doctrina de la Sinagoga. (*No vino á disolver, sino á cumplir la ley.*) Pero El tenia cierta uncion en sus palabras, con la cual presentaba como nuevos los aforismos, las sentencias mas antiguas. Sus máximas, tomadas de los Profetas, en el Evangelio producían mayor efecto que en *la ley* ó en el Talmud.» (Pág. 84.)

M. Renan no descubre aquí la mano, la voluntad de un Dios que no es el hombre, ni abandona al hombre; que no es la materia, ni puede jamás confundirse con ella.

«Aunque *poco original en sí misma* (¡ES EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS!...), sigue Renan, la moral evangélica es *la mas alta* creacion que ha brotado de la conciencia

humana; es el mejor código de vida perfecta que jamás han trazado los moralistas.»

Observemos una cosa. Antes de Jesus transcurrieron 4,000 años. En todo aquel largo período hubo muchos y grandes filósofos. Después de Jesus van ya pasados diez y nueve siglos. En todo este tiempo, los filósofos que han existido, no pueden ni aun contarse. Y sin embargo, ni los filósofos antiguos, ni los modernos, ni antes ni después de Jesus, han podido formar un código de moral tan bello, tan perfecto como el de Jesus. ¿Qué hay, pues, en Jesus, que lo hace superior á todos los filósofos de todos los países y de todos los siglos? Este *algo* que hace á Jesus superior á todos los sábios del mundo, es una luz que no es del mundo, es la divinidad que poseía, es Dios que estaba en El, porque El era Dios, porque es la eterna sabiduría de Dios, con la cual Dios en el principio crió todas las cosas. M. Renan no quiere ver esto. Se ha empeñado en no ver en Jesus nada mas que un hombre. Acontece á este fanático adversario de Jesucristo, lo que sucedería al estúpido alquimista que se obstinara en convertir la paja tosca en riquísimos diamantes.

Suponed que un hombre rústico, haciendo escavaciones, tropieza con un ataúd. Lo rompe, lo descubre y halla en él una momia, un puñado de cenizas con una esplendente corona de oro guarnecida de perlas y piedras precio-

sas en sus sienes. El rústico ve la corona, contempla su riqueza, y lleno de asombro esclama: «Esto es admirable! ¿Quién lo ha hecho? Aquí yo no veo nada mas que un cadáver. Luego solo el cadáver ha pasado por aquí. Luego el cadáver ha podido únicamente hacer esta bellísima corona.»

Renan se reíria compasivamente del tal rústico, sin observar que el verdadero rústico, que el digno de compansion y lástima es el mismo M. Renan.

M. Renan, en efecto, halla una moral en el mundo, que es superior al mundo, respecto de la cual, el mundo es menos aun que una momia. La moral es mas rica, mas bella, de un mérito artistico infinitamente superior á todas las mas ricas, y mas bellas, y mas estimadas coronas del mundo.

El hombre, al lado de esa moral, solo es un cadáver.

Y, sin embargo, M. Renan, un átomo de ese cadáver, cree que los cadáveres, que inteligencias muertas, que luces casi apagadas, han podido derramar por todo el mundo ese reflejo de la luz infinita que se llama moral evangélica.

Cuando los hombres puedan crear la luz del sol y alumbrar con un nuevo sol el mundo, entonces podrán inventar una moral infinitamente mas brillante que el sol, como es la celestial del Ma de Jesucristo.

No: la moral de Jesucristo no es fruto de la conciencia humana; es don del cielo, que Dios, que Jesus por su infinita misericordia, para su bien, ha concedido al hombre. La *absoluta* perfeccion de la moral evangélica demuestra la *absoluta* santidad y *absoluta* sabiduría de su autor. Ahora bien: en el mundo nada hay que sea ni que pueda llamarse *absoluto* en sus perfecciones. Luego el autor del Evangelio no es del mundo; luego Jesus es del cielo; luego es Dios.

Esta es la verdad, por mas que se empeñe en oscurecerla M. Renan.

«Jamás, continúa Renan, un sacerdote pagano se ha espresado como Jesus al aconsejar la reconciliacion, la paz y la buena voluntad que deben reinar entre los hombres.» (Página 88.)

«Muchos doctores hebreos predicaron la moral como Jesus; pero ninguno logró esponerla *con tanta eficacia* como Jesus.» (Página 89.)

Tampoco ve aquí M. Renan la saludable influencia de la gracia divina.

Por hoy no digamos mas. Nos propusimos demostrar que M. Renan, poniéndose en abierta contradicción consigo mismo, concede á Jesus en el capítulo v toda la ciencia que le habia negado en los capítulos anteriores.

Ya hemos visto que aunque Jesus es plagario en las páginas 35 y 37, segun M. Renan,

segun el propio Renan, es hasta *originalísimo* en todas las páginas del capítulo v que acabamos de citar.

La contradicción es signo infalible de la mentira.

«Jesus no fue teólogo ni filósofo; no tuvo dogmas ni sistema bien ó mal formado.» Esto dice al pie de la letra M. Renan en la página 46, capítulo iv de la obra que estamos examinando. Esto, no obstante, como Renan es tan poco firme en sus creencias, necesitamos ver si en el capítulo v de la misma obra confirma, ó niega, ó pulveriza lo dicho en el lugar antes citado.

Escuchemos sus propias palabras.

«La moral *admirable*, dice, que infiere Jesus de la noción de Dios Padre, no es la de los *entusiastas* que suponen próximo el fin del mundo, y por el *ascetismo* se preparan á presenciar una *catástrofe absurda*.» (Pag. 79.)

Aquí debemos tener muy en cuenta tres cosas.

1.^a Que Jesucristo tiene una *moral admirable*, es decir, una doctrina, un sistema perfecto, como teólogo y como filósofo, lo cual antes se había negado.

2.^a Que á Jesus se le pinta, no solo como filósofo, sino hasta como un filósofo *incrédulo*, como un *espíritu fuerte*, como un hombre lleno de preocupadas despreocupaciones, enemigo de los creyentes *fanáticos* que creen en el fin del mundo, en el último juicio, en el cual han de ser examinadas y premiadas ó castigadas las acciones de todos los hombres.

3.^a y última. Que esta catástrofe, que el juicio final es una absurda *quimera*.

De todo esto se infieren dos cosas.

1.^a Que M. Renan ahora se complace en llamar filósofo á Jesus y hasta filósofo adversario de la revelacion.

«Cuando Jesus, dice, volvió á Galilea, había *perdido* completamente *su fé judáica*, religiosa, y se hallaba en pleno ardor revolucionario.» (Pag. 236.)

Esto no se refuta. Seria inútil. Suponer que Jesucristo fue un incrédulo, es lo mismo que atribuir al sol las tinieblas y el calor de la zona tórrida á los frios del Polo.

2.^a Que Jesus no pensó en el juicio final, lo cual tampoco debe ser impugnado, porque no hay ni puede haber en todo el mundo un solo cristiano que ignore lo mucho y muy explícitamente que dijo el Salvador acerca de

este punto. No hay en todos los Evangelios una sola página que no vaya encaminada á librar á los hombres de la terrible severidad con que serán examinados y castigados los crimenes en tan tremendo juicio. No queremos citar un solo pasaje del Evangelio en apoyo de nuestra afirmacion. Renan, sin embargo debería saber que cuando se atribuyen ciertas opiniones, negadas por todo el mundo, á un escritor cualquiera, lo primero que debe hacerse es destruir con textos claros y terminantes la creencia comun. Todo el mundo cree, sabe de una manera positiva, indudable, que Jesus predicó el último juicio. ¿Por qué, pues, al negar esto M. Renan, no apoya su temeraria, su sacrilega negacion en pasajes claros y terminantes del Evangelio, que afirmen ó nieguen lo que afirma ó niega M. Renan? Aun considerado Jesus únicamente como un gran filósofo, aun prescindiendo de su divinidad por mera hipótesis, ¿es lícito atribuirle máximas que no ha sentado ó doctrinas enteramente opuestas á las que por su infinita misericordia, para bien y salvacion del mundo, quiso esponer? ¿En qué versículo del Evangelio ha dicho Jesus que no cree en el juicio final, tantas veces predicado por él, que lo rechaza como una quimera, no obstante haberlo anunciado en cien ocasiones como un acto de infinita justicia? El asunto es importante. ¿Dónde están los textos? ¿Sería lícito negar á Newton sus teorías sobre la gravedad, ó

á Hernan Cortés su conquista de Méjico, ó á Guttemberg su invencion de la imprenta, sin aducir testimonios tan evidentes, de tan irresistible autoridad que nadie pudiera ponerse en contradiccion con ellos?

¡Renan dice que Jesus no creía en el último juicio!

Valor se necesita para hablar así. Del propio modo pudiera afirmar que Voltaire fue un apologista del catolicismo y Santo Tomás un sistemático é irreconciliable enemigo de la Iglesia. Espanta el cinismo de M. Renan.

Pero procedamos con calma y nunca olvidemos la justicia. A cada uno debemos conceder lo que por derecho le pertenece. Hemos dicho que Renan no cita pasages del Evangelio para demostrar que Jesus no creía en el juicio universal. No es exacto. Nos hemos equivocado. En apoyo de su estupenda doctrina aduce un pasage de San Lucas, capitulo xvii, versículos 20 y 21, que merecen examinarse. Como es el ÚNICO testo que cita en esta ocasion, podemos sin peligro examinarlo con algun detenimiento.

Renan va á probar que la moral de Jesus no es la de los *fanáticos* que creen en el fin del mundo, y para esto aduce el citado pasage, que dice así, traducido con entera exactitud: Los fariseos preguntaron á Jesus: «¿Cuándo viene el reino de Dios?» Y Jesus les contestó: «No viene el reino de Dios con observacion.»

«No dirán hélo aquí ni hélo allí. El reino de Dios está dentro de vosotros.»

M. Renan dice que esto lo contestaba Jesús, negando sin duda el juicio universal, á los que buscaban con sutileza *signos esteriore*s.

Tenemos, pues, averiguado que Jesús, según M. Renan, en el capítulo xvii de San Lucas, condena los *signos esteriore*s, es decir, el culto y el último juicio. Veamos, sin embargo, lo que á pesar de los deseos de M. Renan, dice San Lucas en el citado capítulo.

12 y 13. «Y al entrar Jesús en un castiello, se acercaron á él diez leprosos y alzando la voz, dijeron: «Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.»

14. Y Jesús les dijo: «Id, mostraos á los sacerdotes. Y sucedió que cuando iban, se encontraron limpios de la lepra.»

Aquí no faltan los *signos esteriore*s. Hay profesion de fé en alta voz, pública oracion, público mandato de obediencia y pública y gran merced en recompensa de tantos y tan públicos *signos esteriore*s.

Sigamos aun estudiando el mismo capítulo.

15. Uno de ellos, viendo que se hallaba sano, volvió á Jesús y con grandes voces *engrandecia*, glorificaba á Dios.

16. Y se postró, inclinando la cabeza ante sus pies.

Y este era samaritano.

17. Y respondiendo Jesús, dijo: «Por ven-

tura ¿no han sido diez los curados? ¿Dónde están los otros nueve?»

18. «No se ha encontrado mas que uno que dé gloria á Dios, y este es extranjero.»

Aquí se aplaude al samaritano que hace *signos exteriores*, y se reprende con severidad á los judios que se abstienen de hacerlos; es decir, que con grandes voces, inclinando la cabeza, no se postran, dando gloria á Dios, á los pies de Jesucristo.

Convengamos en que M. Renan es poco afortunado en sus citas. Continuemos.

15. Y dijo Jesus al Samaritano: «Levántate, anda: tu fé te ha salvado.»

Aquí se premian de nuevo los *signos exteriores*. ¿Podrá nunca inferirse de este capítulo, citado por M. Renan, que Jesus reprueba el culto católico?

Ahora necesitamos ver lo que dice Jesus acerca del último juicio en el capítulo mismo que contra el juicio final aduce M. Renan.

22. Y dijo Jesus á sus discipulos: «Vendrán dias en los cuales deseareis ver un dia del Hijo del hombre y no lo vereis.»

23. Y os dirán: «Hélo aquí; hélo allí. No vayais; no los sigais.»

—Aquí están esplicita y formalmente condenados los que esplican el Evangelio como M. Renan.—

24. Porque como brilla el relámpago en el firmamente, así resplandecerá el Hijo del

hombre *en su día*, en el día tremendo del juicio.

25. Primero, sin embargo, conviene que sufra muchas cosas y que sea reprobado por esta generación.

—Ya lo ve M. Renan. En el día de las justicias, como el relámpago en el cielo, resplandecerá el justo Juez sobre las cabezas de los que han de ser juzgados. Pero antes que llegue este día, su misericordia, le hará sufrir muchas cosas, hasta le permitirá ser reprobado por los que contra su divinidad escriben libros tan impíos y blasfemos como el que ahora examinamos de M. Renan. ¡Adelante!

26. «Y como aconteció en los días de Noé, así sucedera en los días del Hijo del hombre.»

27. Las gentes comían y bebían, es decir, continuaban embebidos en sus criminales placeres, sin levantar sus ojos al cielo implorando misericordia; *y vino el diluvio y los perdió á todos.*

Léalo, medítelo bien M. Renan. En los días de Noé, sus contemporáneos se reían del diluvio. Sus risas sin embargo no pudieron impedir que se rompieran las cataratas del cielo, que lléviese sin cesar por el largo espacio de cuarenta días y cuarenta noches, que las aguas subiesen quince codos sobre las mas elevadas montañas, y ahogados pereciesen todos los *descuidados* hombres que poblaban la tierra.

M. Renan se *rie* hoy del último juicio. No

olvide jamás que con la risa no se apaga el fuego. ¡Sucederá como en los días de Noél...

28. Se hará lo que en los días de Lot... Las gentes continuaban en sus mundanales ocupaciones, y cuando Lot salió de Sodoma, descendió fuego del cielo y todos sus habitantes perecieron. (29.)

30. Así será el día en que se revele el Hijo del hombre.— ¡Tiemblen los descreídos! La muerte viene; el juicio se acerca. ¿Quién los librará del juicio despues de la muerte? En tan terrible conflicto la filosofia incrédula solo sirve para aumentar los remordimientos, la culpa y el castigo que por la culpa se merece.

No aducimos mas versículos ni hacemos mas comentarios. Nos contentamos con decir que este es el único capítulo que cita M. Renan para probar que Jesus no cree en el *juicio final*, ni quiere *culto eterno*. Son sin embargo cabalmente las dos únicas cosas que en este capítulo inculca Jesus con mas eficacia y detenimiento. Lo confesamos ingénuamente. Sospechamos al ver esto que M. Renan, exaltado por su fanatismo anticristiano, ha perdido el equilibrio en sus facultades intelectuales. De otro modo, no puede concebirse cómo cita en apoyo de su impia doctrina los testos que mas claramente la combaten.

Prevemos una dificultad y necesitamos darle con anticipacion una respuesta cumplida.

Se dirá:—¡Estamos en un siglo de razon y nos citais testos del Evangelio!...—

No conocemos en verdad la justicia ni aun la razon de este principio. Contra la verdadera autoridad no se hallará jamás una verdadera razon. Pero admitamos el principio.

¿Qué armas esgrime en su ataque M. Renan? Si él se quiere apoyar en el Evangelio, ¿quién nos negará el derecho de rechazar sus ataques con el mismo Evangelio; de probar que el Evangelio dice todo lo contrario de lo que él le hace decir; que, en fin, lejos de aprobar el Evangelio, condena, rechaza, pulveriza la impia doctrina de M. Renan? Si M. Renan se cree autorizado para embrollar el Evangelio, nosotros tenemos el deber, el derecho, nos vemos en la imperiosa necesidad, de arrancar la cizaña que el espíritu tentador quiera sembrar en medio de la buena semilla.

A cada adversario se rechaza con las armas que él mismo emplea. Los defensores de la verdad católica necesitamos acudir al campo en el cual se nos provoca.

Continúa M. Renan. «El Paraíso, dice, hubiera sido trasladado á la tierra, si las *ideas del jóven Maestro* no hubieran traspasado el nivel de la virtud mediana, mas allá de la cual no puede elevarse el género humano.» (Página 81.)

Aquí se confiesa que Jesus aunque jóven, era Maestro, tenía *ideas* y tan buenas, que

según M. Renan, su único defecto consistió en su *excesiva* bondad.

«La fraternidad de los hombres, como hijos de Dios, y las consecuencias morales que de este principio se desprenden, estaban deducidas con *sentimiento exquisito*.»

¿Cómo entonces se decía antes que Jesús no era teólogo ni filósofo, ni tenía doctrina ni sistema? ¡Sigamos!

«Jesús, añade M. Renan (pág. 82), insistiendo en los deberes trazados por la ley y los Profetas, *quería la perfección*. La humildad, el perdón, la caridad, la abnegación, la severidad con nosotros mismos, virtudes que con razón se han llamado cristianas, como *en germen*, se hallaban en la primera enseñanza de Jesús. Tratando de la justicia, decía: No hagas á otro lo que no quieras que se haga contigo.»

¡Y sin embargo, Jesús que decía estas cosas, que proclamaba esta moral, no era ni aun teólogo, ni siquiera filósofo, no se le concede ni el talento necesario para fundar un sistema!..

Continuemos.

«Si alguno, sigue M. Renan, te hiere en la mejilla derecha, preséntale la izquierda. Si alguien te quiere usurpar la túnica, cédela también la capa.»

«Si tu ojo te escandaliza, arráncalo y arrójalo de tí.»

«Amad á vuestros enemigos, haced bien á

los que os hacen mal, orad por los que os persiguen.»

«No juzgéis y no seréis juzgados. Perdonad y se os perdonará. Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial. Dar es mejor que recibir.»

«Quien se humilla será ensalzado; quien se ensalza será humillado.»

Todo esto lo copia M. Renan en la pág. 83, citando esta vez con fidelidad los textos del Santo Evangelio. ¿Pero con qué fin? Contened, si podeis, la risa. ¡Aduce estos pasajes para demostrar que el Autor de esta moral tan pura, tan santa, tan superior á la moral del mundo, no es Dios, ni teólogo, ni filósofo, ni tienen doctrina, ni aun sistema bueno ni malo!...

¡Para demostrar que el Autor de esta admirable doctrina no tiene noticia del estado general del mundo!...

¡Cosas de M. Renan! Lo dicho. Este hombre, exaltado por el fanatismo, va tocando ya en los límites de la demencia. Aun debemos añadir algo.

«Acercas de la limosna, la piedad, las buenas obras, la dulzura, el amor á la paz, el completo desinterés del corazón, Jesús, dice Renan, podía añadir poco á lo enseñado en el antiguo Testamento.» (Pág. 84.)

Pasemos esto. No hay necesidad de negarlo. Jesús vino al mundo para cumplir, no para

destruir la antigua ley. Jesus, por otra parte, es tan Autor del Antiguo como del Nuevo Testamento. Ambos fueron inspirados por Dios y ambos contienen la doctrina del cielo, que jamás hubieran podido inventar los hombres en la tierra.

«Pero, también es testual, aunque sobre estas cosas poco nuevo podía añadir, las decía con un acento tan lleno de unción que presentaba como nuevas las más antiguas sentencias.» (Pág. 84.)

¡Y esto, no obstante, Renan solo ve en Jesus un mero hombre, y hombre que no es siquiera filósofo, ni tiene doctrina buena, ni aun sistema defectuoso!...

«Jesus, repetía sin cesar, que era forzoso hacer más que habían hecho los antiguos. Reprendía las palabras duras, prohibía el divorcio, condenaba el perjurio, rechazaba la pena del Tallon, reprobaba la usura, y enseñaba que un deseo impuro, siendo consentido, era tan criminal como el mismo adulterio. Quería un perdón universal de las injurias, y el motivo en que para proclamarlo se apoyaba, era el siguiente:— «Para que seáis hijos de vuestro Padre, que hace salir el sol para los buenos y para los malos. Si solo amais á los que os aman, ¿qué mérito tendreis?»

¿Y qué se desprende de toda esta admirable doctrina? Nuestros lectores van á quedar asombrados,

De todo esto se deducen dos cosas:

1.º Que Jesus, aunque espone esta asombrosa, esta divina teoria, no es teólogo, ni filósofo, ni ha podido arreglar siquiera un mal sistema.

2.º Que Jesus era enemigo del culto estérno, y queria una *Religion sin sacerdotes ni prácticas exteriores*.

Y ¿de dónde sale esto? De la turbada fantasía de M. Renan.

Examinaremos este punto en el capítulo siguiente.

VIII.

Lo decimos con absoluta sinceridad. Tememos que nadie nos crea al hablar como hablamos de M. Renan. Tan absurdo es lo que dice, tantas son sus contradicciones, que apenas leyéndolas, viéndolas y palpándolas, es posible creer que ha existido un hombre en el mundo con la audacia necesaria para espresarse en términos tan repugnantes y arrostrar de una manera tan cínica la maldición de Dios y la abominación de la historia.

Solo teniendo en cuenta que la obra de M. Renan se ha escrito para engañar á los perezosos que no confrontan sus citas, para seducir á los incautos capaces de admitir por su sencillez como absolutamente verdadero todo lo que vean escrito en letras de molde, solo, en fin recordando que M. Renan ha escrito su último libro, no para convencer á los que saben, sino para pervertir á los que ignoran, solo así, repetimos, puede comprenderse su

sacrilega temeridad.—Ojgamos al mismo Renan.

«Jesus, dice, no indicó una vez siquiera *la idea sacrilega* de que (El fuese Dios.» (Página 75.)

Perdónemos la blasfemia. Calmemos la indignación que estas palabras impías producen en nuestra alma, y con toda la posible serenidad, demostremos á todo el mundo la escandalosa osadía con que miente, y miente, por que quiere, y miente por ódio al cielo M. Renan.

En este capítulo, en el quinto, despues de decir lo que ya hemos visto en los dos artículos anteriores, se propone M. Renan hacer ver que Jesus no quiere Religion ni culto, que es un mero deista, que en fin, ni *una sola vez* indicó siquiera la *idea sacrilega* de que El fuese Dios.

Veamos con cuánta insolencia miente M. Renan. La frase es dura; pero necesaria. Solo hablando así podemos espresar el dolor que experimentamos al tener que refutar una objecion tan falsa en sus principios como blasfema en sus medios y en su fin.

Hallábase el Bautista en la cárcel. Envió dos de sus discípulos á Jesus, y le preguntan en nombre de su maestro: ¿«Eres Tú *el que ha de venir*, ó esperamos todavía otro?»

Y Jesus les dijo: «Id y decid á Juan lo que habeis visto y oido. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se curan, los sordos oyen,

los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Dichoso el que no se escandaliza en *Mi.*» (San Mateo, cap. xi, desde el versículo 1 hasta 6 inclusive.)

Para comprender la pregunta del Bautista y la respuesta de Jesús, es necesario recordar la esperanza en un Dios salvador, la fé en el Mesías que tenían todos los hijos de Israel, lo que dice Isaías anunciando á su consternado pueblo la redención, en el cap. xxxv, versículo 4 y 5. «**DIOS MISMO VENDRA** y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos.»

Ahora, pues, es fácil comprender lo que desea averiguar San Juan Bautista. «¿Eres Tú el que ha de venir, el Dios que ha de venir para salvarnos, según la promesa del Profeta Isaías?»

Y Jesús contesta: «Decid á vuestro maestro que según el propio Isaías, cuando venga el que ha de venir, cuando *el mismo Dios* venga á salvar el mundo, se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos. Pues bien: decid á Juan lo que habeis visto; decidle que se han cumplido los vaticinios del Profeta; manifestadle que en vuestra presencia los ojos de los ciegos se abren, y los sordos recibirán el oído.»

¿Y no es esto decir con toda claridad: Yo soy el Dios verdadero, el Dios único, el Mesías que debe venir á salvar el mundo? ¿No es esto

llamarse Dios de una manera clara y explícita? ¿Podrá decirse después de esto, que Jesús no indicó nunca la idea de que Él fuese Dios? Para decir esto, como lo dice M. Renan, se necesita mentir como un malvado ó no haber leído jamás el Evangelio que tanto se cita.—Sigamos.—

«Yo y mi Padre somos UNA MISMA COSA.» (San Juan, cap. x, v. 30.)

Dijo Jesús al ciego de nacimiento: «¿Crees en el Hijo de Dios? Lo has visto y quien te habla ESE ES.»

Y respondió el ciego: «Sí, creo, Señor; y postrándose le adoró.» (San Juan, cap. ix, versículo 35 y sig.)

«Yo soy la *resurrección* y la *vida*. Quien cree en Mí, aunque sea ya un cadáver, no morirá jamás. ¿Crees esto?»—«Ciertamente, Señor, yo creo que Tú eres Cristo, HIJO DE DIOS VIVO, que has venido á este mundo.» (San Juan, cap. xi, v. 25 hasta el 27.)

¿Y tendrá valor todavía M. Renan para decir que Jesús no indicó ni aun la idea de que fuera Dios? ¿Si creerá M. Renan que las obras de Porfirio el blasfemo, el implacable adversario de Jesús, están inspiradas por Jesús mismo?

Decían los judíos: «¿No es este el hijo de José cuyos padre y madre todos conocemos? ¿Cómo, pues, DICE: *Yo he descendido del cielo?*» (San Juan, cap. vi, v. 42.)

«Los judíos acusaban á Jesus como blasfemo, porque siendo hombre, suponía que ERA EL MISMO DIOS.» (San Juan, cap. x, versículo 33.)

Lo que aquí sucede es algo, mucho mas que una cosa estraña. Los hebreos contemporáneos de Jesus, los que oían sus palabras y conocían su doctrina, lo acusaban, lo perseguían, lo querían apedrear, lo crucificaron en el Calvario, porque se suponía Hijo de Dios. M. Renan, por el contrario, que ha nacido 1800 años despues de Jesus, que no conoce su doctrina ni ha escuchado sus palabras, que no ha leído siquiera los Evangelios, asegura que Jesus no se llamó Dios ni en una sola ocasion. Los que ven y oyen, afirman. El, que no ve ni oye, niega. ¿A quién hemos de dar fé?

M. Renan dice: «Jesus no dijo nunca que era Dios.»

Los judíos, por el contrario, dijeron: «Crucifiquemos á Jesus, porque dice en todas partes QUE ES DIOS.»

Así escribe M. Renan. No añadimos ni un solo texto mas. Sería inútil estendernos demasiado en este punto. Bástenos el haber desmentido de una manera explícita y terminante á este fanático escritor.

Despues de haber dicho que Jesus mismo no se consideraba como Dios, en la página 85, al fin de ella, dice lo siguiente M. Renan: «Un

culto *puro*, una Religión *sin sacerdotes*, que reposa *toda* en los sentimientos del corazón, en la *platónica* imitación de Dios, en la relación inmediata de la conciencia con el Padre celestial, *era la consecuencia de los principios sentados por Jesús*. Y Jesús no *retrocedió jamás* delante de esta *atrevida* consecuencia, que lo convertía en el seno mismo del judaísmo, en un *revolucionario*, en primer jefe de una revolución.»

Esto equivale á decir que Jesús no creía en el orden sobrenatural, y que por añadidura era como deísta puro, como *sociniano* anticipado, un enemigo de toda religión revelada. Para refutar esto necesitaríamos copiar aquí todos los Evangelios. Necesitaríamos demostrar lo que nadie duda. Perderíamos un tiempo precioso que para el caso sería completamente inútil. ¿Para qué, en efecto, habíamos de probar contra M. Renan, el de la página 86, que Jesús no cree en el orden sobrenatural, cuando M. Renan, el de las páginas 40 y 41, dice todo lo contrario? Oigámosle.—«Aunque nacido Jesús, dice, en una época en la cual ya se había proclamado el principio de la *filosofía positiva* (antireligiosa), *vivió en pleno supernaturalismo.*» (Pág. 40.)

«Jesús, continúa Renan, *creía en el diablo*. En es punto no se distinguía de sus compatriotas. Lo maravilloso, lo sobrehumano, no era para Jesús *la excepción*, SINO EL ESTA-

DO NORMAL. Este fue SIEMPRE el estado intelectual de Jesus.» (Pág. 41.)

Confróntense estos pasages y salva la contradicción quien pueda, es decir, quien tenga las fuerzas intelectuales necesarias para demostrar que lo cuadrado es circular, ó que la parte es mayor que el todo. Nosotros nos contentamos con decir al mundo:—Hé aquí á M. Renan. Hé aquí al hombre de la contradicción y el cinismo. Hé aquí el sacrilego profesor de la mentira y la blasfemia.—

Pero veamos ahora cuáles son los argumentos que en apoyo de sus errores aduce M. Renan.

Jesus en los capitulos xv de San Mateo y vii de San Márcos reprende á los fariseos, por que *olvidan los preceptos de Dios*, para seguir la práctica de los hombres, las tradiciones judáicas, las ceremonias absurdas, no enseñadas por los Patriarcas, ni decretadas por los Profetas, sino inventadas por la escuela farisáica. Tanto era el rigor que en este punto manifestaban los fariseos, que se escandalizaban porque los discípulos de Jesus comían sin sujetarse á la ridícula ceremonia de lavarse antes las manos, cuando las tenían limpias. Y Jesus les decía: «¿Por qué os escandalizáis de una cosa tan insignificante, cuando no os escandalizáis de atentar contra el precepto de Dios que os manda respetar á vuestros padres?»

Presentemos todavía de una manera mas descarada el sofisticó argumento de M. Renan.

Jesus reprendia á los fariseos porque no escandalizándose cuando veian que un hijo injuria á su padre, porque destruyendo los mandatos de Dios, por no faltar á las costumbres de los hombres, se escandalizaban cuando veian que los discípulos de Cristo comian *sin lavarse antes las manos*.

¡Luego Jesus es deísta, es enemigo del culto externo, solo quiere la religion del culto *puro!*

Bien se conoce que M. Renan ha vivido entre musulmanes. Todo se pega en el mundo. Por esto da hoy tanta importancia á las purificaciones. El día menos pensado escribirá un libro encaminado á demostrar que el mundo está irremisiblemente perdido si no nos purificamos con baños de ceremonia tres veces todos los días, si no andamos con babuchas y pies desnudos, ó no cubrimos, por supuesto, despues de raparla bien, con un gran turbante nuestro cabeza.

Jesus condena la estravagancia de los fariseos. ¡Luego reprueba la Religion católica!

Jesus condena á la ridícula supersticion de los fariseos, que en venganza le crucificaron en el Calvario. ¡Luego Jesus porque anatematizaba el absurdo rigorismo defendido por sus adversarios los fariseos, anatematiza tambien la doctrina, la Iglesia, el culto, la sociedad santa, en fin, establecida por el mismo Jesus!...

Pero esta objecion es tan absurda que solo merece el mas profundo desprecio.

Veamos otro argumento de M. Renan.

Los fariseos componian una secta malvada, llena de iniquidad é hipocresía, manchada con multitud de crímenes abominables, perpetrados contra la ley de Dios, que pretendía, no obstante, ser estimada como muy santa por su apego á prácticas exteriores, que, al menos en la manera de cumplirlas, habían sido inventadas por los hombres.

Los fariseos oraban en público y en alta voz para parecer santos. Daban limosna, pregonando por todas partes su caridad, para que las gentes sencillas los venerasen como justos. Sabido es el hecho narrado en el Evangelio, del fariseo que en público y en alta voz daba á Dios gracias porque lo había criado mas santo, mas perfecto, mas fiel observador de la ley que el infeliz publicano, que con asombrosa humildad, desde la estremidad del templo escuchaba los atroces insultos, que en forma de oracion á Dios, le dirigía desde el mismo altar santo el malvado fariseo.

Pues bien: hé aquí la lógica de M. Renan en la página 86. Jesus condena á los fariseos *por su hipocresía*. ¡Luego quiere una religion sin culto y sin sacerdotes!...

Jesus condena á los que oran inspirados por la soberbia, ó dan limosnas por pura vanidad. ¡Luego condena tambien á los fieles que oran en el templo, cuando oran todos los fieles; que oran por fé y con humildad; que dan limosna

por amor al prójimo, no por vanidad ni por ser respetados como santos en el mundo!...

Jesús no quiere que los fariseos, llamándose hombres perfectos, en el templo mismo, pregonen su falsa perfección, y aparentando que dirigen plegarias á Dios, insulten á los humildes creyentes, que porque son humildes, parecen pecadores delante de los hombres. ¡Luego Jesús no quiere que los fieles se reúnan en los templos á orar, á pedir á Dios misericordia, no en favor de un hombre, sino de todos los hombres; no á proclamar en público la santidad, sino á reconocer en secreto la necesidad de los divinos auxilios para que no caigan en tentación los que oran!...

Examinemos el último argumento de M. Renan. Lo espone en la página 86. Es delicioso.

El Profeta Isafas tronaba contra los hebreos que con sus abominaciones tornaban execrables sus sacrificios. ¡Luego Isafas condenó el culto católico! La lógica no puede ser ni *mas racional* ni *mas severa*.

Isafas dice á los israelitas, capítulo 1: «Sois prevaricadores. Vuestras solemnidades no agradan á Dios.

»Enmendaos; convertios al Señor, y vuestros sacrificios le serán agradables.»

Esto es en sustancia lo que enseña Isafas. ¡Luego por que condena lo malo y aprueba lo bueno, hemos de sostener que reprueba lo bueno y lo malo todo junto, como si todo fue-

ra igualmente abominable! ¿Qué es la reprobacion de lo injusto sino una esplicita aprobacion de su contrario, que es y solo puede ser lo justo? Condenar el abuso es admitir el uso. M. Renan se ríe del mundo.

Advertimos á nuestros lectores que M. Renan no espone un solo *argumento* mas para demostrar que Jesus era enemigo del culto católico, que, como deista puro era enemigo de toda religion, sin esceptuar la católica, la una, la santa, la verdadera, la divina, predicada por El mismo con la elocuencia de su palabra y de su sangre. Esta advertencia es necesaria.

IX.

En el capítulo vi habla M. Renan de San Juan Bautista y de sus relaciones con Jesucristo. Comienza negando que entre la Madre de Jesús, María, y la madre de Bautista, Isabel, existiese algun parentesco. No admite acerca de este punto la relacion de los Evangelistas. Rechaza como NOVELECO el viaje de María para visitar á su prima Isabel. En fin, se propone demostrar que Jesús y el Bautista fueron dos personajes en sus principios completamente desconocidos, que vivieron como rivales, que se conocieron como tales, que, por ultimo, Jesús heredó á Juan despues de su muerte, no habiendo podido hacerlo por falta de crédito en la vida.

—Jesús no fue pariente del Bautista.—¿Por qué? M. Renan no intenta siquiera esponer las

razones en que se apoya su negacion. Conviene en que los Evangelistas afirman las relaciones de consanguinidad. Sabe que los Evangelistas fueron testigos presenciales. No puede ignorar que hab'aban á sus contemporáneos de sucesos que todos conocian. Tampoco puede desconocer que en aquel tiempo, y entre los judios mas que en ninguna otra parte, las tribus, las familias eran muy religiosamente distinguidas unas de otras.

Ahora bien: los Evangelistas dicen lo que han visto y oido, ante un pueblo que ha visto y oido lo propio que ellos. ¿Podrian mentir? Esta no es cuestion de relevaciones. Para saber que Jesus era pariente del Bautista, solo era necesario conocer á los padres de ambos. Los Evangelistas podian saber esto, y lo afirman. M. Renan por sí solo, nada puede saber y lo niega, sin embargo. ¿Por qué? Las negaciones de M. Renan en este punto, solo merecen el mas profundo desprecio. Hay diez y nueve siglos entre la afirmacion de San Lucas y la negacion de Renan. San Lucas refiere lo que todo el mundo sabia y nadie negaba en su tiempo; era un hecho público. Todo el mundo conocia á Juan, el gran Profeta, y á Jesus, el Mesias que anunciaba, á quien con el dedo señalaba el gran Profeta. Los mismos fariseos decian: ¿No es este Jesus, cuyo padre, madre y hermanos (*parientes*) todos conocemos?—Los judios eran enemigos de Jesus en la vida, y le persiguieron hasta la muer-

te. Aun vivia el pueblo delcida enemigo irreconcilliable de Jesus. ¿Cómo, pues, hubiera podido mentir sin ser al punto desmentido, San Lucas? ¿Cómo hubiera podido decir que el Bautista y Jesucristo eran parientes, siendo, como dice Renan, falso este parentesco? La verdad es, que M. Renan niega, porque quiere, este hecho, solo para tener el sacrilego placer de desmentir el Evangelio. Ni aun aduce un solo testimonio, ni verdadero, porque no existe, ni falso, porque no obstante su osadía, le faltó valor para ello, en apoyo de su absurda negacion.

¿Ni qué interes podian tener tampoco los Evangelistas en suponer la consanguinidad que existia entre Jesucristo y San Juan Bautista? ¿Qué falta les hacia esta suposicion? ¿Qué hubieran ganado con propalar una mentira, que solo hubiera podido serles dañosa? Los Evangelistas, que no se empeñan en decir porejemplo que San Pedro, el primer Apóstol, el jefe del apostolado, el Príncipe de la Iglesia, era pariente de Jesus, por que no lo era, ¿cómo, para qué habian de decir que existia parentesco y relacion de amistad estrechísima entre los padres de ambos, de Jesus y de Juan, si en realidad no hubieran existido? En tal caso, la sinagoga, siempre encarnizado enemigo de Jesus, hubiera protestado de una manera terrible contra la predicacion evangélica.

Los Evangelistas no mienten ni han podido mentir.

M. Renan debiera, con testimonios de escritores contemporáneos, demostrar que su negación, que su impudente y sacrilego mentis, no es un rasgo de su absurda novela.

Los Evangelistas cuentan con sencillez la verdad.

M. Renan, arrastrado por su odio, por su fanatismo, por su ciega obstinación contra la divinidad de Jesús, niega por sistema, por capricho, por necesidad inevitable de su repugnante novela, todo lo que conduce á probar la divinidad de Jesús. ¿Quién, pues, repetimos, debe ser creído?

También M. Renan rechaza las relaciones doctrinales que existían entre el Precursor y el Mesías. No tiene razón ninguna para negarlas, pero las niega. — Le hace falta una negación y no se detiene. La verdad, en efecto, no es obstáculo para este obcecado enemigo del cielo. M. Renan no se detiene á demostrar que el orden sobrenatural no existe. Lo supone negado. Esta gratuita y ridícula y falsísima afirmación es la base única de todo su sistema.

El Bautista no fue el Precursor de Jesús. — ¿Por qué? — *Por que no.*

El Bautista no preparaba los caminos del Señor, de quien no era digno, según decía, de desatar las correas de sus zapatos. No anunciaba, como enviado del cielo, la venida de Jesús. No señalaba con el dedo al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La pre-

dicacion de Juan no fue el preámbulo de la predicacion de Jesus. ¿Y por qué? ¿Por qué se niega todo esto? La razon es obvia. ¡Porque así lo quiere M. Renan!...

Los Evangelistas lo afirman, despues de oír la predicacion de Juan y de Jesus.

Renan lo niega, sin haber oído ni las palabras del uno ni las del otro.

Los hechos confirman la narracion de los Evangelistas.

Renan se desentiende de los hechos, sin mas razon que su capricho ó la depravacion de su alma.

Basta consignar esto para comprender qué crédito debemos dar á los juicios, al estraviado juicio del obcecado Renan.

Indica que hubo rivalidades entre las *escuelas* de Jesus y del Bautista. No intenta siquiera demostrar la verdad de su *novela*. Hace bien. Las imposturas no se demuestran.

Los argumentos de M. Renan deben ser parodiados.

Jesus no es pariente de San Juan Bautista; porque si bien es cierto que así lo dicen los Evangelistas, que así lo testifican los mártires, que así lo cuenta la tradicion universal, YO, M. Renan, sin razon ninguna, sin aducir ninguna autoridad en apoyo de mis ideas, contra los Evangelistas, los mártires y la tradicion entera, niego que existiese parentesco entre Jesucristo y San Juan.

Los Evangelistas, los judíos convertidos con su positivo testimonio, los no convertidos con su elocuentísimo silencio, los mártires con su sangre, el mundo todo, convienen en que el Bautista fue considerado como el Precursor de Jesús.

Pues bien, contra todos estos testimonios, YO, M. Renan, niego semejante misión en el hijo de Isabel y Zacarías.

No estrañen nuestros lectores que no refutemos argumentos mas sólidos. Estos son los únicos que aduce M. Renan. Ya lo hemos indicado y ahora lo repetimos. La obra de M. Renan, como los fuegos fátuos, solo daña á los que *descarnadamente* no puedan conocerla. Es un tegido de absurdas suposiciones, que se destruye, que desaparece en el instante mismo que se le aplica el escalpelo de la lógica. Para refutar á M. Renan solo se necesita pedirle pruebas de lo que dice, cuando no cita, y confrontar las citas, cuando aduce algun testimonio, que como sea *necesario*, siempre es falso. Tengan esto advertido nuestros lectores. Por desgracia la impia obra de M. Renan vendrá pronto á España. Ya está traducida, y pronto, muy pronto, España y todos los pueblos de América que hablan el castellano se verán plagados de ejemplares de la obra impia de M. Renan. Pidamos pruebas, no admitamos suposición ninguna, y M. Renan está desconcertado.

Después de haber tratado al Bautista como ya hemos visto, M. Renan entra á examinar la muerte de este santo Precursor. Debemos ver cómo lo hace y cuál es la índole de este escritor apóstata.

«En la conducta de Juan, dice, hubo algo de política. La extrema vivacidad con que se expresaba, no podía menos de ocasionarle disgustos. Sus grandes reuniones infundían sospechas. Pilatos lo dejó en paz, pero Herodes no hizo lo propio.»

Con este preámbulo ya se prepara el lector para que al menos sea indulgente con el tirano que por complacer á una meretriz inmundada dió la muerte al Bautista. De estas palabras cualquier lector cándido podría inferir que Juan atacaba y Herodes se defendía; que Juan perturbaba el orden y Herodes solo necesitaba restablecer la paz; que, en fin, Juan es digno de severo castigo y Herodes laudable, por lo menos no merecedor de rígida censura, por su terrible conducta.

Sigamos. La mala fé es conocida. ¿Dónde consta que Juan fuese conspirador nunca? En ninguna parte: pero M. Renan necesita presentar á San Juan Bautista como un fanático á quien la política debía esterminar.

«A estos motivos de Estado, continúa M. Renan, se añadieron otras quejas enteramente personales que hicieron inevitable la pérdida del Bautista.»

¿Cuáles fueron estas *razones de Estado*? Renan cuida de no esponerlas. No existen. Son inventadas por la malignidad de M. Renan.

¿Cuáles son estas quejas *personales*? Veámoslo.

«Uno de los caracteres mas marcados de esta trájica familia de Herodes, fue Herodiades, nieta de Herodes el Grande. Era violenta, ambiciosa, apasionada; aborrecía el judaismo y *despreciaba sus leyes*. Se habia enlazado *probablemente* contra su voluntad con su tio Herodes, hijo de Mariannes, á quien desheredara Herodes el Grande. Jamás, por consiguiente, desempeñó este, su marido, ningun cargo público, correspondiente á su elevada gerarquía. *La posicion inferior* de su marido, con respecto á otros miembros de la familia, no le daba tranquilidad ninguna. Ella queria ser soberana á toda costa. Antipas fue el instrumento de que se sirvió para realizar sus fines. Este hombre *débil*, dominado por una fuerte pasion hacia ella, le prometió, para casarse, *repudiar* á su legitima mujer, hija de Hareth, Rey de la Arabia Petrea, y emir de la cercana tribu de la Perea.»

Esto lo cuenta el mismo M. Renan, en estos propios términos.

De aquí, pues, inferimos tres cosas:

1.^a Que Herodiades *despreciaba* las leyes de los judios.

2.^a Que Herodes estaba casado, y por en-

lazarse incestuosamente con su impúdica sobrina, hija de su hermano, repudió á su legítima mujer.

3.º Que se dió un grande, un horrible escándalo, con el desprecio y repudio de la Reina legítima.

Ahora bien: el Bautista era Profeta, era celoso defensor de las leyes hebreas, era, como dice el mismo Renan, eco en este punto de *la opinion general*. Juan Bautista, aun considerándolo nada mas que como un hebreo, tenía el deber de clamar contra esta espantosa iniquidad. Las leyes eran *despreciadas*. Podía pedir su observancia.

Por consideracion á una mujer inmunda, fue repudiada la Reina legítima. Había aquí una victima inocente. San Juan se pone de parte de la victima débil, y contra el verdugo, que era fuerte.

Había peligro inminente de una guerra. La Reina repudiada era hija de un Rey poderoso. Su padre, en efecto, declaró la guerra á Herodes, y en venganza desoló á Israel. El Bautista veía venir este peligro y lo quería conjurar.

Herodes intentaba restablecer la poligamia, plaga de la sociedad en los tiempos del paganismo. La poligamia y la paz son cosas incompatibles. Esto lo comprendía y quería evitarlo aun á costa de su vida San Juan Bautista. ¿Es por eso reprehensible?

Pues bien, por este *delito*, Herodiades,

llena de indignacion, dominada por su sed de venganza, pidió á Herodes en premio de sus liviandades la cabeza del Santo Precursor de Jesus. Sus deseos fueron satisfechos. Herodes no pudo rechazar la injusta pretension de su maligna cortesana. Juan Bautista, despues de una larga prision, murió degollado. Su cabeza se entregó en una bandeja a la inmunda Herodiades. ¡Esta mujer, este ménstruo, con alegría salvaje, pudo clavar sus ojos en la yerta cabeza de San Juan Bautista...

Pues aunque parezca estraño esto, no inspira á M. Renan ni uno sola palabra de compasion hácia la víctima, ni de reprobacion hácia los verdugos.

Lo único que se ocurre decir á M. Renan es que «la prision se prolongó, y que en la cárcel tuvo gran libertad el Bautista, puestos que desde ella pudo alguna vez hablar con sus discípulos, y hasta enviarlos en comision á Jesus.»

Estas palabras indican que M. Renan aun comprende y no reprueba que Herodes aun hubiera podido ser mas severo. Renan ha dejado de ser cristiano, y ha perdido hasta los sentimientos de hombre.

traducir los dos primeros idiomas; y en cuanto
 á los otros, á las lenguas semíticas en general,
 no sabe ni una palabra. Aparente es, visto el
 en una discusión pública se le preguntaba nada
 más que por el número y lugar en que se han
 dejado ó se hablan las lenguas que tanto
 nos son famosas, seguíndole como con un
 dedo ó señalando comprendiendo su fado y
 hasta sus rasas salidas y escondidas ataridas.
 M. Renan habla siempre con tanta seguridad
 de lo que completamente ignora. Puede ser
 que en alguna ocasión, con más tiempo y más
 estudio, podamos demostrar hasta la eviden-
 cia de los errores de decir. Por ahora nos

M. Renan es un hombre bastante raro. Como crítico es un ente singular. Los epígrafes que pone á todos los capítulos de su obra, están manifestando con toda evidencia cuáles son las ideas y sentimientos que bullen en su corazón y trastornan su inteligencia. M. Renan ha cambiado de ideas con facilidad y frecuencia; ha sido católico y renegado; deísta y panteísta, y hoy, sin que sepamos lo que será mañana, parece convertido en un plagario miserable de Juliano Porfirio. Tal es su odio á Jesucristo.

Este hombre, este fanático escritor no es un genio ni mucho menos. Aunque habla de hebreo, de griego, de lenguas semíticas, como pudiera hablar de los teatros ó cafés de París, podemos estar seguros de que no sabe ni aun

traducir los dos primeros idiomas; y en cuanto á los otros, á las lenguas semísticas en general, no sabe ni aun contarlas. Apurado se vería si en una discusión pública se le preguntara nada más que por el número y lugar en que se han hablado ó se hablan las lenguas que tanto y con tan pasmosa seguridad cita como comprendiendo ó aparentando comprender su índole y hasta sus más sutiles y escondidas afinidades. M. Renan habla siempre con suma seguridad de lo que completamente ignora. Puede ser que en alguna ocasión, con más tiempo y más tranquilos, podamos demostrar hasta la evidencia lo que acabamos de decir. Por ahora bástenos indicar á nuestros lectores para prevenirlos, que M. Renan no conoce ni aun de nombre por lo menos las nueve décimas partes de las lenguas que constantemente amontona en sus labios.

Ahora bien: como M. Renan dice que posee muchos idiomas sin conocer su alfabeto siquiera, cree que Jesús fue lo mismo, y con pasmosa seguridad afirma que ignoraba el griego, el hebreo, que ni aun conocía la historia bastante bien para confrontarla con sus teorías. (Página. 122.)

M. Renan se va desarrollando poco á poco; pero como hombre, *sicut stultus*, como la luna, está cambiando de fase todos los días. Por esto es tan amigo de poner en sus capítulos epígrafes como el del sétimo que hoy examinamos.

Es lindo. Merece ser aquí copiado.—*Desarrollo*, dice, *de las ideas de Jesús acerca del reino de Dios*.—

Como se vé en este epígrafe, M. Renan prescinde de las profecías, de los Evangellos, de los testimonios del Santo Simeon, de la adoracion de los Magos, del culto que en Belen le tributaron los pastores, del testimonio mismo de Josefo, de tantas y tantas otras autoridades irrecusables aun para el crítico mas severo, en las cuales se demuestra hasta la evidencia que desde el momento de su Encarnacion, hasta el instante de su Ascension gloriosa á los cielos, en toda su vida, fue siempre constante la idea, la creencia de que Jesús era Dios, era el Mesias esperado, era el Cristo enviado por el *Anciano de dias* á la tierra, para que se consumiera la prevaricacion, para que recibiese fin el pecado, para que se estableciese la justicia sempiterna, para que, en fin, se fundase el *reino de Dios*, reino eterno, que jamás puede tener límites en su duracion.

Refiriéndose al instante mismo de la Encarnacion de Jesús, dijo en nombre del Eterno Padre el Arcángel San Gabriel á la Virgen Santísima: «Concebirás y parirás un hijo. Su nombre será Jesús. Será grande, y se llamará Hijo del Altísimo. Dios le dará la Silla de David, su padre, *y reinará eternamente en la casa de Jacob. Y su reino no tendrá fin.*» (S. Lucas, cap. 1, versículos 31, 32 y 33.)

Esto se refiere al *principio*, á la Encarnacion misma de Jesus. ¿Cómo, pues, se atreve M. Renan á sostener con tan crasa ignorancia como sacrilega osadía que las ideas de Jesus acerca del reino de Dios se fueron desarrollando con el tiempo en su espíritu? Lo extraño es que M. Renan siempre deja de probar lo único que ante todo debería probar.

Hay aquí todavía una cosa mas extraña. M. Renan hizo un viaje á Palestina con el objeto de examinar *geográficamente* el Evangelio, confrontando sobre el terreno los lugares y caminos de que hablan los Evangelistas, para ver si habia algun error, alguna contradiccion en ellos, alguna imposibilidad fisica en los viajes que atribuyen, por que son tales como los refieren, á Jesucristo.

Por fortuna, M. Renan se ha convencido de que los Evangelistas han sido geógrafos infalibles. No hay un solo error en todas sus narraciones ó descripciones topográficas. Ni podia haberlo. Los Evangelistas cuentan con admirable sencillez lo que han visto, y lo que han visto es la verdad. (*Introduccion*, LIII.)

Aquí del ingenio de M. Renan. He recorrido, dice, casi todos los lugares que se citan en el Evangelio. Entre ellos y los textos hay una admirable armonia.

¿Qué puede inferirse de aquí? Es cosa evidente. Los Evangelistas no faltan á la exactitud jamás. Luego deben ser creídos. Esto se-

ría lo lógico; pero M. Renan y la lógica no proceden nunca de acuerdo.

Es necesario suponer que Jesús *desarrolló* su plan con el trascurso del tiempo, y se supone, se afirma, no se prueba, y se exige que lo supuesto, lo gratuitamente afirmado, lo que no puede probarse, porque es absolutamente falso, se admita como absolutamente verdadero.

Todavía en el capítulo VII se propone Renan explicar las relaciones que existieron entre Jesús y San Juan Bautista. Veamos cómo lo hace.

«La influencia de Juan, dice, había sido en suma más perjudicial que útil á Jesucristo.» (Pág. 115.)

«Cuando el Bautista fue encerrado en la cárcel, su escuela se disminuyó y Jesús pudo obrar con libertad.» (Pág. 115.)

De estos dos pasajes se deduce con absoluto rigor lógico, que según M. Renan, San Juan Bautista y Jesucristo eran dos perfectos rivales; veamos, sin embargo, lo que eran, según el propio Renan, porque como este señor tiene una memoria bastante flaca, carece de la habilidad indispensable para encubrir la mentira.

«Las ideas de Jesús tenían muchos puntos de contacto con las ideas de Juan. Juan *recibió muy bien* á Jesucristo, y no llevó á mal que los discípulos de Jesús no se confundiesen con los suyos. (Esto equivale á decir que no le desagradaba la doctrina de Jesucristo.) Los

dos jóvenes maestros tenían muchas ideas comunes; se estimaban y luchaban ante el público contra unas mismas prevenciones.» (Página 105.)

«Los dos jóvenes entusiastas, Jesús y el Bautista, llenos de unos mismos odios y UNAS MISMAS ESPERANZAS, pudieron bien formar causa común y apoyarse recíprocamente. Puede decirse que Juan, conociendo en Jesús un espíritu análogo al suyo, lo aceptó con sinceridad, *sans arriere-pensée personnelle.*» (Pág. 106.)

«Las dos escuelas, las de Juan y Jesús, vivieron mucho tiempo, según parece, en buena armonía.» (Pág. 108.)

De estos pasajes con toda fidelidad traducidos, se infiere que aunque según M. Renan, el Bautista y Jesús *se odiaban*, según el propio Renan Jesús y el Bautista *no se odiaban*, lo cual no es extraño en el autor de la *Vida de Jesús* que estamos examinando. M. Renan es como los malos abogados, que toman todos los pleitos y defienden todas las causas. Estos seres infortunados por inevitable exigencia del modo con que ejercen su noble profesión, se ven obligados hoy á sostener las doctrinas que ante el propio Tribunal deberán impugnar mañana, si es que ya no las impugnaron ayer. Tal es M. Renan. ¿Cómo, pues, hemos de dar crédito ni aun de respetar lo que dice?

Si, como él mismo confiesa, entre la escue-

la de Juan y la de Jesús había unas mismas esperanzas y unos mismos odios; si los dos maestros vivieron en buena armonía, ¿por qué no se admiten las relaciones sobrenaturales que entre unos y otros establece el Evangelio?

Por esto mismo, por que deben admitirse, por que M. Renan necesita sostener todo lo que es falso y negar todo lo que es verdadero.

—Sigamos.—

«Jesús en todo el tiempo que estuvo al lado de Juan lo reconoció *por superior* y solo con timidez se atrevió á esponer sus propias ideas. Parece en efecto que no obstante su profunda originalidad, Jesús, al menos durante algunas semanas, *fue imitador de Juan.*» (Pagina 107.)

M. Renan no aduce ni un solo testimonio en apoyo de esta absurda y falsísima afirmación. No es extraño. Nuestros lectores saben ya que M. Renan solo cita cuando no es necesario. Cuando los textos, como ahora, le hacen falta, no aduce uno solo. Valor se necesita para afirmar de una manera tan caprichosa que Jesús fue inferior al Bautista, cuando el mismo Bautista preguntando si era el Mesías, solo sabía contestar, que ni aun era digno de desatar las correas del calzado del verdadero Mesías, *que estaba en medio de ellos*, de los que le interrogaban. Cuando solo hablaba como Precursor, encargando que se preparasen los caminos del Señor; cuando, en fin, desde antes de nacer,

su misma madre, Isabel, había reconocido y confesado con júbilo inmenso la superioridad de María, de la Madre de Jesús, solo por ser Madre de Jesús.

«¿De donde á mí, dijo Santa Isabel, el que venga la Madre de mi Señor á mí? (San Lucas, cap. 1., ver. 43.)»

Bastán estas palabras para demostrar cuán falsamente atribuye M. Renan superioridad sobre Jesucristo á San Juan Bautista.

«El Bautista no tenia celos de la gloria de Jesús. Este, entonces *poco conocido*, no podía pensar en rebelarse contra Juan. Quería solo engrandecerse á su sombra.» (Pág. 108.)

Con esto, pues, demuestra, sin citar por su puesto á ningun autor contemporáneo, Renan, que Jesús era inferior al Bautista. No nos aflijamos por esto. En otra parte demostrará otra cosa, y al menos podremos convenir en que las observaciones de M. Renan solo merecen el mas profundo desprecio.

«¿Quién establecerá el reino de Dios? Recordemos que el primer pensamiento de Jesús, pensamiento tan profundo que *probablemente* solo *él* tuvo origen, fue que *El era hijo de Dios*, que era el íntimo de su Padre y el encargado en cumplir su voluntad. La persuasión de que él haría reinar á Dios en el mundo, se apoderó de su espíritu de una manera absoluta. El se consideraba como el reformador universal. El cielo, la tierra, la naturaleza, toda en-

tera, la locura, la enfermedad, la muerte, no son mas que instrumentos para El. En su acceso de voluntad heroica, *se creia omnipotente*. Si la tierra no consiente en esta trasformacion suprema, la tierra será destruida por el soplo de Dios.» (Pág. 118.)

¿Y es inferior al Bautista el hombre que segun M. Renan *se espresa asi?* ¿Cuándo se atribuyó semejante poder el santo Precursor de Jesus?

«Jesus fundó la gran doctrina del desprecio trascendental del mundo, verdadera doctrina que libra las almas, y la única que puede establecer la paz.» (Pág. 119.)

¿Y podrá llamarse imitador y plagiaro del Bautista el hombre, el Dios-Hombre que proclama esta admirable teoria, esta doctrina que por lo profunda, por la infinita sabiduria que encierra, solo puede haber bajado de lo mas alto del cielo?

«Jesus ha fundado la *mas bella* enseñanza moral que el mundo ha conocido.» (Pág. 121.)

¿Y este es el copista de Juan, el imitador de Juan por miedo, el Maestro rival é inferior á Juan, que solo pretendia engrandecerse á su sombra!...

Jesus que truena contra los fariseos que son poderosos, porque sus corrompidas tradiciones son contrarias á la moral de Dios, ¿cómo habia de humillarse ante Juan, el débil, por falta de valor para proclamar su doctrina en pre-

sencia del humilde Precursor? ¿Dónde consta que jamás pusiera el Bautista el mas ligero obstáculo á la predicacion del Salvador del mundo, cuyos caminos por el contrario, se ocupaba en preparar? Pero M. Renan no necesita autoridades para escribir la historia. El forma los personajes en su estraviada fantasia, como en los momentos de una *quijotesca* exaltacion, el caballero de la Triste Figura ponía gigantes y malandrines y aun hermosos castillos delante de sus ojos.

En la caballería andante de la impiedad, por su horrible fanatismo, pudiera llevar por derecho propio M. Renan el nombre impuesto por Cervantes al tipo de la mas ridícula exaltacion caballeresca.

«Jesus, continúa Renan, sin duda habia renunciado á la politica. Jamás intentó revolverse contra los tetrarcas ó los romanos.» (Página 119.)

«Ni una sola vez dejó entrever el pensamiento de la resistencia armada. La idea de que todo se vence con el sufrimiento y la resignacion; que se triunfa de la fuerza por la pureza del corazon, es una *idea propia* de Jesus.» (Pág. 128.)

Estas palabras revelan que Jesus no fue rebelde ni amigo de la tiranía. Ahora, segun su costumbre, nos dirá otra cosa enteramente contraria M. Renan.

«Quizá, habla Renan, muchas veces se

propuso Jesús la cuestión de averiguar si convendría ó no establecer por la fuerza el reino de Dios.» (Pág. 120.)

¿Dónde consta esto? En parte ninguna. Lo afirma porque quiere, sin apoyarse en ningún testimonio respetable ni no respetable, M. Renan.

«La idea de Jesús fue mas profunda; fue la idea *mas revolucionaria* que jamás se ha encerrado en el cerebro de un hombre.» (Página 125.)

Aquí conviene advertir que la palabra *revolucionaria* no significa en este caso que Jesucristo vino al mundo para calcinar con el fuego esplendoroso de su infinita verdad el cieno inmundo que á torrentes brotaba de los abismos de la mentira. No. M. Renan considera á Jesús como un *revolucionario*, como un enemigo de la autoridad, como un adversario de la paz pública, como un Maestro que no hace caso de los choques que se observan entre sus discípulos y los agentes del gobierno. Esto es absurdo y sacrilego.

«Jesús, sigue Renan, al mismo tiempo que anunciaba un trastorno *sin igual* en las cosas humanas, proclamaba los principios sobre los cuales descansa la sociedad hace diez y ocho siglos.

»Lo que distingue á Jesús de los *agitadores* de su tiempo y de *todos* los siglos es su *perfecto idealismo*.» (Pág. 127.)

Después de decir esto, M. Renan estampa lo siguiente:—*Jesus no tuvo ninguna idea del gobierno.* (Pág. 127.)

Estas dos afirmaciones son contradictorias; pero no es nuestra la culpa. Sabido es que M. Renan no sabe decir nada, sin ponerse en abierta y repugnante contradicción consigo mismo.

Concluyamos este artículo con una reflexión importante.

«Jesus, con su doctrina, destruye la libertad y favorece todas las tiranías.» (Pá. 122.)

«Hé aquí, continúa Renan, lo que Jesus ha fundado, lo que quedará eternamente, la doctrina de la libertad de las almas. El cristiano está libre de toda cadena. *La verdad lo libera.*» (Pág. 121.)

Aquí tenemos que, según M. Renan, Jesus con su doctrina favorece y destruye la tiranía; establece y no establece la libertad de las almas; es y no es político; aconseja un respeto servil á todos los gobiernos, y aconseja ó aprueba que no se respete á ningún gobierno.

Este es M. Renan pintado por sí mismo. Asombra el horroroso cinismo de este hombre. Forzoso es convenir, en que con el tiempo se ha ido desenvolviendo en él la poca aprension de una manera admirable. Dios lo tenga de su mano.

Jesus en Cafarnaum. Hé aquí el epígrafe que pone M. Renan al capítulo viii de su impía novela. Dejando á un lado la inoportunidad del epígrafe, que es lo menos importante, nos fijaremos, según nuestra costumbre, en lo esencial del capítulo, que es donde el veneno se encuentra.

M. Renan, empeñado en negar la divinidad de Jesucristo, forma un argumento cuya repugnante absurdidad salta á los ojos de toda persona dotada de un mediano sentido común.

«Jesus, dice (pág. 151), se llama *Hijo del Hombre*, y no se apellida Hijo de Dios.»

¿Qué puede inferirse de aquí? Admitamos que Jesus no se diera á sí mismo el nombre de Hijo de Dios, lo cual es completamente falso; admitamos que solo insistiera en ser apellida-

do *Hijo del Hombre*. ¿Qué podría inferirse de aquí? ¿Qué es lo que significa esta denominación?

M. Renan resuelve la cuestión con pocas palabras y sin detenerse ante ningún obstáculo.

«*Hijo del Hombre*, dice (pág. 131), en las lenguas semíticas es lo mismo que simplemente hombre.»

Ante todo, debemos recordar, que esto, en el caso presente, es completamente falso. En las lenguas semíticas como en todas, un hijo de un hombre es un mero hombre; pero ni en las lenguas semíticas ni en ninguna otra se denomina à nadie *Hijo del Hombre* por antonomasia, y mucho menos, uniendo à esta denominación todos los atributos de la Omnipotencia divina.

M. Renan, que no conoce ni aun los nombres de las lenguas *semíticas*, las asiáticas, las que hablan ó han hablado los descendientes de Sem, hijo de Noé, que poblaron el Asia, quiere ahora ofuscar à los ignorantes, enredando su débil razón con una etimología, que ó nada significa por lo vulgar, porque es de todos los idiomas, ó es absurda en la ocasión presente por referirse à un caso especial, que en todas las lenguas, y en las semíticas mas que en ninguna, se ha considerado siempre como completa y necesariamente extraordinario.

No nos contentamos, sin embargo, con esta

respuesta. Como M. Renan es tan amigo de las contradicciones, él mismo refutará su doctrina.—Oigámoslo.—«El pasaje de Daniel, dice, en que se anuncia á Jesucristo como *Hijo del Hombre*, unido al *Anciano de dias* (capítulo VII, versículos 13 y 14), causa impresion profunda en los espíritus. La palabra *Hijo del Hombre*, al menos en ciertas escuelas, se convirtió en uno de los títulos del Mesías, esperado como Juez del mundo, y como Rey de la era nueva (de la ley de gracia) que debía inaugurarse. Jesus al darse, al aplicarse este nombre, proclamaba su *mesianidad*, decia que era el Mesías, que en el último juicio, lleno de todo el poder, habia de presentarse como enviado del *Anciano de dias*, como Juez Supremo de todos los hombres.» (Pág. 132.)

En otro lugar, poco despues, en la página 133, consigna M. Renan estas importantísimas palabras: «El título que preferia Jesus era el de *Hijo del Hombre*, título humilde en la apariencia, pero que en la realidad se unia estrechamente á la persona del Mesías esperado.»

Antes de entrar en otro linage de consideraciones, impórtanos llamar aquí la atención de nuestros lectores. Las palabras no son signos necesarios de las ideas; son por el contrario, signos completamente variables. La costumbre puede variar la significacion de los vocablos, y hasta en algunos casos realzar su

valor hasta un punto ageno enteramente, muy superior á su origen etimológico. Todos los habitantes de Córcega se apellidan *corsos*; esto no obstante, cuando se habla del Corso, todo el mundo une esta palabra al Emperador Napoleon I.

En las lenguas semíticas, como en todas, las palabras *hijo* y *hombre* tienen una significacion muy comun; pero las dos palabras juntas, de una manera enfática y llena de misterios, jamas se han aplicado á nadie, sino al Mesías, al Redentor esperado en la ley antigua, al Hombre-Dios, que Daniel nos describe como *Hijo del Hombre*, unido desde la eternidad al *Anciano de dias*.

Tenemos, pues, que las palabras pueden variar de significacion, que en este caso han variado, que son conocidas y por nadie negadas las razones que aconsejaron esta variacion. ¿Por qué, pues, ese empeño en buscar una etimología humana á lo que traspasa todos los límites de lo humano, á lo que en su esencia y en su forma es completamente milagroso, á lo que tiene y solo puede tener una etimología providencial y divina?

Así es que el mismo M. Renan no puede desconocer en las páginas 152 y 153, como aparentaba desconocerlo en la página 151, que las palabras *Hijo del Hombre* se convirtieron en uno de los títulos del Mesías, esperado como Juez y Salvador del mundo entero.

M. Renan anda por los caminos de la razón como los ébrios por los senderos de la vida. Su turbada fantasía, su horrible fanatismo no le permiten caminar en dirección recta. Se inclina hacia la derecha ó hacia la izquierda; avanza y retrocede como un insensato, sin más motivo que su perturbación mental, ni más razón que la flaqueza de su lengua enredada por los remordimientos de su alma.

Pero este es punto de sumo interés, y no podemos contentarnos con examinarlo de una manera tan superficial. Es preciso entrar en el fondo.

¿Qué significación tienen las palabras? En todas las lenguas las palabras significan lo que quieren que signifiquen las personas que las pronuncian y lo que entienden al escucharlas las personas á quienes son dirigidas.

¿Qué quería, pues, significar Jesucristo, cuando decía: Yo soy el *Hijo del Hombre*?

¿Qué entendían los judíos, los discípulos y los adversarios del Salvador, cuando le oían pronunciar esta misteriosa palabra? — Veámoslo. —

Vino Jesús á Cesárea de Filipo, y preguntó á sus discípulos: ¿Quién dicen las gentes que es el *Hijo del Hombre*? Y ellos respondieron: «Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros, en fin, que Jeremías ó alguno de los Profetas.» Y Jesús replicó: ¿Y vosotros, quién decís que soy Yo? A lo cual contestó

Pedro: «TU ERES CRISTO HIJO DE DIOS VIVO.» Jesus, al escuchar esta respuesta, dijo: «Bien aventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque esa revelacion no te la han hecho la carne ni la sangre, sino MI Padre que está en los cielos.» (San Mateo, cap. xvi, versiculo 13 hasta el 17.)

Aquí tenemos tres cosas.

1.^a Los judios, las gentes consideran al *Hijo del Hombre*, á Jesus, no como un mero hombre, sino como un Profeta *resucitado*. Siempre ven algo milagroso en la veneranda denominacion que con tanta insistencia se aplicaba á Jesueristo.

2.^a Los Apóstoles, que todavía no habian recibido el Espíritu Santo; que todavía se mostraban incrédulos con sobrada frecuencia; que todavía en algun caso miraban como duras, *durus est hic sermo*, las palabras del Salvador; que, en fin, con suma rudeza manifestaban lo que no creian, sin consideracion ninguna, en esta ocasion, con toda la sencillez é ingenuidad de la conviccion mas profunda, esclaman: «Tú que te llamas *Hijo del Hombre*, eres el *Hijo de Dios vivo*.»

3.^a Que Jesus, lejos, muy lejos de rechazar esta interpretacion, la acepta, la aplaude, la bendice, y solo puede atribuirle á SU Padre que está en los cielos.

Esto prueba de una manera evidente que la palabra *Hijo del Hombre* significaba lo mis-

mo que *Hijo de Dios* en los lábios de Jesus, y como tal era comprendida en el alma y en el corazon de sus discípulos.

Veamos ahora cómo entendian esta denominacion sus mas encarnizados enemigos.

«El Principe de los sacerdotes dijo á Jesus: Te exijo en nombre de Dios vivo, que nos digas si Tú eres Cristo, hijo de Dios.—Y Jesus le contestó: *Tú lo has dicho*. Sin embargo, os añado que despues vereis al *Hijo del Hombre*, sentado á la derecha del poder de Dios, y descendiendo al mundo entre las nubes del cielo.—Y entonces el Principe de los sacerdotes, rasgando sus vestiduras en señal de cólera, exclamó: Ha blasfemado. No necesitamos testigos. Vosotros habeis oido la blasfemia. ¿Qué os parece?—Y todos contestaron: Reo es de muerte.» (San Mateo, cap. xxvi, v. 63 hasta el 66.)

Aquí resaltan dos cosas con una claridad tan grande, que nadie puede dejar de verla.

1.^a Que los judios llaman Hijo de Dios vivo á lo que Jesus llama hijo del Hombre.

2.^a Que los judios proclaman la muerte de Jesus, porque llamándose *Hijo del Hombre*, se apellida hijo de Dios, se considera y confiesa el Mesias esperado, el Redentor y Dios verdadero que con su sangre habia de salvar á la humanidad.

¿Se necesitan aun mas pruebas para adquirir el convencimiento mas profundo de que las

palabras *Hijo del Hombre*, aplicadas á Jesucristo, significan lo propio que Hijo de Dios, que Mesías verdadero?

Después de saber lo que entendían al escuchar la denominación *Hijo del Hombre*, los discípulos, que son amigos, y los fariseos, que eran adversarios, réstanos averiguar cuál era el valor que concedía el mismo Jesús á estas misteriosas palabras.

«El *Hijo del Hombre*, dice Jesús, vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará á cada uno la recompensa que merezca, según sus obras.» (San Mateo, capítulo xvi, v. 27.)

«Y entonces aparecerá el signo del *Hijo del Hombre* en el cielo, y llorarán todas las tribus de la tierra, y verán al *Hijo del Hombre* que descende entre nubes con mucho poder y majestad.» (San Mateo, cap. lxxiv, v. 30.)

«Cuando venga el Hijo del Hombre con su Majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su Majestad. Y se congregarán ante él todas las gentes, y separará á unos de otros, y á los malos los arrojará al infierno eterno; y á los buenos, se los llevará consigo á la eterna vida.» (San Mateo, cap. xxv, desde el versículo 31 hasta el fin.)

«Como el Padre tiene vida *en sí mismo*, así dió también al Hijo el tener vida *en sí mismo*. Y le dió potestad para hacer juicio, PORQUE

ES el Hijo del Hombre.» (San Juan, cap. v, versículos 26 y 27.)

Estos textos son tan claros que no necesitan explicación ninguna. Ellos por sí solos demuestran á todo el que voluntariamente no quiera comprender su evidentísima significación, que el *Hijo del Hombre*, porque es *Hijo del Hombre*, tiene poder y majestad; descenderá entre las nubes del cielo, rodeado por sus ángeles; establecerá, por último, un juicio universal, en el cual todos los buenos serán premiados con el cielo, y todos los malvados serán castigados con el infierno. ¿Puede desconocer nadie que este poder y esta gloria, que esta majestad y omnipotencia solo son atribuciones propias del Mesías, del Hijo de Dios mismo, que segun el Profeta Isaías, debia venir para salvarnos?

Muy fácil nos seria estendernos en esta demostración. Solo en el Evangelio de San Mateo se encuentran 23 veces estas palabras: *Hijo del Hombre*, siempre en sentido divino, siempre como sinónimo del Mesías esperado, aplicadas á Jesus.

Luego las palabras *Hijo del Hombre* cuando se aplican á Jesus en las lenguas semíticas, como en todas las lenguas, significan *Hombre-Dios*, HIJO DE DIOS, DIOS MISMO. Son uno de los títulos del Mesías. Significan el Dios-Hombre que con infinita misericordia redimió al mundo, y con justicia tambien infinita, en el

último día, en su día, cuando llegue su tiempo, ha de juzgar y castigar á los málvados que en el mundo han despreciado su misericordia.

Ya ven nuestros lectores cen cuánta facilidad se destruye, se pulveriza, el *mas fuerte* argumento que contra la divinidad de Jesus emplea M. Renan en el capítulo viii.

aplicamos por qué se llama así Cafarnaum, cómo la considero Jesucristo y cómo fue en esta ciudad tan desconocida en lo antiguo, recibida la predicción de Jesucristo. Vamos, pues, por lo mismo que M. Renan habla llamado al capítulo viii de *Cafarnaum*, que trata en *Jenazaret* ó costumbres de los judíos, ó noticias geográficas, ó cualquier otra cosa, por que lo cierto es que el tal capítulo de nada de las cosas que de lo **XIII** suena en su parte. Este en Renan es frecuente.

Seguros en el empezado examen de las cosas, se refirió tanto á Cafarnaum, que consideraba esta pequeña ciudad

En el capítulo viii que examinamos ahora, se propone M. Renan hablar mucho de muchas cosas y poco de todas. Es este capítulo, en efecto, un conjunto informe de impiedades y absurdos, de inexactitudes y citas, de noticias históricas y geográficas, entre las cuales, por lo menos las cinco sextas partes, no tienen nada que ver directa ni indirectamente con el epigrafe. Promete, debía hablar M. Renan de lo que hizo Jesus en Cafarnaum, y de las 18 páginas que con letra gruesa y renglones muy claros contiene el capítulo, consagra cuatro á esponer lo que á su decir significan las palabras *Hijo del Hombre*, aplicadas á Jesucristo; trece á dar noticias de Jenazaret, Judea, Galilea y las costumbres de los judíos, y dos medias páginas, por último, separadas, á es-

plicarnos por qué se llama así Cafarnaum, cómo la consideró Jesucristo y cómo fue en esta ciudad tan desconocida en lo antiguo, recibida la predicación de Jesucristo. Vemos, pues, que lo mismo pudo M. Renan haber llamado al capítulo viii *Jesus en Cafarnaum*, que *Jesus en Nazareth*, ó costumbres de los judíos, ó noticias geográficas, ó cualquiera otra cosa, porque lo cierto es que el tal capítulo de nada habla menos que de lo que anuncia en su portada. Esto en Renan es frecuente.

Sigamos en el empezado exámen.

«Jesus, dice, se aficionó tanto á Cafarnaum, que consideraba esta pequeña ciudad como una segunda patria.»

Esto no necesitamos impugnarlo ni aprobarlo. Lo pasamos por alto. Solo lo recordamos para que fácilmente pueda comprenderse cómo escribe y con qué método el tan ponderado M. Renan. Después de las palabras copiadas, sin haber dicho nada antes, ni decir nada después, con una transición tan violenta como inesperada, añade lo siguiente: «Poco después de su vuelta. (¿De qué vuelta?) Jesus dirigió sobre Nazareth una tentativa que no tuvo ningún resultado.» (Pág. 134.)

Impórtanos examinar los argumentos que emplea este fanático escritor para demostrar lo que con tan sacrilega audacia espone.

«Y viniendo Jesus á su patria, enseñaba á los judíos en sus sinagogas, de modo que se

admiraban, y decían: ¿De dónde han venido á este tanta sabiduría y tantas virtudes?» (San Mateo, cap. 13, v. 54)

Aunque parezca imposible, es lo cierto, que M. Renan cita este pasaje del Evangelio para demostrar que Jesús no obtuvo ningún resultado con su predicación en Nazaret. ¿Qué mayor resultado podía esperarse que la *admiración* que su ciencia y su elocuencia causaban en unos hombres que conocían á Jesús; que sabían perfectamente que por no haber hecho estudios humanos, solo por gracia divina, solo por la virtud de Dios, que resplandecía en su frente, podía tener tantos, tan infinitos conocimientos?—Continuemos.—

«Fue Jesús á su patria, y le seguían sus discípulos. Llegando el sábado, empezó á enseñar en la Sinagoga, y muchos al oírlo, se admiraban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le han venido estas cosas? ¿Y cuál es la sabiduría que se le ha dado, cuáles son las virtudes que se hacen por sus manos?» (San Marcos, cap. 6, v. 1 y 2)

Aunque parezca absurdo, también cita M. Renan estos pasajes de San Marcos, para demostrar que Jesús no llamó la atención en su patria. Esta desfachatez asombra.

Aquí se admira la elocuencia, y con pasmo se confiesan la millagrosa sabiduría y estupendos prodigios de Jesús. Sin embargo, todo esto prueba, que Jesús no obtuvo éxito en su

patria. La lógica es singular. Del propio modo, aunque salvado las distancias, podría inferirse que Sócratas y Demóstenes no llamaron la atención en Atenas.—Preciso es continuar—

«Llegó Jesús á Nazareth, donde había pasado sus primeros años, *ubi erat nutritus*, y según su costumbre, entró el sábado en la Sinagoga y comenzó á leer. Después de haber leído una profecía de Isaias, relativa al Mesías, añadió, teniendo todos los ojos fijos en El: Hoy se ha cumplido esta profecía en vuestros oídos.—Y todos admiraban la gracia de las palabras que procedían de sus labios.» (San Lucas, capítulo iv, versículos 16, 20, 21 y 22.)

También aduce M. Renan estos mismos textos, para demostrar que los nazarenos no daban oídos á la enseñanza de Jesús. Nosotros nos encojemos de hombros, volvemos á leer á M. Renan para convencernos de que no nos hemos equivocado, estamos seguros de lo que decimos, y con asombro pasamos adelante.

En apoyo de sus extravagantes ideas, para probar que la predicación de Jesús no tuvo éxito en Nazareth, cita M. Renan el capítulo cuarto de San Juan, en el cual se habla de que al decir de los judíos Jesucristo bautizaba más que San Juan Bautista; de la conversión de la Samaritana y tantos otros samaritanos como en la propia ocasión confesaron la divinidad de Jesús; del viaje, por último, del Salvador á Galilea (no á Nazareth), en donde lo recibieron los

galileos (no los nazarenos), por lo mucho que habian oido decir de los prodigios que obraba en Jerusalem, en donde, en fin, milagrosamente, accediendo á los ruegos de su padre, libró de una mortal enfermedad al hijo de Régulo.

Ni una sola vez es nombrado Nazareth en todo este capitulo; ni por incidencia es aludido en ninguno de sus cincuenta y cuatro versiculos. ¡Sin embargo, M. Renan lo cita para probar que Jesus no adelantó nada con su predicacion en Nazareth!...

Despues de dicho esto, para cerrar, para coronar la demostracion, necesitamos advertir que M. Renan amontona las citas, pero no copia los textos. Lo primero le es útil para seducir á los que no se tomen la pena de confrontarlos; lo segundo le seria funesto, porque basta recorrer ligeramente los lugares biblicos citados, para comprender que dicen todo lo contrario; que en cada una de las páginas, en cada uno de los textos del Nuevo Testamento, consta de una manera evidente la admiracion que causaba en todas partes la doctrina de Jesus; el asombro con que se escuchaban sus elocuentísimos discursos; la pasmosa sorpresa con que se contemplaban en todas las poblaciones de Judea los estupendos milagros que por obra de Dios, por virtud propia, con tanta frecuencia hacia Jesucristo.—

Pero no le basta decir á M. Renan que Jesus

no fue escuchado en Nazareth; necesita añadir algo mas; su audacia lo arrastra á sentar que Jesus *no pudo hacer ningun milagro* en su patria. (Pág. 134)

Conviene examioar con algun detenimiento las *únicas* razones que alega en apoyo de su opinion. Veamos cuáles son.

«Y no *podia* obrar allí ningun prodigio: solo curé algunos enfermos, imponiéndoles las manos.» (San Mateo, cap. vi, v. 5.)

Es evidente que no se niega aqui la posibilidad de hacer milagros, cuando aquí mismo se dice espresamente que hizo *algunos milagros*.

Esto no obstante, M. Renan aduce, sin copiar las palabras, solo indicando el texto, la autoridad de San Márcos para probar que Jesus no solo no hizo, sino que *ni aun pudo* hacer ningun milagro en Nazareth. Verdad es que en el propio versículo citado lo desmiente el Evangelio, asegurando que con la sola imposición de sus manos sanó algunos enfermos.

Parece mentira. El versículo que aduce Renan tiene únicamente dos líneas, leyó la primera, y no tuvo tiempo ni aun para leer la segunda. La argumentacion de este fanático adversario de Jesucristo, merece ser aquí parodiada. Supongamos que un historiador dice: «Napoleon I no quiso nunca ir á la isla de Santa Elena; pero al fin de sus dias, en la nombrada isla lo sepultó la Gran Bretaña.»

Claro es que este pasage tiene dos partes: una en la cual se dice que no quiso ir, y otra en la cual se afirma que fue. Pues bien; M. Renan sería capaz de decir, citando este mismo pasage, olvidando por completo la parte primera y solo fijándose en la segunda, *que Napoleon no estuvo jamás en Santa Elena.*

Estravagancia que, por supuesto, no le libraría del desprecio ó la compasion del mundo entero.

Veamos cuál es el segundo argumento de M. Renan.

Véase, dice, (pág. 154, nota 3), el capítulo XII de San Mateo, versículo CINCUENTA Y DOS.

Sentimos no poder en esta ocasion satisfacer los deseos de M. Renan. Como el nombrado capítulo solo tiene CINCUENTA versículos, nos es imposible averiguar lo que dice en el versículo CINCUENTA Y DOS.

Al oír esta cita pensamos en lo que sucedería al testigo atolondrado que para justificar una falsa declaracion dijera, y confirmara con juramento, que aconteció lo que él dice en el día TREINTA de febrero, v. gr. y como este mes, cuando mas, puede contar veinte y nueve dias, los jueces no tendrían que fatigarse demasiado en averiguar si era ó no cierto lo que se supone ocurrido en un dia que no existe.

Ahora conviene decir, que en el capítulo

citado no se nombra tampoco ni una sola vez, ni por incidente siquiera, la ciudad de Nazareth. En cambio se dice, que los fariseos acusaban á Jesus, sosteniendo que hacia milagros en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios. Tenemos, pues, que M. Renan para demostrar que Jesus no hizo, ni pudo hacer milagros en Nazareth, cita un versículo que no existe; aduce un capítulo que ni por incidencia habla de Nazareth; que en cambio confirma hasta con el testimonio de los fariseos, sus irreconciliables enemigos, que Jesus hacia muchos y muy estupendos milagros. Si por envidia los fariseos atribuian á las potestades infernales los prodigios del Salvador, aunque la soberbia les obligara á negar el divino origen, la evidencia los forzaba á confesar lo sobrenatural de los hechos. No es necesario advertir aquí cuán equivocados iban los fariseos al atribuir los milagros al príncipe de los demonios. Como decía el mismo Jesucristo, Satanás no puede hacer prodigios para destruir su reino, es decir, para acabar con el reino del mal, que es el fin único del Salvador del Mundo.

Convengamos en que Renan es poco afortunado en sus citas.

Réstanos examinar el último texto de monsieur Renan.

«Y les dijo Jesus: Me direis: médico, cúrate á tí mismo. Repite en tu patria las cosas que has hecho en Cafarnaum. Jesus contestó: Os

digo en verdad que ningun Profeta es estimado en su patria. Al oír estas cosas, se indignaron todos en la Sinagoga. Se levantaron, lo arrojaron fuera de la ciudad, y con el fin de arrojarlo por un alto precipicio, lo llevaron á la cima de un monte, sobre el cual la ciudad estaba edificada. *Pero Jesus se fue, pasando por en medio de ellos.* (San Lucas, cap. iv, desde el versículo 20 hasta el 30.)

Aquí no se dice que Jesus no hizo milagros, ni menos que no pudo hacerlos. Esto era sin embargo lo único que debería decirse para que no fuera tambien desgraciado en esta cita el obsecado M. Renan.

Provocaban á Jesus en la Sinagoga para que hiciese milagros, y Jesus hacia lo propio que cuando Herodes, por mera curiosidad, le pedia tambien milagros. No quiso hacerlos entonces. Esto es todo lo ocurrido. Inferir de aquí que no los hizo antes ó despues, ó que no pudo hacerlos, es el despropósito mas grande del mundo.

Concluyamos este artículo, refutando con brevedad suma otro *cargo* de M. Renan.

«Como habia, dice, pocos fariseos en Galilea, la discusion contra Jesus no podia ser tan funesta ni tan viva como en Jerusalem, donde bien pronto hubiera sido confundido. *L'eusent arrêté court des ses premiers pas.* (Pág. 139.)

Como aquí supone M. Renan que Jesus triunfaba en Galilea, porque disputaba con ignoran-

tes, para confundir á M. Renan basta recordarle que también en Jerusalem disputó con los sábios doctores de la ley y los confundió y los llenó de asombro con el valor infinito de su saber y su elocuencia. Oiga M. Renan este hecho, porque es importante. Aun no era Jesus hombre; todavía era un niño; se le extravió á sus padres en el templo; lo buscaron sin cesar por tres días y tres noches y al fin lo encontraron... ¿Cómo? ¿Dónde? Oigámoslo. «Después de tres días hallaron á Jesus en el templo, que sentado en medio de los doctores, les preguntaba y les respondía, y todos asombrados contemplaban sus prudentes y sábias respuestas.» (San Lucas cap. II, ver. 46 y siguientes.)

Esto aconteció en Jerusalem. Ya ve, pues, M. Renan, cómo Jesus, sin ser mas que un tierno niño, según la carne, como era el Verbo eterno, como era la eterna sabiduría, llenaba de admiración, no á los fariseos de Galilea, sino á los mismos sábios doctores de Jerusalem.

Así son todos los argumentos de M. Renan.

M. Renan, en el capítulo ix, se propone pintar á su gusto el carácter de los discípulos de Jesus. Naturalmente los pinta no segun la historia, sino segun su capricho, y como San Juan en su Evangelio habló mas de la divinidad de Jesucristo que los otros tres Evangelistas, es mas odiado y por lo mismo mas desfigurado y mas calumniado por el fanático y obcecado escritor francés.

Al decir de M. Renan, San Juan Evangelista fue un hombre mezquino, lleno de envidia y vanidad, dominado por innobles pasiones, que escribió su Evangelio, no para narrar la vida admirable de Jesus, sino para colocarse al lado y en ocasiones delante del mismo San Pedro.

Esta es la idea que en el capítulo ix, pági-

na 159 da M. Renan de San Juan, el autor del último Evangelio.

Examinemos uno por uno los cargos que el apóstata Renan dirige á San Juan.

—Lo acusa ante todo de hablar, *sin cesar de sí mismo*.—

Para pulverizar esta objecion despreciable, solo se necesita recordar que San Juan nombra á todo el mundo, y que él con sumo empeño procura no nombrarse siquiera en todo su Evangelio. Cuando necesita contar un hecho, en el cual tuvo parte activa, oculta siempre su nombre, y habla de «un discípulo, el otro discípulo, aquel discípulo, el discípulo á quien amaba Jesús» sin poner jamás su nombre. Esta sola reflexion basta y sobra para demostrar la injusticia execrable con que M. Renan se propone desprestigiar al discípulo amado, arrojando sobre su frente la infamante nota de vanidoso.

Parecia natural que San Juan en su Evangelio se hubiera nombrado al menos donde su nombre no podia omitirse, en los pasages en que es citado por los otros Evangelistas. Sin embargo, no lo hace. A tal extremo llega su humildad, su portentosa humildad.

Nosotros sabemos que San Juan entró en el Apostolado y era uno de los doce, porque así nos lo cuentan San Matéo, capítulo x, versículo 3, y San Lucas, capítulo vi, v. 14, al citar con sus propios nombres á los doce dis-

cípulos, llamados Apóstoles, de Jesucristo. Pues bien; San Juan no presenta ni esta lista, lo cual sería tan poco censurable, que nadie hubiera podido ni siquiera extrañarlo. Y este hombre tan humilde, este Apóstol tan lleno de abnegación, este historiador tan poco amigo de hablar de sí mismo, siendo parte y testigo ocular de los hechos que refiere, este Evangelista que ni aun quiere nombrar á sus compañeros por no nombrarse él mismo, es calificado duramente por M. Renan, es tratado como escritor vanidoso por el novelista mas vanidoso, mas soberbio, mas engreido, y por su sacrilega audacia, mas repugnante que jamás han conocido los siglos.

¡San Juan habla sin cesar de sí mismo! Y, ¿por qué? La razon es obvia. Porque ni aun se cuenta entre los discípulos, por no llenar el papel con su nombre. — Sigamos —

Jesus el dia de la Transfiguracion en el monte, estaba acompañado por tres de sus discípulos, Pedro, JUAN y Diego. Así lo refieren San Mateo, capítulo xvii, v. 1, San Marcos, capítulo ix, v. 1, y San Lucas, capítulo vii, versículo 28. Claro es que esta distincion es una señal de confianza, un titulo de gloria que ningún hombre vanidoso hubiera dejado de contar, principalmente cuando tantos motivos tenia para hacerlo. No fue así sin embargo. Aunque M. Renan asegure que San Juan hablaba sin cesar de sí mismo, que solo pretendia

colocarse al lado de San Pedro y en ocasiones por delante, en este caso, tan apropósito para colocarse al lado del primer Apóstol, San Juan no piensa en sí mismo, no habla siquiera de un hecho que tanto le honra, es cabalmente el UNICO entre los cuatro Evangelistas que no refiere la historia de la Transfiguracion.

¡Y es este el Apóstol vanidoso que procura *sistemáticamente* colocarse al lado de San Pedro! ¿Cómo entonces no aprovecha esta ocasion tan oportuna? La verdad es que M. Renan aborrece á San Juan Evangelista, porque es quien mas ha hablado de la divinidad de Jesus, y por esto lo calumnia de una manera tan villana y aun asquerosa.—Continuemos.—

Jesus amaba á Juan. Este es un hecho incontestable. Porque lo amaba lo trajo á su apostoiado, lo llevó al Tábor, y jamás dejó de darle pruebas inequívocas de su afecto y confianza. Despues de la última cena, Jesus se retiró al huerto de Getsemani con sus discípulos. Estando ya en este lugar, se alejó como un tiro de piedra de sus discípulos, y se fue á un sitio mas solitario, llevando consigo tres, únicamente tres discípulos. ¡Entre ellos iba San Juan! Y este hecho tan glorioso, tan oportuno para poner á Juan al lado de San Pedro, lo omite tambien el Evangelista, á quien como tan vanidoso pinta el obcecado M. Renan. Lo cuentan San Mateo, cap. xxvi, v. 37, y San Márcos, cap. xiv, v. 33, que no tienen interes

ninguno personal en referirlo, y San Juan, el interesado, el vanidoso el amigo de hablar de sí mismo, el que por sistema procura colocarse al lado de San Pedro, no dice ni una sola palabra acerca de él. Está visto que la historia y la verdad se han empeñado en lastimar el amor propio del impío autor de *La Vida de Jesus*.—Aun nos falta algo.—

Veamos ahora cómo habla de sí mismo San Juan Evangelista.

Refiere la prision de Jesus, y llegando á Caifas y Anás, dice lo siguiente, en el capítulo xviii, v. 15 y 16.

«Seguian á Jesus Simon Pedro y OTRO DISCIPULO. *Aquel discípulo* era conocido del Pontífice, y entró con Jesus en el atrio del Pontífice.»

«Pedro se hallaba fuera, en la puerta. Salió, pues, el *otro discípulo*, que era conocido del Pontífice, y habló á la portera, *ostiaría*, y entró Pedro.»

Aquí debemos notar tres cosas.

1.^a Que Juan refiere un hecho en el cual tuvo parte, en el cual desempeñó el principal papel, y con sumo cuidado procura omitir su nombre.

2.^a Que no solo no se nombra, sino que aun sin nombrarse, siempre se coloca despues de Pedro, como humillándose delante de él.

3.^a Que su valimiento en aquella tristísima ocasion no lo atribuye á mérito personal, sino

á la circunstancia de ser conocido por el Pontífice, de ser conocido en aquella casa y por lo tanto, no hallar dificultades para penetrar en ella.

A esto debe añadirse, que el tener valimiento en la casa de los perseguidores de Jesús, no podía ser muy honroso, ni muy útil para San Juan, entre los cristianos, principalmente, cuando escribió su Evangelio, tantos años después de la muerte del Salvador. ¿Qué podía, en efecto, ganar el Apóstol y Evangelista con decir á los adoradores de Jesucristo, que él, que el discípulo amado era amigo de los Pontífices, que con tan cruel é implacable saña perseguían á Jesús?

San Juan refirió este hecho, porque era cierto; porque con referirlo, ninguna gloria personal podía resultarle; porque, en fin, no podía llenarle nunca de vanidad el ser conocido en la casa en que mas aborrecido era el Salvador del mundo. Este hecho, en vez de honrar, pudiera haber perjudicado al Evangelista San Juan. Nos sorprende el considerar cómo Ernesto Renan no se ha valido de él para calumniar á San Juan, apellidándolo traidor y amigo de los enemigos de Jesucristo. Aunque esta acusacion siempre hubiera sido absurda y sacrilega, al menos en la apariencia, hubiera podido dar margen á un maligno escritor para fundar en ella horribles conjeturas.

San Juan, que no cuenta lo que puede lle-

narle de gloria, refiere lo que puede perjudicarle. ¡Qué prueba de vanidad! San Juan dice que era conocido y que Pedro no lo era en la casa de los adversarios de Jesus. ¿Quién es aquí el favorecido? San Pedro, sin duda alguna. Véase, pues, cómo San Juan en lo glorioso, no procura jamás ponerse delante de San Pedro.

Fijémonos en otra circunstancia importantísima. El mismo San Juan, capítulo xiii, versículos 23 y 25, refiriendo el episodio del lavatorio y la traicion de Judas en la noche de la cena, dice lo siguiente: «UNO de los discípulos á quien amaba Jesus, estaba recostado sobre el pecho de Jesus.»

«Y así, estando recostado *aquel discípulo* sobre el pecho de Jesus, dice: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?»

Aquí debemos notar dos cosas:

1.^a Que San Juan oculta su nombre. Siguiendo siempre firme en su sistema de no hablar de sí mismo, cuando no puede evitarlo, con humildad asombrosa solo menciona á «un discípulo, aquel discípulo, etc.», omitiendo siempre su verdadero nombre. ¿Es este el escritor vanidoso? ¿Es así como contó Xenofonte su *retirada* tan célebre en la historia?

2.^a Que en esta misma ocasion, en el versículo 24, un versículo antes, introduce á San Pedro, hablando á Jesus y dirigiéndole la propia pregunta, deseando conocer al traidor que habia convenido en vender á Jesucristo.

Es indudable. San Juan siempre se pospone á San Pedro, y siempre habla de sí mismo con profundísima humildad.

En el capítulo xix, v. 26 y 27, repitiendo las palabras pronunciadas por Jesucristo desde el árbol Santo de la Cruz, dice el mismo San Juan estas palabras. «Habiendo visto Je-us á su Madre y al *discípulo* á quien amaba, que estaba á su lado, dijo: mujer, hé ahí á tu hijo. Y volviéndose al *discípulo*, dijo: hé ahí á tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el *discípulo* como Madre.»

Tres veces oculta aquí su nombre San Juan, llamándose únicamente discípulo. No es posible exigir una prueba mayor de abnegacion y humildad. Tanto desprendimiento no es ni aun concebible para los que como M. Renan, no comprenden cómo se transforma el hombre, olvidando por completo su propio orgullo, su vanidad, cuando sigue los consejos de Dios y se deja arrastrar libremente por los dulces atractivos de la gracia divina.

Hablando de la Resurreccion del Salvador, San Juan, capítulo xx, v. 2, se espresa en estos términos. «Corrió, (María Magdalena) y vino á Simon Pedro y al *otro discípulo*, que amaba Je-us, y les dijo, etc., etc.»

Siempre el propio sistema. Su conducta es invariable. Oculta su nombre por humildad, y por respeto, por obediencia se cuenta siempre despues de San Pedro. Otra prueba de vanidad

que sin duda alguna habrá tenido en sus adentros el impío escritor á quien impugnamos para calificar tan falsa como sacrílegamente al humildísimo San Juan Evangelista.

Al concluir su Evangelio, en el capítulo XXI, versículo 24, siempre ocultando su nombre, dice San Juan Evangelista. «Este es el *discípulo aquel* que dá testimonio de estas cosas y las escribe. Sabemos que es verdadero su testimonio.»

Ya ven nuestros lectores con cuánta injusticia, cuán falazmente afirma M. Renan que el Evangelista San Juan es un escritor vanidoso que habla sin cesar de sí mismo, que *sistemáticamente* procura colocarse al lado y aun delante de San Pedro.

Creánnos nuestros lectores. M. Renan no escribe una historia; ha publicado una repugnante novela. No dice lo que es cierto; apunta lo que en su odio á Jesus, su obcecacion y fanatismo le hacen decir.

M. Renan solo estudia en su aborrecimiento. Concibe en su corazon un pensamiento sacrilego, y despues revuelve los libros, no para hallar en ellos la verdad, sino para encontrar pretextos, aunque sean absurdos, en los cuales pueda apoyar, para seducir á los espíritus débiles, sus malignas imposturas. San Juan habló mas que ningun otro Evangelista de la divinidad de Jesus. Por esto le odia casi tanto como á Jesus el impío y blasfemo apóstata M. Renan.

que sin duda alguna habrá leído en sus aban-
 tros el impío escritor a quien impugnamos
 para exhibir las falsas como sacilegamente el
 humillísimo San Juan Evangelista.
 Al concluir su Evangelio, en el capítulo XXI,
 versículo 24, siempre oculto en nombre
 dice San Juan Evangelista, «esta es el día»
 cuando aquel que da testimonio de estas cosas
 y las escribe. Sabed que es verdadero en
 testimonio.

Ya van nuestros lectores con tanta impa-
 cta, como talmente afirma M. Renan que el
 Evangelista San Juan es un escritor sagrado
 que habla sin cesar de sí mismo.

Al examinar hoy en un solo artículo los ca-
 pítulos x y xi de la impía obra de M. Renan,
 por amor á la brevedad, por tratarse de un
 asunto que en verdad no requiere hoy gran
 detenimiento, cambiaremos en algo el plan
 que hasta ahora hemos seguido. Y cuenta que
 no hacemos esto con el fin de abandonarlo de
 una manera definitiva, sino solo para una vez
 y en este artículo por juzgarlo así mas con-
 veniente.

En los dos capítulos citados, M. Renan se
 propone demostrar, sin lograrlo, como fácil-
 mente se concibe, que la doctrina de Jesus es
 comunista, enemiga de la propiedad y adula-
 dora de los pobres.

Esta sacrilega blasfemia no ha menester de
 refutación. Es un absurdo contra el cual pro-

testan con voz unánime todo el Evangelio, toda la conducta de todos los Santos, todas las obras de los apologistas del catolicismo, todos los decretos de los Concilios, toda la historia, en fin, de la humanidad y de la Iglesia. ¡Comunista la doctrina del Salvador! ¿Por qué? ¿Quizá porque para ser comunista es indispensable dejar de ser cristiano? Los pueblos católicos siempre han respetado la propiedad, siempre han condenado el hurto y la rapiña, siempre han condenado con sancion eterna toda usurpacion y fraude.

El comunismo se funda en tres principios, todos condenados, todos contrarios al espíritu y la letra del Evangelio.

1.º Creer que no hay mas felicidad que la que alcanzamos en la vida presente. Cuando cunden estas perniciosas ideas, el hombre esclama: *Comedamus et bibamus, cras enim moriemur. Nullum sit pratum quod non prætereat luxuria nostra.* Y diciendo esto, y admitiendo la moral iamunda de Epicuro, el hombre deja la doctrina de Jesus, y para gozar en la vida, no esperando felicidad en el cielo, se hace *comunista*, no quiere que haya pobres ni ricos; quiere que todo sea para todos, ó lo que es igual, que nada sea para nadie, que todo, en fin, entre en horrorosa confusion.

Este principio, uno de los principales errores del comunismo, del ódio á los *ricos*, está

condenado en todas las páginas del Santo Evangelio.

Jesus, en efecto, manda que no apegnemos el corazón á las riquezas; que no corramos tras las cosas que se ven, porque son temporales, sino tras las que no se ven, porque son eternas; que no codiciemos las riquezas que perecen, que corroe la polilla ó se llevan los ladrones, sino lo espiritual, lo que no perece, lo que está muy por encima de la polilla, de los ladrones, y de todos los adversarios de la paz doméstica; que busquemos, no el alimento que perece, sino el que entra en la vida eterna; que por último, trabajemos por hallar el reino de Dios y su justicia, olvidando el mundo y las cosas que en él hay, porque todas las cosas mundanas son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.

— Sí: el principio fundamental del comunismo es la falta de fé en un orden sobrenatural, la falta de temor á un Juez de infalible justicia que con pena eterna castigará el hurto, ó de esperanza en un Padre, en un Señor de misericordia infinita, que á todos los hombres recompensará en el cielo con felicidad imperecedera las buenas acciones que hayamos practicado y que no hayan sido remuneradas en la tierra.

Pues bien: el Evangelio destruye por su base este funestísimo principio. El Evangelio predica en todas partes la esperanza y el te-

mor á la vida futura, que son los únicos frenos que pueden impedir los excesos en la vida presente. ¿Cómo, pues, se dice que el Evangelio es comunista, cuando mina por su base los cimientos del comunismo, cuando la doctrina de Jesus y las teorías comunistas son cosas enteramente opuestas?

2.º El olvido del trabajo es la segunda base del comunismo. Todo el que no quiere trabajar, todo el que no se atreve á regar la tierra y hacerla fructifera con el sudor de su rostro, todo el que, sin creer en la vida futura, es además amigo del ocio, cae por necesidad en la miseria, y piensa solo en salvarse, apelando á los recursos del comunismo. Esto, que no es, ni puede ser condenado por la filosofía incrédula, es y solo puede ser anatematizado por la filosofía católica.

El Evangelio nos manda trabajar; quiere que vivamos perpetuamente ocupados; desea que ganemos el pan con el sudor de nuestra frente; condena, en fin, la ociosidad como un gran pecado.

3.º El menosprecio de la propiedad es la tercera y última causa del comunismo. El Evangelio ordena que se respete la propiedad, que no se atente contra los bienes ajenos, que no usurpemos el bien del prójimo, y todo esto lo ordena, advirtiendo que el pecado no se remite sin la restitución, y que en fuego eterno serán castigados los que hurtan, y pudiendo,

mueran sin restituir lo hurtado. ¿Es siquiera concebible dar garantía mas sólida á la propiedad? No.

Si, pues, el Evangelio condena la inmunda moral de Epicuro, el materialismo, que solo piensa en los goces de la vida presente; si, como un horrible crimen anatematiza el amor á la ociosidad y su consiguiente aversion al trabajo; si, por último, con sancion eterna, con un infierno, con un lugar de tormentos que jamás tendrán fin, amenaza castigar á los comunistas, á los que atentan contra la propiedad ajena, ¿cómo hay valor, cómo hay la necesaria osadía para afirmar que el Evangelio y el comunismo se dan la mano; que hay relacion entre Cristo y Belial; que son compatibles, que en un mismo sitio pueden juntarse la luz y las tinieblas?

Donde entra el Evangelio, el comunismo desaparece. Todos los maestros del comunismo comienzan, para haer prosélitos, por impugnar la Iglesia católica, por borrar de las conciencias el justo respeto á la propiedad, el santo amor al trabajo, el necesario odio á la ociosidad que ella inspira. Todos los pueblos comunistas, para serlo, han renunciado al catolicismo. No queremos dar demasiada estension á este artículo. Por esto no demostramos lo que acabamos de decir con multitud de citas históricas. Hoy, bástenos recordar la guerra de los paisanos en Alemania. Allí se atentó de

una manera horrorosa contra la propiedad; pero no se hizo, no pudo hacerse, sin atentar antes de una manera mucho mas horrorosa contra la fé y la moral, contra toda la celestial doctrina del Evangelio.

En los últimos años del pasado siglo, la convencion francesa espantó al mundo con sus teorías acerca de la propiedad. No se olvide, sin embargo, que la convencion habia declarado abolido el catolicismo, que *suprimió* por un decreto la existencia de Dios, que, en fin, condenaba á ser degollado sin piedad á todo francés ó no francés que no renegara del catolicismo.

Con fecha aun mas reciente, en nuestro propio siglo, han existido hombres mal llamados filósofos, que, como San-Simon, Pedro Leroux, Carlos Fourrier, Cabbet, etc., etc., han escrito libros y fundado escuelas contrarias á la propiedad particular; pero, y no se olvide esto nunca, todos estos *filósofos*, todos estos adversarios de la propiedad han sido incrédulos, han aborrecido el catolicismo, han negado los dogmas de la Iglesia y han intentado sustituir la moral santa de Dios con la moral, con la asquerosa corrupción de las pasiones.

El comunismo no puede plantearse sin borrar el séptimo precepto del Decálogo, sin suprimir el décimo y olvidar completamente el cuarto y el primero. Ahora bien: los preceptos escritos por el dedo Omnipotente de Dios, jamás

podrán ser borrados por la mano miserable del hombre. No solo no puede apoyarse el comunismo en el Evangelio, sino que por el contrario, la doctrina de Jesucristo es la única garantía que contra el comunismo tiene la sociedad.

Después de haber demostrado que el comunismo y el Evangelio son cosas incompatibles, pasemos á examinar los argumentos que aduce M. Renan para *probar* que el Evangelio es comunista. — ¡No pensemos por ahora en la blasfemia! Fijémonos solo en la argumentación. — Veamos la primera. —

Jesús condena la *soberbia*, ensalza la *humildad*, y cien y cien veces repite que el reino de los cieos solo es para los que sean humildes, para los que no insulten ni desprecien á sus hermanos, para los que no calumnien ni sean envidiosos, para los que sin dejar de ser prudentes como la serpiente, sean cándidos como la paloma, para los que en fin, se hacen como los niños inocentes que á nadie aborrecen, ni para nadie quieren lo malo. Es evidente que la soberbia puede ser vicio del rico que insulta al pobre y del pobre que amenaza al rico. Es evidente que la humildad puede ser y es en efecto virtud de pobres y ricos. Sin embargo, M. Renan dice que Jesús es enemigo de los ricos, porque en su Evangelio proclama la necesidad de la humildad en los pobres y en los ricos. Esto equivale á decir que Jesús es enemigo de los Reyes porque ordena en su moral

á los que obedecen que no sean rebeldes y á los que mandan que no sean tiranos. Esto es lo mismo que suponer que los médicos que mandan extraer sangre á los enfermos robustos, son enemigos de los enfermos débiles, de complexion delicada. Este argumento, en fin, es absurdo. Basta plantearlo, para rechazarlo con desprecio.

Veamos otro argumento de M. Renan.

Jesus, dice, condena la **AVARICIA**. Luego es enemigo de la propiedad.—

Convengamos en que no es posible inventar siquiera un raciocinio menos racional. Jesus, respetando y mandando bajo pena de eterna condenacion que la propiedad sea respetada, condena la *avaricia*, que no solo no es la propiedad, sino que por el contrario, es causa del fraude, del hurto, de centenares de crímenes contra la propiedad. Podríamos presentar el argumento de M. Renan en los términos siguientes:

La *avaricia* es el mayor enemigo que tiene la propiedad.

Es así, que Jesus condena la *avaricia*, para que no dañe á la propiedad.

Luego Jesus es enemigo de la propiedad, porque la defiende contra los ataques de su mas temido y mas constante adversario.

Este y no otro es el raciocinio del impio Renan.

Vamos con otro argumento.

—Jesus manda que se busque primero el reino de Dios y su justicia, y promete que *todo lo demas* se nos dará por añadidura. ¡Luego es enemigo de la propiedad!—

Este *raciocinio* debe plantearse en los términos siguientes:

En el hombre hay alma y cuerpo, parte racional y parte material, riqueza *racional*, *divina*, revelada, para el espíritu, y riqueza material, puramente material, para el cuerpo.

Es así que Jesus ordena que se atienda primero á las necesidades del espíritu, que son eternas, que á la de la carne, que son pasajeras, sin olvidarlas nunca, por supuesto, cuando son legítimas.

¡Luego Jesus es enemigo de la propiedad!

Jesus quiere que el hombre sea hombre, que se eleve hasta parecer ángel, y no se degrade hasta compararse con los brutos.

¡Luego es enemigo de la propiedad!

Jesus dice que se adquiera la verdadera civilización á costa del dinero. Por esto censura M. Renan á Jesucristo. Sin duda alguna el *civilizado* miembro del *Instituto imperial* desea que los hombres por no gastar su dinero en instruirse, en conocer y practicar la justicia, en santificarse para adquirir el reino de Dios, permanezcan sumidos en la barbarie. Bien se conoce que M. Renan ha sido instruido por los drusos en las montañas de Siria.

Otro argumento de Renan.—Jesus truena contra los *malos* ricos. ¡Luego es comunista! A esto podemos añadir nosotros. Jesus truena contra los *malos* pobres. Luego es enemigo de la pobreza.

No, Jesus no es adversario de ricos ni de pobres; es amigo y Salvador de todos los hombres. Condena á todos los *malos*, sean pobres ó ricos, y salva á *todos* los buenos, sin pensar para nada en la pobreza ó en la riqueza, como no sea para premiar la resignacion en los unos y la misericordia en los otros. Ante Dios solo es *bueno* el que obra bien, y solo es *malo* el que obra mal.

—El reino de Dios, añade Renan, se ofrece á los pobres. ¡Luego Jesus es comunista!—

El reino de Dios se ofrece á los pobres DE ESPIRITU, á los hombres que, tengan ó no riquezas, cuando son pobres sufren con cristiana resignacion su desgracia, y cuando son ricos, con pobreza de espiritu, con humildad, sin engreimiento ni soberbia, se confiesan pequeños ante Dios, hermanos de los pobres, y como á hermanos los amparan en su desgracia.

Y, ¿es esto ser comunista? ¿No es, por el contrario, destruir hasta los mas fútiles pretextos para el comunismo? ¿No es inspirar la resignacion al pobre, deleitándole con la dulce esperanza de que en el cielo han de ser eternamente recompensados sus padecimientos? ¿No

es esto arrancar con la suavidad de la resignacion evangélica el puñal, la tea incendiaria que borrando de su corazon el santo temor á Dios, llevando la desesperacion y el odio á su alma, ha puesto la revolucion incrédula en las manos del pobre?

— ¡Jesus es comunista porque destruye el comunismo! —

Veamos el último argumento.

— Jesus comia en casa de los pobres y de los ricos. —

¡Luego es comunista! —

— Jesus mandaba que no se ultrajase á los pobres; que, por el contrario, se les tratara como á hermanos. —

¡Luego es comunista! — ¿Si querría M. Renan que Jesus convirtiera á los pobres en ilotas? ¿Si desearía que les negara por lo menos la mitad del alma, como hacia Homero con los esclavos?

— Jesus manda que los ricos den limosna á los pobres. —

¡Luego es comunista!

¡La limosna que supone la propiedad, que desarma la ira del pobre, impidiendo su desesperacion, que une con lazos de gratitud al pobre con el rico, la limosna, la santa virtud de la limosna, predicada por Jesus, es doctrina comunista!

Basta por hoy.

XIV.

Nada decimos del capítulo xiii. En él habla M. Renan de San Juan Bautista y lo trata como fácilmente comprenderán nuestros lectores, teniendo en cuenta que fue el precursor de Cristo, que dió grandes, públicos y numerosos testimonios de su divinidad. M. Renan niega todo lo que le estorba y afirma todo lo que le conviene. Esta es la ley fundamental de su crítica. Por esto al examinar los hechos del Bautista, su sistema, su crítica imparcial consiste en alejarse todo lo mas posible de la verdad y la justicia. Repite todo lo dicho en otro lugar en favor de Herodes y Herodíades, verdugos de San Juan; disculpa á los asesinos y reprende á la víctima; olvida la sangre del inocente, no estampa una sola palabra para reprobar el crimen y en cambio encomia á Herodes con ardor

por su amor á las artes, y procura escusar á la mala mujer que pervertia su corazon, recordando los *importunos* consejos del severo moralista.

Con solo indicar esto hay bastante para adivinar lo que dirá y cómo lo dirá el moderno sociniano. No refutamos, sin embargo, los muchos y absurdos errores que contiene el citado capítulo, porque la tarea es larga, el tiempo urge, y solo podemos ocuparnos en lo que directa é inmediatamente se refiere á Jesucristo. Hé aquí por qué nos trasladamos al capítulo xiii, en el cual, segun promete, M. Renan debe explicar *las primeras tentativas* de Jesus sobre Jerusalem. Veamos cuáles son en este punto sus mas notables imposturas.

M. Renan *necesita* para sus depravados fines sostener que la predicacion de Jesus no era con tanto entusiasmo escuchada en Jerusalem como en Galilea. Con esto quiere hacer creer que las personas instruidas se alejaban del Salvador. Los hechos son todo lo contrario; pero los hechos no son nunca obstáculos para este osado escritor. Con el mas abominable descaro, en la página 214, dice que Jesus «conocia probablemente que se hallaba en Jerusalem como en una sociedad hostil que solo lo recibia con desden.»

Para decir esto, para consignar esta horrible blasfemia, M. Renan no aduce ni puede aducir, porque no existe un solo testimonio de

la antigüedad. Para decir lo contrario, para demostrar que M. Renan afirma lo que es completamente falso, nosotros citaremos, porque existen, porque podríamos recordar muchos y muy auténticos, algunos testimonios irrecusables.

Congregados los Príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el atrio de Caifás, Príncipe de los sacerdotes, celebraron Consejo para investigar cómo podrían apoderarse con dolo de Jesús y darle muerte. Y decían: *Que no sea en día de fiesta, para que no haya tumulto en el pueblo.* (San Mateo, capítulo xxvi, v. 5.)

Tenemos aquí que los fariseos, los ancianos, los jefes, los hombres de autoridad en Jerusalén, quieren apoderarse de Jesús; pero vacilan, temen, encuentran graves dificultades para el logro de su sacrilega empresa. Y ¿a quién temen? ¡Al pueblo! ¡Al inmenso prestigio que sus milagros y su predicación habían dado á Jesús ante el pueblo! Jesús no era rico ni fuerte. No podía dominar en el corazón de las turbas por la corrupción del oro ni el terror de la violencia. Sus armas eran su virtud y su doctrina; las obras que hacía para glorificar á su Padre y glorificarse á sí mismo, por que El y su Padre eran una misma cosa.

¿Cómo, pues, dice M. Renan que Jesús era recibido con desden, que su predicación no era

escuchada en la capital de Judea? Aun nos falta mucho.

En San Marcos (cap. xiv, v. 2), muestran los fariseos y escribas el propio temor al pueblo y el mismo respeto á Jesucristo. Tropiezan con idénticas dificultades para dar la muerte á Jesús. ¡Temían al pueblo! Tanto era el crédito del Salvador en Jerusalem, que los mismos doctores de la ley, que hasta los Príncipes de los sacerdotes habían sido eclipsados por la gloria de Jesús. ¡Y se dirá que no obstante su predicación fue oída con desden en la ciudad de los Profetas!...

Acusando los fariseos á Jesús delante de Pilatos, decían: «CONMUERE al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta Jerusalem.» (San Lucas, cap. xxiii, v. 5.)

El *hombre*, el hombre Dios, que era recibido con desden en la capital de la nación judaica, sin armas, sin oro, sin auxilio extraño, con solo el valor de sus doctrinas, el prestigio de sus milagros y la santidad de su vida *conmovía* al pueblo, enseñando y siendo escuchada su predicación, en toda Judea, desde uno á otro confín, desde Galilea hasta Jerusalem. Esto no lo dice Jesús; lo confiesan sus más rencorosos adversarios, los implacables enemigos, que aconsejados por su rencor y su envidia, por sus deseos de insaciable venganza, por todos los medios imaginables, intentaban crucificar á Jesús. No es posible negar el tes-

timonio de los que le aborrecian. Ellos con su ciega obstinacion demuestran el valor de la enseñanza de Jesucristo. ¡Conmueve al pueblo! Y ¿cómo? ¿Predicando la corrupcion, la libertad de las pasiones, la vida del mundano deleite como lossaduceos? Por el contrario. Su doctrina toda era de mortificacion y penitencia. Condenaba todos los desordenados apetitos, y exigia la mas estricta observancia de los consejos y los preceptos que enfrenan nuestras pasiones. Jesus en la vida presente, solo ofrecia trabajos y persecucion; solo para la vida del cielo prometia el reinado de la justicia, y en recompensa de la virtud, una eterna felicidad. A hombres que solo pensaban en los groseros placeres de la tierra, Jesus inculcaba la conveniencia, la absoluta necesidad de creer y pensar mucho en los santos y puros y celestiales placeres del espíritu. Jesus necesitaba demostrarles la existencia del orden sobrenatural; de un mundo que no veian, y cuyos caminos eran enteramente opuestos á los de las pasiones humanas. Era imposible que esta doctrina hubiera sido en aquel tiempo admitida, sin los milagros, sin el auxilio eficaz del cielo, sin la predicacion de Dios mismo. ¡Luego Jesus era Dios! ¡Luego el fundador de una doctrina que vence á los amigos del deleite, predicándoles la mortificacion, por fuerza ha de ser superior al hombre y al mundo; por fuerza ha de ser el Mesias esperado, el Hijo de Dios, el mismo Dios!

Repitamos la pregunta. ¿Cómo Jesús *conmovió* á todo el pueblo de Israel? ¿Halagando quizá la codicia de los fariseos? ¿Poniendo sobre los altares para que fuese adorado el *becerro de oro*? Jamás. Jesús predicaba la abnegación, y con la infinita fuerza de su palabra condenaba la codicia, ese mal del infierno que tantas torrentes de iniquidad arroja todos los días sobre la tierra. Jesús no lisongeaba las pasiones de nadie. Su doctrina era la verdad, era la justicia, era la virtud, era el reino de Dios en el cual no penetra nada manchado. Jesús condena el imperio, porque es idólatra. Condena á los fariseos, por su hipocresía, su orgullo y su avaricia. Condena á los saduceos, por su apego á las cosas terrenas, por su olvido del alma, por su desprecio de la virtud, por su inmundó epicureísmo. Jesús condena á Herodes por su crueldad y reprende con infinita energía al pueblo por sus depravadas costumbres. Jesús no adula á nadie; predica la justicia á todo el mundo. ¿Cómo, pues, conmueve á Judea, haciendo que en su derredor se coloquen todos los pueblos, admirando su doctrina, creyendo en El, confesando su divinidad y proclamando que era el esperado Mesías? Sin ser Dios, nadie puede obtener ni obtendrá jamás un triunfo parecido.

Los hombres que seguían á Jesús se ponían enfrente del mundo corrompido que los odiaba por su virtud; de los saduceos y fariseos que

los aborrecían y perseguían por temor y envidia; de los romanos, en fin, que cruelmente castigaban á los partidarios de una doctrina, que siendo incompatible con la idolatría, no podía vivir al lado de ningun gentilico imperio. Los que seguían á Jesus despues de renunciar á los placeres de la carne, despues de olvidar los deleites de la codicia, despues, en fin, de abandonar todo lo agradable del mundo, para abrazarse á la Cruz del Salvador, ponían en peligro su propia vida, arrojando los riesgos, casi seguros, de ser víctimas de la mas horrorosa persecucion. ¿Cómo, pues, siendo tantas y tan inmensas las dificultades, han podido superarse con medios humanamente tan poco considerables? Confesemos con San Agustín, que si el mundo se ha convertido á Jesus sin milagros, esta conversion seria mas estúpida, mas sobrehumana, mas milagrosa que todos los milagros juntos.

¡Jesus *convivia* á Judea! ¡Luego era Dios! ¡Luego falsamente afirma M. Renán que no era escuchada su predicación en Jerusalem! ¡Luego Jesus, lo propio vencía el error en Galilea, país ignorante, que en Jerusalem, ciudad de los doctores!—Continuemos.—

Acaba el Salvador de dar la vida á Lázaro, muerto de cuatro dias. Este milagro fue público. Los judíos, testigos de él, no pudiendo negarlo, se llenaban de admiración. Muchos creyeron en Jesucristo. Algunos se acercaron á

los fariseos y les dieron cuenta de lo ocurrido. Entonces los Príncipes, los sacerdotes y los doctores de la ley, reunidos en consejo, digeron: «¿Qué haremos, *porque este hombre obra muchos prodigios?* Si lo dejamos así **TODOS CREERÁN EN ÉL**, y vendrán los romanos y nos privarán de nuestro reino y nuestra nación.» (San Juan, cap. xi, v. 45 hasta el 48.)

Esto acontecía en Jerusalem. Tenemos, pues, que segun M. Renan, Jesus no era escuchado sino con desden en la capital de Judea, y segun los fariseos, los enemigos de Jesus, los que veían y temían la preponderancia, los triunfos de Jesus, tanta era la fama del Salvador, tanto y tan profundo el entusiasmo que en todas partes causaba su doctrina, que *había peligro de que todos creyesen en ella.*

Entre Renan, que despues de diez y nueve siglos dice lo que no ha visto ni sabe, porque quiere decirlo, y los fariseos, que decían lo que veían y sabían y temían, y con la muerte de Jesus querían evitarlo, nos parece que la eleccion está hecha. Renan en este caso solo merece el mas profundo desprecio. Quiere hablar de lo que no ha visto; necesita citar autoridades respetables para ser creído. ¿En qué testimonios se apoya M. Renan para sostener que Jesus no era recibido con entusiasmo en Jerusalem? ¿Recordará, quizá, el día en que con palmas y olivas, cantando alabanzas al

Hijo de David, al verdadero Mesías, á Dios, lo recibieron con grande alborozo los judies en Jerusalem? Pues estos son los únicos testimonios que se encuentran. El raciocinio de M. Renan debe ser aquí parodiado. Es, por cierto, bastante singular. Puede plantearse en los términos siguientes.

De las cosas antiguas solo sabemos lo que la historia y la tradicion nos dicen:

Es así que la historia y la tradicion nos dicen que Jesus hizo muchos prodigios en Jerusalem; que fueron infinitas las personas que creyeron en su divinidad; que como Dios, con palmas y olivas fue recibido por el pueblo; que en fin, los mismos fariseos llegaron á temer que toda Judea creyera en Él.

¡Luego la predicacion de Jesus no fue recibida sino con desden en la ciudad de David!

El argumento es donoso. Pudiera compararse con el siguiente:

Todo el mundo sabe que en la Siberia el frio es insoportable:

Luego en la Siberia se abrasan los hombres de calor.

¡Qué lógica, santo cielo! ¡A qué punto abrastra á los hombres el odio á Jesucristo!

Tambien en este mismo capítulo, el xiii, habla M. Renan de los fariseos y los saducees, en términos bastante vagos. ¿Si se habrá propuesto indicar que Jesus aprobaba la doctrina de estos abominables sectarios? Renan truena

contra ellos sin advertir cuál es su intencion. ¿Por qué no manifiesta que Jesus los reprender los refuta, los condena, los amenaza con el infierno, los llama raza de víboras, sepulcro blanqueado, generacion corrompida y adúltera, pueblo, en fin, de dura cerviz y corazon incuncuciso? ¿Por qué no esplica la infinita diferencia que existe entre la corrupcion y avaricia de los saduceos y fariseos y la pureza y la santidad y la infinita abnegacion del Salvador del mundo? ¡Ahl La intencion de M. Renan es harto trasparente. Su libro no se ha escrito para convencer á los hombres sábios, sino para pervertir á las gentes cándidas. Por esto se declama contra los saduceos y fariseos, mezclándolos con el templo, con el sacerdocio, con las cosas mas santas, sin distincion ninguna, como indicando, como queriendo indicar que la doctrina de Jesus y la de los fariseos son una misma cosa.

Aunque esto parezca inverosímil, esto es lo que se propone M. Renan. Este impío escritor solo desea nallar calumnias ó pretextos de calumnias para amontonarlas contra Jesucristo. Poco le importa el desprecio de los hombres instruidos, con tal que logre seducir á los ignorantes.

Aun nos queda mucho que examinar en este capítulo. Hoy no nos es posible terminarlo.

XVI.

M. Renan, empeñado en tornar aborrecible la memoria de Jesucristo, no se detiene ante ningun cargo, ni, por absurda que sea, omite ninguna calumnia. Verdad es que le acontece como á los perros que ladraban á la luna. Dios está muy alto para que las blasfemias de M. Renan, con su álito inmundo, puedan llegar hasta su trono. Las alabanzas del hombre, por misericordia especialísima de Dios, suben hasta llegar al cielo; pero las blasfemias, en justo castigo á los que las profieren, bajan, y bajan cada vez mas, y se precipitan en razon directa del orgullo que las inspira, hasta sepultarse en los mas hondos abismos del infierno. Aunque un filósofo empleara todos los recursos de su grande inteligencia en demostrar que el sol no alumbrá todos los dias con sus rayos nues-

tro planeta, el sol, sin advertir siquiera los argumentos ridículos del tal filósofo, para confundirlo, continuaria cumpliendo la ley del Creador, enviando constantemente sus luces sobre la tierra. Del propio modo, por mas que M. Renan insulte la razon y desprecie la verdad, negando la divinidad de Jesucristo, la divinidad de Jesus existe, permanece eternamente; sin cesar con los rayos de su inloita luz alumbrá nuestras conciencias; con los auxilios de su infinita misericordia llena de consuelos en sus desgracias al hombre, y con la omnipotencia de su eterna é inmutable voluntad sostiene el cielo y la tierra, y cuante en el cielo y la tierra existe.

M. Renan, insecto microscópico, ha declarado guerra implacable al Ser Necesario, á la Plenitud del Ser, al Dios infinito en su poder y eterno en su vida, al Creador Omnipotente del cielo y de la tierra, al Verbo eterno de Dios por el cual en el principio todas las cosas fueron hechas. La lucha, pues, no puede ser mas desigual. Como los ángeles rebeldes, M. Renan será castigado, será aun en el mismo mundo sepultado en los insondables abismos de su propia confusion. ¡Dios ablande su corazon y abra los ojos de su alma! ¡Jesus no quiere ni aun la condenación de M. Renan! ¡Jesus ha derramado su sangre por librar del infierno al mismo Renan, á su implacable adversario, al mónstruo de ingratitud y ceguedad que con

tan horrible obstinacion hace la guerra al cielo! ¡Qué moral! ¡Su autor es Dios! ¡Solo puede ser Dios!...

Pero examinemos los argumentos que en el capítulo xiii presenta contra la divinidad de Jesucristo el impío escritor francés.

«Jesus, dice, que consideraba las obras del arte como una pomposa ostentacion de la vanidad, vela *todos estos monumentos* con malos ojos.» (Pág. 211.)

La intencion sacrilega de M. Renan es aquí bastante conocida. Renueva una acusacion horrible del siglo pasado, materialmente pulverizada por Chateaubriand, por Balmes, por Wissemann y Augusto Nicolás en el presente siglo; resucita contra la Iglesia la execrable acusacion que en otros tiempos se le ha dirigido, suponiéndola enemiga de las artes, con el fin de alejar de ella, de apartar del Evangelio á los artistas y los poetas, que en vez de contemplar las estatuas del paganismo y hacerse paganos, se inspiran en los monumentos del cristianismo para estampar el sello de su divinidad en las obras del genio. M. Renan quiere establecer enemistad eterna entre Jesus y los artistas; quiere que el arte sea pagano; quiere, en fin, que el genio se aleje de Dios. Aunque sencilla en la forma, la acusacion, la calumnia, es horrible en el fondo.

No entraremos de lleno en esta cuestion. Ya está resuelta. Ninguna persona ilustrada puede

ignorar hoy que teórica y prácticamente el catolicismo, la Religión de Jesús ha sido, es, y será siempre la fuente inagotable de inspiración para el genio. El arte del gentlismo, puesto en parangon con el arte cristiano, es una estrellita microscópica vista en medio del día, en su mayor proximidad al sol. Es un invisible liliputiense oculto, enterrado bajo los pies de un descomunal gigante. Pero ya que no nos es dado demostrar que nada favorece tanto al ingenio del hombre, nada lo torna tan grande y fecundo como la Religión católica, podemos y aun debemos examinar *las razones* que para calumniar á Jesucristo aduce M. Renan.

Para probar que Jesús consideraba como pomposa ostentación de la vanidad las obras del arte; para demostrar que veía con malos ojos todos los monumentos, comienza por citar el capítulo xxiii de San Mateo, versículos 27 y 29. Veamos lo que dicen, porque ya sabemos lo que valen, los textos de M. Renan.

«Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Sois semejantes á los *sepulcros blanqueados*, que en lo exterior parecen á los hombres muy bellos, y por dentro solo encierran huesos de cadáveres y asquerosa corrupción.» (27.)

«Así vosotros en lo exterior pareceis justos ante los hombres; pero por dentro, ante Dios, estáis llenos de iniquidad é hipocresía.» (28.)

«Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipó-

eritas, que edificais los sepuleros de los Profetas y adornais los monumentos de los justos!» (29.)

«Sois testimonio contra vosotros mismos. Sois hijos de los que dieron muerte á los Profetas.» (31.)

¿Qué hay aquí contra las grandes ni aun contra las ordinarias obras del arte? Absolutamente nada. Jesus confunde á los fariseos con un símil exactísimo que sin dificultad ninguna hubieran empleado los mismos Rafael ó Miguel Angel, sin que se lo impidiera el ser los reyes del arte.

Jesus dice que los sepuleros bellos por fuera, están llenos de asquerosos restos humanos por dentro. ¡Luego es enemigo de las artes!

Jesus dice que los fariseos son hipócritas, por que adornan los monumentos de los justos y persiguen y dan la muerte á los justos. ¡Luego Jesus mira con malos ojos todos los monumentos levantados por el genio!

Jesus condena á los malvados. ¡Luego es enemigo de los hombres virtuosos! ¡Qué absurdo! Espanta la lógica estrambótica de M. Renan. Sigamos. Examinemos otro argumento de este ilustrado miembro del *Instituto francés*.

«Saliendo Jesus del templo, cuando iba andando, se le acercaron sus discipulos y le mostraron las obras que entonces se hacian en él. Y Jesus les contestó:—¿Veis todas estas cosas? Pues os digo en verdad que no quedará piedra

sobre piedra que no sea destruida.» (San Mateo, cap. xxiv, v. 1 y 2.)

En estas palabras, citadas por M. Renan para demostrar que Jesus es enemigo de los monumentos, no hay la mas ligera indicacion que nos autorice para pensar de una manera tan absurda. Jesus no condena el templo; lo que hace es llorar sobre sus ruinas; lo que hace es decir que pronto, muy pronto, antes que pasara la generacion que aun vivia, el templo seria destruido y no quedaria en él piedra sobre piedra. Así fue en efecto. En tiempos del Emperador Tito, el año 70 de la era Cristiana, el templo fue completamente arruinado. De aquí lo que puede inferirse es que Jesus veía lo futuro; que Jesus hizo una profecía y la profecía se cumplió; que Jesus, en fin, es Dios, porque es infalible en sus juicios. Y ¡cosa rara! El cumplimiento de esta profecía que sirve de perpétuo é irrefragable testimonio de la divinidad de Jesus, segun M. Renan es un argumento para desprestigiar á Jesus.

Jesus declara que el templo será destruido en castigo de las iniquidades del pueblo de Israel. Pasan algunos años; viene á Judea el Emperador Tito, y lo destruye. ¡Luego Jesus es adversario de los monumentos!

Despreclemos tan repugnante manera de discurrir. Veamos el tercer argumento.

«Cuando salía Jesus del templo, le dijo uno de sus discípulos:—¿Maestro, mira estas piedras

y estas estatuas? y Jesus le contestó: ¿Ves todas estas obras? Pues no quedará piedra sobre piedra.» (San Marcos, cap. xiii, v. 1 y 2.)

Lo mismo se dice en este pasage que en los anteriores. Jesus conoce lo futuro; sabe que el templo ha de ser destruido, y lamenta su destruccion. ¿Puede inferir nadie de aquí que Jesus mira con malos ojos las grandes obras del arte? Basta el sentido comun para rechazar este argumento.

El *raciocinio* que vamos á examinar es todavia mas ridiculo.—Lo espondremos.

«Y cuando se acercaba Jesus, al ver la ciudad, llora sobre ella, diciendo:—Vendrán días sobre tí; te rodearán tus enemigos, y te estrecharán por todas partes. Y te postrarán en tierra, y postrarán á tus hijos, y no quedará en tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el día de tu visitacion.» (San Lucas, cap. xix, versículos 41 hasta el 44.)

Esto es una profecía del Salvador, que se cumplió al pie de la letra en el sitio y ruina de Jerusalem. Jesus veía venir un mal, y lo anunciaba. Esto prueba la divinidad de Jesus. Con esto no es posible demostrar otra cosa.

¡Jesus *llora*, lamenta la ruina de Jerusalem! ¡Luego quiere la ruina de todas las ciudades y de todos los monumentos! Esto es lo que con su *alta critica* infiere M. Renan.

En el mismo Evangelio de San Lucas, capítulo xxi, versículo 5, se dice lo propio. Esto,

sin embargo, no impide que sin citar las palabras, porque lo confundirían, M. Renan, según su costumbre, cite el texto para confundir ó abrumar á los lectores perezosos que no se tomen la pena de confrontarlos con el texto, y ver la verdad y oportunidad con que se aducen. M. Renan necesita derramar las tinieblas á torrentes sobre el fundamento de todos sus raciocinios. El que obra mal, aborrece la luz. Con solo copiar las palabras de los textos que amontona, M. Renan hubiera pulverizado su propia obra. Por este no lo hace.

Ya, pues, hemos visto lo que valen los *únicos* argumentos que emplea M. Renan para hacernos creer que Jesus era enemigo de las artes y de los artistas. Examinada á fondo la cuestion, lo que resulta es que el impío y blasfemo Renan es implacable adversario de la verdad, é íntimo aliado de la confusion, de las tinieblas y la mentira.

¿Hay en todo el Evangelio un solo texto en el cual se declare que Jesus condena los sepulcros, ó es contrario á los templos? No. ¿Por qué entonces se le atribuyen palabras que jamás ha pronunciado, que con todas sus obras y toda su doctrina combatió en el largo período de su vida entre los hombres? ¿Protestó jamás Jesucristo despues de su resurreccion, contra los discípulos que lo habian sepultado en un monumento *nuevo* y de *piedra*? ¿Mostró ni una sola vez falta de respeto al templo, al

gran monumento de la antigüedad? ¿No habló siempre con admiracion del gran templo de Salomon, de la gran maravilla del mundo? ¿Por qué, pues, se le pinta como enemigo de las artes? Por el odio y la rabia que contra Jesus arden en el pecho de M. Renan.

gran monumento de la antigüedad? No hablo
 siempre con admiración del gran templo de Sa-
 lomón, de la gran maravilla del mundo? Por
 qué pues, se le trata como enemigo de las
 artes? Por el odio y la envidia que contra Jesús
 arden en el pecho de M. Renan.

XVII.

No nos es posible abandonar todavía el capítulo XIII. Está tan lleno de absurdas argumentaciones contra la divinidad del Salvador, está escrito con tan dañada intencion y tan malvado fin, que no conociendo su artificio, quizá los espíritus atolondrados pudieran caer en el lazo que tan insidiosamente se les tiende. Como es M. Renan tan fanático adversario de la Religion revelada, no contento con negar la divinidad de Jesús, quiere apoyarse en Jesús mismo para dirigir terribles ataques contra el culto católico. Toda la intencion de M. Renan en el presente capítulo consiste en presentar á nuestro divino Redentor como un mero *deista*, como un filósofo *despreocupado*, cual un *espíritu fuerte* enemigo de toda religion.

A este fin, lo confunde en lo malo con los

fariseos, y lo pone en lucha abierta con todas las prácticas y los sacrificios de la Sinagoga. Insistiendo en el mismo propósito, le pinta como adversario de las artes, como adversario del templo, como hombre que tenía empeño en despreciar los templos, para suponerlo al menos poco afecto á las ceremonias, á los sacrificios y oraciones públicas de la Iglesia. Con el propio dañado fin quiere indicar que Jesús abolió la antigua ley, que solo pensaba en la humanidad, que era poco afecto á los templos; para concluir, que pensaba como un filósofo incrédulo, y que solo por miedo á las preocupaciones populares dejaba de esponer con toda claridad sus ideas y sentimientos.

Dejemos por ahora á un lado los errores y las blasfemias; limitémonos á consignar cuál es el propósito que se desprende, que con tanta insistencia se quiere inculcar en el capítulo xiii. Por esto nos es indispensable desenmascarar el fantasma, y demostrar hasta la evidencia que solo en la mentira, que solo en las tinieblas, que únicamente en la falta de luz pueden apoyarse los absurdos *raciocinios* de M. Renan.

Necesitamos hacer otra advertencia importantísima antes de entrar en materia. Hay personas que, no sabemos por qué, han llegado á figurarse que M. Renan es un gran orientalista; que lee los textos sagrados en griego ó en hebreo, no en latín ó en frances; que, en fin, es temible por sus profundos y raros co-

Evangelios el griego y el hebreo están en

nocimientos en lo que él llama las lenguas semíticas.

Esto solo puede espantar á los que sean capaces de horripilarse con los fuertes ecos del jumento vestido con piel de leon de que nos habla la fábula. M. Renan sabrá ó no las lenguas orientales; esta no es cuestion que ahora puede resolverse. Lo que sí nos importa manifestar, es:

1.º Que M. Renan no cita el Evangello en griego ni hebreo, sino en latin, en la edicion vulgar, en la *Vulgata*, en la traduccion de San Gerónimo, sancionada por el Concilio de Trento, que nosotros leemos todos los días, y que con las notas del P. Scío anda en España en manos de todo el mundo.

2.º Que M. Renan, aunque usa la Biblia latina, no lee el texto latino, sino la traduccion francesa, lo cual salta á la vista, lo cual no puede negar nadie que se fije en el giro, en las palabras de los textos que aduce. No solo no lee M. Renan los textos orientales, con lo cual nada conseguiria, sino que ni aun traduce el texto latino, limitándose quizá por pereza á reproducir la traduccion mas conocida en Francia.

3.º Que no solo no cita textos *semíticos*, sino que nada, absolutamente nada adelantaria con citarlos, porque el tiempo á que se refiere, la época en que se escribieron los Santos Evangelios, el griego y el hebreo estaban en

decadencia, y el latín era la lengua preponderante. Los Evangelistas escribieron en lo más florido del imperio romano, cuando todo el mundo hablaba el latín, cuando los sabios mismos hebreos, como Josefo, se trasladaban á Roma para aprender su lengua y estudiar sus costumbres y su filosofía.

4.º En fin, que los libros que cita M. Renan todos están ó escritos en latín ó traducidos á este idioma, siendo las traducciones latinas ó francesas las que utiliza M. Renan.

Es necesario despreciar el miedo. El terror solo sirve para debilitarnos, y dar una fuerza que no tiene, que no debe tener nuestro enemigo. Los que se arredran al oír hablar de M. Renan, temiendo su erudición *semítica*, son por lo menos dignos de compasión. La erudición *semítica* para el caso no sirve de nada.

Prévias estas observaciones necesarias para demostrar que filosóficamente hablando, M. Renan pudiera compararse con el pacífico jumento que vestido de león espantaba á las selvas, nos parece oportuno entrar de lleno en la cuestión que hoy debemos examinar, mejor dicho, en la impostura que hoy con tanta indignación debemos rechazar.

Comenzamos escuchando las palabras de M. Renan.

«Jesus, dice, fue el primero que tuvo valor para decir, que desde Juan, ó mas bien, desde

el mismo Jesus, la *ley antigua* habia dejado de existir. Si alguna vez empleaba términos *mas discretos*, lo hacia para no ponerse en violenta contradicción con las preocupaciones vulgares.» (Pág. 222.)

Aquí la impostura y la blasfemia están elevadas á la última potencia. Un cargo como este, apenas podria comprenderse entre salvajes que todo lo ignoran. ¡Jesus teme á las preocupaciones vulgares! ¡Jesus que con tanta energía condenaba á los escribas y fariseos, ocultar su doctrina, sus ideas, por temor á las gentes! ¡Jesus, que abierta y solemnemente se llama el Mesías, el Hijo de Dios, Dios mismo, que era el gran delito, el único delito para los poderosos fariseos, iba á impenerse silencio por respeto al juicio del vulgo! ¡Jesus, que todo lo desprecia, que todo lo arrostra, que á nada teme, que está resuelto á morir, que ha tomado la carne, la naturaleza humana solo para morir, que ha descendido del cielo para enseñar á los hombres á vencer con el sufrimiento, Jesus, por debilidad, por consideraciones livianas, por miedo al pueblo iba á ocultar sus pensamientos! ¡Qué absurdo!

Esto es mas que falso y mas que absurdo; es hasta inverosímil. Aun literariamente hablando, esto merece el mas profundo desprecio.

Jesus sabe que los fariseos lo aborrecen, lo calumnian, lo persiguen de muerte, porque se apellida Hijo de Dios.

Jesus, no obstante, á pesar del ódio y las amenazas de los fariseos, sin intimidarse jamás, en público y en secreto, repetía que era Hijo de Dios, lo demostraba con sus doctrinas, lo probaba con sus milagros, lo inculcaba, en fin, en todas partes, sabiendo que por inculcarlo sería, había de ser conducido por los fariseos al Calvario.

¡Luego Jesus tenía miedo!

Toda la ley y todos los Profetas tenían un fin que era Cristo. Ahora bien: Jesus aseguraba que Él era el Cristo, que Él era el Mesías, que ya había llegado la plenitud de los tiempos, que en Él, por último, se habían cumplido todos los vaticinios. Esto irritaba y llenaba de furor á los fariseos. Jesus lo decía y lo repetía, sin embargo, sin consideración ninguna, á pesar del furor de sus más rencorosos adversarios.

¡Luego Jesus tenía miedo, y por miedo ocultaba sus ideas!

No, no y mil veces no. Jesus no dejó de exponer jamás su doctrina por temor á los hombres.

Vino á morir, y no podía contener su lengua el miedo á la muerte. Su doctrina es la verdad, y la verdad no falta nunca en sus labios. Lo que M. Renan dice que Jesus ocultaba algunas veces *por discrecion*, es cabalmente lo que en todas partes y todos los días y con todos sus hechos y todas sus palabras, demoes-

traba á todos los que le velan y oían, Jesucristo.

Pero apartándonos de estas consideraciones, debemos examinar los pasages que cita, por supuesto, sin copiar sus palabras, M. Renan.

Veamos el primer argumento.

«La ley y los Profetas (dijo Jesus á los fariseos) hasta Juan; pero desde Juan, el reino de Dios es anunciado, y todo en Él padece fuerza.» (San Lúcas, cap. xvi, v. 16.)

Este pasage lo emplea M. Renan para poner á Jesucristo en contradicción consigo mismo, como queriendo indicar que si en otra parte dice que no ha venido para destruir la ley, sino para cumplirla. aquí, en este pasage, dice todo lo contrario, al afirmar que la ley concluyó en San Juan Bautista.

Este cargo es hasta bochornoso. Solo un escritor que se burla de la candidez de sus lectores, puede presentar tan inoble argumento. Es imposible esponer sin mala fé esta objeción.

¿Qué es lo que enseña Jesus en las citadas palabras? ¿La ley y los Profetas hasta Juan! ¿Y es esto destruir la ley? ¿No es eso afirmar que se ha llenado el fin de la ley, que se han cumplido las profecías que se ha ungido el Santo de los Santos, que se ha consumado la iniquidad y se ha puesto término al pecado? ¿No está manifestado que habiendo nacido el Mesías, que estando ya en el mundo el Reden-

tor, que habiendo llovido de los cielos el Justo y brotado de las entrañas de la tierra el Salvador, estaba cumplida la ley, y se habían satisfecho todos los deseos de los Patriarcas y los Profetas, de todos los justos de la antigua ley que en el *Seno* de Abraham esperaban con santa ansiedad el reino de Dios?

Ya no hay que esperar la venida del Mesías, porque el Mesías ha venido.

Ya no hay que anunciar por medio de nuevos Profetas la próxima llegada del Hijo del Hombre, porque el Hijo del Hombre soy Yo.

Ya no hay que esperar el reino de Dios, porque Yo soy el Hijo de Dios, y he venido al mundo para establecer entre los hombres su reino.

Lo que anunciaban todos los Profetas está cumplido en Mí. ¿Es esto destruir la ley? Sigamos.

«Desde los días de Juan Bautista hasta ahora, el reino de los cieles padece violencia, y los violentos lo arrebatan. Todos los Profetas y la ley *profetizaron* hasta Juan.» (San Mateo, ca. II, v. 12 y 13.)

En este pasaje se repite lo propio que en el anterior. Aunque M. Renan lo cite para demostrar que Jesús destruía *la ley*, TODA LA LEY. Y todo lo moral y religioso, es lo cierto que por el contrario solo prueba que la ley tuvo un perfecto cumplimiento en Jesús; que hasta Juan se había esperado el Dios-hombre,

anunciado por la ley como *su fin*, y que ya este fin era conocido, que el reino de Dios estaba en medio de los que rodeaban á Jesucristo.

Desde los días de Juan, los Profetas no anunciaban á Jesus, porque Jesus ya ha venido; pero como esto era lo que deseaban, toda la ley y los Profetas, con la venida de Jesus, no solo no se destruye, sino que de una manera perfecta se cumple la ley. Esto es lo que no entiende ó no quiere entender M. Renan.

En el capítulo v de San Mateo (capítulo consagrado cabalmente á esponer la moral santísima de Jesus, todo el fin de la ley, en la parte moral y religiosa), dice Jesus á los judios: «No creais que he venido á destruir la ley ó los Profetas. No he venido á destruirla, *sino á cumplirla*. Os lo digo en verdad. Mientras no pase el cielo y la tierra, no se borrará un solo ápice de la ley, hasta que todo se cumpla.» (v. 17 y 18.)

Jesus espone las bienaventuranzas; recopila todos los deberes morales y religiosos del hombre; advierte á los Apóstoles que los ha colocado sobre el candelabro para que su luz resplandezca entre los hombres; espone, en fin, con infinita sabiduría las obligaciones de la ley, y en seguida esclama: «Cumplid lo que en lo moral y religioso la ley ordena. Yo soy el Mesías anunciado por la ley. No he venido á suprimir el dogma ni la moral. Creed en lo que

la fé os enseña, y cumplid lo que la moral es preceptua.»

«El que destrayere alguno de estos mandamientos, y enseñare á los hombres que debe ser destruido, este será el mas pequeño en el reino de los cielos. El que cumpla la ley y enseñe que debe ser cumplida, este se llamará grande en el reino de los cielos.» (v. 19.)

«Os anuncio que si no abunda vuestra justicia mas que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. No matarás. El que mate, será reo de juicio. Todo el que se indigne contra su hermano, será reo de juicio.»

En el mismo capítulo, Jesus recomienda la paz, prohíbe la injuria, condena el divorcio y el adulterio, reprueba el juramento en vano, reprende la venganza, y en fin, para que seamos dignos de llamarnos hijos de nuestro Padre que está en los cielos, nos manda que amemos y no aborrezcamos á nuestros hermanos, á todos los hombres, que, segun la doctrina de Jesucristo, son hijos de Dios y hermanos nuestros.

¡Y esto dice M. Renan que es destruir la ley!

No puede ni aun comprenderse tan cínica audacia.

habituaria autotribu

es el que se enseña, y cumplir lo que la moral
 «... que desistiere alguno de estas manda-
 mientos, y enseñare á los hombres que debe
 ser destruido este ser, si mas pequeño es el
 reino de los cielos. El que cumple la ley y en-
 señare que debe ser cumplida, este se llamará
 grande en el reino de los cielos.» (v. 18.)
 «... cuando que si no abunda vuestra justia,
 no mas que la de los escribas y fariseos, no
 entraréis en el reino de los cielos. Todo el que
 se indigna contra su hermano, será too de

XVIII.

M. Renan miente y calumnia con suma fre-
 cuencia, apoyándose en la verdad misma. Co-
 mo *perfecto* sofista, ha publicado su último li-
 bro, no para dilucidar una cuestion, sino para
 confundirla; para derramar sobre ella, si pu-
 diera, las tinieblas á torrentes. Escuchémosle.
 «Jesus, dice, proclama los *derechos* del
 hombre y no del judio; la Religion del hombre,
 no la del judio; la redencion del hombre, no la
 del judio.» (Pág. 225.)
 Todo esto es cierto, muy cierto; pero antes
 de examinar las consecuencias que de este
 gran principio infiere M. Renan, conviene po-
 nerlo en contradiccion consigo mismo, para
 que se vea, para que todo el mundo conozca
 que este escritor insolente no tiene ni debe te-
 ner ninguna autoridad.

Acaba de decir M. Renan que Jesus proclama los *derechos*, la Religion y la redencion del *hombre*, de la humanidad, no de solo el pueblo hebreo. Pero como la memoria del moderno sociciano es tan flaca, olvidando completamente lo que afirma en la página 223, en la página 227 dice lo que á continuacion copiamos: «Jesus no conocia á los *gentiles* (á los *hombres*, á los *no judios*) para pensar en constituir algo sólido sobre su conversion.»

Tenemos, pues, que segun M. Renan, Jesus *no conoce* y *conoce* á la humanidad; *no piensa* y *piensa* en la conversion de todos los hombres; *encierra* y *no encierra* sus proyectos en los límites de Judea.

La contradiccion es tan manifiesta como repugnante; pero M. Renan, contando con la candidez de sus lectores, va siempre con inaudito descaro á su criminal objeto. En el capítulo xiii necesita combatir el culto católico, y asegura que Jesus era *hombre* y amigo de los *hombres*; era *filósofo* incrédulo, adversario de los templos; era, en fin, un *espíritu fuerte*, enemigo de todas las religiones positivas, un completo deista.

En el cap. xiv las necesidades son otras, contrarias; y M. Renan, que no retrocede ante ningun obstáculo, para satisfacer necesidades contrarias dice cosas enteramente contrarias. Su contradiccion se explica por su mala fé. Es completamente sistemática.

¡Jesus proclama los derechos del hombre, no del judío! (Pág. 223.)

¡Jesus no conoce bastante á los gentiles, á los hombres, no judíos! (Pág. 227.)

Si no los conoce, ¿cómo funda los derechos del hombre? ¿Cómo proclama la Religion y la redención de la humanidad?

Si los conoce, ¿por qué se dice con tan repugnante cinismo que no tenia bastante noticia de ellos, de los gentiles, para pensar en su conversion, para traerlos á la Religion verdadera, para reunirlos á todos, como hermanos, en una gran familia en la tierra, cuyo padre es Dios, que está en los cieles? ¿No estaba anunciado en los antiguos Profetas que Israel necesitaria estender los limites de sus campos; que vendrian y adorarian al Señor todas las gentes; que en fin, se convertirian á Dios *todos los fines de la tierra*? UNIVERSI FINES TERRE!

Todas las antiguas profecías describen; anuncian la Religion de Jesus como la Religion universal, católica; como la Religion que Dios desde lo alto del cielo envia para su eterna felicidad á todos los hombres que habitan en la tierra. Jamás ni en los Salmos, ni en los Profetas, ni en los Evangelios, se han puesto límites á la santísima Religion de Jesus. Dios no ha venido á salvar *únicamente* á los hebreos; ha querido que *todos* los hombres se salven y vengán al conocimiento de la verdad. Jesus en San

Mateo, capítulo xxvi, v. 13, anuncia que su Evangelio será predicado en todo el Orbe, y en el último capítulo del citado Evangelista manda á sus Apóstoles que recorran *toda* la tierra; que prediquen el Evangelio á *todas* las gentes, enseñándoles á cumplir todo lo que Jesus habia ordenado durante su vida mortal entre los hombres. Ante Jesus no hay distincion de personas; no es conocido el griego ni el escita, el hebreo ni el etiope. Al lado de los hijos de Abraham y de Isaac, se sentarán muchos que vendrán del Oriente y del Occidente. Dios dará á Jesus *todas* las gentes en su heredad, y para su posesion *todos* los términos de la tierra. Se acordarán y se convertirán al Señor *todos* los fines de la tierra. Permanecerá con el sol y ante la luna de generacion en generacion. En sus dias nacerá la justicia y la abundancia de la paz. Domina á desde el mar hasta el mar, y desde el rio hasta los confines de las tierras. Se postrarán ante El los etiope; los Reyes de Tarsis y de las islas, de los árabes y de Sabá le ofrecerán dones. Y le adorarán *todas* las gentes de la tierra. *Todas* las gentes le servirán. *Todas* las gentes que ha criado, vendrán, Señor, y te adorarán y glorificarán tu nombre. Alabad al Señor *todas* las gentes; alabadlo *todos* los pueblos.

Estas magnificas palabras de David, tomadas de los Salmos 2, 21, 71, 85 y 116, demuestran hasta la evidencia, que como solo

hay en el espacio un sol para esclarecer toda la tierra, solo está la Religión Santísima de Jesús en el mundo para iluminar á todos los hombres.

¿Qué hay en la Religión *católica*, UNIVERSAL, que no sea UNIVERSAL? ¿Quién ha puesto nunca término al número de los adoradores de Jesucristo?

Isaias (cap. 54), anunciando la grande, la inmensa fecundidad de la Iglesia, dice: «Dilata el lugar de tus tiendas, y estiende las pieles de tus tabernáculos. Prepara cuerdas de mucha longitud, y afirma bien los clavos que las sostienen. Penetrarás por la derecha y por la izquierda; tu descendencia heredará *todas* las naciones, y habitará en las ciudades desiertas.»

Si es necesario ensanchar las tiendas y estender las pieles de los tabernáculos, porque los estrechos límites de Israel no son bastante espaciosos para contener á todas las gentes que de todas las partes del globo vendrán, es decir, conocerán y querrán glorificar al Salvador del mundo.

Su descendencia, su Religión, sus Apóstoles heredarán toda la tierra, y llenarán las ciudades *desiertas*, es decir, los pueblos llenos con el error, con la iniquidad del paganismo, y vacíos, desiertos, enteramente privados de la verdad eterna, de la luz infinita, con la cual Dios en su misericordia ha querido salvar á

todos los hombres que voluntariamente no quieren privarse de su celestial influjo.

Si; el Señor llamará á todas las gentes, y todas las gentes oirán la voz de Jesus, por que el eco de su predicacion resonará en todos los confines de la tierra.

Y siendo esto así, siendo esto evidente, ¿cómo se atreve á decir M. Renan que Jesus no pensaba en la conversion de los gentiles, por que no los conocia bastante bien? ¿No afirma M. Renan en las páginas 36 y 37 que Jesus conocia todo el Antiguo Testamento; que habia comprendido la verdadera poesia de la Biblia; que leía los Salmos *con el gusto de su tiempo*, viendo en ellos constantes alusiones al Salvador del mundo; que, en fin, Isaías era uno entre los *verdaderos* maestros de Jesus? Si, pues, como dice M. Renan, Jesus conocia la doctrina de los Salmos y de Isaías, ¿con qué fundamento, con qué cara afirma ahora que Jesus no pensaba en la conversion de los gentiles, cuando con tanta repeticion estaba anunciada por los nombrados Profetas? Y si, como dice en el capítulo xiv, pág. 227, M. Renan, Jesus no conocia bastante á los gentiles para pensar en su conversion, ¿por qué en el capítulo xiii, en la pág. 223, afirma que Jesus proclamaba los derechos, la Religion y la redencion de la humanidad? El que miente necesita una gran memoria. M. Renan se burla del mundo.

Pero aun falta lo mas importante.

Despues de afirmar que Jesus no conocia á los gentiles ni pensaba en su conversion; despues de sostener que por el contrario los conocia y pensaba en su conversion, M. Renan por el momento se fija en que los conocia, en que predicaba la Religion *de la humanidad* para inferir que no anunciaba Jesus *la Religion de Dios*.

Esta consecuencia es ya algo mas que ridicula. Jesus queria convertir á la Religion de Dios el mundo entero; Jesus queria que su Evangelio, el Evangelio de Dios, se predicase en toda la tierra; Jesus, en fin, queria que todos los hombres se salvaran por la gracia de Dios, y viniesen al conocimiento de la verdad que Dios les revelaba.

¡Luego Jesus era enemigo de la Religion de Dios!

Jesus queria santificar con su celestial doctrina á todos los hombres. Por esto su Religion se llama Religion católica, Religion de la humanidad; no porque la humanidad la ha establecido, sino porque Dios la ha dado por su infinita misericordia á todos los descendientes de Adan.

¡Luego Jesus es enemigo del culto católico, es filósofo incrédulo, es deista, etc., etc.!

Esta es la lógica de M. Renan. Los hechos prueban que no exageramos.

Para demostrar que nada hay *menos sacer-*

dotal que la Religion de Jesucristo, M. Renan ejta, por supuesto sin copiar las palabras, los siguientes pasages del Evangelio:

«Y se predicará este Evangelio del REINO en *todo el Orbe*, en testimonio para *todas* las gentes.» (San Mateo, cap. xxiv, v. 14.)

Aquí no se necesitan comentarios. El texto dice espresamente que el Evangelio de Jesus será predicado en todo el Orbe. Para inferir de aquí que Jesus es enemigo de la Religion, de la Iglesia, del Evangelio, de Jesus mismo, se necesita todo el valor, toda la clínica audacia que atesora en su pecho M. Renan.—Otro texto.

«Y acercándose Jesus á sus discípulos, les dijo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, *enseñad* á todas las gentes, bautizando á todos los hombres en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *enseñándoles* á observar todo lo que os he mandado.» (S. Mateo, cap. xxviii, vers. 18 y 19.)

En este versículo hay que notar tres cosas.

1.^a Que Jesus ha dado una doctrina completa á sus discípulos, *quæcunque mandavi vobis*.

2.^a Que revestido de toda potestad, manda á sus Apóstoles á *enseñar* en todo el mundo y bautizar á todos los hombres. *Euntes, docete, baptizate*.

3.^a Que quiere que esto lo cumplan los Apóstoles en todas partes, y no en nombre del

mundo, ni en nombre de la filosofía, sino en nombre del cielo, de la Santísima Trinidad.

Tenemos, pues, que aquí hay sacerdotes (*Euntes*), doctrina (*omnia quæ mandavi*) y culto (*baptizantes; servare omnia, in nomine Patris, etc.*)

Luego con este texto se prueba que Jesús no quiere bautismo, ni sacerdotes, ni Misterios, ni Religión revelada!

Esto es lo que infiere el *ilustrado* y eminente crítico M. Renan.

Con el texto mismo en que Jesús manda á los Apóstoles que enseñen y bauticen, quiere probar M. Renan que Jesús es enemigo de la predicación y del bautismo. Como M. Renan cita al acaso, esto no es extraño. Dios lo castiga haciendo que cabalmente sus citas sean las más contrarias á sus impías y absurdas doctrinas. Sépanlo nuestros lectores: M. Renan cita textos, como daba recetas á los enfermos el célebre médico de quien nos habla el Padre Isla en *Gil Blas de Santillana*.

Gil Blas sacaba las recetas de sus bolsillos, sin conocerlas, sin entenderlas siquiera, y al entregarlas á los enfermos, exclamaba: «Dios te la depare buena.» Así hará sin duda M. Renan cuando cita el Evangelio; pero Dios no oye sus impías plegarias. Dios lo confunde.

La cuestión que examinamos en este artículo no puede encerrarse con estension en las pocas páginas que podemos consagrarle.

M. Renan dice que Jesus «en general amaba poco el templo.» (Pág. 214.)

Estas palabras son, por decirlo así, el conjunto, ó mejor dicho, el resultado de todos los errores y blasfemias que hemos refutado en los artículos anteriores. M. Renan se ha empeñado en hacer creer á las gentes cándidas que Jesus, Eterno Sacerdote, es enemigo del sacerdocio; que Jesus, fundador de la Iglesia, es enemigo de la Iglesia; que Jesus, en fin, defensor hasta la muerte del orden sobrenatural, y la revelacion, es irreconciliable adversario del orden sobrenatural y la revelacion que grabara en la cima del Gólgota con su propia san-

gre. No es posible comprender siquiera cómo en pleno siglo xix ha podido un escritor atreverse á negar el órden sobrenatural, apoyándose en las palabras de Jesucristo, del Mesías, del Redentor de la humanidad, del mediador entre Dios y los hombres, en fin, del Hombre-Dios, que por medio de la fé trabajó hasta la muerte para poner la tierra en contacto con el cielo. Pero ya que tal y tan monstruoso error se sienta, nos es preciso rechazarlo.

M. Renan se apoya en varias *razones* para demostrar que Dios, que Jesus amaba poco el templo. Nosotros las espondremos, seguros de que con solo esponerlas hasta y sobra para confundir al impío calumniador de Jesucristo.

«Jesus entró en el templo, arrojó á todos los que compraban y vendian en él, diciendo: Está escrito: Mi casa se llamará casa de oracion: vosotros la habeis convertido en cueva de ladrones.» (San Mateo xxi, v. 12 y 13.)

Estas palabras demuestran que Jesus entraba en el templo; que lo veneraba; que, no obstante su mansedumbre, hasta con violencia alejaba de él á los impíos mercaderes que lo profanaban, que constituian en un vil mercado la casa de oracion, la casa propia de Jesus. Asómbrese, no obstante, el mundo. El citado pasage, sin copiar sus palabras, lo aduce M. Renan para probar que Jesus *amaba poco el templo*.

Hasta ahora habíamos creído que cuando un

hombre guarda con esmero lo que es suyo, lo estima. Pues estábamos en un deplorable error. M. Renan se ha encargado en demostrar que cuando se custodia con celo una cosa propia, es porque se estima poco.

«Viene Jesus con sus Apóstoles á Jerusalem. Y habiendo entrado en el templo, empezó á espulsar á los que compraban y vendian en él. Derribó las mesas de los que cambiaban, y los puestos de los que vendian palomas. Y no permitió que nadie atravesase el templo con trastos en las manos. Y enseñaba, diciéndoles: ¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oracion por *todas* las gentes? Vosotros la habeis convertido en una cueva de ladrones. Al oír esto, los escribas y fariseos, indignados contra Jesus, buscaban ocasion para perderlo; pero le temian, porque *todo el pueblo* admiraba su doctrina.» (San Márcos, cap. xi, versículo 15 hasta el 18.)

Tambien, sin copiar las palabras, cita M. Renan este pasage, para demostrar que Jesus era poco amigo de los templos. Del mismo modo podria aplicar paños de agua helada sobre el corazon, para demostrar que no existe el frio. Lo confesamos con ingenuidad. Nos ruboriza el vernos obligados á combatir á un adversario tan débil. Mas aun. Nos parece que en lo venidero será considerado como un padron de ignominia para nuestro siglo el éxito que ha tenido el libro tan impio como despreciable de M. Renan.

Mal juicio formarán, por cierto, las generaciones futuras de nuestra civilización, al contemplar que en un pueblo civilizado se apellida sabio, se respeta como tal al autor de una obra tan asquerosa, tan llena de errores y blasfemias, tan atestada de sofismas, grosera y torpemente encadenados.—Continuemos.—

San Lucas (cap. xix, vers. 45 y siguientes), después de contar cómo Jesús arrojó á los sacrilegos mercaderes del templo, después de repetir que lo consideraba como casa de oración, como *su casa*, como la casa de Dios, asegura que *todos los días enseñaba en el templo*.

Aquí de la lógica de M. Renan.—Jesús, dice, no quería que el templo fuera profanado. ¡Luego lo estimaba poco!

Jesús arroja á los mercaderes sacrilegos de SU casa, de la casa de oración, del templo. ¡Luego era poco amigo de los templos y de la oración, y de todas las prácticas religiosas.

Jesús enseñaba todos los días en el templo. ¡Luego amaba poco el templo, y por consiguiente entraba también poco en él!

Jesús habló siempre encomiando el templo y el culto. ¡Luego era poco amigo de las prácticas religiosas!

Estos son los *argumentos* con los cuales ha hecho tanto ruido, ha producido tan espantoso escándalo M. Renan. No refutamos otros más fuertes, porque no los emplea M. Renan. Ver-

dad es que el absurdo y la mentira por fuerza han de ser siempre débiles.

En el Evangelio de San Juan (cap. II, versículo 14 y siguientes) leemos lo que á continuación copiamos: «Jesus encontró en el templo á los que cambiaban moneda, y á los que vendian bueyes, ovejas y palomas. Y haciendo con cuerdas una disciplina, arrojó del templo á los que vendian y las cosas que estaban en venta. Derribó las mesas y roció por el suelo las monedas de los que cambiaban. Y dijo á los que vendian palomas: Retirad estas cosas de aquí, y no convirtais la casa de MI Padre en casa de negociacion. Y sus discípulos recordaron que estaba escrito: *El celo de mi casa me devora.*»

Pues aunque esto parezca increíble, es ciertísimo que M. Renan cita este mismísimo pasage, en la página 214, para demostrar que Jesus era poco amigo de la casa de SU Padre, de SU casa, de los templos, en una palabra.

En el texto de San Juan que acabamos de trascribir hay dos cosas muy notables, que no podemos dejar pasar sin llamar sobre ellas toda la atencion de nuestros lectores.

1.^a Que aquí el templo es considerado por Jesus como la casa de SU Padre. En los demás Evangelistas lo llama SU propia casa. Esto prueba que Jesus es Dios, que lo que es de Jesus, lo es igualmente de su Padre, que, en fin,

Jesus y su Eterno Padre son una misma cosa, en cuanto á la esencia divina.

2.^a Que, segun recordaron los Apóstoles en esta ocasion, *el celo por la casa del Señor devoraba á Jesus*. Esto es una cosa que no comprendemos. No es posible en efecto explicar cómo Jesus, segun los Apóstoles, testigos presenciales, era devorado por el celo, por el amor al templo; y como segun M. Renan, testigo que no ha presenciado los hechos, que habla diez y nueve siglos despues que ocurrieron, que no se apoya en ningun testimonio de historiadores de aquel tiempo, Jesus estimaba poco el templo.

Los Apóstoles dicen lo que ven, lo que es cierto, lo que está conforme con toda la historia y toda la tradicion.

M. Renan dice lo que no ha visto, lo que no es cierto, lo que es contrario á toda la historia y toda la tradicion.

¿Qué testimonio debe, pues, ser preferido? No queremos ni aun contestar.

Pero M. Renan no se contenta con esto; va aun mas lejos. Despues de afirmar que Jesus era poco amigo de los templos, no tiene reparo en decir que los primitivos cristianos eran tambien poco afectos á la casa del Señor. (Página 215.)

Esto llena de indignacion. ¡Que los primeros cristianos no tuvieron templos! ¿Qué se entiende por templos? ¿Se quiere con esto signi-

ficar que los primeros cristianos no se reunían en Jerusalem con los Apóstoles en el Cenáculo para orar y celebrar los divinos Misterios? ¿Se quiere dar á entender que los Apóstoles no se reunían en puntos determinados, antes de la persecucion, para celebrar sus Concilios, predicar el Santo Evangelio, administrar el Bautismo, conferir el Espíritu Santo, celebrar los divinos banquetes, administrar todos los demas Sacramentos, practicar, en fin, la ley de la oracion y el ayuno? ¿Se quiere decir que, durante la persecucion, los fieles no se reunían en casas particulares ó en las Catacumbas, en las entrañas mismas de la tierra para cumplir con todos los deberes de la Religion y practicar todas las augustas ceremonias del culto católico? ¿Se quiere negar que en estos templos ocultos se consagraba el Pan Eucarístico, y por los diáconos ó sacerdotes, por los Obispos, y aun por los mismos Papas, era llevado como Viático, como alimento para el alma, como fuerza para resistir los fieros ataques de la persecucion, á los desgraciados cristianos, que por hallarse en las cárceles, quizá ya en el Circo ó en la roca Tarpeya, esperando la señal de sus verdugos para rodar por el precipicio, ó ser despedazados por las garras de un tigre, no podían asistir á los divinos Oficios? Si M. Renan al decir que los primeros cristianos eran poco afectos á los templos, ha querido decir, que cuando solo podían vivir ocultos en las Cata-

cumbas, no podían edificar magníficos templos, ha dicho una gran verdad, nadie osará negarla. Es cierto. No tenían, no podían tener templos sobre la superficie; pero los hacían á costa de inmenso trabajo en las entrañas mismas de la tierra. Pero esto, lejos de probar que los primeros cristianos eran enemigos del culto, lo que demuestra es, que por practicarlo arrosaban las iras de la persecucion; que no pudiendo celebrar en público los divinos Misterios, por no dejar de celebrarlos, aun con gravísimo riesgo de sus vidas se reunían bajo la presidencia del sacerdote, á veces del mismo Papa, para celebrarlos en secreto.

El raciocinio de M. Renan merece ser planteado tal cual es, de una manera descarnada.

—Durante la persecucion, cuando los cristianos, solo por ser cristianos, eran sin piedad condenados á muerte, no pudiendo reunirse en público, se reunían para celebrar sus funciones religiosas en parajes, en templos ocultos. ¡Luego eran poco afectos á los templos, porque no los edificaban, cuando les era materialmente imposible edificarlos!

En los tres primeros siglos los cristianos estaban colocados fuera de la ley. Los acusaban los judíos y los gentiles. No podían ni aun vivir. Eran considerados como enemigos del imperio. Se les despojaba de sus propiedades y aun de sus vidas. Podían ser, lo eran de hecho, injuriados por todo el mundo, sin que jamás

pudiesen presentarse en demanda de protección ante los tribunales de justicia. Las leyes no concedían derecho ninguno á los adoradores de Jesus. O apostataban, renegando la fé de Cristo, y quemando incienso en los altares de los ídolos, ó eran condenados á morir en medio de los mas horribles tormentos.

Ahora Bien. ¿Podían poseer un templo en público, los que no eran dueños ni aun de poseer una miserable choza? ¿Podían reunirse con el fin de construir un templo para adorar á Jesus, en público, los fieles que en público, sin riesgo, sin peligro cierto, inevitable de perder la vida, no podían ni aun pronunciar en voz alta el nombre santísimo de Jesus?

Pero añade M. Renan: «Constantino y los primeros Emperadores paganos dejaron subsistir los templos del gentilismo.»

Esto se dice con el fin de dar á entender que los templos no son cosas cristianas, esencialmente cristianas.—El templo del Dios verdadero es anterior á todos los templos de los ídolos. Dios ha querido siempre que los fieles tengan casas de oracion. Los primeros cristianos no las tenían, porque no podían tenerlas; porque la persecucion ponía insuperables obstáculos á la realizacion de sus deseos. Cuando cesó la persecucion; cuando los católicos pudieron sin peligro confesar el nombre del Señor en público y en medio del dia; cuando la ley les dió libertad para vivir y poseer; cuando con la

muerte y el despojo no era castigado el *crimen* imperdonable de ser cristiano; cuando, en fin, Constantino, despues de vencer á Majencio, puso sob. e su diadema la cruz que antes viera sobre su cabeza en el cielo, entonces, sin perder tiempo, al instante, los católicos comenzaron á reunirse en público y en medio del dia; comenzaron á construir templos, y á celebrar en ellos los santos Misterios. Una hermana y la madre del mismo Constantino levantaron templos para glorificar en ellos el nombre de Jesucristo. Muchos templos paganos, desterrados de ellos los ídolos, fueron dedicados al culto del verdadero Dios. ¿Qué hay aquí digno de reprehension? ¿Qué hay en estos hechos que pueda considerarse como contrario al culto católico? Sigamos.

«Los enemigos del cristianismo como Juliano, fueron los que pensaron en reedificar el Templo.»

Esto es ya intolerable. Jesus habia dicho que el Templo seria destruido; que no quedaria en él piedra sobre piedra; que, en fin, los judios en castigo de su crimen, vagarian por el mundo errantes, sin pueblo, sin Rey, sin leyes, sin templo, sin altares y sin sacerdotes. En tiempos del Emperador Tito, setenta años despues de la Redencion, fue en todas sus partes cumplida esta profecia de Jesus. Juliano, acérrimo enemigo de los cristianos, para desmentir á Jesucristo, para probar que sus profecias no tenían

cumplimiento, para negar la divinidad de Jesus, quiso reedificar el Templo de Jerusalem; pero no, lo repetimos, para consagrarlo al culto cristiano, sino para desmentir á Jesus, para demostrar que á pesar de las profecías del Salvador, los hebreos podian tener templo y pueblo.

Juliano fue confundido. No pudo ni aun levantar los cimientos del Templo. Un fuego extraordinario lo consumió todo, hasta los materiales acarreados para la reedificación.

El argumento de Renan es el siguiente: Juliano quiso levantar el Templo de Jerusalem para combatir la divinidad de Jesucristo.

¡Luego los cristianos no quieren templos para adorar á Jesus!...

Concluyamos.—«Cuando Omar entró en Jerusalem, halló el lugar del templo lleno de escombros, arrojados allí en odio de los judios.» (Pág. 215.)

Pocas palabras consagraremos á este *raciocinio*. Los católicos no querian que se reedificara el Templo de los judios, como tampoco quieren que se levanten mezquitas ni pagodas. ¡Luego, porque no quieren templos para las religiones falsas, tampoco los quieren para la única Religion verdadera!

Lo dicho. M. Renan se burla del mundo.

... cumplimiento para negar la divinidad de Jesús.
 quis remediar el Templo de Jerusalén; pero
 no, por último, para consagrarlo al culto cris-
 tiano, sino para desmantelarlo a Jesús, para de-
 mostrar que a pesar de las profecías del Salmo
 132, las hebreas podían tener templo y pueblo.
 Justas las conjeturas. No puede ser sino la
 vana los adivinos del Templo. Un tanto as-
 turbatorio lo conmueve. XX. En las sacri-
 ficias conculcadas para la redención.
 El argumento de Renan es el siguiente: In-
 vano quis remediar el Templo de Jerusalén
 para combatir la divinidad de Jesús.

M. Renan no retrocede en el camino del error y perdición que ha emprendido. Después de negar, porque quiere, y solo porque quiere, que Jesús es defensor, y defensor hasta la muerte, del culto católico en general, ahora, en el capítulo xiv, también porque quiere, sin razón ninguna, se empeña en sostener la horrible blasfemia de que «en vano querriamos encontrar en el Evangelio una práctica religiosa recomendada por Jesucristo.» (Pág. 225.)

Para demostrar este sacrilego error, dice lo siguiente en el capítulo y página que acabamos de citar: «El Bautismo solo tenía para Jesús una importancia secundaria.»

Como esta es una, la primera entre las varias razones que aduce M. Renan para probar que Jesús era enemigo de las prácticas religio-

sas, necesitamos examinarla con algun detenimiento. Comencemos por los textos del impío autor de la *Vida de Jesus*.

«Entonces vino Jesus al Jordan desde Galilea para ser bautizado por Juan. Y Juan, resistiéndose (*por humildad*), le decia: ¿Cómo vienes tú á mí, cuando yo debo ser bautizado por ti? Y Jesus le dijo: No hay excusa, *sino modo*. Es necesario que en nosotros *se cumpla toda la justicia*. Y bautizado Jesus, se abrieron los cielos y sobre él descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, y de lo alto se oyó la voz del Padre, que decia: Este es mi hijo amado en quien me he complacido.» (San Mateo, cap. iii, v. 15 y siguientes).

San Agustin, esplicando este pasage del Evangelio, dice: «Entonces apareció la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre en voz, el Hijo en carne y el Espíritu Santo en forma de paloma, y se consagró el Bautismo con el cual habian de ser bautizados los cristianos.»

Aunque parezca absurdo, aunque sea inverosímil y hasta incomprensible, M. Renan cita este lugar del Evangelio para demostrar que el Bautismo *solo tenia para Jesus una importancia secundaria*.

Con el propio fin aduce M. Renan otro pasage del Nuevo Testamento, que debe ser aquí examinado.

San Pablo supo que habia divisiones y dispu-

tas entre los fieles de Corinto. Unos decían: soy de Pablo; otros, soy de Apolo; otros, de Cephas, y otros de Cristo. Y San Pablo, exhortándolos á la paz, reprendiéndolos, decía: «Por ventura ¿se ha dividido Cristo? ¿Ha sido Pablo crucificado por vosotros? ¿Habeis sido bautizados en nombre de Pablo?»

Nuestros lectores quedarán asombrados al saber que M. Renan cita este lugar del Apóstol (I Corintios, 1), pa a demostrar que Jesus dá poca importancia al Bautismo. Los comentarios serian aquí enteramente inútiles.

Los espuestos son los dos *únicos* textos que aduce M. Renan en el caso presente. Nosotros tenemos necesidad de recordarle algunos otros, para que vea, y vea todo el mundo, cuán distante está el Evangelio de la doctrina que le atribuye con execrable cinismo el impío autor de la *Vida de Jesus*.

«Después de mí, vendrá uno mas poderoso que yo. Del no soy digno ni aun de desatar las correas de su calzado. Yo os bautizo *en agua*; él os bautizará en el *Espíritu Santo*. Y en aquellos mismos dias vino Jesus de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordan.» (San Marcos, cap. 1, v. 7 hasta el 9.)

«Y sucedió, que habiéndose bautizado Jesus y todo el pueblo, y estando en oración, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como de paloma, sobre Jesus, y se oyó una voz del cielo que dijo: Tú eres mi

hijo amado; en tí me he complacido.» (San Lucas, cap. III, v. 21 y 22.)

Por los copiados textos se ve que Jesús fue á buscar el Bautismo; que insistió cerca de Juan para que se lo administrara; que lo recibió; que, en fin, al recibirlo, como en una gran ceremonia, como en la festividad mas solemne, aun para el cielo, apareció toda la Santísima Trinidad.

¡Luego Jesús da una importancia secundaria al Bautismo!...

«Id, enseñad á todas las gentes, bautizad á los hombres, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolos á observar todas las cosas que os he mandado.» (San Mateo, cap. xxviii, v. 19 y 20.)

Aquí manda Jesús á los Apóstoles que enseñen y bauticen á todas las gentes; pero aun no se contenta con esto; le da aun mucha mayor importancia al Bautismo; le da una sancion eterna; cierra las puertas del cielo á todo el que muera sin recibirlo. «Id, dice Jesús á sus Apóstoles; id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que no creyere, se condenará.» (San Lucas, cap. xvi, versículos 15 y 16.)

Está visto: el que no se bautice, *no se salva*. ¡Luego Jesús daba solo una importancia secundaria al Bautismo!...

¡Qué cosas dice M. Renan! ¡Cuán cierto es

que la fé es la luz del alma, y que cuando el hombre pierde la fé, anda como un ciego en el mundo, errando y tropezando por todas partes! El filósofo sin fé, pierde hasta el sentido comun, se aturde, se confunde cuando quiere hablar, cuando intenta examinar y resolver las altas cuestiones de la metafísica. Abandonar la fé, es apagar la única antorcha que en el exámen de estos grandes problemas puede iluminar nuestra inteligencia para que no tropiece y se hunda en el abismo. Pero sigamos.

«Y respondió Jesus: En verdad en verdad te digo, que no entrará en el reino de Dios el que no hubiere *renacido* del agua y del Espíritu-Santo.» (San Juan, cap. iii, v. 5.)

Jesus declara que el cielo está cerrado para los que mueren sin haber querido recibir el Bautismo. M. Renan, sin embargo, tiene valor para afirmar que Jesus daba poca importancia al Bautismo.—Esto prueba que, ó M. Renan no ha leído jamás el Evangelio, como nosotros lo sospechamos, ó es el hombre mas depravado y mas impudente que jamás se ha conocido en el mundo. Este escritor impio resiste á la verdad de una manera que horroriza. No es que no la vé; es que cierra los ojos para no verla, es que aparta su corazón para no amarla, es, en fin, que se empeña en pintarla con horribles coloridos para aborrecerla.

¡Ay de los que resisten al Espíritu Santo!

Decía San Pedro á los judíos: «Sabad ciertamente que era el Hijo de Dios, Jesucristo, á quien crucificásteis. Al oír esto, los judíos, compungido el corazón, dijeron á Pedro y á los demás Apóstoles: ¿Qué haremos, pues, varones, hermanos? Y Pedro les contestó: Haced penitencia y BAUTÍCESE cada uno de vosotros para la remisión de los pecados en el nombre de Jesucristo, y recibireis el don del Espíritu Santo.» (*Hechos de los Apóstoles*, cap. II, versículos 36, 37 y 38.)

«Y habiendo creído á Felipe, que anunciaba el reino de Dios, se bautizaban los hombres y las mujeres en el nombre de Jesucristo. (*Hechos*, cap. VIII, v. 12.)

«Abriendo Felipe sus labios, instruyó en el Evangelio al etíope empleado en el palacio de la Reina de Candaces. Y andando por el camino, llegaron á una fuente, y dijo el etíope: Aquí hay agua. ¿Hay algo que me impida recibir el Bautismo? Y le contestó Felipe: Si crees con todo tu corazón, puedes recibirlo. Y el etíope dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Entonces Felipe bautizó al etíope.» (*Hechos*, cap. VIII, vers. 35 hasta el 38.)

Estas palabras demuestran dos cosas:

1.^a Que para entrar en la Iglesia se necesita recibir el Bautismo.

2.^a Que para recibir el Bautismo (en los adultos), es necesario que crean con todo su corazón.

De aquí, no obstante, infiere M. Renan que el Bautismo solo tiene una importancia secundaria en el Evangelio.

Sin recibirlo, no se puede entrar en la sociedad divina, fundada por Jesucristo. Sin creer con todo el corazón, no se puede recibir por los adultos el Santo Bautismo. Esto declara Jesús en el Evangelio.

¡Luego según el Evangelio, Jesús daba una importancia secundaria al Bautismo! Así discurre M. Renan.

—Ananías, entrando en Damasco, en la casa en que se hallaba Pablo, privado de la vista, le dijo: «Saulo, hermano, el Señor Jesús, quien te apareció en el camino, me envía á tí para que veas y seas lleno del Espíritu Santo. Al punto cayeron de sus ojos unas partículas, como escamas, recobró la vista, y levantándose fue bautizado.» (Hechos, cap. x, v. 18.)

El mismo San Pablo, con haber sido elevado por Dios hasta el tercer cielo; con haber visto lo que la inteligencia del hombre no puede alcanzar ni esplicar nuestra lengua; con haberse tornado de una manera extraordinaria en *vaso de eleccion*, no pudo dispensarse de entrar en la santa sociedad de los cristianos, en la Iglesia, sin atravesar antes las puertas del Bautismo.

¡Luego Jesús da al Bautismo una importancia secundaria! Parece increíble que así se hable en nuestros días.

« San Pedro anunciaba el Evangelio á las gentes. Todo un pueblo creyó en Jesus. Y dijo entonces el Príncipe de los Apóstoles: «Aquí hay agua. ¿Qué inconveniente puede haber en que sean bautizados todos estos, sobre quienes ha descendido, como sobre nosotros, el Espíritu Santo? Y mandó que todos fuesen bautizados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.» (*Hechos*, cap. x, vers. 47 y 48.)

« Está visto. Lo *primero*, es siempre el Santo Bautismo.

« En los mismos *Hechos de los Apóstoles*, capítulo xvi, vers. 15 y 33, se mencionan dos familias enteras que creyeron en Jesucristo, y al instante fueron bautizados todos los individuos que las formaban.

« San Pablo encontró en Efeso algunos discípulos del Bautista, y á pesar de haber recibido todos el Bautismo del Santo Precursor del Señor, San Pablo, despues de convencerse de que creían en Jesucristo, les administró el *Bautismo de Jesus*. (*Hechos*, cap. xix, versículo 5.)

« De estas palabras se deduce que ni aun los que habían sido bautizados *en agua* por San Juan estaban dispensados de recibir en el Espíritu Santo el Bautismo de Jesucristo. ¿Se dirá aun, sin embargo, que el Bautismo de Jesus solo tenía una importancia secundaria?

« Y dijo Ananías á Pablo: «Y ahora ¿por qué te detienes? Levántate, recibe el Bautismo, lava

tus pecados, invocando el nombre del Señor.» (*Hechos*, cap. xxii, v. 16.)

San Pablo había de ser testigo en todo el mundo de la doctrina de Jesús, y para serlo, sin bastarle el haber visto á Dios en el mismo cielo, necesitó recibir el Bautismo de Jesús en la tierra.

Y dice M. Renan que el Bautismo para Jesús solo tenía una importancia secundaria...

«A vosotros os hace salvos el Bautismo; no con la limpieza de la carne, sino de la conciencia, en Dios por la resurrección de Jesucristo.» (*I Pedro*, cap. iii, v. 21.)

«No por las obras de justicia que hacemos nosotros, sino según su misericordia, nos ha salvado por el Bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo.» (*A Tito*, capítulo iii, v. 5.)

«Juan dió testimonio, diciendo: Vi al Espíritu Santo que descendió del cielo como una paloma, y descansó sobre ÉL. Y yo no lo conocía. Y el que me envió para bautizar *en agua* me dijo: Sobre quien veas que descende el Espíritu Santo, ese es quien bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo vi, y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios.» (*S. Juan*, cap. i, vers. 32 y 33.)

Basta lo que ya hemos dicho. Nos consta que Jesús recibió el Santo Bautismo; que mandó á los Apóstoles que bautizasen, y á los hombres que fuesen bautizados; que cerró las puer-

tas de su Iglesia y aun las del cielo á los que rehusaran someterse á esta santísima y necesaria ceremonia; que en fin, por ella da la gracia, perdona los pecados y franquea las puertas de la Iglesia y de su reino á los hombres. ¿Qué más necesitamos para convencernos de que Jesús dió una importancia grandísima al Santo Bautismo?

Como el fin de M. Renan es hacer creer que en el Evangelio se miran con poco ó ningún aprecio las prácticas religiosas, hemos creído conveniente ser hasta molestos para probar que M. Renan miente, que el Evangelio no dice lo que él le hace decir, que en fin, dice todo lo contrario de lo que le atribuye el impio miembro del *Instituto* de Paris.

Como Renan intenta combatir el culto con el Evangelio mismo, este trabajo no puede excusarse. Es necesario probarle que se empeña en demostrar que no existe el día, apoyándose en los testimonios que da de él con su luz el sol. Tal es el temerario propósito de M. Renan.

tas de su Iglesia y aun, las del cielo á los que
 volverán someterse á esta santísima y necesá-
 ria ceremonia; que en fin, por ella se da la gra-
 cia, perdona los pecados y perdona las penas
 de la Iglesia y de su reino á los hombres. Qué
 más necesarias para convencerlos de que la
 sus dio una importancia grandísima al Santo
 Bautismo, que el que se le da en el Evangelio.
 Como el fin de M. Renan, es hacer creer que
 en el Evangelio se ve con poco ó ningún
 aprecio las prácticas religiosas, tanto el
 conveniente ser las mismas para poder dar
 M. Renan cuenta, que el Evangelio se dice
 que él se debe decir, que en el Evangelio se

XXI.

Siempre constante en su empresa de pro-
 bar que Jesus, autor de la Religion, es ad-
 versario de las prácticas religiosas, M. Renan
 dice con aire de asombrosa seguridad, que
 Jesucristo *se cuidaba poco del ayuno.* (Pági-
 na 224.)

Confesamos con toda ingenuidad que no es-
 tábamos preparados para refutar ni siquiera
 para oír una objecion de esta especie. Com-
 prendemos, aunque jamás sea dado justificar-
 lo, que los incrédulos, arrastrados por su ce-
 guedad, intenten declarar la guerra al cielo;
 pero lo que no esplicamos, lo que no podemos
 explicar, es cómo hay en el mundo un hombre
 con el valor necesario para negar que el dia es
 dia; para combatir lo mas evidente; para sos-
 tener, en fin, sin ser silbado como un loco,

que Jesus era enemigo cabalmente de lo que mas practicaba y mas recomendaba.

¡Jesus se cuidaba poco del ayuno!—Y ¿por qué? ¿En qué hechos, en qué testimonios puede apoyarse esta absurda y grosera acusacion? ¿Cuál es el espíritu, cuál es la letra de toda la doctrina de Jesus? ¿No es la mortificacion? ¿No es la victoria obtenida contra la carne, contra las malas pasiones, por medio de la penitencia, del ayuno y la oracion?

¡Que Jesus se cuidaba poco del ayuno! Bien se conoce que M. Renan no ha leído la Sagrada Escritura; que solo cita los textos que encuentra en Strauss, interpretándolos como este escritor de estrambótica impiedad.

Todos los libros santos están llenos de ejemplos y elogios del ayuno. El ayuno, como auxilio para el espíritu, como fuerza para dominar la carne, como penitencia para calmar la indignacion de Dios, se encuentra practicado y recomendado con pasmosa frecuencia en todas las páginas de la Santa Biblia.

Moisés no recibe en el monte Siná la ley de Dios, escrita en tablas de piedra, sin haber orado y ayunado antes sobre la cima de la montaña cuarenta dias y cuarenta noches. (*Exodo*, cap. xxiv.)

Los hijos de Israel, despues de haber obtenido una señalada victoria, se reunieron en la casa del Señor, y ayunaron, y ofrecieron ho-

locustos y víctimas pacíficas. (*Jueces*, capítulo xx, v. 26.)

Los israelitas habían perpetrado un horrendo crimen. Pero se arrepienten; hacen penitencia; se congregan en Masphath; sacaron y derramaron agua en la presencia del Señor; y ayunaron aquel día, diciendo: hemos ofendido al Señor. Y Samuel los juzgó en Masphath. (*I. Reg.*, cap. vii, v. 6.)

David tiene noticia de la muerte del Rey Saul, y llenándose de aflicción, rasgó sus vestiduras, en señal de duelo, él y todos los varones que estaban con él. Y todos lloraron y ayunaron por Saul, por su hijo Jonatás, por el pueblo del Señor, por toda la casa de Israel, que había sido destruida por la espada del enemigo victorioso. (*II. Reg.*, cap. i, versículos 11 y 12.)

El valiente Abner, en otro tiempo adversario de David, murió asesinado por el caudillo Joab, siempre amigo y constante defensor del Real Profeta.

Entonces David, al saber la muerte de Abner, juró ayunar, no comer pan en todo aquel día, hasta la caída del sol. (*II. Reg.*, cap. iii, v. 35.)

David tenía postrado, con una gravísima enfermedad, en el lecho de muerte, al primer hijo que tuvo de Betsabé, la mujer de Urias.

Y David hizo oración por el niño, y ayunó con ayuno, y se postró, hasta arrojarle so-

bre la tierra, en testimonio de sentimiento. (II. *Reg.*, cap. xii, v. 16.)

Sara, la inocente hija de Raguel, la mujer santa, destinada por Dios para ser esposa del hijo de Tobias, al verse angustiada por los insultos de una criada, que la llamaba asesino de sus maridos, se retiró al lugar mas apartado de su casa, y ayunó, y en tres dias no consintió en tomar bebida ni alimento. (*Tobías*, capítulo iii, versículos 9 y 10.)

Los israelitas hallábanse en Betulia, asediados por el temido ejército de Holophernes. Confiando en la proteccion de Dios, con asombro del mundo se preparan para vencer, haciendo una obstinada resistencia. Y Eliachin, gran sacerdote del Señor, les dijo: Sabed que oirá el Señor vuestros ruegos, si permanecéis en ayunos y oraciones en la presencia del Señor. (*Judith*, cap. iv, v. 12.)

Judith, vinda santa, vivia retirada del mundo. Tenia ceñida su cintura con cilicios y ayunaba todos los dias, menos los sábados, las neomenias y las fiestas de la casa del Señor. (*Judith*, cap. iii, v. 5 y 6.)

En todos los pueblos en que era conocido el decreto de muerte contra los israelitas, arrancado al Rey Asuero por su impío ministro Aman, los hijos de Jacob lloraban, ayunaban y con sacos y ceniza mortificaban sus cuerpos. (*Esther*, cap. iv, v. 3.)

Quando mis adversarios, dice David, me eran

molestos, yo me vestía con cilicios, oraba y con ayunos humillaba mi alma. (*Salmo xxxiv*, versículo 13.)

Para calmar la indignacion de Dios, en el año quinto de Joaquin, hijo de Josias, Rey de Judá, en el mes noveno, se predicó un ayuno en la preseneia del Señor á todo el pueblo judáico, congregado en Jerusalem. (*Jeremias*, capítulo xxxvi, v. 9.)

En aquellos dias, yo Daniel, lloraba por el espacio de tres semanas. No comí pan; la carne y el vino no entraron en mi boca, hasta que pasaron las tres semanas de dias. (*Daniel*, capítulo x, v. 3.)

Jesus mismo, como todos los Patriarcas y todos los Profetas, gran predicador del ayuno, para enseñarnos á cumplir con su ejemplo la ley que inculcaba con sus palabras, antes de comenzar su predicacion se retiró al desierto y en él se mantuvo en oracion y ayunos por largo espacio de cuarenta dias y cuarenta noches. (*San Mateo*, cap. iv, v. 2.)

No queremos recordar cien y cien otros pasages. Pudiéramos aun citar aquí los textos en los cuales Jesus nos enseña á ayunar sin ostentacion farisáica para que nuestros ayunos sean agradables al Señor, como los en que manifiesta á sus Apóstoles que hay cierto género de malos espíritus que solo se arrojan con oracion y ayuno, y muchos mas, todos encaminados á demostrarnos que en todas las grandes aflicciones,

que antes de toda obra grande, que siempre que entremos en alguna lucha contra nuestras propias pasiones, debemos obtener la misericordia del cielo y robustecer nuestra alma por medio de la oracion que alienta en nosotros la ley del espíritu, y el ayuno que debilita, que somete á la eterna ley de Dios la ley de la carne que conspira contra nuestra salvacion.

Pero no es necesario este trabajo. Bastan los lugares citados. En los libros santos no hay contradicciones. La moral de uno es la moral de todos. El mismo Renan afirma que Jesus era discipulo de los Profetas. El mismo Renan asegura que Jesus no es original, que en moral dijo pocas cosas nuevas, porque todo estaba dicho en la antigua ley.

Si, pues, la antigua ley ordenaba y practicaba el ayuno; si Jesus, como confiesa M. Renan, fue en moral un *plagiario*, es decir, un fiel cumplidor de su propia ley; si, en fin, el mismo Jesus *ayunó*, aconsejó el ayuno y lo santificó, ¿cómo tiene M. Renan la necesaria osadía para afirmar que Jesus *se cuidaba poco del ayuno?*

Renan niega todo lo que le estorba. ¡Lástima que negando la pobreza, no logre extinguir los males del pauperismo en Francia ó en Inglaterra! ¡Lástima que negando la guerra, no conserve en paz perpétua las naciones! ¡Lástima que negando el crimen y la mentira, no lograra que todo el mundo practicara la justi-

cia, y solo la verdad fuera conocida por los hombres!...

¿Qué importa negar una cosa, cuando es verdadera? Negar con la voluntad no es destruir con las manos.

Jesus no vino á destruir la ley, sino á *cumplirla*. Luego es falso, además de impio, el asegurar que Jesus *se cuidaba poco del ayuno* en el Evangelio, cuando tanto lo practica y encomia en el mismo Evangelio, y tan practicado y encomiado se encuentra en el Antiguo Testamento.

Pero veamos las *razones* que en apoyo de su absurda y ridícula y sacrilega afirmación aduce M. Renan.

Para probar que Jesus *se cuidaba poco del ayuno* (IL SE SOUCCIAIT PEU DU JEUNE), cita dos pasajes del Evangelio, que íntegros y con entera fidelidad deben aquí ser copiados.—Veamos el primero.

«Entonces, acercándose á Jesus los discípulos de Juan, le dijeron: ¿Por qué nosotros y los fariseos *ayunamos* y tus discípulos *no ayunan*? Y Jesus les contestó: Por ventura ¿pueden llorar los hijos del Esposo, mientras esté el Esposo con ellos? Vendrán días en los cuales se alejará de ellos el Esposo, Y ENTONCES AYUNARÁN.» (San Mateo, cap. ix, v. 14 y 15.)

En este lugar del Evangelio vemos, pues, que los discípulos de Juan estrañan que los de Jesus no ayunen *con frecuencia* (fre-

quenter), y Jesus, lejos de rechazar su estrañeza, la comprende, la acepta, no la censura, y promete que *ayunarán* en otro tiempo. Cuando los fariseos se escandalizaban porque los discípulos de Jesus no se lavaban supersticiosamente las manos antes de comer, Jesus condenaba y rechazaba con energía esta absurda supersticion; cuando, por el contrario, se le manifiesta estrañeza porque sus discípulos *no ayunan* con frecuencia, es decir, por devocion, en los días no prescritos por la ley de la abstinencia (como Judit, que ayunaba todos los días; Juan, que apenas dejaba pasar un día sin ayuno en el desierto; ó los fariseos, que ayunaban dos veces en cada semana); cuando, en fin, se advierte á Jesus que sus discípulos no ayunan cuando no tienen obligacion de ayunar, contesta que aun así, aun por devocion, ayunarán cuando de ellos se aparte el Esposo; es decir, cuando Jesus suba á los cielos; cuando sobre ellos descienda el Espíritu-Santo; cuando, por último, reciban, ademas de la ley Evangélica, los auxilios sobrenaturales y especialísimos que por medio de los Sacramentos les daría el Señor para que pudieran, con olvido completo de la carne, entregarse con todo su corazon y toda su alma á las necesidades del espíritu. Jesus no rechaza la ley del ayuno; la acepta, la cumple, la observa y hace que se observe. En cuanto á los ayunos voluntarios, tambien los acepta, y los practica y los aconseja.

ja; pero respecto de sus discípulos, en los días de su predicacion, en los tres años que precedieron á su muerte, no quiso obligarlos con asperezas voluntarias. Hartos eran en aquel tiempo sus trabajos en el mundo.

Despues de dar estas sencillas esplicaciones, nada mas fácil que plantear y resolver el argumento de M. Renan.

Jesus no impuso á sus discípulos *como ley obligatoria* el ayuno *voluntario*.

¡Luego se cuidaba poco del ayuno!

Jesus declaró que en tiempo oportuno ayunarían sus discípulos en los días no preceptuados por la ley y *con frecuencia*.

¡Luego Jesus se cuidaba poco del ayuno!

Jesus ayunó cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, voluntariamente, para darnos ejemplo, para enseñarnos á vencer todas las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne contra nuestro espíritu.

¡Luego Jesus que ayunaba y nos aconsejaba el ayuno, y queria que con el ayuno, humillando la carne, robusteciéramos el espíritu, se cuidaba poco del ayuno!

¿Qué es todo el Evangelio, toda la ley de Jesus, sino un perpétuo y universal ayuno, una privacion de los demasiados alimentos que nos convierten en Sardanápalos; de los deseos reprobados que nos arrastran por el camino de la envidia y la ambicion, al hurto y al homicidio, al fraude y la venganza; de la vanidad y

la soberbia, en fin, que llevándonos á la cima del engrimiento, nos arrojan en los abismos de la seducción y la mentira? Ayune la carne, para que no nos convierta en animales inmundos la crápula. Ayune el corazón, para que no nos arrastren al crimen los depravados deseos de riqueza ó de venganza. Ayune el espíritu, para que alejándose la soberbia, domine la humildad en nuestra alma.

Este es todo el espíritu y toda la letra de la moral evangélica.

¡Y dice, no obstante, M. Renan que Jesús se cuidaba poco del ayuno!...

Examinemos ahora el segundo y último argumento de M. Renan.

Decía Jesús, reprendiendo á los judíos: «Vino Juan *no comiendo ni bebiendo* (con frequentísimos ayunos), y vosotros decíais: Tiene el demonio.»

«Ha venido el Hijo del Hombre *comiendo y bebiendo* (esto es, no enseñando á practicar tan rigurosamente como Juan la ley del ayuno *voluntario*), y vosotros decís: Hé aquí un hombre gloton y bebedor de vino, amigo de los publicanos y pecadores. Y fue justificada la sabiduría por sus hijos.» (San Mateo, cap. II, versículos 18 y 19.)

Los judíos condenaban á Juan porque practicaba con espantoso rigor el ayuno.

Los judíos condenaban á Jesucristo, porque contento con un ayuno moderado, aunque de-

ja ha en completa libertad á los Santos, á los que abrazan el camino de la perfeccion, para que ayunasen con el mismo rigor que el Bautista, no imponia, sin embargo, tan estrecha obligacion á todos los fieles. Esto es lo que se desprende, lo único que se infiere de los dos versículos citados. ¡De ellos, no obstante, deduce M. Renan que Jesus se cuidaba poco del ayuno!

Hasta escandalosa es esta manera de discurrir. En el artículo anterior vimos que M. Renan convirtió á Jesus en un adversario, ó poco menos, del Bautismo. En el presente acabamos de ver que considera al Salvador del mundo como un *filósofo*, sansimoniano, amigo de la carne, adversario del espíritu, que se cuida poco del ayuno. Despues le veremos afirmar que Jesus niega una por una todas las prácticas religiosas, hasta inferir con el auxilio de una absurda induccion, que Jesus, que el fundador de la Iglesia católica es contrario á todas las prácticas de la Iglesia católica, á todos los preceptos de Dios y de la Iglesia. Este es el propósito del impío escritor francés á quien impugnamos. Bastan estas ligeras indicaciones para comprender toda la importancia de la materia que estamos examinando. M. Renan niega lo evidente. Por esto es mas temible. Nadie está preparado para demostrar lo que no es, lo que no puede ser ni aun dudoso.

XXII.

M. Renan no retrocede. Se ha empeñado en demostrar que la noche comienza á las ocho de la mañana; y aunque todos los relojes, y todos los astrónomos, y todos los hombres que no estén ciegos lo desmientan, él, con pavorosa impavidez, siempre seguirá adelante. A fuerza de negar la verdad, se obstina en dar el triunfo á la mentira. No se contenta con decir que Jesús es poco amigo del bautismo y no pensaba mucho en el ayuno; esto para sus fines todavía no es bastante; necesita añadir algo mas y lo añade; consigna que Jesús «nada determinó acerca de la oracion, sino que se hiciera de corazón.» (Pág. 225.)

Estas palabras encierran el mas absurdo, el mas glacial y repugnante deísmo. Esto quiere decir que Jesús no ha dicho ni quién ha de

orar, ni por qué ni cómo se ora, ni á quién deben ser dirigidas nuestras oraciones. Orar es pedir; es rogar á Dios que está en el cielo; es reconocer su omnipotencia y su misericordia; es confesar la Divina Providencia; es protestar que, como débiles y necesitados, llenos de confianza nos postramos ante nuestro Padre, que siendo omnipotente, puede darnos lo que nos es necesario; y siendo infinitamente misericordioso, no permite que experimentemos tentaciones superiores á nuestras fuerzas, ni nos abandona en la desgracia, ni deja nunca de enviarnos sus espirituales auxilios para que si entramos, no caigamos en la tentación.

La oración es el conjunto de todos los dogmas; es un acto de fé universal; es una protesta contra el deísmo, contra todas las sectas que niegan el orden sobrenatural y la Providencia especial de Dios para con sus criaturas.

Si, pues, Jesús no determinó nada acerca de la oración, sino que se hiciese de corazón; Jesús santificó todos los cultos; Jesús no es enemigo del ateísmo ni aun de la idolatría. ¡Qué absurdo!

—Orar *de corazón* es orar, según los deseos de cada hombre. De modo, que si un hombre cree en el sol, que ore al sol. Si tiene fé en la inerte naturaleza, que se postre ante su cadáver. Si ha caído en el grosero y cruel error de los que afirman que Dios, ocupado en las

grandezas del cielo, no piensa para nada en las cosas del mundo, entonces, orar de corazón, será dirigir la palabra á un sordo; será hablar con las piedras; será, en fin, la cosa mas absurda y mas estéril que se conoce en el mundo.

Convengamos en que la audacia de M. Renan es horrosa.

¿Qué es la oracion en un ateo? ¿Para qué sirve la oracion en un deista? ¿Con qué provecho se postra ante la naturaleza, ante la inerte materia, un filósofo que no cree en el espíritu, que niega la Providencia, que desconoce el orden sobrenatural, que, en fin, como Renan, solo admite la existencia de la materia? Si Dios no existe, ¿para qué se hace la oracion? Si Dios no cuida del hombre, si Dios no escucha nuestras plegarias, si no puede ó no quiere consolarnos en la tribulacion, ¿para qué oramos?

Es, pues, evidente que la oracion se funda por absoluta necesidad en tres principios.

1.º Existencia del orden sobrenatural, de un mundo, de una vida, enteramente distintos, diversos, de este mundo y de esta vida.

2.º Que existe Dios, que es ademas Dios de infinito poder é infinita bondad.

3.º Que existe la divina Providencia; que Dios nos oye; que nos consuela en nuestras desgracias cuando llenos de fé, con lágrimas en los ojos y amargura en el corazón, dirigimos al cielo nuestras plegarias.

Estas tres *leyes* las dió, por fuerza tuvo que darlas el Salvador del mundo al inculcar la virtud de la oracion, su necesidad y conveniencia.

Orar es hablar, y toda conversacion supone persona que hable, persona que escuche, y motivos para hablar. ¿Cómo, pues, se dice, que la única ley dada por Jesucristo acerca de la oracion es que *se haga de corazon*, ó lo que es igual, que cada cual ore á su modo, segun su fé, segun sus caprichos, aunque sea pidiendo bienes á un Dios en quien no cree, ó una Providencia que rechaza? *Orar y no creer* es lo mismo que hablar á las piedras. Por mas que nosotros hablemos de corazon á una estatua, la estatua no nos oye. Nuestras palabras son completamente inútiles.

Bastan estas ligeras indicaciones para comprender cuán absurda es la teoría de M. Renan.

Demostremos ahora cuán falsa, cuán sacrilegamente la atribuye al Salvador del mundo.

«Jesus, dice M. Renan, nada determinó acerca de la oracion, sino que se hiciese de corazon.»

La razon exige, y lo exige de una manera imperiosa, que cuando se atribuyen determinadas doctrinas á una persona, con sus propias palabras, con sus propios escritos se demuestre que son ciertamente suyas las doctrinas que le son atribuidas. Ahora bien: ¿Es cierto que Jesus no ha determinado nada acer-

ca de la oracion, sino que se haga de corazon?
Veámoslo.

«¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Creed por las mismas obras. Todo lo que pidiéreis al Padre *en mi nombre*, YO lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo me pedis *en mi nombre*, YO lo haré. Si me amais, observad mis mandamientos.» (San Juan, cap. xiv, versículos 13 hasta el 15.)

En este pasage, en esta ley de la oracion, se reconoce que Jesus y el Padre son en cuanto á la divinidad una misma cosa; que Jesus es Hijo de Dios, es Dios como el Padre; que, en fin lo que se pide al Padre *en nombre* de Jesus, para que en el Hijo sea glorificado el Padre, lo hace Jesus. Aquí se supone, se exige la fé, en el Padre, en el Hijo y en la Providencia, en el cuidado especialísimo que Dios tiene de todas sus criaturas. Para orar, segun esta ley, no bastan los deseos caprichosos del corazon; son necesarias las creencias sobrenaturales del alma.

«Nadie tiene mas amor que quien da su vida por sus amigos. Vosotros seréis mis amigos, si haceis lo que os mando. Os he llamado amigos, porque os he manifestado *todo lo que he oido de mi Padre*. (LA REVELACION.) No me habeis elegido vosotros, sino Yo os he elegido para que vayais, y produzcais fruto, y vuestro fruto permanezca para que todo lo que pidié-

reis al Padre *en mi nombre*, os lo dé. Os mando que os améis mutuamente.» (San Juan, cap. xv, v. 13 hasta el 17.)

En estos textos se ordenan tres cosas acerca de la oracion, á saber: la fé en la divina Providencia, la revelacion, y el dirigir las preces al cielo *en nombre de Jesus*, esto es, segun la fé, la doctrina, los preceptos de la Iglesia Santa, fundada por Jesucristo.

«En verdad, en verdad os digo: si algo pedis al Padre *en mi nombre*, os lo dará. Hasta ahora no habeis pedido nada *en mi nombre*. Pedid y recibireis para que sea completo vuestro gozo. En aquel dia pedireis *en mi nombre*, y no os digo que rogaré al Padre, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amais y *creéis que yo he venido del Padre*. Salí del Padre y vine al mundo. Otra vez ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre. Y los discipulos contestan: *Creemos que procedes, que has nacido de Dios*. Y respondió Jesus: ¿Ahora creéis?» (San Juan, cap. xvi, v. 23 hasta el 31.)

Se ve de una manera evidente que en los citados versículos se exige para la oracion el órden sobrenatural, y la creencia en la divinidad de Jesus, que sale del Padre y vuelve al Padre; y la necesidad de orar, de pedir beneficios á Dios *en nombre* de Jesus, de su Religion, de la única Religion verdadera, porque no hay otro nombre en el cielo ni en la tierra en el cual

los hombres puedan salvarse, sino en Cristo Jesus, nombre superior á todo nombre, ante el cual se postran el cielo, la tierra y las mismas potestades del abismo. ¡La oración siempre á Dios, y siempre en nombre de Jesus! Esto lo oculta con sumo empeño M. Renan.

«Conviene orar y no faltar nunca en la oración.» (San Lucas, cap. xviii, v. 1.)

No se exige aquí que estemos siempre orando, es decir, repitiendo el Santo nombre de Dios, sino que siempre nos creamos en la presencia de Dios, que siempre estemos vigilantes contra los adversarios de nuestra alma, que jamás consintamos en un solo pensamiento de iniquidad ó admitamos un solo deseo reprobado. Como siempre estamos dispuestos á defender la salud del cuerpo contra las enfermedades que la hieren, así también debemos estar en todo tiempo prevenidos para defender la salud del alma contra las enfermedades, contra los ataques del mundo que nos disipa, del demonio que nos seduce, y la carne, que nos rompe.

«Orando de día y de noche mas abundantemente para que veamos vuestro rostro y cumplamos las cosas que faltan á vuestra fé. El mismo Dios y Padre nuestro y Señor nuestro Jesucristo dirija nuestro camino á vosotros.» (I de San Juan, cap. iii, vers. 11 y 12.)

En estas palabras encontramos la ley de la constancia en la oración, y un perfecto mode-

lo de oracion, de la oracion de los humildes, que Dios siempre escucha y nunca desprecia.

«La que sea verdaderamente viuda y desolada espere en Dios é inste en ruegos y oraciones de dia y de noche.» (Timoteo, cap. v, versículo 5.)

Acudir al Señor en el día de la tribulacion; tener confianza en su misericordia; orar de dia y de noche, siempre que se pueda, hé aquí la ley de la oracion, predicada por Jesucristo.

«Yo os digo: amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os hacen mal; orad por los que os persiguen y calumnian, para que sean hijos de vuestro Padre que está en los cielos, y que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, y envia sus lluvias lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores. Si solo amais á los que os aman, ¿qué mereced recibireis? ¿No hacen esto tambien los publicanos? Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.» (San Mateo, cap. v, versículos 44 hasta el 48.)

Grande, admirable, divina es esta ley de la oracion. Para orar no basta creer; es necesario amar, perdonar y hacer bien á los que nos hacen mal. Y cuenta que no orando así, nuestra oracion no es provechosa; por ella no recibiremos recompensa ninguna; será considerada como oracion de publicanos. ¡Ahl! ¿Por qué no dice estas cosas M. Renan? ¿Por qué no tras-

cribe estos textos cuando afirma que Jesús nada determinó acerca de la oracion?

«Yo os digo á los que ois: amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre. No juzgueis y no sereis juzgados; no condeneis y no sereis condenados; perdonad y se os perdonará.» (San Lucas, capítulo vi.)

¡Tampoco espone esta doctrina M. Renan! ¿Ni cómo habia de esponerla, cuando basta su simple indicacion para condenar como impio, como absurdo y detestable su libro?

»Cuando oreis, no lo hagais en los ángulos de las plazas ó en los lugares mas públicos de la sinagoga como los hipócritas que quieren ser vistos por los hombres. Os digo en verdad que estos ya recibieron su recompensa. Tú cuando ores, entra en lo más oculto de tu casa, y ora en secreto, y tu Padre que te vé en secreto, te dará la recompensa.» (San Mateo, cap. vi, versículos 5 y 6).

En este pasage no se condena ni se puede condenar el culto público. Jesús que amenaza con desprecia delante de su Padre á los que se avergüencen de confesar su nombre en presencia de los hombres, no puede reprobar nunca el que los fieles se reúnan en el templo y de una manera pública protesten todos de su fé, den testimonio de la Religión santa que profesan.

san. Lo que condena Jesus es la hipocresía de los malvados fariseos, que en lo más visible del templo, en voz alta, pregonaban su santidad, y tambien en voz alta, erigiéndose en jueces; en el mismo templo, despreciaban al humilde publicano que en silencio y con el corazón contrito, se humillaba ante el altar del Señor. Lo que Jesus condena, es la hipocresía de los que oran, no para santificarse, sino para ser tenidos por santos en el mundo. Estos ante Dios son sepuleros blanqueados; no hacen oracion ni por ella recibirán premio en el cielo. Puesto que la vanidad era su fin, el mundo, la vanidad les da su recompensa.

¡Tampoco explica Mr. Renan esta ley de la oracion, tan esplicitamente consignada en el Evangelio!

En el propio capitulo vi de San Mateo, versículo 9 hasta el 13, Jesus propone á sus discípulos una fórmula para la oracion, la célebre oracion del Padre Nuestro, en la cual se invoca á Dios, se reconoce el orden sobrenatural, proclamando que la voluntad omnipotente de Dios se cumple en el cielo, y la divina Providencia, consignando que tambien se cumple en la tierra; que nos dará, si lo pedimos, el Señor el alimento de nuestra alma, su gracia, para que no caigamos en la tentacion; nos perdonará nuestros pecados y nos dará por añadidura todo lo suficiente para satisfacer las necesidades de la vida en el mundo.

Ya vé M. Renan cómo Jesus ha dicho mucho, muchísimo, todo lo que debe hacerse para que la oracion sea fructuosa.

La oracion de Jesus en el Huerto, tantas veces repetida, en la noche anterior á la Pasion, es una leccion saludable que dá Jesus á los hombres para que conociendo que si el espíritu está pronto, la carne es flaca, levanten su corazon á Dios y le pidan sus espirituales auxilios, siempre que se hallen en alguna tentacion ó riesgo, moral ó material. Dios oye á los desgraciados.

Velad y orad, por que ignorais cuándo llegará el *tiempo*. Velad y orad, para que no entreis en la tentacion. Orad unos por otros, para que os salveis todos. La Casa de mi Padre, el Templo, se llamará Casa de Oracion.

¿Para qué hemos de continuar? Basten los citados pasages. Todo el Evangelio está consagrado á probar que, como dice San Agustin, la oracion es la llave del cielo.

Con lo dicho hay más que suficiente para demostrar, que Jesus dió en su Evangelio muchísimos y muy útiles preceptos acerca de la oracion; que es falso, completamente falso, que como dice el impio Renan, en el Evangelio no se ha determinado acerca de la oracion, sino que se haga de corazon. Todo el Evangelio desmiente á M. Renan.

XXIII.

Ya hoy concluimos el exámen y refutación del capítulo xiv. Como en este capítulo ha vertido M. Renan todo el veneno de su deísmo, como en él se ha propuesto desfigurar de una manera horrible la doctrina católica, no hemos podido prescindir de tratarlo con algun detenimiento. Ya le abandonamos, pero con honda pena. Aun queda mucho que refutar, y deseáramos no dejar nada.

Pero no podemos disponer de mucho tiempo, y por otra parte lo dicho es suficiente para comprender cuán reñido anda M. Renan con todo lo que es justo y verdadero.

Para completar su absurda y sacrilega teoría acerca de la oracion, añade: «El sacerdote aleja á los fieles de la oracion privada, porque es un medio de pasar sin él.» (Pág. 244.)

En este pasage la malignidad y la mentira se elevan á su última potencia. En él muestra M. Renan que ni aun conoce el espíritu humano, que no ha estudiado lo que es el corazón del hombre.

¡Que la oracion rebaja la importancia del sacerdote! ¡Que los fieles cuando oran no necesitan ministros del Señor! Esto es aun mas estúpido que sacrilego. La oracion es *fé*, es *humildad*, es *amor*, es *deseo* de agradar al Señor de una manera eficaz para pedirle y obtener en provecho del que ora su omnipotente misericordia. De modo que el que *ora*, naturalmente, por espíritu de obediencia, por el amor y devocion que adquiere en la oracion, está pronto á consagrarse á todo lo que sea del agrado del Señor. El que ora escudriña la voluntad de Dios para cumplirla. El que ora no puede ser vanidoso ni soberbio, porque en la oracion lo primero que necesita es humillarse, es conocer y confesar sus propios defectos, es santificar con la penitencia el corazón que intenta convertir en templo del Espíritu Santo. El que ora *cree* en Dios y en su Providencia, es decir, en las relaciones que existen entre las criaturas y su Creador. El que ora no puede tener ideas vagas, no puede estar distraido con las cosas del mundo, no puede ser indiferente en lo que se refiere á la salvacion. El que ora no examina ni disputa; cree, ama, se conoce necesitado, y pide. El que ora se muestra humilde.

y agradecido. El que ora siente en su pecho la llama del amor divino, que cada dia le escita con mas dulce violencia á pedir que en el cielo y en la tierra sea santificado el nombre del Señor. En fin, el que ora ama á Dios, y el que ama á Dios no puede menos de manifestar con signos exteriores su amor.

Amar á Dios y no adorarlo, y no erigir templos, y no buscar sacerdotes, y no hacer sacrificios, y no reunirse y querer que muchos se reunan para las solemnidades del culto, son cosas de todo punto incompatibles.

La oracion levanta primero en el alma, en el corazon, los magnificos templos que mas tarde el oro y el arte levantan en los montes y en las ciudades.

Un pueblo que ora, cree en la Providencia: luego no puede ser deista.

Un pueblo que ora, piensa en sus destinos, en su eterna salvacion ó condenacion: luego no puede mirar con marmórea indiferencia las cuestiones de la Religion.

Un pueblo que ora, ama á Dios: luego no puede dejar de manifestarle su santo amor.

En la oracion el hombre contempla á Dios y se lo representa en el alma bajo la imágen del atributo que contempla. Esta imágen que antes ve en su espíritu, para conservarla, para escitar su devocion, quiere mas tarde verla, contemplarla y conservarla en el templo. Y como todos los que oran no pueden tener templo

particular, se erige el templo, la casa de Dios, que es el lugar santo en que se encuentran las imágenes que escitan la devoción de todos los que oran. El hijo llora al ver el retrato del padre que ha muerto, y el creyente se conmueve al contemplar la imagen de Jesús, que nos ha salvado.

La fe y el culto son dos cosas que no pueden separarse jamás. Orar y derribar templos son cosas que mutuamente se escluyen. Quanto mas ardiente y mas general sea la oración de un pueblo, mas grande y mas general será siempre la importancia y aun la necesidad de los sacerdotes, de los hombres consagrados á Dios, con una consagración especial para dedicarse al culto que *todos* desean y *todos* no pueden practicar.

Hé aquí por qué decimos que M. Renan no conoce el corazón humano cuando afirma que la oración es contraria al sacerdocio.

Y esto en la parte que pudiéramos llamar teológica ó filosófica; en la parte histórica aun es mas escandalosa la ignorante osadía de M. Renan.

—¡Que el sacerdote aleja á los fieles de la oración privada!—¡Qué absurdo! Jesús era sacerdote *eternamente*, segun el óden de Melquisedec, y nos aconsejaba vigilar y orar en todo tiempo para no caer en la tentación. Sacerdote era San Pablo, queria que todos lo imitásemos, como él imitaba á Jesucristo, y

para que le imitásemos, nos encargaba que orásemos unos por otros, comenzando él mismo por recomendarse á las oraciones de los fieles, para que su predicacion fuese fructífera. Sacerdote era San Pedro, y cuando se hallaba cargado de cadenas en la cárcel Mamertina, era objeto de las oraciones de los fieles que en su favor imploraban la misericordia del Altísimo. Sacerdote era San Ignacio, y en el primer siglo de la Iglesia, momentos antes de ser devorado por las fieras en el Circo romano, se encomendaba á las oraciones de los fieles que por él rogaban á Dios en el Asia. Sacerdote era San Juan Crisóstomo, y decia: Considera cuánta felicidad, cuánta gloria te se ha concedido. En la oracion hablas con Dios, cruzas tus palabras con las de Jesucristo, deseas lo que quieres, y pides lo que deseas.—Sacerdote era San Agustin, y lleno de entusiasmo, despues de haber comprendido por propia experiencia toda la importancia de la oracion, exclamaba: ¿Qué cosa hay en la Religion que sea mas dulce, mas útil, mas escelente y sublime que la oracion?—Sacerdote era San Gregorio Niseo, y el ser sacerdote no le impedia manifestar, que nada hay en el mundo tan ventajoso como la oracion.—San Bernardo era sacerdote, y porque lo era, manifestando las escelencias de la oracion, decia, que los ángeles del cielo rodean á los fieles cuando están en la oracion.—Los ángeles, dice el sacerdote

San Hilario, dirigen las oraciones que todos los dias ofrecen los cristianos á Dios.—Nada hay, añade el sacerdote San Crisóstomo, que nos haga adelantar en la virtud tanto como la oracion.—¿En qué tiempo, decia el sacerdote, el Papa, San Celestino, no necesitamos del auxilio de Dios? En todos nuestros negocios, pues, por medio de la oracion, imploremos la proteccion del cielo.—Dios, dice el sacerdote Santo Tomás de Aquino, da al hombre en el tiempo por la oracion lo que ha decretado darle en la eternidad.—Así, dice el sacerdote San Basilio, como Dios ha dispuesto que la tierra sea fructifera, mediante el trabajo del hombre, del mismo modo ha determinado que el alma se santifique por medio de la oracion.—La oracion, enseña el sacerdote San Agustin, es el conducto por el cual suben hasta Dios nuestras plegarias, y descienden hasta nosotros los auxilios del cielo.—Como el hombre, añade, se alimenta en lo humano con la comida material, así en lo espiritual se nutre y robustece con la oracion, que es el alimento del alma.—Sin la oracion, dice el sacerdote San Buenaventura, toda religion es imperfecta, árida y próxima á ser sepultada entre sus ruinas.—Sacerdotes, en fin, han sido el venerable Tomás de Kempis, San Francisco de Sales, San Ignacio de Loyola, Fr. Luis de Granada, Fr. Juan de Avila, Fr. Luis de Leon, San Juan de la Cruz, el venerable Palafox, Rodriguez, Puen-

te, San Alfonso de Ligorio, Ulloa, los piadosos autores del *Clericus Instructus*, del *Regula Cleri*, del *Veni Mecum*, de cien y cien otros, todos escritores, que con grande erudicion y suma elocuencia han demostrado la necesidad de la oracion pública en los templos, privada en el seno de las familias, y aun mental en el seno del individuo, en el corazon mismo del hombre fiel.

¿Cómo, pues, se atreve á decir M. Renán que el sacerdote aleja á los cristianos de la oracion? ¿Qué se nos predica todos los dias en todos los templos católicos del mundo? ¿Qué nos aconsejan y nos mandan los sacerdotes siempre que nos acercamos á pedirles consejos en el lugar santo de la penitencia? ¿Qué costumbres tenian nuestros padres en lo que á la oracion privada se refiere?

Hasta rubor cuesta el contemplan que hoy, en el siglo de las luces, es necesario demostrar que M. Renán miente cuando afirma que el sacerdote es enemigo de la oracion de los fieles.

No: los sacerdotes no alejan á los fieles de la oracion. Donde hay sacerdotes aparece San Benito, y los fieles se retiran con él á orar en los desiertos. Donde hay sacerdotes aparece San Bernardo, y los pueblos corrompidos se agrupan en su derredor, y se retiran á los bosques par convertirlos en amenos jardines, para hacer fructificar con su sudor la tierra, después de haber santificado con la oracion sus almas.

Donde hay sacerdotes, aparecen San Francisco y Santo Domingo, que por los caminos de la oración y la penitencia, confunden y convierten á los hereges, y santifican y mantienen la fé de los cristianos. Donde, en fin, hay sacerdotes, los templos están llenos de fieles, las casas son pequeños templos, y los hombres todos levantan á Dios altares en lo mas oculto de sus pechos.

Todo filósofo que desprecia el sacerdocio es enemigo de la oración.

Contéstenos M. Renan: ¿Oraría mucho un pueblo que solo conociera su impía obra, su absurda y sacrilega novela llamada la *Vida de Jesus*?

Pero añade M. Renan: «Jesus era mortal enemigo de las prácticas de los devotos.» (Página 224.)

Esto, dicho así, es una horrible blasfemia. Manifestado de otro modo, sería una gran verdad.

Es cierto que Jesus era mortal enemigo de la *falsa* piedad de los fariseos; es cierto que Jesus condenaba el rigorismo hipócrita de los que llenándose de escrúpulos cuando no se lavaban las manos antes de comer, no experimentaban remordimientos en su conciencia cuando usurpaban los bienes de los pobres, cuando con su sacrilego comercio profanaban la Casa de Dios, cuando siendo malos hijos, levantaban la mano para estamparla en el rostro de

sus padres, cuando, en fin, proclamaban la muerte del Justo, y para que fuese crucificado llevaban al Hombre-Dios, á Jesus, á la cima del Gólgota.

Jesus condenaba en el primer siglo la *falsa* piedad, la hipocresía de los fariseos, como Pio VI, v. gr., condenaba en el siglo pasado la *falsa* piedad, la hipocresía de los jansenistas, de los fariseos del siglo xviii.

Esto es evidente. Pero ¿quién podrá inferir de aquí que Jesus y Pio VI eran enemigos de todos los católicos, porque condenaban la falsa piedad de los que apellidándose muy piadosos en lo exterior, en lo interior no vacilaban en crucificar á Jesucristo y en trastornar su Iglesia?

Sépalo M. Renan: La fé, la verdadera fé, no es la incredulidad de los deistas ni la supersticion de los fariseos. La fé no es fé cuando no es humilde, cuando no se somete en todo y para todo al juicio infalible de la Iglesia. Desde el momento en que el hombre esplica la fé, escuchando únicamente el dictámen de su *razon*, de su vano orgullo, su fé deja de ser fé firme, y se convierte para él en vana, en ligera, en vacilante opinion filosófica. Poco importa que el hombre se muestre *idólatra*, como La Mennais, de la fé, si es tan orgulloso como La Mennais, que quiere encerrar la fé, la ciencia de Dios, que es infinita, en los estrechos límites de su ridículo orgullo. La soberbia y la fé

son cosas incompatibles. Los fariseos y los jansenistas, aunque se llamaban *muy creyentes*, porque eran soberbios, porque no se humillaban ante la autoridad de Dios, en realidad no tenían fé ninguna; su fé era su capricho. Esta fé, esta falsa fé, ha sido, es y será siempre rechazada por la Iglesia, como lo fue por su Maestro y fundador, Jesucristo.

Ya ve M. Renan que Jesus no es mortal enemigo de los verdaderos, de los humildes, sino de los falsos, de los soberbios *devotos*.

Hemos, pues, examinado los principales argumentos que emplea M. Renan con el fin de probar que Jesus, fundador de la Iglesia, es mortal enemigo de la Iglesia. M. Renan dice que Jesus no quiere el templo, piensa poco en el ayuno, no determina nada acerca de la oracion, y es adversario irreconciliable de la *devocion*. Nosotros, por el contrario, hemos demostrado con hechos y textos evidentes, que Jesus quiere templos, ordena, preceptúa y practica la oracion y el ayuno, y es tan enemigo de la incredulidad y la supersticion, como afecto á la verdadera piedad.

Luego miente M. Renan de una manera tan impía como sacrilega, al pretender apoyar su repugnante deísmo en la doctrina del Evangelio.

son cosas incompatibles. Los fariseos y los judíos
 seculares, cuando se llamaban *messias*, querían
 ser como los reyes, porque no se habían
 dado cuenta de la naturaleza de Dios en realidad no
 tenían la misma; en la suya en espíritu. Esta
 es, esta falta de ha sido, es y será siempre
 rechazada por la Iglesia, como lo fue por la
 Iglesia y fundador, Jesucristo.

Y es M. Renan que Jesús no es mortal, sino
 eterno de los verdaderos. **XXIV.**

En los títulos de los apóstoles de los
 Hechos, pues, examinando los principales
 momentos que emplea M. Renan con el fin de
 probar que Jesús, fundador de la Iglesia, es

«El primer título, dice M. Renan, página
 257, que aceptó Jesús, fue el de *Hijo de Da-
 vid*.»

Como este título es igual á todos los demás
 del Mesías, no tenemos interés ninguno en re-
 chazar esta afirmación de M. Renan; sin em-
 bargo, la verdad es que antes de nacer, aun
 antes de ser concebido Jesús, fue llamado con
 el nombre mismo de *Jesús*, nombre que tenía
 antes de ser concebido en las entrañas de la
 Virgen Santísima, como leemos en el capítu-
 lo II de San Lucas, v. 22.

En los momentos que precedieron á la En-
 carnación del Hijo de Dios, estando por su
 asombrosa humildad turbada la Santa Virgen
 de Nazareth, le dijo el ángel: «Concebirás y
 tendrás un hijo, y su nombre será *Jesús*; será

grande, se llamará *Hijo del Altísimo*, y el Señor Dios le dará el trono de su Padre David, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.» (Lúcas, II.)

Estos son los primeros títulos que por el orden cronológico recibió Jesús.

Poco después, cuando la Madre de Jesús fue á visitar en la montaña, en la ciudad de Judá, á la Madre del Bautista, esta, llena de júbilo, exclamó: «¿De dónde á mi tanto bien que venga á visitarme la Madre de MI SEÑOR?» (San Lúcas, cap. I, v. 41.)

El ángel, al anunciar á los pastores que guardaban sus ganados, en las altas horas de la noche, el nacimiento de Jesús, les dijo: «No temáis; os anuncio un gozo grande que será para todo el pueblo. Hoy ha nacido el SALVADOR, que es *Cristo Señor*, en la ciudad de David.» (San Lúcas, cap. II, v. 11.)

Simeon, santo sacerdote, tenía la promesa del cielo de que no vería su muerte sin ver antes al *Cristo del Señor*; y al recibir á Jesús en sus brazos, en el templo mismo, dijo: «Ahora, Señor, me dejarás morir en paz según tu palabra, porque mis ojos han visto ya tu SALVADOR, *salutare tuum*.» (San Lúcas, capítulo II, v. 26 y 30.)

Ana, la anciana profetisa, mujer santa, que servía al Señor de día y de noche en el templo, con ayunos y oraciones, viendo á Je-

sus, confesó al SEÑOR. (San Lucas, cap. II, v. 38.)

Por amor á la brevedad, no continuamos esponiendo los títulos que en los primeros años, desde los primeros días de su vida en el mundo, recibió Jesus. Lo que hemos dicho es mas que suficiente para demostrar que sus títulos de Mesías los tuvo todos, absolutamente todos, desde el instante mismo de su Encarnacion, porque todos estaban mucho antes anunciados por los Profetas.

M. Renan quiere suponer que hubo algun tiempo en el cual Jesus no fue considerado como el Mesías esperado por las naciones, y esto es completamente falso, como acabamos de ver. M. Renan ha contado de una manera indigna, hasta insultante, con la pereza de sus lectores. Ha citado y espone el Evangelio, como si nadie despues de él pudiera recorrer sus páginas y confrontar sus textos.

¿Dónde consta que hubo algun tiempo en el cual Jesus careciese de títulos *mesiánicos*, ó que el de *Hijo de David* fue el primero que se le impuso? ¿Quién ha dicho esto? ¿Qué historiador contemporáneo lo reliere? Ninguno. ¿Qué fé merece entonces la relacion novelesca, caprichosa, falsísima de M. Renan? ¿Qué interes podia tener nadie en que Jesus recibiera otros títulos antes que el de *Hijo de David*? Absolutamente ninguno. Este titulo significa lo propio que Jesus, Salvador, Cristo, Señor, Dios, Hijo

de Dios, Hijo del Hombre, el Mesias, etc., etc. Todos estos títulos significan una misma cosa. Todos denotan que en Jesús se han cumplido las profecías, que Jesús es la esperanza de Israel y el consuelo del mundo, que Jesús, en fin, es el mismo Dios que, según Isaias, debía venir á salvarnos. ¿Quién, pues, aun humanamente hablando, merece mayor crédito en este punto? Los Evangelistas nada ganan ni pierden con nombrar un título antes que otro, porque todos son enteramente idénticos. M. Renan necesita inventar una fábula para sostener una calumniosa y sacrilega impostura. Los Evangelistas no tienen interés ninguno en decir lo que es falso. M. Renan tiene grandísimo interés en ocultar lo que es verdadero, en decir lo que no es cierto, en mentir, en una palabra. ¿Quién, pues, repetimos, debe ser creído?

Basta el sentido común para contestar á esta pregunta. M. Renan no aduce un solo texto de los Evangelios ni de nadie para probar que el primer título *mesiánico* que recibió Jesús fue el de *Hijo de David*. Esto es contrario á lo que dicen los Evangelistas, testigos dignos de toda fé, aunque prescindamos por mera hipótesis de su inspiración divina, y solo nos fijemos en su carácter de historiadores contemporáneos. ¿Qué razón opone M. Renan al testimonio de los Evangelistas? Ni una sola. Como si escribiera una novela, dice lo que

quiere, porque necesita decirlo. Quien habla así no puede nunca ser respetado ni creído en lo que dice.

Después de afirmar, porque quiere, y solo porque quiere, sin razón ninguna para ello, lo que acabamos de ver, para desautorizar más y más ante el vulgo ignorante á Jesucristo, dice M. Renan que la familia, la descendencia de David estaba estinguida, *á lo que parece*, desde mucho tiempo antes.» (Pág. 237.)

La maligna intención con que se estampan estas palabras, salta á los ojos, hasta de los más míopes. Como estaba predicho que Jesús se llamaría Hijo de David; como el ángel había anunciado á la Virgen Santísima que Dios daría á Jesús el trono de David, su padre; como, en fin, los Profetas habían ofrecido, en nombre de Dios, que el Mesías descendería de David, M. Renan sienta falsa y caprichosamente, porque niega todo lo que le estorba, porque á fuerza de negar la verdad, quiere dar el triunfo á la mentira, M. Renan, repetimos, sienta que la familia de David estaba desconocida, confundida, estinguida desde mucho tiempo antes de la venida del Salvador.

Por fortuna, los hechos hablan, y no basta la intención depravada para oscurecer, y mucho menos, para destruir la evidencia.

Los judíos contaban y distinguían las tribus, sus familias, sus árboles genealógicos con un esmero que bien pudiera calificarse hasta

de supersticioso. Las promesas de los Profetas obligaban á los hebreos á fijarse aun con más interés en la familia de David, por que era la familia real, y por que además de ella debía nacer el Mesías que todos esperaban. ¿Cómo, pues, pudo ser desconocida y estinguida esta familia?

Mas aun. Los judios sabian, por que asi lo habia prometido Jacob (*Génesis*, cap. 49), que no faltaria el cetro de la casa de David hasta que viniera el que debía ser enviado. En tiempos de Jesus faltó el cetro, se cumplió la profecía del Santo Patriarca, que murió al lado de sus hijos en tierra de Egipto. ¿Cómo no consta que antes de Jesus, antes de los tiempos de Jesus, en otra ocasion, perdiera la casa de David el cetro de Judá? ¿Se dirá que Herodes no e a descendiente de David? Y, ¿quién ha dicho jamás que una familia se estingue, que sus miembros dejan de ser conocidos en el breve tiempo que vive una generacion, la mitad de una generacion?

Pero todos los hechos tienen lugar y fecha. ¿Dónde, en qué tiempo, con qué motivo se estinguió la casa de David? La historia del pueblo hebreo es muy conocida. Desde Adán hasta Jesus, se cuentan uno por uno todos sus Patriarcas y todos sus Reyes; es el único pueblo que presenta con exactitud completa su ábol genealógico. Las vicisitudes de los israelitas son harto conocidas para que necesi-

temos aquí esponerlas. No podemos hablar del diluvio, de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, del gran castigo de los sodomistas, ni aun de la cautividad de Egipto. Se trata de la familia de David, y este Rey-Profeta es muy posterior á los nombrados acontecimientos. ¿Cuándo, pues, pereció la familia de David? Despues de Salomon se dividieron las tribus; diez siguieron la ley de los idolos, y para siempre se apartaron del pueblo de Dios; pero dos, entre ellas la de Judá, la de David, quedaron en Jerusalem, observando la ley de los Profetas, custodiando en el Templo el Arca Santa, y ofreciendo todos los años al Dios verdadero los sacrificios prescritos en las Santas Escrituras. La familia de David no pereció, por tanto, en la division de las tribus, en tiempos de Jeroboan, el hijo de Salomon.

Todo el pueblo de Dios se libró de la cautividad de Babilonia. Esta por otra parte solo duró setenta años, tiempo en verdad harto breve para que en su reducido espacio pudiera extinguirse una familia, toda una tribu, sin que su estincion llamase la atencion de los historiadores contemporáneos. En lo sucesivo con más ó menos fortuna en la guerra; con alternativas mas ó menos favorables en la paz, lo cierto es que hasta la venida de Jesus, los israelitas, los judios, los descendientes de David perseveraron en la Judea, sin que nadie los espulsara ó los esterminara. Los romanos los

conquistaron; les dieron nuevos gobernantes; pero no destruyeron las tribus.

¿Cuándo, pues, repetimos, fue estinguida la casa de David? M. Renan no lo dice, y como se trata de un hecho trascendental, no se empeña ni aun en probar lo que tan temerariamente afirma.

Hillel y Gamaliel *pasan* como de la casa de David. Esto no puede negarlo M. Renan; pero lo pone en duda, dice que es *muy dudoso*, sin aducir una sola autoridad que justifique su duda *superlativa*.

El Mesías debía ser descendiente de David. Esto lo sabía Herodes, y mejor aun que Herodes, los Doctores de la ley consultados por él, con motivo de la aparición de los Magos del Oriente, que buscaban para adorarle al Niño que había nacido Rey de Israel. ¿Cómo, pues, Herodes y sus Doctores no contestan que esto es imposible, que el Mesías ya no puede venir, porque debía descender de la familia de David, y esta familia, en la hipótesis de M. Renan, ya no existía? Si Herodes sabía que el Mesías solo podía ser hijo de David, si además sabía que la casa de David estaba estinguida, ¿cómo no manifestó este argumento insoluble para todos los hebreos que con tan ciega fé creían en la infalibilidad de los Profetas? ¿Cómo los fariseos, que tanto aborrecían á Jesus, no le presentaron esta objecion? Aquí no hay medio. O los fariseos y Herodes ignoraban que la familia de

David se habia estinguido; lo cual es imposible; ó no *querian* dañar á Jesus, acusándolo de impostura, lo cual aun es menos creible, aun es mas absurdo, atendido el odio que le tenían y el encarnizamiento con que le trataban; ó es forzoso convenir en que la familia de David existia, en que Jesus pertenecia á esta familia, en que, por último, en Jesus uno por uno se cumplieron todos los vaticinios de los Patriarcas y Profetas.

¿Podemos suponer siquiera que Herodes y los fariseos ignorasen que la familia real de David, la familia mas conocida en todo Israel, habia sido estinguida, cuando se trataba de un hecho, de un gran hecho, que forzosamente debia ser en aquel tiempo conocido por todo el mundo? ¿No existian los descendientes de David? Entonces era imposible que Herodes y los fariseos ignorasen su no existencia. ¿Existian? Entonces no podian dejar de conocer, siendo sus contemporáneos, á los miembros de esta familia. Se trata de una familia real. ¿Quién desconoce á sus miembros? ¿Pudiera hoy ser desconocida la familia de Carlos X. y Luis Felipe? ¿Pudiera nadie presentarse ante el mundo como miembro de estas familias, sin que al momento fuera conocida la verdad, ó la impostura? Es evidente que no.

¿Podrá admitirse que los enemigos de Jesus, es decir, que Herodes, el enemigo implacable de Jesus, el que por odio á Jesus degolló á los

niños de Israel, el hombre cruel y obcecado que temia perder su corona si vivia Jesus, podrá ni aun suponerse, repetimos, que Herodes, tan cruel, tan ambicioso, tan dominado por el encono y la envidia, dejara de emplear un argumento tan terrible, tan insoluble para los judios contra la divinidad de Jesus? ¿Puede ni aun suponerse que los fariseos, los hombres de corazon incircunciso, que con tanta furia acusaron á Jesus hasta lograr su condenacion y su muerte en el Gólgota, dejasen de manifestar que no era de la familia de David, que esta familia ya no existia, que en El, en fin, no se habian cumplido los vaticinios de los Profetas, y que por lo tanto no era ni podia ser el esperado Mesias? ¡Imposible!...

Si, pues, Herodes y los fariseos, enemigos irreconciliables de Jesus, no podian ignorar el estado en que se hallaba la familia de David; si no les faltó odio ni mala voluntad para lanzar contra Jesus todo linage de acusaciones, y cometer en odio á su nombre toda clase de atentados; si, por último, tenian tanto empeño en desprestigiar á Jesucristo, en presentarlo como un impostor ante el pueblo, ¿por qué no declararon que no podia ser el Mesias, porque no era descendiente de la familia de David? ¿Por qué acerca de este punto no protestaron contra las turbas, contra los pueblos, que con voz muy alta le llamaban *Hijo de David*?

¿Por que no reprendieren al mismo Jesus,

cuando públicamente, ante los mismos tribunales, se llamaba y consentía en ser llamado *Hijo de David*? Si tan fácilmente podía ser desmentido, y tanto empeño había en que lo fuera, ¿por qué no la era? ¿Por qué no se le arrojaba del tribunal y aun del templo, llenándolo de ignominia, diciéndole: «Tú no eres *Hijo*, tú no descienes de David?» La razón es obvia. Porque era de la familia de David, y esto era notorio, esto no podía ser negado por nadie, porque lo sabía todo el mundo.

Los Evangelistas consignaron esplicita y terminantemente que Jesús descendía de David, que la familia de David existía en los tiempos de Jesús, que en Jesús se habían cumplido todas las profecías.

Ahora bien: los Evangelistas escribieron cuando aun vivían los enemigos de Jesús. ¿Cómo es que los fariseos no protestaron contra los Evangelistas, si atribuían a Jesús un origen que en la realidad no tenía? ¿Cómo José, posterior a Jesús, no se hizo intérprete de sus hermanos los hebreos, publicando esta protesta? ¿Cómo tratándose de un hecho tan público y trascendental no llegó a conocimiento de los historiadores gentiles, de los apologetas de las persecuciones, de los aduladores de los Emperadores que oprimían a los cristianos, tan empeñados en publicar todo lo que redundase en desdoro y menosprecio de los primitivos fieles?

Si en Jesus no se cumplieron las profecías, ¿cómo creyeron en él muchos judíos, conociendo todo lo dicho acerca del Mesías por los Profetas?

Concluyamos. M. Renan niega que Jesus era descendiente de David. Todas las fuentes de la Historia desmienten á M. Renan. ¿Quién debe ser creído?

XXV.

Negar que Jesus es hijo, descendiente de David, equivale á sostener que no es Dios, que los Evangelistas han engañado al mundo, y todo el catolicismo es una quimera. Por esto M. Renan en este capitulo, en el xv, muestra tanto empeño en sostener que Jesus ni nació en Belen, ni era de la familia de David. Por esto nosotros, con intencion enteramente opuesta, volvemos á insistir en rechazar las gratuitas, las absurdas suposiciones de M. Renan, y demostrar la cierta, la evidente narracion de los Evangelistas. Empecemos.

«La creencia universal, dice M. Renan, era que el Mesias seria Hijo de David, y que naceria como él en Belen.» (Pág. 238.)

Si esta era la creencia general, si todo el mundo sabia que el Redentor habia de nacer

en Belén y ser descendiente de David, ¿cómo fue considerado y adorado como Mesías Jesucristo, si no era descendiente de David ni había nacido en Belén, condiciones ambas absolutamente indispensables para ser considerado como tal Mesías? Jesús no era conocido solo en Galilea; lo era en Jerusalén; lo era en todas partes; con sus milagros y su predicación conmovía todos los pueblos. ¿Cómo, pues, no protestó contra El la *creencia general*? M. Renan se abstiene de dar las razones en que se fundan sus dudas.

Toda duda supone suspensión del ánimo por alguna razón ó motivo, por algún fundamento. Cuanto mayor es la duda, el motivo ó fundamento en que se apoya, debe ser mas grave, mas racional y autorizado. Cuando una duda es *superlativa*, cuando una cosa es *muy dudosa*, es necesario que sean muy pocas las razones en que se funde y muchos y muy graves los argumentos que la contradicen. Ahora bien: M. Renan dice que es *muy dudoso* que existiera la familia de David en los tiempos inmediatos á Jesucristo. ¿Cuales son las razones que existen para que sea tan grande semejante duda? M. Renan como siempre, que con descaro inaudito niega lo evidente, en esta ocasión se apoya únicamente en su silencio.

M. Renan afirma que el nacimiento de Jesús en Nazareth era de *notoriedad pública*. (Página 259.)

¿Y dónde consta esta *notoriedad*? ¿No fue en Jerusalem donde los magos del Oriente preguntaron á Herodes por el niño que habia nacido *Rey de los judios*? ¿No fue en Jerusalem donde los Doctores contestaron al Rey y á los Magos, que en Belen era donde habia de nacer Jesus, el Mesias esperado? ¿No salieron los Magos de Jerusalem, dirigiéndose por el camino que conduce á la ciudad de David, á Belen, para hallar en una humilde cueva, sobre un pesebre, envuelto en pobrísimos pañales, al Salvador del mundo, tan pobre, que siendo dueño absoluto del cielo y de la tierra, en el mundo no tenia donde reclinar su cabeza? Si, pues, Jesus nació en Nazareth, si era de notoriedad pública su nacimiento en Nazareth, ¿cómo no lo averiguó el soberbio y cruel Herodes? ¿Cómo con voz muy alta no protestaron él y sus Doctores contra la cuna de Jesus? Pero no nos fatiguemos. M. Renan niega lo que es evidente por capricho, y nada mas que por capricho.

Ya hemos visto que Jesus nació en Belen, lo cual ya en otra ocasion demostramos con detenimiento; hemos visto que por mil y mil argumentos negativos se prueba, hasta el punto de no permitir la mas ligera duda, que Jesus era descendiente de David; hemos visto que así lo confiesan los Evangelistas; necesitamos ver ahora que así lo confiesan tambien de una manera muy esplicita, como un hecho público, los contemporáneos de Jesucristo.

Congregados los fariseos en Jerusalem, en la ciudad de los Doctores, les preguntó Jesus: «¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo?» Y ellos contestaron: «DE DAVID.» (San Mateo, cap. xxii, v. 42.)

Jesus insiste, y de esta confesion de los fariseos deduce un poderoso argumento en apoyo de su divinidad, diciéndoles: «Si Jesus es hijo de David, ¿cómo David *en espíritu* lo llama SU SEÑOR, cuando esclama: Dijo el Señor á MI SEÑOR, siéntate á mi derecha mientras pongo á tus enemigos como escabel de tus pies? ¿Cómo es Jesus hijo de David, cuando David lo llama SEÑOR?» (San Mateo, cap. xxii, vers. 43, 44 y 45.)

Y á este raciocinio de Jesus nada pudieron contestar los fariseos. Comprendieron toda su fuerza, y guardaron el mas profundo silencio. ¡Ah! No hubiera sido por cierto esta su conducta si hubiera sido *de notoriedad pública* su nacimiento en Nazareth, si por el contrario no hubiera sido *de notoriedad pública* su nacimiento en Belen, como estaba anunciado por un Profeta.

«Y al pasar Jesus le siguieron dos ciegos, esclamando: *Hijo de David*, ten piedad de nosotros. Y habiendo llegado á la casa, se acercaron á él los ciegos. Y Jesus les dijo: ¿Creeis que os puedo dar la vista? Sí, Señor, contestaron ambos. Entonces Jesus tocó sus ojos, y les dijo: Hágase á vosotros, segun vues-

tra fé, y los dos adquirieron la vista.» (S. Mateo, cap. ix, v. 27.)

Como M. Renan, despues de haber dicho en la página 237 que el título de *Hijo de David* fue el primero que recibió Jesucristo, en la página siguiente, en la 238, afirma, olvidando lo dicho en la anterior, que la primera opinion, el primer propósito de Jesus no era aceptar este título, que nada tenia de comun con su reino celestial; que El se creia *Hijo de Dios*, y no *Hijo de David*; como, en fin, M. Renan, con tan repugnante descaro, negando ahora lo que antes afirmara, dice que Jesus no queria ser llamado *Hijo de David*, hemos creido copiar íntegro el citado pasage de San Mateo con el doble fin de probar que hasta los ciegos apellidaban á Jesus *Hijo de David*, y que á los que le daban este nombre, por su fé, en recompensa de su fé, Jesus les daba la vista. Con esto demostramos á la vez dos cosas: que Jesus era *Hijo de David*, segun el testimonio general de sus contemporáneos, y que le agradaba, que aceptaba con buena voluntad, que premiaba, en vez de rechazar ó castigar, á los que le daban este título.

«Al ver lo que hacia Jesus, asombradas todas las turbas, decian: ¿Por ventura este es el *Hijo de David*? Y los fariseos, al oír esto, esclamaban: Este no arroja los demonios, sino en Belzebú, Príncipe de los demonios.» (San Mateo, cap. xii, vers. 23 y 24.)

Aquí los fariseos no niegan el testimonio de *todas* las turbas; no niegan que sea Hijo de David; no niegan que ha nacido en Belen; no niegan que en él se han cumplido las profecías; lo que hacen, por el contrario, es admitir todo esto con su silencio y su despecho, recurriendo para destruir la fuerza divina de milagros que no podían negar, á la potestad de Belzebú. Conocían que no era posible hacer con la fuerza humana lo que con tanta frecuencia, y tanto asombro del mundo, practicaba Jesus todos los dias y en todas partes. ¡Luego Jesus era Hijo de David! ¡Luego era Dios!

«Y saliendo Jesus de allí, descansó en las inmediaciones de Tiro y Sidon. Una mujer cananea, acercándosele, exclamó, diciendo: Ten compasion de mí, Señor, *Hijo de David*.» (San Mateo, cap. xv, v. 22.)

«Y saliendo Jesus de Jericó, le seguian *muchas turbas*. Los ciegos se le acercaron, diciendo: Señor, *Hijo de David*, ten misericordia de nosotros. Las turbas los reprendian, imponiéndoles silencio; pero ellos, alzando mas la voz, clamaban: Señor, *Hijo de David*, ten misericordia de nosotros.» (San Mateo, cap. 20, versículo 30.)

En este pasage se descubre el testimonio de los ciegos que llaman á Jesus Hijo de David, y el de las turbas, de las numerosas turbas que les oyen darle este nombre y no protestan, y no los desmienten. ¿Cómo apellidaban los cie-

gos á Jesus *Hijo de David*, si la casa de David ya no existia en aquel tiempo? ¿Cómo lo hacian delante de las numerosas turbas que los escuchaban? ¿Cómo siendo falso este título, no lo rechazaba Jesus para no disgustar, para no ser mirado como impostor, al menos como amigo de la lisonja, ante las gentes que le seguian? Si *de notoriedad pública* era que no habia nacido en Belen, ni descendia de David, ¿cómo estas turbas, tratándose de un hecho tan notorio, no alzan una sola voz de protesta?

En San Márcos, cap. x, v. 46 y siguientes, vemos que en el camino de Jericó, un ciego, hijo de Timeo Bartimeo, en medio de un inmenso gentio, con grandes voces pedia misericordia á Jesus, llamándole *Hijo de David*, y aunque la turba le reprendia, el ciego no cesaba de clamar, cada vez con voz mas fuerte y mas sonora. Lejos de ser castigado por Jesus, su fé fue recompensada con el beneficio, con la vista que tanto deseaba.

En San Lúcas, cap. xviii, v. 38, encontramos un hecho enteramente igual, si no es idéntico.

En cien otros lugares de los Santos Evangelios hallamos hechos y palabras que prueban la misma cosa, á saber: que Jesus era considerado en toda la Judea como verdadero Hijo de David, como descendiente del Profeta Rey, como miembro, en fin, de la familia real, en el cual se habian cumplido de una manera

admirable todos los vaticinios de los antiguos Profetas.

Conviene aquí fijarnos en una circunstancia importantísima, y es, que los judios, los fariseos, las mismas turbas, todos los pueblos de Judea, hablan de la familia de David como de una familia que existe, á la cual todo el mundo conoce, de cuya cierta, ciertísima existencia no hay nadie que pueda dudar.

Los hebreos hablan de la descendencia de David en Jesucristo como de un hecho conocido, de notoriedad pública, del cual nadie duda, ni piensa siquiera en dudar. ¿Cómo, pues, hay valor para negarlo despues de haber pasado diez y ocho siglos? ¿Se han descubierto hoy algunas documentos dignos ó no dignos de fé, desconocidos en los antiguos tiempos? No. ¿Por qué, pues, se niega lo que, segun todas las reglas de la mas severa crítica, sin vacilacion ninguna debe ser creido?

M. Renan tambien se empeña en desautorizar el árbol genealógico de Jesucristo que trazan los Evangelistas. No da razon ninguna para apoyar su negacion; pero niega, y con esto cree que tiene bastante para seducir á los lectores imbéciles. Los ascendientes de Jesus tienen su historia; y sus hechos, su origen y su fin, están descritos con maravillosa exactitud en los libros del Antiguo Testamento. Para negar la realidad de estos nombres, para negar la exactitud del orden cronológico en que la

presentan los Evangelistas, necesita M. Renan negar de una manera rotunda todo lo que leemos en los libros del Antiguo Testamento, en los cuales se hallan descritos los nombres y los hechos de todos los ascendientes de Jesucristo. ¿Hace esto M. Renan? No, ni puede hacerlo. Su método es muy diverso.

M. Renan tiene una osadía asombrosa. Cuenta con la estúpida credulidad de sus lectores de un modo que pasma y escandaliza, y hasta llena de indignacion. Veamos un ejemplo.

San Mateo, cap. 1, versículos 22 y siguientes, despues de referir la Encarnacion milagrosa de Jesus, añade: «Todo esto se hizo para que se cumpliera lo dicho por el Profeta Isaias, que dice: Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, cuyo nombre será *Manuel*, que se interpreta, *Dios con nosotros*.»

Las palabras de Isaias citadas se encuentran en las Profecías, cap. xiii, vers. 13 y 14, y son las siguientes: «Oid, pues, individuos de la casa de David: ¿Os parece poco molestar á los hombres, y quereis ser molestos tambien á mi Dios? Por esto el mismo Señor os dará una señal. Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Manuel.»—

La profecia no puede ser mas clara; su cumplimiento en Jesus no puede ser mas cierto; la interpretacion de San Mateo no puede, por último, ser mas exacta, mas adecuada y perfecta.

¿Qué razones aduce M. Renan para oscure-

cer esta profecía; para asegurar que no se cumplió en Jesucristo; para rechazar, en fin, la interpretación del primer Evangelista?

Asombréanse nuestros lectores. M. Renan, para resolver una cuestión tan grave, para desmentir á San Mateo en un asunto de tan grande interés, solo dice lo que á continuación copiamos; advirtiéndome antes que no dice una palabra más ni una palabra ménos. «Quizá se atribuyó á Jesus un nacimiento sobrenatural para responder á un capítulo *mal entendido* de Isaías, en el cuál *se creía* leer que el Mesías nacería de una Virgen.» (Pág. 241.)

M. Renan sin duda se cree infalible. Después de negar la autoridad de toda la Iglesia, con su *sola autoridad*, con decir él que el capítulo VII de Isaías *está mal entendido*, cree que basta, y aun sobra, para que todos admitamos la mentira que él nos propone, y rechacemos la verdad que nos enseñan los Evangelistas.

Los hombres que mas hablan de razon, son los que menos raciocinan. M. Renan habla siempre en nombre de la crítica; desea ser tenido por un crítico sublime, únicamente porque con cinica audacia niega, sin razon ninguna, todos los argumentos que prueban la Divinidad de Jesus y de su santa Iglesia.

La lógica de M. Renan es la siguiente :

—Jesus nació en Belen. Esto es cierto; pero necesito negarlo, y lo niego.

Jesús descende de David. Esto es evidente; pero si no lo niego, estoy perdido. Lo niego, pues.

Jesús debió nacer de una Virgen. Esto lo dice Isaías, lo afirma San Mateo, es indudable; pero si no lo niego, mi novela se hunde por falta de cimientos. Lo niego, pues.—

Pero, ¿es bastante que M. Renan niegue una cosa, porque le estorba, para que nosotros no la admitamos, aunque sea evidente? ¡Ah!...

Contengamos la indignacion, y procedamos con calma. ¿Qué razones encuentra M. Renan para espresarse así? Es preciso conocerlas para juzgarlas.

Para demostrar su tésis, tan falsa como impia, M. Renan, dice en primer lugar lo siguiente: «Algunos pasages del Nuevo Testamento, como el versículo 22 del capitulo II de los *Hechos de los Apóstoles*, **ESCLUYEN FORMALMENTE la Encarnación.**» (Pág. 242.)

En el texto citado se encuentran, no obstante, las palabras que á continuacion pondremos. Despues de la Resurreccion del Salvador, despues de haber descendido en forma de lenguas de fuego sobre sus discipulos el Espiritu Santo, los Apóstoles comenzaron á predicar en Jerusalem, con el don especialísimo de entender y ser entendidos por todos los estranjeros que habia en Jerusalem, por mas que fuesen muchos y muy diversos los idiomas que hablaban. Pues en estas circunstancias, dirigiéndose San Pedro á los hebreos, les dice: «Todo el que invocare el nombre del *Señor*, **SE SALVARÁ**. Varones de Israel, oid estas palabras: *Prévio un consejo, entregado con presciencia de Dios, affligiéndolo por mano de los incuos, disteis la muerte á Jesus Nazareno, varon aprobado por Dios, con las virtudes, milagros y signos que Dios hizo por él en medio de vosotros, como todos sabeis.* Dios resucitó á este Jesus, de lo cual somos testigos todos nosotros.

Exaltado por la diestra de Dios, recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, infundió en nosotros el Espíritu Santo que vosotros veis y oís. Sepa ciertísimamente toda la casa de Israel que era Hijo de Dios el Señor, Cristo, Jesús, á quien vosotros crucificásteis.» Y al oír esto, arrepentidos los judíos, hicieron penitencia, confesando la divinidad de Jesús. (*Hechos*, cap. II.)

Aunque parezca increíble, M. Renan aduce estos pasajes para demostrar que Jesús no era Dios. Este capítulo condena todo el libro de M. Renan. En este capítulo se habla de los milagros, de la Resurrección de Jesús, se dice espresamente que era Hijo de Dios, se afirma que se salvará todo el que crea en Él, se añade por último, que los judíos, arrepentidos de haberlo crucificado, haciendo penitencia, creyeron en Él, y preguntaron á San Pedro qué era lo que debían hacer para librarse del horrible crimen que oprimía sus conciencias.

M. Renan niega los milagros, y en este pasaje se admiten, se consignan como hechos que *todos* han presenciado.

M. Renan niega la Resurrección del Salvador, y en el capítulo citado, San Pedro predica la Resurrección, y predicándola convierte á los judíos, poco después de la crucifixión de Jesús.

M. Renan niega las profecías, y en el lugar citado se encuentran cumplidas las profecías

de David y Jesus, segun las cuales debia resucitar Jesus de entre los muertos, y todos sus enemigos debian ser puestos por el Padre como escabel de sus pies. Jesus habia dicho: Resucitaré dentro de tres dias, y resucitó. David habia anunciado: Dijo el Señor á *mi* Señor: Sientate á mi derecha, mientras pongo á tus enemigos como escabel de tus pies.

Aquí, en el capítulo II de los *Hechos de los Apóstoles*, en el capítulo mismo que cita M. Renan para negar la divinidad de Jesucristo, se encuentra el exacto cumplimiento de las dos nombradas profecías, se ve á Jesus resucitar de entre los muertos, y á los judios, á los que le habian crucificado en el Gólgota, á los enemigos *puestos como escabel de sus pies*, prostrados ante los Apóstoles, rogándoles que les señalen los medios para salvarse, reconciliándose antes con Jesus, creyendo en Él, como *medio único* de obtener la salud eterna.

Aun se descubre en estos hechos otra cosa mucho mas sorprendente. Jesus habia muerto en el Calvario. Los romanos, los judios, los fariseos, todo el mundo era enemigo del llamado *Rey de los judios*, que habiendo salvado á otros, no habia podido salvarse á sí mismo. La Cruz era locura para los gentiles, y escándalo para los judios.

¿Cómo es, por tanto, que pasados tan pocos dias despues de la muerte de Jesus, los Apóstoles, antes tan tímidos, se muestran tan deno-

dados, tan firmes en la fé, tan resueltos á derramar hasta la última gota de su sangre en favor de Jesucristo? Si cuando aun vivia Jesus los Apóstoles se mostraban incrédulos en muchas ocasiones; si lo abandonaron en el Huerto, en la noche tristísima de su prision; si el mismo San Pedro lo negó por tres veces en presencia de los dependientes de Pilatos; si, en fin, durante la pasion, con la escepcion única de Juan, todos los discipulos, herido el Pastor, se ocultaron como ovejas descarriadas, ¿cómo es que pasado tan poco tiempo despues de la pasion, los Apóstoles se muestran firmes, á pesar de haber sido antes tan débiles; de fé incontrastable, cuando antes estaban llenos de dudas y vacilaciones; llenos de ciencia y elocuencia, cuando antes eran unos pobres é ignorantes pescadores? ¿Cómo se ha obrado esta trasformacion tan portentosa? ¡Ah! Es que ha resucitado Jesus, y han visto con sus propios ojos, y tocado con sus propias manos la verdad de la resurreccion. Es que ha descendido sobre ellos el Espíritu Santo, y los ha llenado de una luz celestial que infunde toda la ciencia de Dios en su alma, y todo el valor, toda la virtud, toda la caridad de Dios, como ardientes llamas de santo amor en sus pechos. Es que Jesus está en el cielo, que es Dios, que les ha enviado, segun lo prometiera, el Espíritu Santo, y los ha convertido en ángeles del cielo, por mas que con apariencias de hom-

obispo, obispo, obispo al no obispo. 19—

bres les mande recorrer, para que la iluminen, toda la tierra.

Lo repetimos con asombro. Este es el capítulo de los *Hechos de los Apóstoles* que cita M. Renan para demostrar que Jesus no era Dios. Dificilmente pudiera haber escogido otro en el cual se presentara una demostracion mas patente de la Divinidad.

Despues de esta *razon*, M. Renan, en la página 243, aduce otra que por cierto no es menos peregrina. «Algunas veces, dice, parece como que Jesus adopta precauciones para rechazar la doctrina que lo supone Dios.»

Para demostrar que Jesus, que el Varon fuerte, el Dios-Hombre, el poder infinito, que condena el mal y la mentira en todas partes, sin pensar para nada en la calidad y el poder de los malvados, para demostrar, en fin, que Jesus *tenia miedo*, M. Renan cita varios pasages de la Santa Escritura, que uno por uno todos serán aquí examinados.

«Y acercándose uno á Jesus, le dijo: Maestro bueno, ¿qué cosa buena podré yo hacer para poseer la vida eterna? Y Jesus le contestó: ¿Que me preguntas *de lo bueno*? Dios es el solo bueno. Si quieres entrar en el cielo, guarda los Mandamientos. Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, entrégalo á los pobres y **SIGUEME**; y dirigiéndose á sus discipulos, le dijo Jesus: Os digo en verdad que vosotros que *me habeis seguido*, en la regeneracion, cuando

se sienta el Hijo del Hombre en el trono de SU Majestad, y os sentareis vosotros sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. Todo el que abandonare lo que posee *por mi nombre*, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna. Todo esto es del capítulo xix de San Mateo, citado por M. Renan para demostrar que Jesús rechazaba *algunas veces* la doctrina que lo presentaba como Dios, ó Hijo de Dios.

El capítulo en el cual San Mateo dice que el que cumpla los mandatos de Jesús *se salvará*; que el que abandonando los bienes del mundo le siga, *será perfecto*; que los discípulos, que los Apóstoles, que todo lo han abandonado *por el nombre de Jesús*, obtendrán cien veces más, poseerán la vida eterna, y se sentarán sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel; que, en fin, en el día de la regeneración, Jesús se sentará rodeado de sus Apóstoles, en *el trono de SU Majestad*; este capítulo, repetimos, lo cita M. Renan para demostrar que Jesús no admitía la doctrina de su divinidad. Del propio modo pudo haber citado el primer capítulo del *Génesis*, para negar la Creación, ó á Solís; para poner en duda la conquista de Méjico. — Veamos otro texto de los que cita M. Renan.

Habia curado Jesús en sábado al parálítico que llevaba 38 años de esperar su salud en el borde de la piscina *probética*. Los fariseos, lle-

nos de *escándalo*, porque Jesús hacía milagros para curar á los enfermos en sábado, querían darle la muerte, y Jesús les dijo: *Mi Padre* hasta ahora obra y yo tambien obro. Por esto los judios se empeñaban mas en llevarlo al Calvario, porque no solo *infringia* la ley del sábado, sino que además *llamaba Dios á su Padre y aun se hacia igual á Dios*. Y Jesús, en vez de negar esto, en vez de decir que su Padre no era Dios, ó que Él no era igual á Dios, confirma ambas cosas, asegurando á los fariseos que el Hijo no puede hacer si no lo ha visto que hace SU Padre; que todo lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo; que el Padre ama al Hijo y le demuestra todo lo que hace, y que le demostrará aun mayores cosas para que se admiren los judios; que como el Padre resucita á los muertos y vivifica, así tambien el Hijo vivifica á los que quiere; que el Padre no juzga á nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo; que todos los que honran al Padre, honrán al Hijo, y el que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió; que el que oye la palabra de Jesús y cree en el que lo envió, no entra en juicio, sino que pasa de la muerte á la vida; que, en fin, como el Padre posee la vida *en sí mismo*, así dió tambien al Hijo el tener la vida *en sí*, el no haber recibido el ser de nadie, el vivir, como Dios, desde la eternidad.»

— Todo esto es del capítulo v de San Juan, ci-

tado por M. Renan para demostrar que Jesus no admitia la doctrina que lo suponía Dios, porque en realidad lo era.

El lugar citado es, no obstante, una prueba evidentísima de la divinidad de Jesucristo, como salta á los ojos de todo el que se tome la pena de leer los cuarenta y siete versículos de que consta el nombrado capítulo.

M. Renan sería capaz de citar el almanaque para negar la existencia de las estaciones. Su audacia indigna y asombra. Desprecia el siglo en que vive, y se burla materialmente de sus lectores.

Examinemos otro texto, también citado por M. Renan.

«Era invierno, y Jesus se paseaba en el templo, en el pórtico de Salomon. Los fariseos se acercan á El, y le dicen: ¿Hasta cuándo mortificarás nuestra alma? Si tú eres Cristo, dílo claramente. Y Jesus les contestó: *Os hablo y no me creéis*. Las obras que hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí. YO DOY la vida eterna á los que oyen mi palabra y me siguen, y los que me siguen no perecerán eternamente. Yo y mi PADRE SOMOS UNA MISMA COSA. Los judíos al oír esto tomaron piedras para herir á Jesus. Y Jesus les dijo: Muchas obras buenas os he mostrado de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras buenas me apedreais? Y los judíos contestaron: No te castigamos por las buenas obras, sino por las blasfe-

mias; porque siendo hombre, *te hacés el mismo Dios.* Y Jesus les contestó: Si no hago las obras de mi Padre, no creed en mí; pero si las hago, si no creéis en mí, creed en mis obras, *porque mi Padre está en mí y yo en mi Padre.*» (San Juan, cap. xi.)

Después de copiar estos pasajes, solo necesitamos recordar que también se refiere al capítulo i de San Juan, del cual están tomados, M. Renan para combatir la divinidad de Jesucristo.

El día menos pensado tropezamos con alguna erudita disertación en la cual M. Renan con textos de la náutica probará que no existe agua en el mar. En este punto ya nada puede sorprendernos.

No necesitamos añadir más en este artículo. Nos basta con dejar sentado que M. Renan cita tres pasajes del Evangelio de San Juan, escritos para defender la divinidad de Jesucristo, para negar esta misma divinidad.

que el Evangelio lo apellida Hijo de Dios, M. Renan reduce quince pasajes del Evangelio en una fuerza para demostrar lo que inventa el impío escritor francés, sarta á los ojos de toda persona sensata que que su atención en lo que dicen los tales textos.

San Mateo y San Lucas á los hombres santos hijos de Salomón á hijos del universo, San Marcos y San Lucas á los santos Apóstoles, y San Juan á los santos discípulos. El mismo nombre patronímico significaba lo mismo que hijo del trueno; San Lucas y San Juan hablan de hombres que por haber aceptado y cumplido los del Señor, se denominaban hijos.

Solo con el fin de que nuestros lectores vean cuán fútiles son los argumentos que emplea M. Renan contra la Divinidad de Jesucristo, vamos á examinar hoy unas cuantas objeciones, mejor dicho, unos cuantos párrafos del capítulo xv, escritos con tanta malignidad como falta de razon y justicia.

M. Renan, empeñado en negar que Jesus es Dios, y hallando que en el Evangelio en cien y cien lugares distintos se le llama Hijo de Dios, para desentenderse, para eludir este terrible argumento, sin razon ninguna, porque así se le antoja, afirma que la frase Hijo de Dios no tiene significacion alguna, y que esta denominacion, en las lenguas semíticas, puede entenderse en muy lato sentido. (Pág. 244.)

Para demostrar que Jesus no es Dios, aun-

que el Evangelio lo apellida Hijo de Dios, M. Renan aduce quince pasages del Evangelio, cuya fuerza para demostrar lo que intenta el impío escritor francés, salta á los ojos de toda persona sensata que fije su atencion en lo que dicen los tales textos.

San Mateo, v. gr., llama á los hombres malos hijos de Satanás ó hijos del infierno; San Márco y San Lúcas hablan de algunos Apóstoles, cuyo nombre patronímico significaba lo mismo que hijo del trueno; San Lúcas y San Juan hablan de hombres que por haber aceptado y cumplido la ley del Señor, se denominan hijos de la luz; San Lúcas y San Mateo, aludiendo á los que siguen á Jesucristo, dicen, que son hijos del reino ó hijos de la resurreccion; San Mateo y San Lúcas, por último, llaman á los hombres pacíficos hijos de Dios, hijos de la paz ó hijos del Esposo.

Aquí, pues, de la lógica de M. Renan.

Puesto que en el Evangelio se afirma que son hijos de la luz los que admiten la verdad, ó hijos de las tinieblas los que se abrazan con la mentira, *lógicamente* se infiere, que segun el Evangelio, Jesucristo no era Dios, porque era Hijo de Dios, segun el mismo Evangelio.

No es dado inventar un raciocinio mas absurdo; sin embargo, así y solo así discurre el afamado escritor francés á quien impugnamos.

Pero examinemos todavía con algun deteni-

miento su irracional, su absurda argumentación.

En las lenguas semíticas, como en todas las demas lenguas del mundo, las palabras tienen dos significaciones muy distintas: la vulgar que se aplica generalmente, y la especialísima, que solo se emplea para designar cosas ó personas que la merecen por antonomasia.

La voz *hijo*, por ejemplo, en la acepción comun, denota toda persona individual ó moral que es enjendrada por otra. Salomon, v. gr., es *hijo* de David. Méjico se dice que es una nacion *hija* de España. La lengua española, en fin, se dice con razon sobrada que es *hija* del majestuoso idioma que hablaban los hombres del Lacio. Constantemente decimos que tal ó cual cosa es *hija*, efecto de la filosofía, de la revolucion, del catolicismo, de la civilización, etc., etc., etc. ¿Pero puede impedir nunca esta significacion comun de las palabras que exista la otra significacion especialísima de que ya hemos hablado? Jacob tuvo doce hijos y Jesus doce Apóstoles. San Pablo fue mas tarde agregado por disposición del cielo al colegio de Jesus. Es innegable que todos los miembros del Colegio de Jesus se llaman Apóstoles, como todos los hijos de Raquel ó Lia son y se llaman hijos de Jacob. Sin embargo, cuando hablamos del *hijo* de Jacob, todo el mundo recuerda el nombre de José, como cuando citamos al Apóstol, nadie duda que se trata

de Saulo, el valiente ciudadano de Tarsis, convertido en el camino de Damasco.

El vocablo hijo, es pues muy general; pero se determina, y por circunstancias especiales se puede contraer, y de hecho se contrae á un solo individuo.

Todos los hombres nos llamamos y somos hijos de Dios; pero de una manera especialísima, por una generacion eterna, por una filiación que se identifique con la Divinidad, que sea toda la ciencia y posea toda la infinita fuerza de Dios, solo Jesus es y puede llamarse el HIJO, el verdadero Hijo de Dios.

El mismo M. Renan, destruyendo lo dicho en la pág. 244 por una contradicción horrible, cosa en él tan frecuente, en la pág. 245 dice lo siguiente: «El título de HIJO de Dios ó simplemente de HIJO, equivalia en Jesucristo al título de HIJO del Hombre, y como este, era sinónimo de Mesías.»

Si, pues, en Jesus son idénticos todos estos títulos; si todos con tanta frecuencia se hallan repetidos en el Nuevo Testamento; si así lo confiesa el mismo M. Renan, ¿cómo tiene el cínico descaro que es indispensable para afirmar que el nombre de HIJO de Dios no tiene en Jesucristo una significación especialísima, verdadera y propiamente divina?

«El título de HIJO del hombre, continúa M. Renan en la pág. 245, significaba su cualidad de Juez; y el de Hijo de Dios era símbo-

lo de su participacion en los designios supremos de la Omnipotencia divina. Este poder no tiene limites; su Padre le ha dado todo el poder. El tiene derecho aun para cambiar la festividad del sábado; nadie conoce al Padre sino por El; el Padre le ha transmitido exclusivamente el derecho de juzgar; la naturaleza entera le obedece; El es su Padre, y su Padre es El; en fin, todo el que vé á Jesus, vé al Padre, que es una misma cosa con Jesus.»

Ahora bien: si todo esto es exactísimo; si todo esto lo dice el Evangelio, ¿cómo hay valor para asegurar que la frase Hijo de Dios, segun el Evangelio, no espresa la divinidad de Jesucristo?

Otro argumento presenta M. Renan contra la divinidad de Jesus, que debemos examinar en este artículo.

«Esevidente,—dice,—que el título de *Rabbi*, Maestro, con el cual antes se habia contenido, no le era suficiente. El título mismo de Profeta ó enviado de Dios, no llenaba todo su pensamiento. La posicion que El se atribuía era la de un ser sobrehumano, y deseaba que se le considerase como un ser que mantuviese con Dios relaciones mas elevadas que todos los demas hombres.» (Pág. 246.)

—Si pues, segun M. Renan, Jesus no se contentaba con el título de Maestro ni aun de Profeta; si queria ser considerado como un Ser sobrenatural que sostenia con Dios relaciones

mas elevadas que todos los demás hombres, ¿cómo se le quiere confundir con todos los miembros de la especie humana? ¿Cómo apoyándose en el Evangelio, se intenta afirmar que no era Dios, que era un mero hombre, que nada hay en El que lo distinga de los demás hombres? Si Jesus, según M. Renan, no se contentaba ni aun con el nombre de Profeta, ¿cómo se supone que rechazaba el título de Hijo de Dios?

Tan absurda es la lógica de M. Renan, que hasta repugna el tener que refutarla.

En las palabras de este escritor francés que acabamos de copiar, encontramos que *es evidente que Jesus se contentó en un principio con el título de Rabbi.* (Pág. 246.)

Refiriéndose M. Renan á esto mismo en la pág. 78, decía lo siguiente: «Elevándose Jesus atrevidamente sobre las preocupaciones de los judios, establecerá la paternidad universal de Dios. El Galaonita sostenía que debía morir antes de dar el nombre de Maestro á nadie que no fuese Dios; pero Jesus abandonó este nombre á quien quiera tomarlo, y reserva para Dios otro título mas dulce.»

Tenemos, pues, que según los dos párrafos copiados, Jesus en un principio se contentó con el título de Maestro, y que en el mismo principio, en los primeros años de su predicación, abandonó este título á quien quisiera tomarlo, reservando á Dios otro título mas dulce; pero las contradicciones no son nunca obs-

faculos bastante poderosos para detener en su camino á M. Renan. Despues de conocer lo que ha dicho en las páginas 246 y 78, debemos copiar aquí lo que tratando del mismo asunto afirma en la pág. 157.

«Todos los discípulos de Jesus, dice, debian llamarse hermanos. Jesus proscribia absolutamente los títulos de superioridad como MAESTRO y PADRE, siendo Él solo Padre y Maestro.»

La contradiccion es palpable.

En la página 78 Jesus abandona el título de Maestro á quien quiera apoderarse de él, y en la pág. 157 Jesus, segun M. Renan, se apropia el título de Maestro y lo niega á todo el mundo.

Esto es evidente que no puede probar nada contra la divinidad de Jesucristo; sin embargo, no es posible dudar que prueba mucho, muchísimo contra la ligereza de espíritu de los hombres superficiales que tanto admiran á M. Renan.

Veamos otro argumento. No nos fatigaremos mucho en su refutacion, porque aun es mas despreciable que todas las anteriores.

M. Renan, en efecto, intenta demostrar en la pág. 248, que Jesus no era Dios, porque Simon Mago fue apellidado en la supersticiosa Roma *la gran virtud de Dios*.

Este hecho, aunque insignificante en la apariencia, en su fondo tiene una significacion pro-

funda. En tiempos de Jesucristo todo el mundo creía que había llegado la plenitud de los tiempos, que iban á cumplirse los vaticinios de los Profetas, que iba, en fin, á ser santificado el mundo con la venida del Mesías, deseado por las naciones. Así lo creen los Magos del Oriente; ven la señal en el cielo, y sin pérdida de tiempo, para adorar al que ha nacido Rey de los judíos, corren, vuelan hácia la ciudad de David. Así lo creen los fariseos del tiempo de Herodes, y ni aun sorpresa muestran cuando ven acercarse á los Magos del Oriente, preguntando por el lugar en que ha nacido el Mesías. Así lo creen los discípulos de Juan, cuando después de ver que los cojos andan, que los ciegos recobran su vista y los muertos vuelven á la vida, confiesan que cumplido el vaticinio de Isaías, ha venido el mismo Dios que debía salvar el mundo. Así lo cree la Samaritana, cuando en el borde del pozo de Jacob confiesa que el Mesías ha venido. Así lo creen Ana y Simon, que esperaban no descender al sepulcro sin haber visto con sus propios ojos la redención de Israel. Así lo creía Josefo cuando arrastrado por su execrable espíritu de adulacion, quiso atribuir la divinidad á Vespasiano, asegurándole él que en se habían cumplido las profecías, y que debía por lo tanto ser venerado como el Salvador del mundo. Así lo creyeron Tácito, Suetonio y el mismo Plutarco, cuando haciéndose eco de las tradiciones del Oriente, afirmaron

que en los dias de Jesus todo el pueblo de Israel esperaba un gran libertador. Esta era la creencia general. ¿No merecia ser examinado con algun detenimiento el origen de esta creencia? ¿No hubiera debido M. Renan detenerse en investigar si en efecto se habian cumplido en tiempo de Jesucristo las setenta semanas, los cuatrocientos noventa años de que hablaba Daniel en sus célebres Profecias?

Simon Mago quiso llamarse Dios. Los romanos hasta le erigieron una estatua en una isla del Tiber, con una inscripcion en la cual le llamaban Dios Santo.

Pero esta sacrilega impostura de Simon, la facilidad misma con que fue admitida su absurda divinidad, son una prueba evidente de que en aquel tiempo era esperada en todo el mundo la venida de Jesus. Todos estos hechos, por último, en vez de negar, confirman hasta la evidencia que en Jesus se cumplieron todas las profecias; que era, por consiguiente, el Salvador enviado por Dios á los pueblos.

que en los días de los reyes todo el pueblo de España esperaba un gran libertador. Esta era la época de la gran revolución. No me voy a examinar con alguna determinación el origen de esta revolución. ¿No hubiera habido M. Renan delocarse en investigar si en efecto se habían cumplido en tiempos de los reyes las reformas que se anunciaban en las constituciones de los reyes de que hablaba Daniel en sus célebres *Protestas*?

XXVIII.

Simon Mayo dice que los reyes de España no hasta la revolución una edición en una lista del *Tratado* con una inscripción en la cual se llamaban *Protestas*.

M. Renan consagra el capítulo xvi á la importantísima cuestión de los milagros. Lo que dice, sin embargo, en este capítulo, no es una disertación metódica, ni siquiera una impugnación racional; es simplemente una colección desordenada de frases esparcidas al acaso, con el solo fin de negar lo que es cierto, para que parezca falso á fuerza de gratuitas y absurdas negaciones. M. Renan no trata los milagros como un filósofo que no cree en ellos y se propone contradecir su posibilidad ó negar con razones su existencia, sino como un novelista que necesita estampar unas cuantas frases, y las estampa. Aunque esto parezca inverosímil, es, no obstante, la mas completa verdad. Cuando hayamos examinado el capítulo xvi, nues-

tros lectores todos quedarán profundamente convencidos de lo que acabamos de decir.

Conviene que empecemos esta tarea, fijándonos en una importante contradicción de M. Renan. En la página 236, comienza diciendo, afirmando con absoluta seguridad, *que Jesús, cuando volvió á Galilea, habia perdido completamente su fé religiosa.*

Como fácilmente se concibe, siendo ya, como lo es, tan conocido por su inconstancia M. Renan, esto, el haber dicho esto, no le impide asegurar en la página 255 «que Jesús, despues de mucho tiempo, *estaba convencido* de que los Profetas no habian escrito sino teniéndolo á EL delante de los ojos. Jesús se encontraba anunciado en las profecías.»

Tenemos, pues, que, segun M. Renan, en la página 236, Jesús habia perdido *completamente* su fé *hebrea*, religiosa; y tambien tenemos, que segun el propio Renan, en la página 255, Jesús conserva toda su fé *hebrea*, cree que los Profetas han hablado de Él, y se encuentra anunciado en todas las profecías.

Estas contradicciones, tan frecuentes en M. Renan, demuestran hasta la evidencia que la *crítica* y el *crítico* frances á quien impugnamos, son dos cosas que están completamente reñidas.

Pero aun hay mas.

En la página 225, afirma M. Renan, con tono de seguridad completísima, «que el rigo-

rismo exterior, que espera la salud de las prácticas de los devotos, de los milagros (*qui se fie pour la salut á des simagrées*), tenía á Jesús por mortal enemigo.»

Esto significa que, según M. Renan, Jesús no creía que Dios puede sanar con milagros á los enfermos.

A pesar de esta afirmación, M. Renan, olvidado de ella, en la página 260, dice y repite «que Jesús como sus compatriotas, no tenía idea (*ni aun idea*) de la medicina racional; que Él creía como todo el mundo que las curaciones debían operarse por prácticas religiosas, y que esta creencia fue en Jesús perfectamente lógica.»

¡Jesús en la página 225 no cree que los enfermos pueden ser curados por medio de milagros!

¡Jesús en la página 260 cree que los enfermos pueden ser curados por medio de milagros!

¡Jesús al volver á Galilea, había perdido completamente su fé hebrea!

¡Jesús en el propio tiempo creía en los Profetas, se veía anunciado en las profecías, creía lo mismo que todos sus contemporáneos en los Misterios del orden sobrenatural!...

Estas contradicciones son de M. Renan, de ese crítico y filósofo francés, cuya crítica y filosofía tanto ponderan los que ni aun se han tomado el trabajo de leer sus obras.

M. Renan no se para en barras. Se burla con escandaloso cinismo de sus lectores. Lo que él niega quiere que se tenga por negado, sin dar razon ninguna de su negacion. Parecia natural que antes de suponer falsa la existencia de los milagros, probara, intentase al menos probar con datos indudables, con testimonios que por nadie pudieran ser rechazados, que los milagros no existen, ó porque *no son posibles*, ó porque *jamás se han hecho*. Estas eran las dos proposiciones que ante todo debió demostrar el tan ponderado *crítico* y *filósofo* frances. No lo hace, no lo intenta tampoco. Verdad es que no le seria posible. La historia y la razon lo confundirian en tal caso.

O Dios no existe, ó los milagros son posibles.

¿Existe Dios? Si Dios no existe, ¿qué es el mundo? ¿Qué es el hombre? ¿De dónde brotó el primer hombre? ¿Dios, pues, existe! Sí, hay un Ser eterno, *necesario* en su existencia, infinito en su poder, absoluto en su bondad é ilimitado en su ciencia, como en todas las perfecciones posibles. Ahora bien: Si Dios posee toda la *fuerza*, si es *infinito* en su poder, ¿quién podrá limitar su voluntad? ¿Qué es el milagro? Es un hecho *superior* á las fuerzas del hombre; pero no contrario á las leyes eternas de Dios. La naturaleza entera no puede dar la vida á un cadáver; pero Dios, que inspiró la vida con un sople de fuerza infinita

al primer hombre, al cadáver del primer hombre, puede con un acto libérrimo de su voluntad repetir el mismo prodigio, siempre que lo juzgue conveniente á sus altos é inescrutables designios.

Lo repetimos. ¿Dios existe? ¿Quién le pondrá límites á su poder? ¿La muerte? ¿La enfermedad? ¿No podría hacer Dios que las enfermedades desaparecieran ante su presencia? En tal caso las enfermedades y la muerte serían mas poderosas que Dios. Esto es un absurdo horrible, en el cual no es posible pensar siquiera.

¿Es, pues, evidente que los milagros son posibles? ¿Pero podrá negarse su existencia? ¿Podrá decirse que jamás se han realizado en el mundo? El mundo, la humanidad entera ha creído siempre en la existencia de los milagros. Es, pues, evidente, que ó la humanidad entera se ha engañado, es una crédula insensata, ó los milagros han existido.

Lo primero es imposible; todo el género humano no se engaña jamás. Luego es ciertísima la existencia de los milagros.

El milagro no es idea del mundo; no es hecho que puede inventar el hombre. Por fuerza necesita, debe tener, tiene de hecho un origen exclusivamente divino.

La fé en los milagros, la seguridad completa de que existe es tan antigua como antiguo es el primer hombre. El hombre primero, Adán,

por un milagro, salió con cuerpo y alma, con vida, hombre perfecto, de las manos del Creador. Por un milagro, con indefinible sorpresa halló Adán á Eva, una compañera semejante á él, en su derredor. Adán habla con Dios, está en directa comunicacion con el cielo; por propia esperiencia conoce lo que es el hombre cuando está lleno de los dones de Dios, y lo que es cuando, perdiendo estos dones, se queda solo, entregado á las fuerzas de su propia naturaleza, aunque jamás enteramente abandonado de la divina gracia.

Adán contemplaba todo lo que veía cerca de sí como un milagro continuado. No existía la naturaleza. Dios quiso que existiera, y *existió*. Las tinieblas rodeaban con sus densos vapores el caos. Dios quiso luz y orden, y la luz y el orden brotaron de la omnipotente voluntad de Dios. El universo existe, merced á la voluntad, al poder, á los milagros de Dios. Pero no existía aun ser ninguno con inteligencia y razon que pudiera comprender y admirar y bendecir la Omnipotencia y la bondad divinas. Quiso Dios que existiera el hombre, y el hombre existió.

Hé aquí el origen de los milagros. Adán los vió, los esperimentó, fue testigo de ellos, y trasmitió á todos sus descendientes la fé en los milagros que él poseía.

La fé en el orden sobrenatural, si no se hubiera esperimentado, si no se hubiera revelado.

por Dios mismo, jamás hubiera podido inventarse.

Los hijos de Adán tienen la fé de su padre, y á la fé de su padre añaden la esperiencia propia.

Un milagro arroja del Paraiso á nuestros primeros padres, y otro milagro, otro castigo, los despoja de los dones sobrenaturales que poseían.

Un milagro fomenta los ganados de Abel, y otro milagro, un castigo del cielo, maldice y esteriliza los campos de Cain.

Un milagro revela á Cain el escarmiento que aun en el mundo debe recibir por su horroroso fratricidio.

Los hijos de Dios se mezclan y se confunden en sus costumbres con las hijas de los hombres.

Toda carne ha corrompido sus caminos, y Dios decreta el esterminio de los prevaricadores.

Las cataratas del cielo se rompen, llueve sin cesar por el largo espacio de cuarenta dias y cuarenta noches, y los mas altos montes de la tierra quedan escondidos quince codos mas bajo que la superficie de las aguas.

Noé y su familia se salvan del comun naufragio, merced á un milagro especialísimo del cielo, el encargo que Dios mismo le hizo de fabricar un Arca que flotase sobre las aguas.

Pentápolis es prevaricadora. Sus habitantes

se entregan á un linage de crímenes, cuyo repugnante olor sube hasta el cielo clamando venganza. Sus cinco ciudades, Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor, con azufre encendido que llueve del cielo, en justo castigo de sus iniquidades, son convertidas en montañas de ceniza. Lot se salva con sus hijas por un milagro especial de Dios.

Esta es la historia primitiva. El hombre vé á Dios y las obras de Dios en todas partes. Por esto cree; no inventa, no puede inventar la existencia de los milagros.

Dios habla al hombre, y el hombre, porque la recibe, cree en la revelacion de Dios.

Dios protege al hombre, y el hombre, porque experimenta esta proteccion, cree en la divina Providencia, y la bendice, y manda á su posteridad que tambien como él crea en ella, y lleno de amor y gratitud, la colme de bendiciones.

¿Qué interés podía tener nadie en los siglos primitivos en negar los milagros, si existian, ó en afirmarlos, en inventarlos, si no existian? En aquellos tiempos no eran ni aun conocidas las disputas entre los que creen y los que rechazan el órden sobrenatural.

Los hombres primitivos no eran ni podian ser incrédulos. Eran eminentemente religiosos. Podian errar, podian equivocarse, y lastimosamente se equivocaban en el objeto de su culto y en la manera de tributarlo; pero es lo cierto,

que todos los antiguos pueblos, como todos los pueblos modernos, sin distinción ninguna, todos, absolutamente todos, creyeron y creen en la existencia del orden sobrenatural; de Dios, que ve y cuida del mundo; de la bondad infinita de Dios, que nunca abandona al hombre.

¿Quién, pues, ha inventado los milagros? ¿La Iglesia católica? ¿Cómo entonces han creído en los milagros los pueblos antiguos, todos los pueblos antiguos, sin escluir los griegos y los romanos, desde Adán hasta Jesucristo, por el largo espacio de cuatro mil años? ¿Cómo han creído y continúan creyendo en los milagros los descendientes de los antiguos hebreos, que vagan errantes por todo el mundo, sin altar, sin templo, sin sacrificios, sin pueblo, sin Rey, en cumplimiento de un gran milagro; los judíos, repetimos, que jamás han consentido en aceptar la doctrina de la Iglesia católica? Si los católicos han inventado los milagros para seducir, como *alguien dice*, á las gentes cándidas, ¿cómo es que creen, sin duda de ningún género, en la Providencia especial, en los milagros, todos los pueblos de la tierra, sin exceptuar los que aun no han recibido la luz del Evangelio?

La fé en los milagros va inseparablemente unida á la idea de Dios. Mientras los hombres creen en Dios, creen en los milagros.

Por esto lo primero que necesita hacer

M. Renan para dar consistencia á su doctrina, es demostrar:

1.º Que todo el género humano se ha equivocado al decir que ha visto lo que no ve.

2.º Que Dios no existe, y que por tanto los milagros no son posibles.

Ahora bien: ¿pueden demostrarse estas dos cosas? Hasta ridiculo seria detenerse en contestar. El nombre de Dios está escrito en todas partes. El cielo y la tierra cantan las glorias de Dios. Dios existe. No es posible ni aun suponer en nuestro espíritu su no existencia.

Digámoslo, sin temor de ningun género. Los milagros son posibles, porque Dios es omnipotente.

Los milagros son ciertos, han existido, existirán siempre, porque Dios los hace con su infinita bondad, y el mundo entero confiesa que se han hecho, porque los ha visto, los ha admirado, y por ellos ha entonado himnos de fé y de gratitud al cielo.

La humanidad entera no se contradice jamás. Cuando M. Renan afirma que los filósofos griegos y romanos no creían en los milagros, no debe ni aun ser refutado. Nadie ignora cuántos templos y cuántos oráculos habia en Grecia, y cuántos templos, cuántos dioses y cuántos adivinos existían en la antigua Roma. El mismo Ciceron, para demostrar que existe la Divina Providencia, escribió sus libros *De natura Deorum*. El propio César creía en los

augurios. Roma y Grecia fueron quizá las naciones mas supersticiosas del mundo.

Erraban en su culto y en el objeto de su adoracion; pero admitian la Providencia y los milagros.

M. Renan en esta cuestion como en todas las que examina, no puede pronunciar una sola palabra sin ponerse en abierta contradiccion con la verdad.

la crítica de M. Renan es la destrucción de
todas las leyes de la crítica.
M. Renan, en efecto, quiere poner leyes ó
condiciones á los milagros, que están fuera de
toda ley y de toda condición.

El punto en las condiciones que según
M. Renan, no se encuentran en los milagros
para que puedan ser admitidos, está como
siempre, en el hecho y en el ser.

XXIX.

Que se escriba un capítulo
que se nombra una comisión de señores
DESAPRECIADOS por su puesto, para que
examinen el capítulo y prescriban y den testi-
ficio del milagro.
Que la prueba se repita en los siglos.

Nos es indispensable terminar en este ar-
tículo la cuestión de los milagros. Así nos lo
exige la brevedad que nos hemos impuesto; y
por otra parte no nos obliga á infringir nues-
tros propósitos la índole de los argumentos que
contra los milagros emplea en su impia novela
M. Renan.

Al parecer, este crítico, tan crédulo, tan
estúpidamente crédulo en todo lo que juzga
opuesto al catolicismo, en lo verdadero, en
lo santo, en todo lo divino, en todo lo que
contribuye á demostrar la divinidad de Jesu-
cristo, se muestra tan suspicaz, tan preve-
nido, tan severo, tan ridículamente exigente,
que casi al contemplar sus exageradísimas exi-
gencias, nos vemos tentados á sospechar que

la crítica de M. Renan es la perturbacion de todas las leyes de la crítica.

M. Renan, en efecto, quiere poner leyes ó condiciones á los milagros, que están reñidas hasta con el sentido comun.

Fijémosnos en las condiciones que, segun M. Renan, necesitan cumplirse en los milagros para que puedan ser admitidos *casi como ciertos*.

1.^a Que se *escoja* un cadáver.

2.^a Que se nombre una comision de *sabios DESPREOCUPADOS*, por supuesto, para que examinen el cadáver y presencien y den testimonio del milagro.

3.^a Que la prueba se repita en diferentes casos y con distintos cadáveres.

4.^a Cuando se haya realizado todo esto, entonces, dice M. Renan, habrá cierta *casi* completa de la existencia de los milagros.

Estos requisitos deben ser examinados todos uno por uno, aunque con muchísima brevedad.

1.^o Que se *escoja* un cadáver.—Esto es más que absurdo. Los milagros no consisten solo en dar vida á los muertos; consisten en hallar un hombre paralítico, quebrantado por una enfermedad de *treinta y ocho años*, enfermo desde seis años antes que naciera Jesus, verlo y decirle: ya estás bueno, toma tu lecho, y anda.

Los milagros consisten en hallar un ciego de nacimiento, conocido como tal en todo el pue-

blo, y sin aparato, sin esfuerzos de ningun género, darle la vista que jamás habia tenido.

Una madre ha perdido á su hijo. Estaba enfermo, murió, lloró su muerte, y le dejaba marchar al sepulero. Sabido es cuán grande y hasta cuán ridículo es el esmero que ponen los hebreos cuando se trata de preparar un cadáver para enviarlo al cementerio. Son tantas las observaciones, envolturas y purificaciones á que los sujetan, que de seguro, á no haber muerto en realidad el enfermo, lo asesinarían. Entre los judios es absolutamente imposible un caso de sepelio prematuro.

Pues bien: este cadáver iba á ser enterrado, y Jesus lo encuentra en el camino; le manda que resucite, y resucita, y bueno y sano y robusto, se presenta á su desconsolada madre.

Cinco mil personas suben con Jesus á un monte. Pasan muchas horas, no han comido, y se encuentran fatigados por el hambre. Los discipulos de Jesus solo tenian cinco panes y dos peces. Jesus les dió su bendicion; los panes y peces se multiplican, todos comen, y ademas queda un esceso superior á la cantidad de alimento con que antes se contaba.

Basten estos milagros. Hagamos algunas reflexiones críticas sobre cada uno de ellos.

Jesus está en lo alto de un monte, y cinco mil personas con él. ¿Cómo dió alimento á tanta gente? ¿De dónde sacó el pan y los peces que le eran indispensables? La cantidad nece-

saría era grandísima; el milagro se obró con luz del día; en lo alto del monte nada podía hacerse sin que fuera visto por todos; á él no podían subir carros ni ningún otro medio de gran fuerza para conducir los víveres que en tanta cantidad eran necesarios. ¿Cómo, volvemos á preguntar, se obró este gran prodigio?

Al contarlo los Evangelistas no podían mentir, porque hablaban á una generacion que lo habia presenciado, porque citaban un hecho del cual podían dar testimonio nada menos que cinco mil testigos.

Los fariseos con grande afan buscaban por todas partes festigos falsos que acusasen al Salvador. ¿Por qué, pues, no se acordaron de las cinco mil personas alimentadas por Jesus milagrosamente en la montaña? Si el prodigio era falso, ¿por qué no se buscaron, mejor dicho, por qué no pudieron hallarse algunos festigos que así lo declarasen? El hecho, la falta es tanto mas notable en los hebreos, cuanto que en aquella ocasion quisieron las turbas nombrar Rey á Jesus, y por lo tanto, hasta pudiera considerarse el milagro y la predicacion del monte como una tentativa de sedicion.

Hay mas. Los cinco mil judios que seguían á Jesus, sabian que tenian hambre, que carecían de alimento, y que Jesus, sin medios materiales, á todos les dió de comer.

¿Necesitarían una comision de *sabios des- preocupados* para convencerse de que tenian

hambre y de que comieron? En este caso no hay vulgo. Tan *críticos*, tan respetables son aquí los testimonios de las turbas, como el de los mas rigidos partidarios de la critica.

Este milagro necesariamente fue divulgado en toda Judea, y todos los judios por fuerza se enterarian de él. Entre los hebreos contaba Jesus con muchos y muy rencorosos adversarios. ¿Cómo, pues, estos adversarios no intentaron siquiera descubrir el dolo, es decir, de dónde se habia llevado, y cómo, y por qué conducto, comida para tanta gente?

En este milagro hay, pues, certeza del hambre, certeza de la comida, certeza de que faltaban alimentos, y que Jesus los dió milagrosamente; certeza, por último, de que el hecho no puede ser falso, porque de él fueron testigos cinco mil personas, porque se contó cuando aun vivian todas estas personas, porque, en fin, nada hicieron para negarlo, ni aun para desvirtuarlo, los fariseos, tan empeñados en perder hasta con falsas acusaciones á Jesucristo.

La viuda de Nain *sabe* que su hijo ha muerto y que ha resucitado. ¿Necesitaba para *saber* estas dos cosas que se lo hubiesen dicho seis críticos escogidos al intento por M. Renan?

El ciego de nacimiento no tenia vista, y la adquirió. Él sabia que antes no veía, y después, merced al milagro obrado por Jesus, podía ver. Su padre sabia que era ciego. Los

fariseos, todos los judios lo sabian tambien. ¿Era aquí posible el engaño, el artificio, ni siquiera la mas leve duda? ¿Era necesario el testimonio, el *visto-bueno* de seis *críticos* parisienses para que el ciego supiera que era ciego, para que sus padres, sus vecinos, todos los hebreos lo supieran de igual modo? El ciego no tenia vista, y la adquirió. Esto lo sabia todo el mundo.

Respecto al paralítico, nada tenemos que decir. Por el largo espacio de treinta y ocho años, desde antes que naciera Jesus, era conocido como enfermo crónico, incurable, por toda la Judea. ¿Cabe aquí el artificio?

Ahora bien: si tan ciertos son los hechos, ¿para qué se necesitan esas comisiones científicas de que nos habla M. Renan? Hay cosas en las cuales la autoridad del vulgo vale tanto como la de las mas doctas Academias. Para conocer que un hombre está ciego de nacimiento, el testimonio de su madre, aunque sea mujer muy vulgar, que así lo declara al fijar en él sus ojos por primera vez, vale tanto como todas las declaraciones de todas las Academias y corporaciones médicas de Europa y aun del mundo entero.

Para conocer que un hombre ha muerto, que solo es un cadáver, solo en casos muy contados, se necesita estudio, y en estos casos, dígame lo que se quiera, el testimonio de los mas hábiles profesores, con escasa diferencia,

vale tanto como el de las personas que rodean el pretendido cadáver.

Una cosa, sin embargo, nos falta decir, y es, que cuando se presentan estos casos, siempre, aunque la muerte sea aparente, la *enfermedad es real*; aunque el hombre no muera, aunque no esté muerto, ó espira al instante, ó si sana, lo cual es rarísimo, necesita mucho tiempo y gran cuidado para su convalecencia.

¿Cómo es, por tanto, que los muertos, resucitados por Jesus, al momento se presentan llenos de vida y robustez, sin trabajo, sin esperar el efecto de las medicinas, sin sujetarse á los tormentos de una penosísima convalecencia? Si la muerte no era real, ¿cómo se pudo curar tan pronto la enfermedad que era tan positiva?

Tanta virtud se necesita para dar instantáneamente la salud á un enfermo, como para devolver la vida á un cadáver.

2.º La segunda condicion, es que se nombre una comision científica, compuesta, por supuesto, de hombres, de *filósofos despreocupados*.

Ya hemos dicho, que esta comision no es necesaria. Ahora solo necesitamos advertir que era, que seria de todo punto supérflua.

Supongamos que estos *sabios* eran seis. Presenciaban el milagro y creian en él. ¿Qué sucederia? Todos los *sabios* de su clase dirian que aquellos *seis* sabios eran unos fánáticos, que

se habian dejado seducir, y que era indispensable que otros *seis* sabios *mas hábiles* repitiesen la prueba. Se les concederia la gracia, y quedarian convencidos; pero al instante se suscitarian nuevas protestas contra la segunda comision, y se pediria el testimonio de otra tercera. Luego las comisiones de Francia no serian creidas en Inglaterra, ni las de España en Italia, ni las de Viena en San Petersburgo, ni en fin, las de un punto en ningun otro punto del globo.

De modo, que para satisfacer esta condicion impuesta por M. Renan, era indispensable que Dios enviase al mundo por lo menos un millon de taumaturgos, encargados en asistir á todos los experimentos que quisiesen hacer en todas partes y todos los dias los *críticos* desprecupados. Hasta temeríamos, si esto aconteciera, que faltasen cadáveres para los experimentos.

Convengamos en que la condicion que examinamos es supérflua, perniciosa y hasta ridícula.

3.º La tercera condicion es la segunda, con aumento considerable de ridiculez y absurdidad. Como solo se reduce á repetir los experimentos, la resurreccion de cadáveres solo serviria para aumentar el trabajo, malgastar el tiempo y fomentar la confusion. Con el sistema de M. Renan los *sabios* tendrian ocupacion eterna. Las ciencias quedarian completamente

abandonadas, porque de seguro, para asistir á comisiones de resurreccion, habia de faltar tiempo á los mas *desocupados filósofos*.

4.º La cuarta y última condicion es hasta chistosa. Cuando todo esto se hubiera logrado; cuando se hubiesen *escogido* los cadáveres; cuando sabios *despreocupados* diesen testimonio de la resurreccion; cuando el milagro se repitiese con otros cadáveres y en otras circunstancias, siempre que se quisiera, entonces... ¡ah! todavía entonces no habria completa certidumbre de la existencia de los milagos. En tal caso apelaria M. Renan á negar el testimonio de los sentidos ó rechazar la existencia de los cuerpos, y aunque viera andar al hombre, antes cadáver, aseguraria, ó que le engañaban sus sentidos, ó que el hombre era una absurda quimera.

Para esto, desde luego debió decir M. Renan que estaba dispuesto á negar los milagos aunque todo el cielo y toda la tierra le diesen testimonio de su existencia.

Ya hemos visto cuáles son las condiciones que M. Renan quiere imponer á Dios para creer en los milagos, es decir, para tener certeza *casi* completa de la existencia de los milagos.

M. Renan ignora, ó quiere aparentar que ignora, cómo obra Dios en el mundo. Dios hace lo que quiere, cuando quiere y como quiere. Si Herodes, por mera curiosidad, le pide un

milagro, no lo hace; si una mujer; una pobre viuda, con lágrimas en los ojos y angustia en el corazón le pide la salvación de su hijo, Jesús hace uno y cien y cien mil prodigios.

Otra observación haremos para concluir. Jesús hacía sus milagros ante un público que le era hostil. La evidencia de sus prodigios, la repetición de sus portentosas maravillas, fueron aumentando mas y mas cada día los discípulos de Jesús.

¿Cómo es posible suponer siquiera la existencia de un miserable artificio, cuando Jesús era solo y pobre, cuando había tenido que luchar desde el principio contra todo el poder, entonces tan grande, de los saduceos, amigos de la corrupción; de los fariseos, depravados por la envidia, la avaricia y la hipocresía; de Herodes, que temía perder su corona; de los romanos, en fin, que estimulados por el error, al cual adoraban, por fuerza habían de combatir á la verdad, ante la cual, sin perecer, como nación pagana, no podían postrarse?

Todo el mundo era enemigo de Jesús cuando comenzó su predicación y asombró á los judíos con sus milagros.

Solo la verdad, la realidad de los milagros, pudo vencer la resistencia que en todas partes hallaban.

Luego son ciertos los milagros.

Luego no pueden en manera alguna ser puestos en duda.

Luego no hay razon para negarlos.

Dios puede, Dios quiere hacer milagros.

El mundo entero confiesa que los milagros se han hecho.

Luego su existencia es indudable.

En el capítulo xvii M. Henan se propone explicar, según dice en el epígrafe, la forma de fábula de los ideas de Jesús acerca del reino de Dios. Para lograr su intento, comienza por decir que Jesús dio al reino de Dios tres sentidos muy diversos. «Unas veces, dice en la página 271, parece ser un castillo (dominio) que solo habita el reino de los pobres y los desheredados. En otras ocasiones, el reino de Dios es descrito por Jesús como el campamento (tierra) de las profetas. Con frecuencia, por último, en los labios de Jesús, el reino de Dios significa lo mismo que la redención de las almas. M. Henan no quiere comprender por el reino de Dios es la verdad en el orden sobrenatural, y la justicia y la misericordia en el orden mo-

XXX.

En el capítulo xvii M. Renan se propone explicar, según dice en el epigrafe, la *forma definitiva de las ideas de Jesús acerca del reino de Dios*. Para lograr su intento, comienza por decir que Jesús dió al reino de Dios tres sentidos muy diversos. «Unas veces, dice en la página 271, parecía ser un caudillo democrático que solo buscaba el reino de los pobres y los desheredados. En otras ocasiones, el reino de Dios es descrito por Jesús como el cumplimiento literal de las profecías. Con frecuencia, por último, en los labios de Jesús, el reino de Dios significa lo mismo que la redención de las almas.»

M. Renan no quiere comprender que el reino de Dios es la verdad en el orden sobrenatural, y la justicia y la misericordia en el orden mo-

ral. El reino de Dios era el cumplimiento de las profecías; era justicia para los malvados y misericordia para los penitentes; era reprehension y eterna amenaza para los ricos que no practican la caridad, y consuelo y eterna esperanza para los pobres que en el mundo sufren con resignacion su desgracia; era, en fin, redencion de las almas, porque las libraba de la esclavitud, de la ignorancia y del pecado, rompía las cadenas del infierno que las ligaban á la tierra, y les daba alas de ángel para que, empujadas por el auxilio divino, pudieran volar al cielo. El reino de Dios no es una verdad parcial, ni un acto de justicia aislado; es el conjunto de todas las verdades sobrenaturales, de toda la justicia, toda la misericordia y toda la esperanza. M. Renan no ve esto: es porque no quiere fijarse en una verdad que con claridad absoluta resplandece en todas las páginas del Nuevo Testamento.

Condenar todos los errores contra la fé; rechazar todas las máximas contrarias á la sana moral; gravar los eternos principios de la virtud en todos los corazones; alentar, en fin, á los justos con la esperanza de ser elevados en hombros de ángeles hasta lo mas alto del cielo, é intimidar á los malvados, amenazándoles con abrir bajo sus plantas abismos de horror y tormento, en los cuales serán para siempre sepultados si no se enmiendan: hé aquí lo que es el reino de Dios; hé aquí lo único que predicó

Jesucristo en la tierra; hé aquí, en fin, el es-
 tracto fiel de toda la doctrina del Nuevo Tes-
 tamento; Los fariseos, que ciegos por la soberbia y
 devorados por la envidia, por no perder su ri-
 queza material, desprecian é intentan destruir
 los eternos tesoros del cielo; los saduceos, que
 embebidos en los groseros deleites de la maté-
 ria, no pensaban siquiera en los santos place-
 res, en las delicias inefables, ni aun en la
 existencia del espíritu; los Monarcas, que,
 como el impío Herodes, degollaban á los ino-
 centes y perseguian al justo por consejo de
 una ambicion satánica; los magistrados que,
 como Pilatos, por no perder su crédito ante un
 César impío, prostituyen la justicia firmando
 una sentencia inicua contra el inocente; las
 turbas que, corrompidas por el oro, seducidas
 por los halagos, ó atraídas por el miedo, con
 falsas acusaciones é infernal gritaría, siguien-
 do el consejo de los fuertes, pedian la muerte
 de Jesús, porque les parecia débil; los hom-
 bres, en fin, que rechazan la revelacion de
 Dios, que infringen los preceptos del Decálo-
 go, que oprimen al huérfano y la viuda, que
 no socorren al desvalido, que con sus usuras,
 sus rapiñas y homicidios perturban la socie-
 dad, todos estos, lo repetimos, fueron por
 Jesús lanzados de su reino y arrojados á las
 tinieblas exteriores. Nada manchado entra en
 el reino de los cielos; por esto los criminales,

todos los malos, cualesquiera que sean su nombre ó condición, sin distinción ninguna, mientras heban como agua la iniquidad, tendrán siempre cerradas las puertas del cielo. Para ellos sólo ofrece Dios un lugar de tormentos sin fin.

En el gran día resplandecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre. Esta vision será ardiente y rodeada de luz como la del Sinai. Con su impetu romperá las nubes, y como una ráfaga de fuego, desde uno á otro confin, encenderá el firmamento. El Mesias aparecerá en las nubes vestido de gloria y majestad, rodeado de ángeles y precedido por el majestuoso eco de las trompetas que llamarán el mundo á juicio. Los discípulos de Jesus ocuparán doce tronos colocados en derredor del Supremo Juez. Los muertos resucitarán y se presentarán ante Dios para ser juzgados en un tribunal que todo lo vé, todo lo sabe, y todo lo ha de juzgar con infinita justicia. Todos los hombres serán llamados, y todos asistirán, sin que nadie pueda excusarse de este gran juicio. Los malos se secarán de temor. Nada habrá oculto que no se revele, ni nada se habrá hecho en secreto que no sea visto en público por todo el cielo y toda la tierra. En este día, Dios recibirá su tiempo, y juzgará las juisticias. ¡Desgraciados los que apartándose de la inocencia de Abel, han corrido por los senderos de Cain!

En este juicio, los hombres, según sus buenas ó malas obras, serán colocados por los ángeles á la derecha ó á la izquierda del Supremo Juez. Los elegidos, los buenos, serán enviados á un lugar de eterna bienaventuranza que les está preparado desde la constitucion del mundo. Los malos, serán, por el contrario, arrojados del reino de Dios, caerán en un abismo tenebroso, lleno de horror, de escándalos y de fuego. Allí serán perpétuamente atormentados por llamas que jamás se estinguen, y remordimientos que se aumentan sin cesar. Allí, en fin, habrá lamentos, llantos y rechinar de dientes.

Y esto no tendrá fin. Un abismo insondable separará el paraíso del infierno. El Hijo del Hombre, sentado en el trono de su propia majestad, coronado con los infinitos esplendores de su gloria, desde la diestra del Padre presidirá en el cielo la imperecedera felicidad que en el reino de Dios encontrarán los justos.

Esto, aunque en otro lugar lo niega, en el capítulo xvii, en las páginas 273, 274 y 275, lo admite, y con las palabras mismas del Evangelio, lo repite M. Renan; pero como él necesita siempre buscar pretextos para lanzar acusaciones contra la divinidad de Jesucristo, claro es que en esta ocasion no podia contentarse con sentar una doctrina verdadera, sin apoyarse en ella para inventar calumnias execrables contra el fundamento mismo de la Iglesia.

M. Renan forma un *raciocinio* bastante curioso. Merece ser aquí presentado en extracto.

Segun insinua este impio escritor francés, Jesus declaró que en el primer siglo se realizaria el fin del mundo, y por consiguiente el juicio último que debe acompañarle.

«Es así, dice, que pasó el primer siglo sin que pereciera el universo: luego las promesas de Jesus no se han cumplido; luego no era Dios; luego no se comprende cómo pasados los primeros cien años han podido existir hombres que crean en la divinidad de Jesucristo.»

Esta argumentacion es completamente absurda. La proposición mayor es de todo punto falsa. Jesus no dijo nunca, ni lo indicó siquiera, que el mundo concluiría en la primera centuria. Por el contrario, en cien ocasiones declaró de una manera implícita que debía conservarse por muchos siglos. El Espíritu Santo había de estar siempre con los discípulos de Jesus. Las puertas del infierno no podían prevalecer contra la Iglesia. La voz de los Apóstoles debía resonar en todos los ángulos del globo. En fin, estas y muchas otras promesas debían cumplirse antes que se acercara el fin del mundo.

Mas aun; Jesus no solo dijo que la humanidad debía sucumbir toda entera en el primer siglo, sino que por el contrario, se negó de una manera resuelta á revelar el fin de los tiempos. Si, pues, nunca dijo Jesus que el úl-

timo juicio se verificaria en el primer siglo; si jamás quiso indicar la época en que debía tener lugar este acontecimiento espantoso; si por el contrario, en toda su doctrina y en todas sus promesas está manifestando que concede al mundo una duracion de luengos siglos, ¿por qué se acusa á Jesucristo, por qué se niega su divinidad bajo el pretesto de no haberse cumplido una profecia que nunca hizo?

El argumento de M. Renan es, puesto en limpio, lo que á continuacion decimos, ni más, ni menos.

«Jesus no declaró jamás que el mundo debía perecer en el primer siglo.»

Luego Jesus no es Dios, porque el mundo no pereció en el primer siglo.

Este *raciocinio* no puede ser mas gracioso. Se dirá, no obstante: Jesus habló de una gran catástrofe que debía presenciarse la generacion que escuchaba sus palabras.—Es cierto. Jesus dijo que el templo de Jerusalem seria destruido, y que los hebreos, en justo castigo del deicidio, sin templo, sin pueblo y sin Rey, vagarian errantes por toda la tierra. Estos dos vaticinios se han cumplido al pie de la letra. El templo de Jerusalem fue en el primer siglo destruido por los romanos, y en el mismo primer siglo, despues de perder su reino, los judios fueron dispersos por toda la tierra.

Esto confirma, en vez de dar motivos para negar, la divinidad de Jesucristo.

Hemos, pues, visto que M. Renan, lejos de explicar *la forma definitiva de las ideas de Jesus* acerca del reino de Dios, lo que hace es presentar, sin quererlo, poderosos argumentos en favor del dogma sacrosanto que se propone impugnar. Tan difícil es, infinitamente mas difícil es sacar del Evangelio argumentos sólidos contra la divinidad de Jesus, que estraer del Océano tierra enjuta para disecar un pantano. El Evangelio es la luz, y la luz no puede producir tinieblas.

XXXI.

En el capítulo XVIII trata M. Renan de las instituciones de Jesús. Como lo que dice en este capítulo es contrario, enteramente contrario á lo dicho en toda su impía obra, nos parece conveniente extractarlo con exactitud completa, para confundir á M. Renan con sus propias armas, y con toda la brevedad posible, para no aumentar demasiado la estension de este volúmen.

Unas cien veces dice y repite M. Renan, que Jesucristo era enemigo del culto, y que jamás pensó para nada en el sacerdocio. En el capítulo que hoy examinamos, por el contrario, obligado por la evidencia de los hechos, dice y repite, sin miedo á la contradicción en que incurre, que Jesús fundó un colegio apostólico; que quiso y tuvo sacerdotes; que les dió potes-

tad para absolver de pecados y hacer milagros; que les confió la importantísima mision de propagar el Evangelio en todo el mundo; que, en fin, los sacerdotes fueron en tiempos de Jesucristo lo mismo, exactamente lo mismo que son hoy, en tiempo de su Vicario, el inmortal Pio IX.

Esta confesion de M. Renan es de grandísimo interés, y por lo tanto debemos consignarla con sus propias palabras, para que el mundo entero se convenza de que el impío escritor francés solo puede ser respetado por los malvados, que respetan todo lo malo, ó los hombres de espíritu superficial y liviano, que para hacerse lado en el mundo, aparentan ser *espíritus fuertes*, y por sistema encomian todo lo malo que no han leído, y desprecian todo lo bueno que ni aun piensan leer. Estamos seguros de que por cada mil *eruditos* que elogian, que elevan hasta las nubes el mérito de M. Renan, no se encuentra uno que ni aun por el forro haya leído sus obras. Todo el valor de M. Renan consiste, como dice con sobrada razon la *Civiltà Cattolica* en su último número (setiembre), en el valor infinito de Jesus, cuya divinidad sacrilegamente impugnan. Cuando un hombre, por mas que sea vulgar y despreciable, por mas que sea de estúpido entendimiento y grosera educacion, tiene la osadia de hundir su alevé puñal en el corazon de un Monarca, su abominable crimen, el regicidio, hace que

todo el mundo clave en el sus ojos. Y no es por su mérito personal; es por el valor de la víctima sacrificada. El último libro del M. Renan no tiene ningún valor científico, porque es un monstruoso conjunto de errores cien veces refutados, de sofismas y contradicciones que solo pueden sorprender á los lectores débiles. No tiene nada notable en su estilo, porque ni aun hay orden en las materias, ni se evitan fastidiosas repeticiones, ni se descubren nada nuevo, ni brillante, ni mucho menos seductor en su lenguaje. Si en vez de impugnar á Jesucristo hubiese dedicado M. Renan su obra á condenar á Nestorio, v. gr., aunque dijera todo lo que dice y como lo dice, nadie le hubiera dado la mas ligera importancia. Lo dicho. Como el regicida se hace célebre por el valor de su víctima, así M. Renan ha logrado celebridad funestísima, no por el mérito de su libro, sino por el valor infinito de Jesucristo, cuya divinidad niega. El gran escándalo que ha producido en todo el mundo la obra de M. Renan, no es producido por la voz de los que aplauden, sino por el eco, multiplicado hasta lo infinito, de los muchísimos que protestan. El ruido ocasionado por M. Renan, prueba que la fé es una llama vivísima que jamás se estingue en el corazón humano. Demuestra que los pueblos todos se alarman, y alzan hasta el cielo el grito de alerta cuando ven impugnada la divinidad de

Jesus, único fundamento de la civilizacion verdadera.

Pero ya hemos dicho bastante acerca del crédito puramente negativo de M. Renan; necesitamos volver al asunto que hoy pone la pluma en nuestras manos.

Despues de haber negado que Jesus fuese partidario del culto esterno y del sacerdocio, en la página 290, olvidando por completo las negaciones anteriores, afirma M. Renan «que no es posible dudar que Jesus escogió por si mismo entre sus discípulos á doce que se llaman los Apóstoles por escelencia, puesto que el dia despues de la muerte del Salvador se encuentran los doce reunidos, formando un cuerpo, y llenando por medio de la eleccion el vacío que el suicidio de Judas dejó en el apostolado.»

Aquí hallamos:

1.º Que segun M. Renan, Jesus tenia muchos discípulos, es decir, muchos cristianos que creian en su divinidad.

2.º Que entre estos discípulos, Jesus escogió doce que se llamaron Apóstoles por escelencia.

3.º Que despues de muerto Jesus, estos Apóstoles se reunen, forman un cuerpo, se quieren perpetuar, llenan por medio de la eleccion el vacío que dejara Judas, y viven ejerciendo una autoridad que ellos no tenian, que no les habian dado los demás fieles, que por lo

tanto solo podian haber recibido de su Maestro Jesucristo.

No se comprende cómo M. Renan, confesando estas cosas de una manera tan esplicita, tiene sin embargo valor para negarlas tantas veces y con tan repugnante cinismo.

En seguida, despues de nombrar los doce Apóstoles, en la página 291 dice M. Renan lo que á continuacion traducimos y copiamos con exactitud completa.

«Los doce Apóstoles, dice, formaban un grupo de discípulos privilegiados, en el cual Pedro ejercia una supremacia fraternal, y al cual confió Jesucristo la mision de propagar su obra.»

En este párrafo se confiesan tres cosas importantísimas.

1.^a Que los doce Apóstoles eran discípulos *privilegiados*.

2.^a Que Pedro tenia el primado entre ellos.

3.^a y última. Que Jesus confió á estos doce discípulos privilegiados, cuyo jefe era San Pedro, la gran mision de esclarecer el mundo con la antorcha brillantísima del Evangelio.

Esto es lo mismo que enseña la Iglesia. Todavía, sin embargo, olvidando estas confesiones, repetirá mil veces M. Renan que Jesus era enemigo del sacerdocio. Pero continuemos copiando las palabras de este escritor blasfemo.

« Jesus, dice, reservaba *evidentemente* á los doce Apóstoles *secretos* que no confiaba á todos los demás discípulos. Parece que su plan consistía en rodear su persona de ciertos misterios, *de evitar las grandes pruebas despues de su muerte*, de no manifestarse completamente mas que á sus discípulos, confiándoles á ellos solos el cuidado de predicar su doctrina mas tarde en el mundo.»

Estas palabras demuestran hasta la evidencia que Jesus fundó una sociedad, y estableció un sacerdocio con doctrina determinada y autoridad para estender esta doctrina y dirigir y gobernar al propio tiempo la nombrada sociedad.

En cuanto á la línea que dejamos subrayada, únicamente debemos decir, que solo á M. Renan ha podido ocurrirle la absurda idea de que Jesucristo intentaba *evitar las grandes pruebas despues de su muerte*. ¿Quién puede ignorar la publicidad inmensa que tuvo todo lo concerniente á la muerte y resurrección de Jesucristo? Si Jesus, como prometió, no hubiera resucitado al tercero dia de entre los muertos, ¿qué interés hubieran tenido sus Apóstoles en creer en su divinidad, en predicar su doctrina, cuando esta fé y esta predicación solo podían llevarlos al martirio? Aquí todo es público. Aquí no hay mas oscuridad que las tinieblas con que intenta M. Renan cubrir los ojos de los ignorantes, ó aumen-

tar la depravacion en el corazon de los malos, para que no crean ó no quieran creer en las verdades reveladas, que son, por la infinita misericordia de Dios, evidentemente creibles.

«Viviendo todavía Jesus, continúa M. Renan (pag. 292), los Apóstoles predicaban; pero sin alejarse mucho de su Maestro. Su predicacion se limitaba á anunciar el reino de Dios.»

Esto demuestra, no solo que los Apóstoles habian recibido una autoridad especial, sino que además la ejercian en nombre, y aun en los tiempos mismos de Jesucristo. Esto prueba, que el derecho de enseñar no es nuevo en los Apóstoles, es decir, en los Obispos, sino tan antiguo como la propia fundacion de la Iglesia.

Hablando de esta predicacion, afirma M. Renan en la página 293, que sin el gran respeto que los hebreos tenian al principio de la hospitalidad, sin la confianza y suma generosidad con que trataban á los peregrinos, seria imposible explicar la propagacion del cristianismo. —No podemos comprender con qué oportunidad se consigna aquí este error tan grosero. Para refutarlo, sin embargo, para pulverizarlo enteramente, solo necesitamos decir tres cosas:

1.º Que es falso, absolutamente falso, el prestigio, el valor inmenso que M. Renan concede al principio de la hospitalidad en Oriente,

teniendo hasta el valor de afirmar que el huésped en las naciones orientales no necesita pedir, sino tomar hospedaje; que disfruta de una gran confianza; que tiene más autoridad que el dueño mismo de la casa en que es recibido o en la cual entra, porque quiere, sin que nadie lo invite ni aun lo conozca.—Esto no necesita refutación.

2.^a Que el cristianismo se propagó en muchas regiones que no pertenecían al Oriente ni eran amigas de la hospitalidad.

3.^a y última. Que muchos, muchísimos predicadores de falsas doctrinas no pudieron estender ni arraigar siquiera sus escuelas en el Oriente.

Ahora bien: si la hospitalidad oriental es el medio único de explicar la propagación del cristianismo, ¿cómo es que se ha propagado en todos los demás puntos del globo en los cuales no existe semejante hospitalidad? Esto lo explicará si puede el impio M. Renan.

«Jesus, añade Renan en la pág. 294, procuraba á todo trance establecer el principio de que sus Apostóles y El eran una misma cosa. Se creía que les había comunicado su poder sobrenatural. Los Apostóles, en efecto, profetizaban, arrojaban los demonios, hacían milagrosas curaciones, podían en fin, comer serpientes y beber impunemente el veneno.»

3.^a Tan general era esta creencia, que como confiesa el mismo Renan en la pág. 296,

algunos querían comprar á los Apóstoles con dinero la potestad de hacer milagros.

«Desde entonces, añade M. Renan en la citada página, comenzó á notarse un germen de Iglesia.

»La idea fecunda de la Iglesia, del poder de los hombres reunidos, *parece una idea de Jesus*. Jesus además dió á su Iglesia facultad para absolver ó condenar, de absolver los pecados ó reprender con autoridad á los pecadores.»

Todo esto lo dice M. Renan en la pág. 296, y con ello se demuestra hasta la evidencia que Jesus estableció un sacerdocio, y le dió toda la autoridad conveniente para su ejercicio. Todo esto prueba que M. Renan se engaña, ó quiere engañarnos cuando afirma que Jesus no quiere Iglesia ni sacerdotes.

XXXII.

Progresion creciente de entusiasmo y exaltacion. Hé aquí el epigrafe con el cual enca-beza M. Renan el capítulo xix, que hoy debemos examinar. Basta su simple lectura para com-prender que el nuevo Socino intenta despresti-giar á Jesucristo, infamando su memoria con la nota execrable de fanatismo y exageracion. Por fortuna, basta y sobra con examinar brevísi-mamente, para pulverizar las calumnias de M. Renan, los racionios que para apoyarlas emplea. Este osado escritor se ha empeñado en demostrar, con el Evangelio en la mano, que Jesus no es Dios, y le acontece lo propio que sucederia á un astrónomo fanático, que, mirando al sol, se obstinara en demostrar que no es de dia en los puntos en que el sol se vé. Esta es la razon por la cual, ó son desprecia-

bles sofismas, ó se tornan contraproducentes los argumentos que en apoyo de sus blasfemias aduce el impío autor de la *Vida de Jesus*. Digamos lo que él mismo dice.

«En la primitiva Iglesia (pág. 307), la propiedad estaba prohibida.»

Esto se dice con el dañado fin de probar que el cristianismo es incompatible con la propiedad. No es necesario, afortunadamente, combatir este absurdo error con detenimiento, porque todo el mundo sabe que la propiedad solo puede ser garantida por la santa y eterna moral católica.

Los primitivos cristianos no tenían propiedad. Es cierto; pero no es porque la aborrecían; no es porque la rechazaran como un crimen, sino porque no siéndoles permitido ni aun vivir, mucho menos podía serles tolerado el poseer. Los primitivos fieles, merced á la horrible crueldad del paganismo, no eran dueños ni aun del aire que necesitaban respirar. La ley les negaba todo linage de derechos; les cerraba las puertas de los tribunales de justicia; los condenaba como esclavos y aun como seres infinitamente mas infortunados que los esclavos; los privaba de todos sus bienes; los despojaba de su libertad; los ponía, en fin, en la horrorosa alternativa de morir en el Circo, ó morar, sin ver la luz del sol, en las lóbregas cavernas de las Catacumbas. Y en estas circunstancias, los fieles no podían tener propie-

dados de ningún género, porque el paganismo se lo impedía. Y los Apóstoles, como era natural, atendido el odio de los paganos á la Religión cristiana, perseguidos con mas horrible encarnizamiento, no solo no podian tener riquezas porque las leyes se lo prohibian; sino que necesitaban no tenerlas, para no ligar su corazón á ningún punto determinado, y hallarse siempre dispuestos para recorrer toda la tierra. Esto, y solo esto, es lo que ordena el Evangelista San Lucas en el cap. xiv, v. 33, cuando en las palabras que cita M. Renan; declara que los perfectos, los que siguen como discipulos á Jesucristo; los que abrazan su apostolado; los que, por último, echan sobre sus hombros la misión terrible de predicar el Evangelio á los infieles, y mantener en la fé y alentar á la perseverancia en las gradas mismas del cadalso y ante los tiranos á los que creen no pueden tener bienes materiales que absorban su atención, para que puedan ocupar su espíritu perfectamente en las necesidades de la Iglesia y en los grandes deberes que su misión les impone. Aquí no solo no hay exageración ninguna, sino que, por el contrario, se espone la doctrina mas santa y mas verdaderamente racional que pudiera concebirse.

Todo está reducido á dos proposiciones tan sencillas como evidentes.

1.^a Los fieles no pueden tener propiedades, porque el paganismo, con execrable vio-

lencia y repugnante crueldad, los despoja de lo que poseen, y aun de la vida.

2.^a Que si los fieles no pueden poseer, mucho menos podrán los Apóstoles encargados en dirigir á los fieles.

¿Es acaso responsable el Evangelio de la tiranía insoportable, de la bárbara persecución que contra los católicos han sostenido siempre los gentiles, es decir, los *racionalistas* de todos los tiempos y todos los climas? ¿De cuándo acá puede ser culpada la doctrina de Jesucristo por las blasfemias y horribles y sacrílegos despojos que con tanta frecuencia se hallan en la historia de los gobiernos anticristianos? ¿Cuándo ha declarado el cristianismo, como lo declara en nuestros propios días la revolución, que la propiedad es un robo; que los que hurtan son hombres dignos de entera compasión, y los que castigan el hurto, los magistrados, son los seres mas aborrecibles que pueblan el universo? ¿No condena el Evangelio de una manera esplicita y con amenaza de eterna condenacion el hurto y la rapiña? ¿No declara el Nuevo Testamento que todo el que trabaja es digno de recompensa? ¿Cómo, pues, hay valor para afirmar que el Evangelio condena la propiedad? Pero continuemos examinando los delirios de M. Renan.

«Todo lo que une al hombre á la tierra, todo lo que lo aparta del cielo, debe ser evitado.»

¿Qué significa esto? ¿Se quiere dar á enten-

der con estas palabras que Jesus manda al hombre que busque en el cielo el premio de las buenas obras que no son recompensadas en la tierra? ¿Se quiere decir que Jesus nos manda que temamos en el infierno el castigo de los crímenes, de los atentados que contra Dios, contra la sociedad ó contra nosotros mismos perpetraremos en el mundo? ¿Se intenta insinuar que Jesus manda á los hombres que no hagan lo que es malo, temiendo una eterna condenacion, y solo practiquen lo que es bueno, alentados por la esperanza de una felicidad impercedera? ¿Se desea manifestar que Jesus nos manda apartar nuestro corazon de los bienes terrenos, para que no nos domine la ambicion ni la envidia; para que el egoismo no nos arranque la abnegacion y nos convierta en fieras? Si por esto censura M. Renan la doctrina de Jesucristo, hágalo en buen hora. Ni nos arrepentimos, ni nos enmendamos. Los católicos recibiremos siempre, como timbre de inmensa gloria, la absurda reprobacion de M. Renan.

Pero si el miembro *ilustre* del Instituto francés se propone demostrar que el Evangelio prohíbe cultivar la tierra, nos contentaremos con advertir que cuando Dios puso al hombre en el Paraiso, le encargó espresamente que cultivara la tierra que se le habia entregado; que despues de la caida, por mandato espreso de Dios, todos los cristianos debemos extraer

con el sudor de nuestra frente los frutos y las flores que entre sus espinas oculta la tierra. Solo en la Religión católica es un pecado la ociosidad, y una virtud el trabajo.

«Aunque, añade M. Renan, muchos discípulos eran casados, según parece, nadie contraía matrimonio desde que entraba en la *secta*.»

Es indudable que los Apóstoles, que los sacerdotes, que los ministros del Santo Evangelio, encargados por Dios mismo de llevar la Religión santa en procesion por todo el universo, no eran casados, ni convenia que lo fuesen. Entonces, como ahora, era muy conveniente que no se vean ligados por la mujer y los hijos al hogar doméstico los hombres que por los deberes terribles que la dignidad sacerdotal les impone, tienen necesidad imprescindible de consagrarse exclusivamente al triunfo de la verdad católica, y hallarse siempre dispuestos á sufrir por ella, en bien de la humanidad, en defensa de la justicia, la persecucion y hasta el martirio.

Pero esto se refiere únicamente á los ministros del Señor. En cuanto á los cristianos, á la inmensa mayoría de los que entraban en la *secta*, no solo no les estaba prohibido el matrimonio, sino que, por el contrario, se les aconsejaba como un Sacramento, como signo sensible de una cosa sagrada que nos santifica, como una sociedad santa que el mismo Dios estableciera para propagar la humana es-

pecio, satisfacer dentro de los justos límites el impulso de las pasiones, y recibir, además, del cielo, la gracia divina, los auxilios sobrenaturales que para cumplir con los deberes del matrimonio y contribuir a la santificación de nuestras almas son necesarios. No necesitamos recordar lo mucho que acerca de la sociedad conyugal, santificada por Jesucristo, se nos dice en el Evangelio y en las Epístolas de San Pablo. Para los cristianos el matrimonio es hasta un deber en muchos casos.

«El celibato, continúa M. Renan, se hallaba altamente preferido. Aun en el matrimonio se recomendaba la continencia.»

En estas palabras, por más que M. Renan quiera encontrar una exageración odiosa, no hay más ni menos que un gran elogio de la doctrina católica. El Evangelio exige la represión para evitar los excesos. En el matrimonio, como en todo, los abusos son causa de infinitos males. El hombre que no se reprime, que da rienda suelta á sus pasiones, que intenta hallar la felicidad satisfaciendo todos sus deseos, es un ente desgraciado. Le acontece lo que al insensato que encantado por la dulce suavidad de los aromas que en mayo despiden las flores, para gozar más y más de estas delicias, se encerrara en una habitación estrecha y sin ventilación, llena de rosas y azucenas. No pasarían muchos minutos sin que el placer perturbara su razón, ó la abundancia de oxígeno, produciendo la asfixia,

pusiera en gravísimo riesgo su vida. Lo repetimos. La moral católica en este punto, en lo tocante al matrimonio, solo prohíbe los escesos. Es admirable la armonía que existe entre las prescripciones del médico que solo atiende á la salud del cuerpo, y el sacerdote que con su predicacion salva el cuerpo, intentando, al parecer, ocuparse únicamente en lo que atañe á la salud del alma.

«La cesacion de la generacion, sigue M. Renan, fue con frecuencia considerada como el signo y la codicion del reino de Dios.»

Para probar esto, M. Renan cita el capítulo xxii, v. 30 de San Mateo, en el cual se leen las siguientes palabras: «En la Resurreccion los hombres no se casan ni serán casados, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo.»

¿Qué tienen que ver estas palabras con lo que les hace decir M. Renan? No queremos continuar refutando este error, ni diremos nada acerca de muchos otros que llenan el capítulo xix que hoy examinamos.

Basta lo dicho para convencerse de que en el Evangelio está la verdad y la razon, y solo en la exaltada fantasía de M. Renan se encuentran la malicia, la exaltacion y el fanatismo.

XXIX.

Como M. Renan no sigue método ninguno, nosotros, que intentamos seguirle paso á paso, no podemos tampoco proceder con orden en esta impugnacion. Este escritor francés no se fija en la cronologia de la vida, ni aun de la doctrina de Jesucristo. Ha buscado algunos centenares de noticias, las ha mezclado, ha dejado que se separen despues, y por último, ha recogido 28 grupos, y sin orden ni concierto, con ellos ha compuesto otros tantos capítulos para su obra. M. Renan tiene mala memoria ó pésima voluntad. Esto último es casi seguro. Su sistema consiste únicamente en desfigurar los hechos, interpretar falsamente la doctrina y deducir absurdas consecuencias contra la divinidad de Jesucristo. Poco le importa que los principios que sirven de base al argumento de

una página, se hallen en abierta y repugnante contradicción con los principios que han servido de base á los argumentos de las páginas anteriores, con tal que los lectores imbéciles ó desmemoriados, olvidando ó no conociendo la contradicción, comprendan y no olviden los sofismas detestables que se fundan en contradictorios principios.

Cuando M. Renan lo cree conveniente, dice que Jesús no era político, y que por esto no fue perseguido.

Poco antes ó poco después, cuando lo juzga oportuno, declara que Jesús era hombre político, y que por lo tanto fue, y necesariamente debió ser, perseguido.

Con lo primero logra M. Renan que los lectores insensatos creen que la Religión de Jesucristo no halló en la persecución obstáculos humanamente insuperables. Con lo segundo se propone demostrar también, para seducir á los entendimientos vulgares, que los perseguidores de Jesús eran, si no merecedores de alabanza, al menos dignos de indulgencia. Para esto M. Renan necesita lograr tres cosas enteramente diversas.

1.^a Probar que Jesús no fue perseguido, porque no fue hombre político.

2.^a Demostrar que Jesús fue perseguido, porque fue hombre político.

3.^a y última. Hallar lectores tan cándidos, tan estúpidos, tan despreciables por su insen-

satez, que no vean esta contradiccion tan repugnante y tan grosera.

En el capitulo xx que hoy nos toca examinar, M. Renan trata de lo que él llama *Oposicion contra Jesus*. Veremos cómo lo hace.

En la página 321 dice lo siguiente: «La predicacion de Jesus, *merced á la extrema libertad* que se gozaba en Galilea, y al número de maestros que pululaban por todas partes, no tuvo éxito mas que en un número de personas bastante reducido.»

Aquí se afirman tres cosas de bastante importancia:

1.^a Que en Galilea se gozaba de una libertad extrema.

2.^a Que habia en la nombrada region de la Siria muchos maestros.

3.^a Que cabalmente, porque habia mucha libertad y muchos maestros, la doctrina de Jesus no tuvo grande éxito en Galilea.

En la misma página afirma, no obstante, M. Renan, que Jesus «entró en un camino brillante de prodigios y de prestigio popular, y que su fama crecia incesantemente.»

Ahora bien: si se dice que la doctrina de Jesus obtuvo un éxito brillantísimo, ¿cómo hay valor para afirmar que solo fue conocida en un número de personas bastante reducido?

El propio M. Renan poco despues, en la página 330, dice que antes de Jesus hubo muchos

maestros, como el hijo de Sirach, Gamaliel, Antigono de Soco, y *el dulce* y noble Hillel, que todos fueron completamente oscurecidos por la fama de Jesus.

Y ahora preguntamos: si, segun M. Renan, Jesus eclipsó con su fama á todos los grandes Doctores de su tiempo, ¿cómo afirma el mismo Renan que los Doctores de su tiempo eclipsaron la fama de Jesus?

Tambien hemos visto que, segun M. Renan, en Galilea se gozaba de una libertad extrema. Ahora veremos á lo que se reducía esta libertad, por confesion del propio escritor francés á quien impugnamos.

«Jesus, dice en la pág. 321, mas de una vez se vió obligado á huir y ocultarse.»

Si mas de una vez necesitó librarse con la fuga de sus perseguidores, ¿dónde está esa libertad extrema que tanto se pondera en Galilea?

Jesus, dice M. Renan en la pág. 322, fue considerado como el mismo Juan Bautista, resucitado de entre los muertos. Herodes Antipas, al recibir esta noticia, se llenó de inquietud y apeló á las *astucias* parra arrojar al nuevo Profeta de sus dominios. Los fariseos, aparentando interés por Jesus, vinieron á decirle que Herodes maquinaba su muerte.»

Y siendo esto así, ¿dónde está la libertad extrema que, segun M. Renan, se gozaba en Galilea? Verdad es, que M. Renan, despues de

haber hecho la apologia de Herodes por la horrosa degollacion de San Juan Bautista, intentá disculparlo y aun justificarlo, teniendo la espantosa osadia de afirmar en la página 321 que Herodes Antipas JAMAS, *jamais*, persiguió á Jesus, aunque el Mesías lo trató algunas veces con sobrada severidad. *Fort severement.*

Aquí tenemos:

1.º Que segun M. Renan, Herodes no persiguió nunca á Jesus.

2.º Que segun el mismo Renan, Herodes persiguió á Jesus y quiso arrojarlo de sus Estados y aun darle la muerte.

3.º Que segun M. Renan, aunque Herodes no persiguió á Jesus, lo persiguió sin embargo, y Jesus fue la causa de todo. Tan cierto es esto, como que cuando nació Jesus en Belen, por odio á él, estaba ya Herodes degollando á centenares de niños inocentes. M. Renan ha perdido la fé, y con la fé hasta el sentido comun.

En la pág. 322, dice M. Renan que Jesus, *con su tacto ordinario*, no quiso nunca hacer milagros delante de los incrédulos.

Cierto es, sin embargo, que en la misma página, once líneas despues, dice que Jesus, *no obstante su gran simplicidad*, vió el lazo que se le tendia.

Tenemos, pues, que Jesus era y no era astuto; poseia un *tacto ordinario* para no dejar-

se sorprender, y una gran simplicidad para ser sorprendido. Todo esto es de M. Renan. Pero aun no le basta. Lleva su contradiccion mucho mas lejos.

Despues de haber dicho en la página 321 que Jesus gozaba de una libertad extrema en Galilea, y en la página 322 que no hacia milagros delante de los incrédulos, emplea dos páginas enteras (323 y 324) para demostrar que Jesus hacia milagros en Nazareth, en Betsaida, en Chorozain, en Tiro, Sidón y Capharnaun, ciudades *incrédulas*, y que hacia muchos milagros ante los incrédulos que habitaban en ellas. La contradiccion no puede ser mayor. Pero aun nos falta examinar la última.

«El obstáculo *invencible*, dice M. Renan en la página 327, procedia sobre todo del judaismo ortodoxo representado por los fariseos.»

¡Jesus hallaba en los fariseos un obstáculo *invencible*! ¿Qué se ha hecho, pues, de aquella libertad extrema tan decantada en Galilea?

«Jesus, añade, se alejaba mas y mas cada dia de la antigua ley. Los fariseos eran los verdaderos judios y el nervio y la fuerza del judaismo.»

Con estas palabras intenta demostrar M. Renan que Jesus era un apóstata, y que los fariseos eran los verdaderos observadores de la ley. Veamos, sin embargo, cómo se espresa acerca de los fariseos, en la propia página, el mismo M. Renan.

«Eran, dice, en general, hombres de espíritu mezquino, muy apegados á las formas exteriores, de una devoción desdeñosa, oficial y arrogante. Sus maneras eran ridículas, y escitaban la risa de los mismos que los respetaban. Todo su exterior de devoción no era mas que un barniz de hipocresía. Su rigorismo era aparente, y en realidad tenían costumbres muy relajadas.»

«Los fariseos, añade Renan en la pág. 331, se estaban alejando constantemente de la Biblia.»

«Las luchas de Jesus con la hipocresía oficial de los fariseos eran continuas.» (Página 331.)

«Estas disputas estallaron, sobre todo, con motivo de una multitud de prácticas exteriores, introducidas por la tradición, que no observaban Jesus ni sus discípulos.» (Pág. 332.)

«Jesus reprendía sin cesar la escandalosa hipocresía de los fariseos. Un odio que solo podía extinguirse con su muerte, fue la consecuencia de estas luchas. Hasta entonces los aristócratas de Jerusalem habían despreciado á Jesus. En esta ocasión le declararon guerra á muerte.» (Pág. 333.)

De estos pasajes se desprende con toda evidencia que los fariseos eran los que despreciaban las leyes de Dios, para rendir un culto supersticioso á las vanas prácticas de los hombres. Jesus cumplía la ley; no se apartaba de

ella. Los fariseos, por el contrario, eran los únicos que con su ambicion y su soberbia, su vanidad é hipocresia, desnaturalizaban la ley de Moisés.

Hemos, pues, averiguado que, segun M. Renan, Jesus no tuvo éxito y tuvo éxito en su predicacion; que eclipsó con su fama y no eclipsó con su fama á los Doctores de su tiempo; que, en fin, gozó de una extrema libertad, y fue perseguido hasta la muerte por los incrédulos, por Herodes y por los fariseos. Estas contradicciones nada prueban contra la verdad; pero demuestran hasta la evidencia que como escritor, M. Renan es una cosa despreciable.

No necesitamos añadir ni una palabra mas. Si Jesus encontró tantos obstáculos en su camino; ¿cómo pudo superarlos, siendo humanamente tan débil?

XXXIV.

Pasamos por alto los capítulos xxxi y xxxii, en los cuales M. Renan se limita á repetir algunas impías observaciones, ya refutadas en los artículos anteriores, para fijarnos hoy en el capítulo xxxiii, cuyo epígrafe es, *Ultima semana de Jesus*. Tantos son los groseros errores que hay en este capítulo; tan fácil es comprender su monstruosa absurdidad; tan poco trabajo se necesita para convertir en polvo los sofismas de que está infestado, que hasta nos ruboriza, no el tener que refutarlos, sino el conocer que por desgracia, en nuestros días, en pleno siglo xix, es indispensable su refutación. Con el doble fin, pues, de refutar, no á M. Renan, que ni aun por sí tal trabajo merece, sino de manifestar á sus cándidos lectores cuán grande es

su imbecilidad, haremos algunas breves pero concluyentes observaciones en este artículo.

Es imposible que un hombre de sentido comun admire ni aun respete á M. Renan despues de haberlo leído. Verdad es que muchos, por aparentar que son incrédulos, sin serlo en el fondo de su corazón, con repugnante hipocresía ponderan á M. Renan, elevando su mérito hasta las nubes sin haberlo ojeado siquiera, sólo por creer que está en moda el decir que se ha leído y aun estudiado con detenimiento, que se conoce con profundidad la última obra de este impío escritor. ¡Cuántos admiradores de M. Renan se encuentran por esas calles de Dios y por esas tertulias del mundo, que cuando hablan ante personas iliteratas, aparentan haber contado hasta el número de letras que tienen todas las obras de M. Renan, y cuando por desgracia para ellos se les presenta alguna persona medianamente instruida, palidecen, la lengua se les enreda, la imaginación se les turba, y callan, y con gran trabajo se les puede hacer que á duras penas repitan el título de la última, por no saber siquiera de qué tratan ni aun qué nombre llevan las demás!

A estos lectores, á estos imbéciles lectores, es á quienes se debe dar en rostro con su ligereza de entendimiento y su estúpida credulidad. Estos admiradores de la mentira y la insensatez deben ser espuestos á la vergüenza pública.—Empecemos.—

«Jesus, dice M. Renan, salió en efecto con sus discípulos para ver por última vez la ciudad *incrédula*.» (Pág. 370.)

Subrayamos la voz *incrédula*, porque en ella está toda la malignidad del argumento que contra la divinidad de Jesucristo emplea aquí el escritor francés. Su sistema consiste en suponer, porque se le antoja, que Jesus era únicamente respetado en las aldeas pobladas por gentes sencillas é ignorantes, y aborrecido ó despreciado por el contrario en las ciudades populosas, cual Jerusalem, v. gr., en las cuales moraban las clases civilizadas. Como, pues, M. Renan apoya su argumento en la *incredulidad* de Jerusalem, de la ciudad de los Doctores, necesitamos demostrar con palabras del mismo impío autor, que tenia tambien Jesucristo muchos y muy numerosos amigos en la ciudad sábia.

«Era costumbre, dice, el venir á Jerusalem *muchos dias* antes de la Pascua, con el fin de prepararse para su celebracion.» (Pág. 372.)

No comprendemos qué necesidad tendrian los antiguos hebreos, gentes tan sencillas como eran, segun M. Renan, los habitantes de Galilea, y los prosélitos que hablaban griego, de prepararse con *muchos dias* de anticipacion para celebrar la Pascua. Segun M. Renan, los *celebrantes* eran gentes parcas en sus alimentos hasta el asómbro, y los judios veneraban tanto la hospitalidad, que el extranjero ni aun

necesitaba pedir habitacion, sino entrar desde luego en ella, y ser y aun obrar con entera independencia, como dueño absoluto de la casa.

M. Renan, hablando del gran milagro obrado por Jesucristo en el Monte, alimentando con cinco panes y dos peces á 5,000 personas, dice que aquí no hubo milagro, porque los judios, gracias á su extrema frugalidad, se alimentaban con muy poca cosa. Hablando tambien de la propagacion del catolicismo, asegura M. Renan que no podria ni aun esplicarse sin apelar al gran prestigio, al dominio absoluto que ejercian en Oriente los viajeros, los peregrinos, sobre los dueños de las casas, que se creian honrados y hasta en el deber de darles posada. Tambien repite M. Renan muchas veces, y aun intenta demostrarlo en capitulos enteros, que la doctrina de Jesucristo debió en gran parte su éxito á la vida de ociosidad, de abandono, enteramente vagabunda que predicaba, y que tan agradable era á los antiguos hebreos. Ahora bien: si los judios eran tan pargos en sus alimentos; si tan fácil les era peregrinar porque se hallaban muy acostumbrados á la vida anómala; si, por último, con tan poco trabajo podian hallar habitacion en la ciudad para celebrar la pascua, ¿qué necesidad tenian de emprender el viaje con tantos dias de anticipacion? ¿Cuáles eran los preparativos que debian hacer? ¿Para qué les servian tanto tiempo y tanto trabajo? *habitacion en el monte*

Trasladamos esta absurda manera de raciocinar á los insensatos admiradores de M. Renan.

Veamos otro argumento:

«Jesus, dice el mismo Renan, llegó á Jerusalem *despues de los otros* (ignoramos quiénes serian estos otros), y por un momento sus enemigos creyeron frustrada la esperanza que habian concebido de prenderlo.»

Antes habia dicho M. Renan, que Jesus no era respetado en Jerusalem, en la ciudad *incrédula*. Ahora declara, que tanto era el respeto y la consideracion de que gozaba Jesus en la ciudad *incrédula*, que por miedo al pueblo, los fariseos creian frustrada la esperanza que habian concebido de apoderarse de Jesus.

Tambien entregamos este argumento con toda su ignominiosa absurdidad á los cándidos admiradores del moderno Sociniano francés.

«Jesus, dice M. Renan en la citada página, antes de entrar en Jerusalem descansó en Betania, en la casa de sus amigos Lázaro y Simon, Marta y María. Aquí María, en presencia de todo el mundo, escitada por su gratitud y su devocion, enjugó con sus cabellos, despues de haberlos ungido con unguentos preciosos, los pies del Salvador.»

¡Otro testimonio de que Jesus no tenia amigos en Jerusalem!

«Al entrar Jesus en la ciudad *incrédula*, tuvo un momento de satisfaccion humana. *Circu-*

ló el rumor de su llegada por todas partes. Los GALILEOS, que habían venido á la fiesta llenos de gozo, le prepararon un PEQUEÑO triunfo.»

Esto lo dice M. Renan en la página 575, y necesita algunos comentarios para poner de relieve los muchos y muy groseros absurdos que se encierran en las cuatro líneas que acabamos de copiar.

1.º M. Renan confiesa que Jesús tuvo un momento de *satisfacción humana* al ser recibido con tanta pompa, tanta solemnidad y entusiasmo el Domingo de Ramos en Jerusalén.

2.º Confiesa que el rumor de la llegada de Jesús se había extendido por todas partes: Esto no obstante, en la misma página dice expresamente que los vecinos de Jerusalén apenas conocían á Jesús; que preguntaban quién era, y que siendo Jerusalén una ciudad de cincuenta mil almas, no podía llamar mucho la atención un *pequeño acontecimiento* como la entrada de un extranjero poco célebre. De todos modos, tenemos que en una ciudad de cincuenta mil almas se extendió por todas partes el rumor de la llegada de Jesús.

3.º Que los Galileos fueron los únicos que se llenaron de regocijo con la venida del Salvador, y los únicos que, después de estar llenos de júbilo, le prepararon un triunfo nada más que pequeño.

«Los galileos (*nada más que los galileos!*)

tendieron sus vestidos en el suelo, y con palmas y olivas recibieron á Jesus, colmando de bendiciones al que venia en el nombre del Señor.»

M. Renan sabe perfectamente que esto lo hacian solo los galileos. Él, en efecto, viviria en aquel tiempo, los conoceria á todos, podria distinguirlos, y, á no dudarlo, formaria una estadística completa. Tenemos, pues, averiguado que, segun M. Renan (págs. 375 y 76), «muchos dias antes de la Pascua los judios de provincia acudian á Jerusalem, que en este tiempo la ciudad pertenecia á los extranjeros, y la confusion era completa.»

En todo esto no hay mas que un inconveniente. Si los extranjeros fueron los únicos que celebraron la entrada de Jesus; si antes de la Pascua los extranjeros eran dominadores únicos de la ciudad; si por añadidura los extranjeros eran amigos del Salvador, y tan amigos que se llenaban de gozo al tener noticia de su llegada, ¿cómo en los mismos dias, antes de la Pascua, hallándose Jerusalem dominada por los extranjeros, amigos de Jesus, pudieron las turbas proclamar la crucifixion de Jesus ante el Pretorio de Pilatos? Pero M. Renan salva el conflicto en un instante. La verdad no le importa un bledo. Si no puede desatar el nudo, lo corta, y adelante. Se contradice, apela á la poca memoria, confia en que sus lectores olvidarán al leer una página lo que han leído en

la que le precede, y dice lo que cree conveniente, aunque sea absurdo, para negar la verdad que tiene delante de sus ojos.

Apliquemos esta doctrina al caso presente.

Ha dicho, y ahora necesita sostener, que Jerusalem era una ciudad incrédula porque era *sábía*, y en ella no tenia crédito la predicacion de Jesucristo. Se le pregunta: si Jesus no tenia crédito en la ciudad *sábía*, ¿cómo fué recibido en ella por el pueblo con palmas, olivas y entusiastas aclamaciones? Y M. Renan, con pasmosa frescura, contesta al punto: «Eran extranjeros los que aclamaban. Jerusalem estaba dominada por los extranjeros en aquellos dias.»

Volved á preguntarle: ¿Cómo entonces, cuatro dias despues, estando todos los extranjeros en la ciudad de los Doctores, fue proclamada por las turbas con tan estrepitosa algazara la muerte de Jesus? Y Renan, sin turbarse siquiera, volverá á contestar: «Yo sé que los que pedian la muerte eran hijos de Jerusalem.»

¿Y quién ha dicho esto á M. Renan? Nadie. ¿Qué razon tiene para decirlo? Ninguna. ¿Por qué lo dice? Porque quiere; porque necesita mentir; porque le es absolutamente necesario apelar á los mas repugnantes absurdos para suponer que Jesus era aclamado por los ignorantes y escarnecido por las gentes ilustradas. Tan fanático es en este punto M. Renan, que

por sistema apellida hombre civilizado y aun sabio á cualquier bárbaro, aunque sea Heródes, con tal que haya dado motivos para que se le presente como adversario de Jesucristo. ¡Tal es M. Renan!

XXXV.

Hasta nos repugna el decir que M. Renan ha tenido valor para convertirse en apologista del pérfido Judas. Esta sola indicacion es mas que suficiente para que nuestros lectores se convenzan de que no debemos examinar de ningun modo lo que dice M. Renan en favor del discípulo infame que por treinta monedas vendió á su Divino Maestro. Dejando esto á un lado, en el olvido que se merece, haremos algunas observaciones acerca del capítulo XIV, en el cual habla M. Renan de la *prision y proceso judicial* de Jesucrito.

Debemos ante todo recoger y aprovechar una confesion importante que se le escapa en la página 594.

«Los discípulos de Jesus, dice, nos enseñan que la seducción politica fue el crimen impu-

tado á su Maestro, y aparte algunos ligeros detalles, parto de la imaginacion de los rabinos, la relacion que hacen los Evangelios de la Pasion de Jesucristo corresponde exactamente á lo que dejaron escrito los mismos fariseos en el *Talmud*.»

Esta declaracion es importantísima. Envuelve, en efecto, una apologia fuertísima de los Santos Evangelios. Si los fariseos enemigos de Jesucristo refieren la historia de la Pasion del mismo modo que el Evangelio, claro es que los Evangelistas, hasta humanamente hablando, aun sometiéndose á todas las leyes de la crítica, tienen una autoridad irrecusable. Los Apóstoles son amigos, y cuentan la persecucion y muerte de Jesus en los propios términos, en cuanto á la sustancia, que los fariseos, sus mas encarnizados enemigos. Estos tenian interes en atenuar la iniquidad y ocultar todas las circunstancias que podian perjudicarles. Los Evangelistas tienen interes en ser esclavos de la verdad; en no exagerar nada, en no mentir nunca, y por esto su relacion es tan sencilla y tan exacta; por esto solo dicen lo que es justo y conviene decir; por esto, en fin, si callan muchas cosas que pudieran perjudicar á los hebreos, nada absolutamente consignan que en un solo átomo se separe de la verdad. No sucede así con ninguno entre los antiguos historiadores. Luego los Evangelistas aventajan á todos los historiadores. Luego hay en ellos una

cosa, la exactitud completa, la verdad constante que jamás se encuentra en ningun otro historiador. Luego los Evangelistas escribian iluminados por la revelacion del cielo.

No exageran, no mienten; diez y nueve siglos de critica no han podido practicar ni una sola brecha en los cuatro Evangelios. ¿Por qué, pues, osa M. Renan rechazar con tan cínicó atrevimiento la relacion de los Evangelistas? La crítica de M. Renan es incompatible con la razon. Por esto siempre sus conclusiones se sepultan en los abismos de la mentira.

Hablando de las tres negaciones de San Pedro, dice M. Renan lo siguiente: «Su *bella naturaleza* le reveló muy pronto la falta que acababa de cometer. *Una circunstancia casual*, el canto de un gallo, le recordó una palabra que Jesus le habia dicho: *Antes que el gallo cante me negarás tres veces.*» (Pág. 395.)

La lógica de M. Renan es, en verdad, estúpida. Jesus dijo á San Pedro, para humillar su vanidad, que á pesar de creerse tan fuerte, que á pesar de confiar tanto en la inquebrantable rectitud de su voluntad, antes que el gallo cantase, es decir, en la misma noche de la cena y de la prision, antes que viniera el dia, le habia de *negar tres veces*. Aqui hay dos profecías: las tres negaciones de San Pedro, y el cometerse todos estos tres actos de apostasia antes que *cantase el gallo*. M. Re-

nan ve que todo se cumple al pie de la letra, y sin embargo, porque así se le antoja, declara que esto *es casual*. ¡Qué crítica!

Ya sabemos que M. Renan defiende al inhumano Herodes y al pérfido Judas; hoy veremos, como aun no satisfecho con esto, tiene la execrable osadía de convertirse en abogado de Pilatos, y aun del mismo Barrabás.

«Pilatos, dice, tuvo deseos de salvar á Jesus.»

Y ¿qué razon tuvo Pilatos para desear la salvacion de Jesus? Conviene recordar las razones que indica M. Renan, para que todo el mundo comprenda hasta dónde alcanza la malignidad de este escritor perverso.—Sabemos que Pilatos estaba profundamente convencido de la inocencia de Jesus; nos consta que el mismo encarnizamiento y ciega obstinacion con que era acusado Jesus, demostraban al presidente de Judea la perversidad de los acusadores; nadie duda, por último, que el representante del imperio romano en Jerusalem se hallaba profundamente convencido de que el odio y la envidia de los judios era la única cosa que brillaba con mas claridad que la luz del dia en todos los cargos que se formulaban contra Jesucristo. Esto, no obstante, M. Renan no puede ver la inocencia de Jesus en el deseo de salvarlo que mostró Pilatos. Segun M. Renan, el presidente de Judea solo se movió á compasion por la dignidad y calma del

acusado, ó por las sugerencias de su esposa, que el escritor francés describe de una manera execrable.

Pilatos se convenció de que eran injustos y calumniadores los adversarios de Jesus. La mujer de Pilatos, que no podia ignorar la inocencia y el crédito inmenso de Jesus, tiembla al saber que ha de ser procesado, que se le quiere llevar al cadalso, y que su mismo esposo, con su propia mano, ha de firmar la sentencia. Esta mujer, agitada por tan fundados temores, se entrega al descanso y reconcilia el sueño. Mientras duerme, su conciencia la atormenta. La idea de que su marido ha de firmar una sentencia tan impopular y tan inicua, que despierta la llenaba de zozobra, dormida la llena de terror. Por la mañana se acerca á su esposo, y le dice: *No te hagas cómplice en la sangre de este Justo*. Y esto, que es tan natural y tan lógico; y esto, que en favor de todos los acusados inocentes lo repiten todos los dias á los magistrados sus propias mujeres; esto, repetimos, da margen á M. Renan para espresarse en términos tan indecorosos, tan inmundos, que ni aun repetirse pueden.

Y continúa M. Renan en la pág. 403: «Lo cierto es, dice, que Jesus encontró á Pilatos prevenido en su favor.»

Lo cierto es, decimos nosotros, y repite toda la historia, que Pilatos escuchó á los acusadores, y despues de preguntarles cuál era su de-

lito, *quid mali fecit*, y de haber examinado uno por uno todos los cargos que contra El se formulaban, concluyó por decir que no había motivos para condenarlo. *Non novi causam*.

Pues bien, porque Pilatos escuchó á los acusadores, y convencido de que era falso cuanto decían, mostró deseos de no condenar á Jesus, por esto y solo por esto afirma impiamente M. Renan, que el presidente de Judea se hallaba prevenido en favor de Jesucristo. M. Renan no quiere que los jueces tengan ni aun deseos de ser justos.

Examinando los medios que quiso emplear Poncio Pilatos para salvar á Jesus, en la página 405 dice M. Renan: «Un espediente, dice, se le ocurrió al gobernador para conciliar sus propios sentimientos con las exigencias de aquel pueblo fanático. Con motivo de acercarse la Pascua, debía darse libertad á un reo de muerte. Pilatos, creyendo que los hebreos tendrían compasión de Jesus, les propuso la alternativa entre el que se llamaba Rey de los judios, y el ladrón y asesino Barrabás, para que escogiesen cuál había de ser absuelto. Barrabás, dice M. Renan, *era un personaje muy conocido, y tenía en Jerusalem una gran popularidad.*» (Pág. 406.)

Ya sabemos que cuando M. Renan dice esto, hubiera sido muy capaz, viviendo en el siglo de Tiberio, de pedir ante el Pretorio la muerte para Jesus, dador de todo bien, y la abso-

lucion, y la vida, y la libertad, y hasta la honra para el ladron y asesino Barrabás. Asombra este lenguaje. M. Renan tiene inteligencia de mármol y corazon de hiena. Discurre peor que un druso.

Pero aun nos falta algo.

«Viendo Pilatos (dice en la pág. 406) que no podia dar libertad á Jesus, creyó conveniente hacer alguna concesion al pueblo; pero resistiéndose á derramar la sangre de Jesus para satisfacer á gentes que detestaba, *quiso convertir la cosa en comedia*, y mandó azotar al Salvador.»

Ya lo vemos. Azotar á un inocente, destrozar bárbaramente desde los pies hasta la cabeza el sacratisimo cuerpo de Jesus, no es para M. Renan mas que asunto de una comedia, una *cosa de risa*. Esto no necesita refutacion. Ya se sabe que solo un tigre pudiera pensar así; pero nadie ignora que cuando los hombres pierden la fé y se dejan dominar por el odio al cielo, pierden tambien los sentimientos de humanidad y se tornan en salvajes fieras.

Despues de esto, M. Renan cuenta en dos palabras, sin reprobacion de ningun género, que Jesus fue condenado á muerte, que murió en el Calvario, y que el deicidio fue una pena *legal*. M. Renan, tan *humanitario* cuando se trata de defender á los maldados, es completamente lógico cuando aprueba, cuando dice que es *legal* la sentencia pronunciada contra un

inocente, cuya inocencia resplandece con tanta claridad como la luz del sol ante los ojos del tribunal que lo condena. M. Renan se abstiene de citar los principios y razones en que puede apoyarse para sostener que fue legal la sentencia dictada contra Jesus. Y hace bien: este impío escritor seria capaz de defender como legal la cruel ferocidad de una hiena cuando despedaza las entrañas de un niño. En la *Convencion francesa*, el mismo Marat hubiera sido eclipsado por M. Renan. Lo cierto es que Marat no habló nunca de la cruel y repugnante pena de azotes como de una *cosa de risa*.

Para concluir diremos, que segun dice M. Renan en la pág. 410, Felipe II, al condenar á los judios, fue mucho mas culpable que los judios al condenar á Jesucristo.

inocente, cuya inocencia resplandee con tanta claridad como la luz del sol ante los ojos del tribunal que lo condena. M. Renan se abstiene de citar los principios y razones en que puede apoyarse para sostener que fue legal la sentencia dictada contra Jesús. Y hace bien; esto mismo sentir sería capaz de defender como legal la cruel ferocidad que se hizo cuando despedata las entrañas de un niño. En la Gaceta de la Academia, el mismo M. Renan ha sido solicitado por M. Renan. Lo cierto es que M. Renan no habla nunca de la cruel y repugnante pena de azotes como de una cosa de risa.

XXXVI.

Veamos cómo cuenta M. Renan la horrorosa muerte de Jesús. Ya que tan cruel ha sido en toda la vida, impórtanos averiguar si su corazón se ablanda; si muestra un solo rasgo de humanidad al describir las agonías de la muerte. Hasta aquí hemos observado con pesar, con horror y hasta con vergüenza, que M. Renan, que ese escritor, mónstruo de crueldad y cinismo, solo sabe rugir como una hiena cuando habla de Jesucristo. Oigámosle para conocer cómo se espresa en el capítulo xxv, que consagra á *la muerte de Jesús*.

«Aunque, dice, el motivo real de la muerte de Jesús fue enteramente religioso, sus enemigos habían logrado presentarle en el Pretorio como reo de alta traición. Ellos no hubieran podido alcanzar del escéptico Pilatos la senten-

cia de muerte que solicitaban, por motivos de irreligion.» (Pág. 415.)

Contra esto solo necesitamos hacer un recuerdo y consignar una advertencia. En el capítulo anterior, pág. 411, afirma M. Renan que «la muerte de Jesus fue legal, porque tuvo por causa primera una ley que era el alma de aquella nacion. La ley Mosáica, que condenaba con el último suplicio toda tentativa para cambiar el culto establecido. Y no hay duda, añade, que Jesus aspiraba á destruir la religion de los hebreos.»

De estas últimas palabras se desprende que, segun M. Renan, fue legal la muerte de Jesus, porque se hallaba en todo conforme con una ley Mosáica que con tan terrible pena castigaba las falsas religiones. Aquí, pues, asegura el escritor francés, que la sentencia pronunciada contra Jesus se fundaba en un motivo religioso. En cambio, en las palabras de la pág. 414, que antes copiamos, afirmaba el mismo Renan que Jesus no solo fue condenado por motivos políticos, sino que jamás hubieran podido arrancar los judíos á Pilatos la sentencia capital por motivos religiosos.

Tambien debemos recordar que los judíos, acusando á Jesus, decian ante Pilatos: *Nosotros tenemos ley; y segun nuestra ley, debe morir porque ha dicho que es Hijo de Dios.*

A mas de esto, en la pág. 410 afirma espresamente M. Renan que Pilatos condenó á Jesus,

á solicitud de los sacerdotes, es decir, de los fariseos.

Luego se contradice y miente M. Renan cuando afirma que el Salvador del mundo fue llevado al Calvario como sedicioso.

No: Jesus no fue condenado por ningun delito político; lo fue por odio de los fariseos y debilidad del presidente de Judea; lo fue porque se llamaba y era verdadero Hijo de Dios; lo fue porque siendo Jesus el Mesias prometido, vino al mundo desde lo mas alto del cielo, para redimir al humano linage.

Es cierto que en el Antiguo Testamento eran con terrible severidad castigados los apóstoles perversos, los predicadores de falsas religiones, los malvados que inducian los pueblos á la idolatría; pero nada se decretó ni pudo decretarse en la antigua ley contra el Redentor del mundo que debia nacer de una Virgen, no para destruir la ley, sino para cumplirla; no para cambiar la religion, sino para cumplir todo lo que la antigua religion simbolizaba; no, en fin, para combatir una religion verdadera é inculcar una religion falsa, sino para desterrar del mundo todas las falsas religiones, y reconciliar al hombre con Dios por medio de la fé, la moral y el culto de la Religion única verdadera. La ley de Moisés no se anunciaba ella misma como eterna; por el contrario, se presentaba como sombra de una luz infinita, como figura de una realidad que habia de salvar al

mundo, como esperanza, por último, del mismo Dios que había de tomar carne humana para purificar con su sangre la tierra y abrir con su misericordia las puertas del cielo. La ley de Moisés, en fin, solo era un preámbulo para la ley de Cristo. ¿Cómo, pues, había de ser el Mesías esperado castigado con la muerte por la misma ley que alentaba al género humano con la esperanza de su venida?

Por otra parte, la ley antigua solo castigaba á los falsos Profetas; á los que decían que habían visto sueños; á los que, por último, es-citaban á los pueblos para que, entregándose á la idolatría, siguieran y sirviesen á dioses ajenos. Esto es lo que se prohíbe en el *Deuteronomio*, cap. xiii, v. 1 y siguientes. Y en el mismo libro sagrado, cap. xviii, v. 20, se ordena que sea terriblemente castigado el Profeta que, depravado por su arrogancia, predicase en nombre de Dios ó en nombre de falsos dioses una doctrina contraria á la revelacion de Dios.

Ahora bien: ¿predicó Jesus en nombre de falsos dioses? ¿Intentó arrastrar á los pueblos á la idolatría? ¿No justificó, por el contrario, con pruebas evidéntísimas que era el verdadero Mesías anunciado por los Profetas y esperado por todas las gentes? ¿Cómo, pues, se dice entonces que Jesus, siendo verdadero Profeta, siendo verdadero Hijo de Dios, puede ser legalmente condenado por leyes encaminadas á

castigar á los falsos Profetas que predicán falsas religiones?

Lo cierto es que M. Renan se engaña lastimosamente, ó con abominable malignidad quiere engañarnos, cuando afirma que Jesus fue legalmente condenado como reo de irreligion para escusar á Pilatos, y como reo de sedición para escusar á los obcecados fariseos.

No contento con esto M. Renan, añade en la misma página 414 «que la cruz era un suplicio romano, y que si Jesucristo hubiese sido condenado por la ley de Moisés, hubiera muerto apedreado.»

Aquí solo se descubre un mal deseo que inspiran á este escritor anti-cristiano su crueldad y su fanatismo. Le parece poco el tormento de la cruz, y sin duda hubiera aplaudido que se aumentase con el tormento de las piedras.

Continuamos escuchando á este inhumano novelista: «El condenado á morir en la cruz, dice, debía llevar sobre sus hombros el instrumento del suplicio; pero Jesus, *mas débil de cuerpo que sus dos compañeros*, no pudo llevar la cruz sobre sus hombros.» (Página 418.)

Aquí solo queremos consignar que M. Renan no solo no tiene una palabra de reprobacion contra esta bárbara costumbre, sino que por un refinamiento inesplicable de crueldad, no quiere ni aun consignar que si los fariseos bus-

caron á un hombre para que aliviase en algo á Jesus en el camino del Calvario, no lo hicieron por compasion, sino por miedo de que muriese antes de llegar al lugar en que tenian preparado el suplicio. M. Renan cuenta la escena del Cirineo de un modo muy favorable á los judios. Parece como que estos, teniendo lástima de la debilidad de Jesucristo, para no atormentarlo, le arrancaron la cruz que llevaba sobre sus hombros. Y es todo lo contrario. Le quitaron parte del peso de la cruz para que no sucumbiera en la calle de la Amargura, para que tardase algo mas en morir, para saciar su horrosa crueldad, causándole aun mayores tormentos. Tampoco indica M. Renan que Jesus se hallaba exánime, no por la debilidad de su complexión, sino porque dos dias de hambre y sed, de insultos y tribulaciones, de heridas y horribles golpes, de una inhumana flagelacion que le habia despedazado todas sus carnes, y una corona con punzantes espinas que le habia traspasado la cabeza; porque despues, repetimos, de tanto cansancio, tanto dolor y tan espantosa efusion de sangre, era imposible que se hallase Jesus de otra manera. Renan, sin embargo, olvida todo esto, y se contenta con decir que Simon Cirineo, por órden de los judios, le ayudó á llevar la cruz porque era mas débil que sus compañeros. Está visto. M. Renan, tratándose de Jesucristo, no conoce la verdad, y solo muestra obcecacion y fanatismo,

y solo prueba tener rodeado el corazón con entrañas de hiena.

En la página 419, dice, que estando Jesús en la cruz se le dió á beber un vino aromático, especie de calmante que por compasión se solia propinar á los reos que morian en la cruz. — Bien se conoce que este impio escritor se ha empeñado en presentar á Jesús como un criminal, y en hacer la apologia de sus verdugos. En otra parte, en la pág. 420, hablando de la sed que devoraba las fauces del Salvador, dice que los soldados romanos, para que apagara la sed que le abrasaba, le dieron una bebida compuesta de vinagre y agua, que solian beber ellos mismos. Hasta en esto se observa el fanatismo del inhumano escritor francés. Sabe perfectamente que la bebida de Jesús fue hiel y vinagre, y sin razon ninguna, sin apoyarse en ninguna autoridad, solo por odio á Jesús, solo por defender á los fariseos, asegura que la bebida se componia de agua y vinagre. Nos duele y nos repugna el tener que rechazar tan inmundas é inhumanas blasfemias. Por honra de la humanidad desearíamos que jamás llegase á tal punto en el corazón de un hombre la crueldad y la barbarie.

Veamos cómo se espresa este monstruo. Aun le queda muchísimo fanatismo y muchísima ferocidad en su alma. — «*Si hemos de creer á Juan*, dice en la pág. 422, María, Madre de Jesús, estuvo al pie del suplicio en el Gólgota.»

¡Si hemos de creer á Juan! Y ¿qué razones hay para no creer en su testimonio? ¿No fue San Juan aun humanamente hablando, digno de entero crédito, por haber sido testigo presencial de todo lo que dice, por estar manifestando en la candidez de paloma con que se espresa que sus labios son siempre movidos por el mas puro amor á la verdad? *¡Si hemos de creer á Juan!* ¡Qué crítica, santo cielo! ¿Tanto se necesita para creer que María, que la Madre de Jesus, quiso mezclar sus lágrimas y sus dolores con la sangre y los dolores de su Hijo único en el Gólgota? Si María no se halló en el Calvario, ¿dónde estuvo durante la crucifixion del Salvador? De esto nada dice M. Renan. Niega, y con sus estúpidas negaciones, se queda completamente satisfecho.

En la pág. 424 asegura que el Redentor del mundo sintió en la cruz una *agonía de desesperacion*. Esto ni aun debe desmentirse.

En la pág. 425 asegura, por el contrario, que *la organizacion delicada de Jesus lo preservó de una lenta agonía* y que tuvo una muerte SUBITA.—M. Renan no retrocede ante la contradiccion mas repugnante, cuando halla pretextos para insultar el dolor de Jesucristo. Antes lo pinta luchando con una *agonía desesperada*. Ahora lo describe como muerto instantáneamente, merced á la gran hemorragia producida por la ruptura de uno de los vasos capitales que rodean el corazon. Y lo mas no-

table es que M. Renan no atribuye esta muerte, que él supone repentina, á las heridas que antes recibiera Jesus, sino á la *delicadeza de su organización*.

No hay que estrañarlo. M. Renan continúa convertido en apologista de los verdugos del Salvador.

XXXVII.

Hoy, al terminar la refutación de la impía obra de M. Renan, por vía de epílogo necesitamos hacer una brevísima recapitulación de los mas principales sofismas que sirven de fundamento á este blasfemo escritor. En este artículo, mas bien que combatir un error particular, nos proponemos presentar en toda su repugnante desnudez toda la lógica y todo el método de M. Renan.

Los principios que nunca abandona el impío autor de *La Vida de Jesus* son tan absurdos, que basta esponerlos con claridad para que el mundo entero los rechace con indignación y hasta con tedio. Veámoslos, examinándolos todos uno por uno.

1.º M. Renan aparenta ser grande amigo de la imparcialidad y de la crítica.—Su im-

parcialidad, sin embargo, solo es una prevención absoluta é ilimitada contra todo lo que favorece al catolicismo, y una credulidad estúpida y vergonzosa acerca de las calumnias y sofismas que en todos los siglos se han inventado contra la Iglesia. M. Renan observa, por ejemplo, que todos los Evangelistas y todos los escritores del primer siglo convienen en afirmar alguna cosa de Jesus; pero como esto es universalmente creído, como no hay razon ninguna para negarlo, como no existe una sola prescripcion de la crítica que aconseje no admitirla como cierta, M. Renan, en prueba de *imparcialidad*, la niega, porque quiere, ó solo porque así se le antoja prescindir de ella, dándole el nombre de cosa *legendaria*.

Este principio es quizá el mas frecuente en el sofista á quien impugnamos.

2.º Cuando Renan necesita afirmar ó negar alguna cosa, apela á su voluntad, no á su razon, y la afirma ó la niega; porque así le conviene; no porque encuentre motivos que justifiquen su conducta. M. Renan cuando escribe una historia forja una novela. Como no estudia los hechos, la verdad no es nunca un limite para su pluma. Necesita decir, que Alejandro y César, los dos mas grandes conquistadores de la antigüedad, fueron hombres de espíritu apocado, y lo dice, y despues de consignarlo, se espresa con tanta seguridad y tan pasmosa confianza, cual pudiera hacerlo el

profesor más hábil en el arte del disimulo y la mentira.

Necesita, por el contrario, asegurar que Demóstenes y Cicerón, no obstante su bochornosa cobardía, fueron hombres de valor heroico, y lo afirma, y poco ó nada le importa que la historia entera pinte á Demóstenes temblando ante la sombra de una débil zarza, y á Cicerón huyendo y pidiendo clemencia, aun hallándose separado por algunas leguas del peligro que arrostraban sus amigos en Farsalia. Respecto á Jesucristo, M. Renan no abandona jamás este execrable y repugnante método. Necesita, v. gr., afirmar que Jesus no es Dios, y lo hace asegurando que no lo es ni puede serlo, porque Dios tiene ciencia infinita, y Jesus era un completísimo ignorante. Afirma que no sabia el griego ni el hebreo; que no conocia la sociedad; que del imperio romano, en fin, solo por casualidad habia llegado á sus oídos el nombre de César. En cambio poco despues necesita afirmar que no hubo milagro ninguno en el establecimiento y propagacion del cristianismo, y sin vacilacion ninguna, suponiendo que sus lectores han perdido completamente la memoria, afirma que Jesus fue el mas grande y el mas sabio entre todos los hombres; que conocia perfectamente la humanidad; que era un consumado filósofo; que su nombre, por último, vivirá eternamente en la memoria y aun en el corazon de los pueblos, por haber logrado sen-

tar los inmutables principios de la justicia y la civilización.

La contradicción es horrible, y la seguridad con que se espone es materialmente pasmosa. Así procede siempre que le acomoda el impío M. Renan. Por lo general nunca se espresa con mayor seguridad y más confianza que cuando está profundamente convencido de que lo que afirma es absolutamente falso.

3.º También M. Renan se aprovecha mucho del gran sofisma histórico, que consiste en afirmar ó negar los hechos, sin dar las pruebas en que apoya sus afirmaciones ó negaciones. Cita mucho; pero se observa generalmente que si es capaz de aducir mil testimonios para demostrar que el fuego quema, no aduce una sola razón, no presenta una sola autoridad que le autorice para decir que Jesús, por ejemplo, no conocía el imperio romano, y que solo por casualidad había llegado á sus oídos el nombre de César. Cuando se trata de una cosa que nadie niega ni aun pone en duda, M. Renan abruma al lector materialmente con el portentoso número de textos que le pone al márgen. Cuando, por el contrario, afirma una cosa absolutamente falsa; una doctrina que niega como absurda, y como abominable rechaza con indignación todo el mundo; cuando, en fin, se afirma, por ejemplo, que Jesús era enemigo del culto, entonces M. Renan se juzga dispensado de aducir pruebas de ningún

género. En este caso, apela á su conocido sistema de afirmar con seguridad completa lo que sabe que es y que debe rechazarse como completamente falso.

4.º Tambien emplea con suma frecuencia M. Renan el auxilio de las citas falsas. Aduce testimonios que no existen, ó que no dicen nada, ó que acaso espresan todo lo contrario de lo que se les hace significar. En este punto no es necesario que nos detengamos. Todo el que haya leído los artículos anteriores estará plenamente y profundamente convencido de lo que acabamos de decir.

5.º M. Renan da por negado el orden sobrenatural, y no piensa siquiera en demostrar los fundamentos de su negacion. No quiere que haya Dios, ni cielo ni infierno, y convierte á Dios en un abismo, y niega todo lo que no está al alcance de los ojos del hombre. Y como M. Renan prescinde del orden sobrenatural, sin necesidad de pruebras niega todo lo que al orden sobrenatural se refiere. Le hablan de dogmas ó de milagros, y los rechaza, solo porque para admitirlos es necesario reconocer la existencia de fuerzas que no posee el hombre, y de verdades que no inventa nuestra débil razon. Pero, ¿por qué se niega el orden sobrenatural? ¿Qué razones hay para rechazarlo? M. Renan no piensa siquiera en esto. Como un insensato niega la existencia del cielo, solo porque quiere negarla. Procede como el mentecato

que negase la existencia del Nuevo Mundo, solo porque jamás se ha alejado 20 millas de las playas del antiguo Continente. El hombre que en lo antiguo levantaba sus ojos hácia Occidente desde el *Finisterræ*, desde el cabo que consideraba como el término de la tierra, no descubria con sus ojos el mundo encontrado por Colon, en el horizonte. Y sin embargo, ese mundo existia. El hombre no podia ni aun vislumbrarlo por la limitacion de su vista, porque sus ojos se cierran cuando intenta descubrir lo que existe á muy pocos kilómetros de distancia. Lo propio acontece al filósofo impío que levanta los ojos al cielo y no ve el orden sobrenatural mas allá del firmamento. Y no es porque no existe; es porque el hombre es miope, y la razon humana impotente.

Bastan estas ligeras indicaciones para comprender cuán absurda y cuán despreciable es la critica de M. Renan.

16.º Un odio profundo, un desprecio universal á todo lo que es cristiano, son tambien signos ó principios que como evidentes se encuentran á cada paso en la critica de M. Renan. Odio á Jesus, desprecio á los Evangelistas, absurda animadversion á todos los apologistas del cristianismo, son cualidades que *resplandecen* en todos los racionios del *ilustre* escritor francés.

7.º Y como donde hay odio á Jesus, necesariamente debe existir afecto y adulacion á

todo lo que es anticristiano, M. Renan emplea el escalpelo de su crítica para examinar la historia en los términos que veremos á continuación.

San Juan Bautista defiende la inocencia ultrajada y condena el crimen y la tiranía. M. Renan, arrastrado por su *imparcial* crítica, condena á San Juan Bautista, escusa á la inhumana y cruel Herodíades que presenta á su madre la cabeza del Santo precursor en una bandeja de plata, y colma de elogios, y pondera como amigo de la civilización y de las artes al bárbaro Herodes, que por complacer á una mujer con entrañas de hiena, mandó degollar al justo hijo de Zacarías.

Judas vendió á Jesus, y con horrible perfidia le entregó á sus enemigos. La crítica de M. Renan consiste aquí en tronar contra el Evangelista San Juan, en escusar á Judas, en reprobar la aversión que le muestran los cristianos, en hacer, en fin, todo lo posible para rehabilitar la memoria de este hombre, de este mónsturo, de este ejemplo eterno de ingratitude, de codicia y de perfidia.

Pilatos sabe que Jesus es inocente, y sin embargo pronuncia la sentencia de muerte contra Jesus. M. Renan en cambio escusa á Pilatos, y sin saber por qué ni para qué, saltando por encima de quince siglos, viene á ensañarse contra el Rey católico Felipe II.

Se nos olvidaba decir que en prueba de *im-*

parcialidad, M. Renan se ríe, se burla de los azotes que sufrió en la casa de Pilatos el Redentor del mundo, considerándolos como una *cosa cómica*, como un objeto de placer y distracción.

8.º También debemos advertir, por último, que M. Renan procura rodearse de una especie de atmósfera científica, de un respeto misterioso, aparentando hallarse apoyado por una inmensa erudición filológica. Para que sirva de regla general á todos nuestros lectores, advertimos que M. Renan habla siempre en general de las lenguas *semíticas*, sin citarlas nunca en particular, porque no las ha estudiado, porque no las conoce, porque aunque las conociera, de nada podrían servirle para el caso.

Hemos querido terminar esta refutación con las ocho advertencias que preceden, para presentar en un cuadro breve, pero exacto, todas las prescripciones del método absurdo, de la crítica fanática, de la *imparcialidad* llena de execrables prevenciones que campean en toda la obra de M. Renan. Nos parece que teniendo en cuenta estas ocho advertencias, se pueden conocer, pulverizar todos los execrables sofismas que contra la dignidad de Jesucristo suele aducir M. Renan.

INDICE

de los artículos que comprende este libro.

- Dedicatoria.—pág. 5.
 Prólogo.—7.
 I.—La introducción, carácter y método de M. Renan.—9.
 II.—Aglomeración de materias.—Superficialidad.—Es *materialista*.—Calumnia á los Profetas.—16.
 III.—¿Dónde nació Jesús?—27.
 IV.—Instrucción que Renan atribuye á Jesús.—Error cronológico.—37.
 V.—La doctrina de Jesús.—Contradicción de M. Renan.—La antigüedad pagana.—51.
 VI.—Contradicciones.—Originalidad y valor infinito de la doctrina de Jesús.—65.
 VII.—El culto eterno.—El juicio *universal*.—Moral de Jesús.—77.
 VIII.—La divinidad de Jesús.—Es falso lo que dice acerca del culto católico M. Renan.—90.
 IX.—Jesús y San Juan Bautista.—Renan y Herodes.—101.
 X.—Calumnias de M. Renan contra Jesucristo.—111.
 XI.—Verdadera significación de las palabras *Hijo del Hombre*.—123.

- xii.—¿Cómo era recibida la predicación de Jesús?—133.
- xiii.—Calumnias de M. Renan contra San Juan Evangelista.—143.
- xiv.—El comunismo.—Es condenado por Jesucristo.—152.
- xv.—Imposturas de M. Renan.—Maravillosos y triunfos de Jesucristo.—163.
- xvi.—El Evangelio y las bellas artes.—173.
- xvii.—La erudición de M. Renan.—Jesús y la antigua ley.—182.
- xviii.—El catolicismo.—Su carácter.—Absurda interpretación de M. Renan.—192.
- xix.—Se examinan los argumentos que emplea M. Renan contra el culto católico.—Los templos.—201.
- xx.—Prosiguen los mismos argumentos.—El Bautismo.—212.
- xxi.—El propio asunto.—El ayuno.—222.
- xxii.—Siguen las objeciones contra el culto católico.—La oración.—233.
- xxiii.—El sacerdocio.—Las prácticas religiosas.—244.
- xxiv.—Títulos de Jesús.—Su genealogía.—254.
- xxv.—Jesús Hijo de David.—266.
- xxvi.—Divinidad de Jesús.—277.
- xxvii.—Las palabras *Hijo de Dios*.—Nuevos argumentos en favor de la divinidad de Jesús.—287.
- xxviii.—Teoría de los milagros.—Existen.—Crítica de M. Renan.—296.
- xxix.—El mismo asunto.—Conclusion:—página 307.

- xxx.—El reino de Dios.—Justicia y misericordia.—Delirios de M. Renan.—318.
- xxxI.—Instituciones de Jesus.—326.
- xxxII.—Doctrina social del Evangelio.—
página 335.
- xxxIII.—Conducta de los fariseos, descrita
por M. Renan.—343.
- xxxIV.—Ultima semana de Jesus.—Ma-
ligna suposicion de M. Renan.—351.
- xxxV.—Proceso de Jesus.—360.
- xxxVI.—La muerte de Jesus.—368.
- xxxVII.—Advertencias.—377.

- xxx—El reino de Dios.—Justicia y misericordia.—Delirios de M. Renan.—318
 xxxi.—Instrucciones de Jesús.—326
 xxxii.—Doctrina social del Evangelio.—
 página 336.
 xxxiii.—Conducta de los fariseos, descrita
 por M. Renan.—343.
 xxxiv.—Última semana de Jesús.—M.
 figura apócrifa de M. Renan.—351.
 xxxv.—Proceso de Jesús.—360.
 xxxvi.—La muerte de Jesús.—368.
 xxxvii.—Advertencias.—377.

NOTA.

En la página 51 decimos lo siguiente:

«No, en Jesus no hubo mudanzas. Jesus no se formó, no se desarrolló; nació formado y desarrollado: como Dios, tuvo la plenitud, la absoluta plenitud del saber desde la eternidad; y como hombre, desde el primer instante de su ser, en las purísimas entrañas de Maria, participó de toda la luz, de toda la infinita verdad que son esenciales atributos del Verbo increado. Jesus no esperimentó variacion ninguna en sus ideas.»

El Sr. D. Alejandro de la Torre y Velez, Doctor y catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca, se ha dignado llamarnos la atencion sobre las palabras subrayadas, y nosotros tenemos un gran placer en dar esplicacion satisfactoria á una persona tan respetable y competente.

Lo que hemos querido decir, es que en Jesus hay dos naturalezas y una sola persona; que *Verbum Divinum quod semel asumpsit nunquam dimissit*; que, en fin, Jesus como hombre no pudo aprender nunca nada, por que todo lo conocia desde la eternidad el Verbo Divino, hipotéticamente unido á la naturaleza humana en Jesucristo.

NOTA.

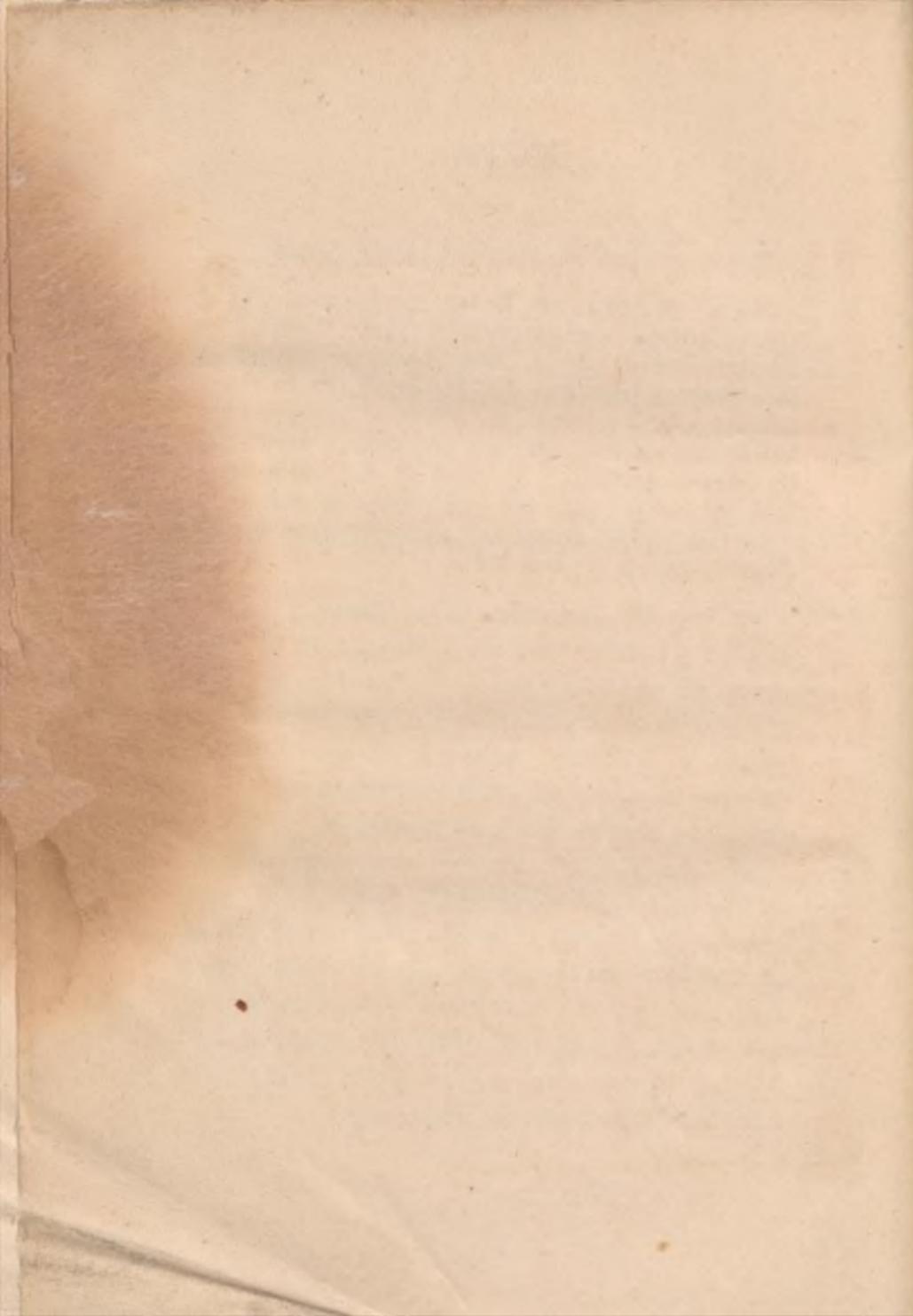
En la página 51 decimos lo siguiente:

«No, en Jesús no hubo mudanzas. Jesús no se formó, no se desarrolló; nació formado y desarrollado: como Dios, tuvo la plenitud, la absoluta plenitud del saber desde la eternidad; y como hombre, desde el primer instante de su ser, en las purísimas entrañas de María, participó de toda la luz, de toda la infinita verdad que son esenciales atributos del Verbo encarnado. Jesús no experimentó variación ninguna en sus ideas.»

El Sr. D. Alejandro de la Torre y Velaz, Doctor y catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca, se ha dignado darnos la atención sobre las palabras subrayadas. Y nosotros tenemos un gran placer en dar explicación satisfactoria á una pregunta tan respetable y competente.

Lo que hemos querido decir, es que en Jesús hay dos naturalezas y una sola persona; que Verbum Divinum quod semel assumptum nunquam desinit; que, en fin, Jesús como hombre no pudo aprender nunca nada, por que todo lo conocía desde la eternidad el Verbo Divino, hipotéticamente unido á la naturaleza humana en Jesuista.







LA VIDA DE JESUS.

Impugnacion de M. Renan.

Un tomo de 400 páginas, se vende al precio de 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, para los suscritores de *La Regeneracion*, en la Administracion, calle de Gravina, número 21, cuarto principal.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Papa y los gobiernos populares. — Su precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincias cada tomo. Se han publicado ya dos tomos, y constará de tres toda la obra.

A los suscritores de *La Regeneracion* se rebajará un real en los precios respectivos.

Historia de las Heregias, por San Alfonso Maria de Ligorio. — Tomo I. — Se vende en Madrid, al precio de 5 reales cada tomo á los suscritores de *La Regeneracion*, y 10 rs. para los que no lo sean.

EN PREENSA.

La Vida y Martirio del infortunado Rey de los franceses, Luis XVI, seguida de un examen crítico del decreto regicida: traducida al español por D. Francisco Peral de Cuevas.

Su precio á los suscritores de *La Regeneracion*, 4 rs.; á los que no lo sean, 8 rs.